rruaje detuvo sus caballos en el paseo de coches del Retiro. Una dama muy estirada —mantilla negra y devocionario— descendió de él. Bajo la sombra de los árboles, una señora muy sencilla caminaba tranquilamente. La estirada se le acercó.

—¿Es usted Margarita Xirgu? —Y antes de que la actriz pudiera responderle: —¡Tome! ¡Por lo de *Fermín Galán*!— le dijo dándole una bofetada y desapareciendo a la carrera.

La obra duró en cartel casi todo el mes de junio. Puede que a nadie le sirviera, pero *Fermín Galán*, a pesar de su poco éxito, me sirvió a mí para removerme y ventilarme la sangre, poniéndome en trance de elección, de sacrificio. La causa del pueblo, ya clara y luminosa, la tenía ante mis ojos.

Los viejos vientos se alejaban... Paso paso, tenaz, invadiendo mis huellas, la Arboleda Perdida continuaba avanzando. ■ **R. A.**

N. de la R.–Bajo el título «Amor y República» hemos reproducido el último capítulo de «La arboleda perdida», libro de memorias de Rafael Alberti. A la editorial Seix Barral —que lo ha publicado recientemente en España— agradecemos la gentileza de permitirnos insertar en TIEMPO DE HISTORIA un fragmento que creemos revelador tanto de la personalidad de Alberti como del momento histórico español que desembocase en el 14 de abril de 1931.

CASI CUARENTA AÑOS HAN PASADO DESDE AQUELLA FOTO DEL HOMENAJE A MARIA TERESA LEON. ELLA Y ALBERTI CONTINUAN SIENDO INSEPARABLES COMPAÑEROS, AHORA EN SU CASA DE ROMA.

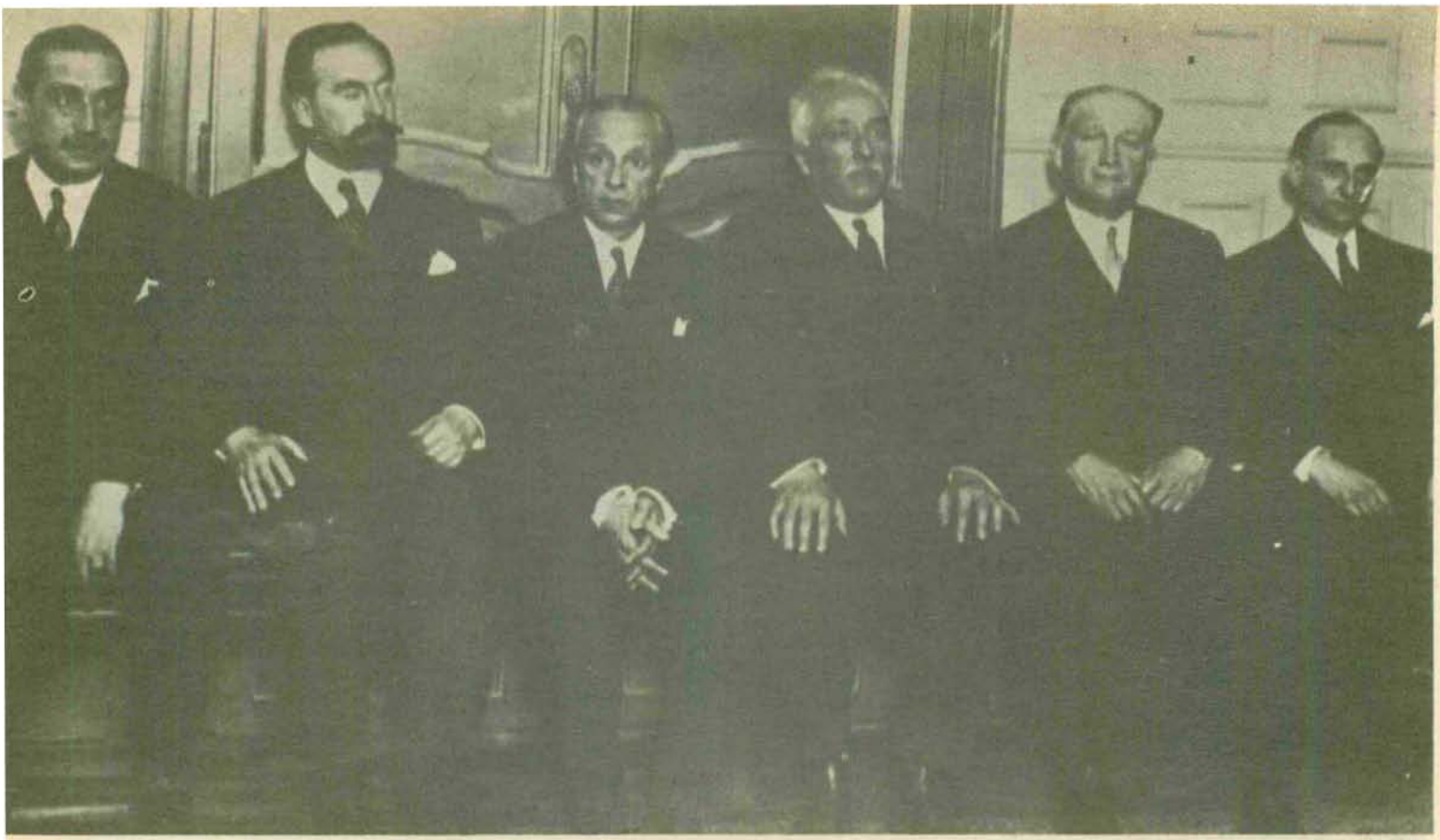
FRANCISCO LARGO CABALLERO

(1869-1946)

EN LA TRAYECTORIA DE REBELDIA Y COMBATE QUE SUPONE LA VIDA DE FRANCISCO LARGO CABALLERO, OCUPAN LUGAR IMPORTANTE LAS NUMEROSAS DETENCIONES Y PROCESOS QUE SUFRIO A LO LARGO DE LOS AÑOS. COMO ESTA DE DICIEMBRE DE 1934 EN LA CARCEL MODELO DE MADRID, CUANDO FUE ACUSADO DE INSTIGAR LA REVOLUCION DE ASTURIAS. (FOTO ALFONSO).

PABLO CASTELLANO

En una carta que Francisco Largo Caballero dirigía meses antes de su muerte a un compañero del Partido Socialista Obrero Español, repasando apresuradamente su apasionante biografía, afirmaba, y con razón, que unas memorias completas de sus vivencias y sufrimientos no cabría en una colección de voluminosos ejemplares.



EL COMITE REVOLUCIONARIO PROPULSOR DE LA REPUBLICA QUEDO CONVERTIDO EL 14 DE ABRIL DE 1931 EN EL PRIMER GOBIERNO PROVISIONAL DE ELLA. VEMOS AQUI A VARIOS DE SUS MIEMBROS: (DE IZQUIERDA A DERECHA), MIGUEL MAURA (GOBERNACION), FERNANDO DE LOS RIOS (GRACIA Y JUSTICIA), ALVARO DE ALBORNOZ (FOMENTO), NICETO ALCALA ZAMORA (PRESIDENTE DEL CONSEJO), LARGO CABALLERO (TRABAJO) Y SANTIAGO CASARES QUIROGA (MARINA).

Y realmente ello es así, pues basta tener que consultar cualquiera de los libros, hoy cada vez más frecuentes, que sobre los cincuenta años primeros de este siglo estudian la historia de nuestro pueblo, para tropezarnos en cada momento, en cada hecho político y social importante, con la referencia obligada a Francisco Largo Caballero, que a lo largo de estos estudios aparece como el líder obrero, el organizador sindical, el luchador revolucionario, el sereno estadista, y en otros muchos casos como el hombre a través del cual quieren explicarse yerros, deformaciones e incluso catástrofes.

Unos quieren presentarle como el oportunista que, camaleónicamente, adoptó su táctica y posiciones a los vientos dominantes, otros como el hombre realista que quiso en cada momento dar la respuesta más adecuada a las necesidades que iban planteando las relaciones entre unas clases y otras y su complicado proceso dialéctico. No han acabado la mayoría de los que están acostumbrados a un pensamiento lineal y dogmático de entender cómo es posible que Francisco Largo Caballero haya sido tanto el principal impulsor de una legislación social que está aún ahí, como ejemplo y antecedente de todo lo que otros quieren hoy atribuirse, y cómo, con ese mismo coraje y tenacidad que alentó toda su actividad, pudo ser al mismo tiempo el impulsor de las más radicales actitudes, que le llevaron a ser frecuentador de banquillos, presidios y objeto de toda clase de persecuciones, no sólo dentro de nuestras fronteras, sino también fuera de ellas.

Su polemizada figura ha despertado todo menos indiferencia. Su independencia de criterio le ha convertido en ese responsable a quien seguir ciegamente, o en ese enemigo a quien tener que alquilar por todos los medios. En muchas de sus cartas y notas se ha dolido, justificadamente, de que uno de los principales núcleos de donde surgiera toda tentativa de descrédito y aniquilación contra él mismo, por envidias, celos, ambiciones y egoísmos de personalidades destacadas, haya sido su propia familia política y sindical.

Por ello a tal extremo ha llegado su discutibilidad, que al lado de cada obra justificativa de sus realizaciones ha surgido siempre la contraobra impugnadora de las mismas.

Otra vez en Largo Caballero, se ha vuelto a dar esa frecuente división a la que tan mal acostumbrados estamos los españoles, y ese apasionamiento que, superando toda ponderación y términos medios, convierte a quienes le estudian y a quienes le conocieron en largo-caballeristas o anti-caballeristas fanáticos.

Antes de entrar en el modesto e imperfecto intento de dar un breve repaso a las facetas más destacadas de Francisco Largo Caballero, hecho por una persona que no pudo conocerle y que ha oído de él a través de cuantos con él convivieron y aún

hoy siguen entregados a continuar su obra, es conveniente dejar sentado que la historia de Largo Caballero no es otra que la historia del movimiento obrero español en su conjunto, si bien con mayor y lógica enfatización recogida e impulsada en la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español, y que esta historia es llegado el momento de que sea devuelta, no sólo con la preeminente figura de Largo Caballero sino con la de todos aquellos otros que la jalonan, al pueblo español, pues es la parte más sustancial de su patrimonio cultural moderno.

EL ESTUQUISTA

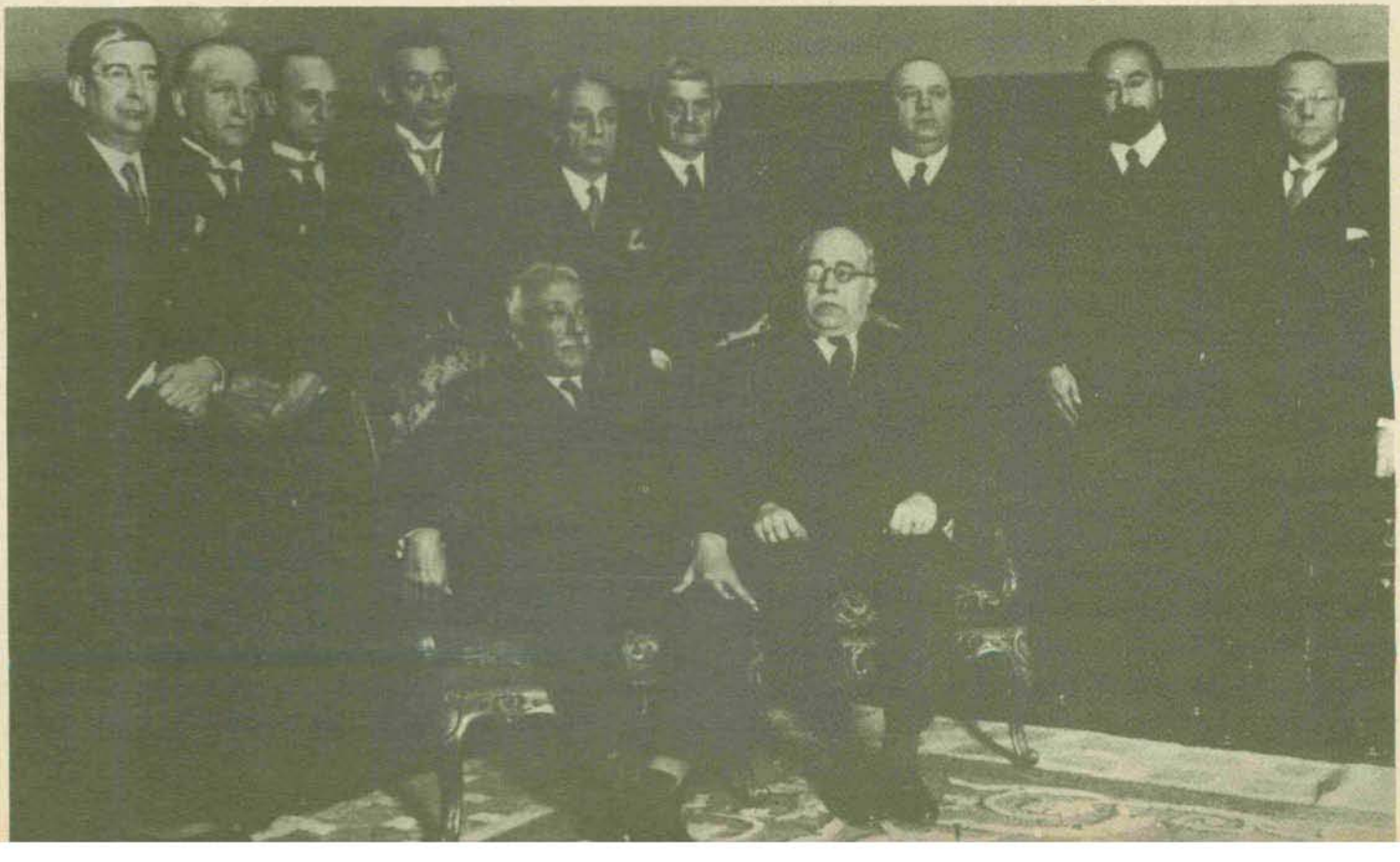
El 15 de octubre de 1869, en la madrileña plaza de Chamberí nació Francisco Largo Caballero, hijo de obreros y para ser obrero. Un cortísimo período de permanencia en una escuela de los Escolapios, de la que salió a los 7 años nada más cumplidos, puede que sea el único período de su vida sin responsabilidad, pues es evidente que cuando desde esa edad comienza, durante los primeros años, el infatigable calvario de la búsqueda del empleo, ya pesaba en él la necesidad de tener que aportar a la escasa caja familiar las monedas semanales que pudieran permitir atender someramente las necesidades de una familia obrera en aquella época.

De oficio en oficio, de la eventualidad al paro, es lógicamente en la actividad de la construcción donde con mayor frecuencia podía asirse cualquier trabajador no especializado, en espera de mejores oportunidades; y estando trabajando así, con una de las llamadas papeletas de parado en la construcción de la carretera de Fuencarral, en 1890, es cuando Largo oye hablar por primera vez de las sociedades de trabajadores, de la fiesta del 1 de Mayo, de la lucha de una clase por su redención y de aquel conjunto de reivindicaciones, que contempladas hoy a la luz de las conquistas realizadas, nos aparece incomprensible pudieran mover a tener que luchar por ellas y que hacían de las condiciones de trabajo algo más próximo a la esclavitud que a lo que hoy llamamos relaciones laborales.

Nada más asistir a esa manifestación de mayo de 1890, Largo Caballero ingresa en la Sociedad de albañiles, en uno de sus primeros centros obreros de la calle Jardines, y formando ya parte de ésta pasa a ingresar en la Unión General de Trabajadores, cuando su Sociedad decide confederarse en la misma. Aún no se había constituido la Asociación de Estuquistas, su verdadero oficio, que luego él pudiera organizar dentro de su Sindicato.

Lógicamente, de aquella escuela de socialismo pasaba a los cuatro años a ingresar también en la Agrupación Socialista Madrileña, que casualmente también tenía su sede en otro inmueble de la calle Jardines.

TAMBIEN LARGO CABALLERO FORMARIA PARTE DEL GOBIERNO AZANA DE DICIEMBRE DE 1931. TRAS LA CEREMONIA DEL JURAMENTO, LOS MINISTROS QUE LO COMPONIAN SE AGRUPAN TRAS ALCALA ZAMORA Y AZAÑA. FIGURAN, DE IZQUIERDA A DERECHA, MARCELINO DOMINGO, LARGO CABALLERO, CASARES QUIROGA, LUIS DE ZULUETA, ALVARO DE ALBORNOZ, JAIME CARNER, INDALECIO PRIETO, FERNANDO DE LOS RIOS Y JOSE GIRAL.



«QUEREMOS TRIUNFAR EMPLEANDO LA LUCHA LEGAL», DIRIA LARGO CABALLERO EN LA CAMPAÑA ELECTORAL DE OCTUBRE DE 1933, PERO LA NUEVA SITUACION CREADA POR EL TRIUNFO DE LAS DERECHAS LE HIZO ADOPTAR UNA POSTURA YA DIRECTAMENTE REVOLUCIONARIA. EN LA FOTO DE ALFONSO, LARGO CABALLERO VOTA EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1933 EN LA MESA INSTALADA EN EL GRUPO ESCOLAR «GINER DE LOS RIOS».

Su actividad laboral fue constante, compatibilizada con su actividad sindical y política y únicamente cuando hubo de ocupar ya cargos oficiales abandonó el oficio, en el que no sólo encontraba un medio de ganarse la vida, sino que siempre le mantuvo próximo a los problemas de la clase trabajadora, negándose constantemente a abandonar ese carácter obrero y a pasar a ser el político profesional a sueldo o el hombre de organización que funcionalizará en ella su actividad, al modo que las nuevas concepciones han ido imponiendo.

Su ingreso en las Organizaciones Sindicales y Políticas púsole inmediatamente a la cabeza del Movimiento Obrero y vino aparejado con cargos de responsabilidad constantes.

Desde Secretario y Presidente de la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo, que él mismo gestionó en su traslado a la calle del Piamonte número 2, desde Vice-Tesorero y Secretario General de la Unión General de Trabajadores, desde Presidente de la Agrupación Socialista Madrileña, Vicepresidente del Cómite Nacional del Partido Socialista, hasta Presidente de dicho partido, elegido en el Congreso de 1932, su activismo y su constante capacidad de trabajo no le permitieron jamás ocupar la cómoda situación del militante de carnet o del meramente inscrito, frecuentemente acomodado en que otros le resolvieran los problemas.

Y su actividad sindical y política en el seno de esas organizaciones traspasó las fronteras, para ser importante colaborador en la conferencia de Berna de 1919, en el Congreso de Amsterdam de 1920 en que se constituyera la Federación Sindical Internacional, en la primera Conferencia Internacional del trabajo en Washington, acompañado por Fernando de los Ríos y Araquistain. En nombre de la U. G. T., presidió también la delegación española a la Conferencia de la Paz de La Haya, en diciembre de 1922. También fue frecuente su presencia en los Congresos de la Internacional Socialista desde su creación.

Esta actividad política y sindical y estos numerosos cargos fueron desempeñados gratuitamente, salvo cuando exigían una dedicación a actividades e instituciones creadas por las organizaciones sindicales y políticas con financiación autonóma, cual era la dirección o responsabilidad de la Mutualidad Obrera o cuando, como consecuencia, la incompatibilidad con la función profesional era de tal carácter que se pri-

vaba al designado para tal fin de todo ingreso.

EL ESTADISTA

«Vigilar permanentemente en los sitios donde se trate algo que directa o indirectamente se relacione con los intereses obreros; abandonar esos sitios es abandonar la defensa de esos intereses en beneficio de los patronos y dejar el campo libre a toda clase de enemigos». En este texto de Largo Caballero estaba la profunda razón que le llevaba a, en nombre de las organizaciones políticas y sindicales, intentar estar presente en cuantas instituciones sociales y políticas se pudiera estar decidiendo las condiciones de vida del trabajador o queriendo jugar egoistamente con sus intereses, y para Largo Caballero esta obligación no suponía ni colaboración ni entreguismo, ni reforzamiento de unas estructuras burguesas ilegítimas ni absurda creencia en un reformismo paulatino que paliara contradicciones y explotaciones aberrantes; suponía denuncia, enfrentamiento, vigilancia y preparación para, conocida la realidad, poder en cualquier momento dar respuesta a la misma.

Así comienza su carrera política, siendo elegido concejal, en 1910, del Ayuntamiento de Madrid, para cuyo cargo volvió a ser reelegido otras tres veces. En esa línea fue también elegido diputado provincial por un período; fue vocal obrero en el Instituto de Reformas Sociales desde que aquel se fundara y miembro también del Consejo de Trabajo. Y como presidente de la Fundación Socialista «Cesáreo del Cerro», llegó a ser también miembro del Consejo del Banco de España.

En las Cortes hubo también de oírse su voz, como diputado, habiendo sido elegido la primera vez para ocupar un escaño por la provincia de Barcelona y las tres siguientes por la de Madrid.

Por esta experiencia, por la representación de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero de cuya confianza total gozó, y qué duda cabe que por contar también con la colaboración y la esperanza en él depositada por otras organizaciones, llegó al Consejo de Estado, fue Ministro de Trabajo, Ministro de la Guerra, Presidente del Consejo de Ministros y ocupó incidentalmente la cartera del Ministerio de Estado.

De su permanencia en el Ministerio de Trabajo queda un amplio cuadro de leyes laborales que van desde las asociaciones profesionales, la Ley del Jurado Mixto, la Ley de Delegados de Trabajo, la Ley de Contrato de Trabajo, y la combatida Ley de Términos Municipales, hasta el frustrado proyecto de Ley de cogestión o control obrero, que son el vestigio de lo que expresamente se refleja en el Diario de sesiones de las Cortes constituyentes, cuando en una exposición de motivos o preámbulo Largo Caballero dice al hablar de uno de sus proyectos: «Es la obra de un socialista, pero no es una obra socialista. Es la obra de un socialista con ideales avan-

REUNION DE LA MINORIA SOCIALISTA EN UNA DE LAS SECCIONES DEL CONGRESO, CELEBRADA EL 8 DE DICIEMBRE DE 1933. LA CAMARA DE ALFONSO RECOGIO CON ESTA OCASION A PRACTICAMENTE TODOS LOS DIRIGENTES SOCIALISTAS: LARGO CABALLERO, INDALECIO PRIETO, FERNANDO DE LOS RIOS, BUGEDA, SABORIT, TRIFON GOMEZ, BESTEIRO, JIMENEZ DE ASUA, AMADOR FERNANDEZ, TOMAS ALVAREZ ANGULO...

zados que colabora desde hace 30 años con las clases capitalistas para **arrancarlas** gradualmente y por medios legítimos, suministrados por los mismos principios de la economía y derecho que ellos invocan, sus ya imposibles privilegios».

EL REVOLUCIONARIO

De las muy numerosas detenciones y procesos que a lo largo de su vida van configurando la biografía de una auténtica personalidad revolucionaria, hay una que nada tiene que ver con ese comportamiento político de lucha, pero a la que es necesario referirse dada la frecuencia con que, para desprestigiar y calumniar a los antagonistas políticos, se suelen hacer esta clase de manejos. Me refiero en concreto a la detención que Largo Caballero sufriera, de forma arbitraria e injusta, so pretexto de un posible delito de caza furtiva de conejos en los montes del Pardo, y por el que, sin otra prueba que la venal acusación de un guardia forestal, sufrió varios días de arresto.

Este arresto salía a relucir frecuentemente en boca de sus opositores políticos para tratar con él de hacer desmerecer una vida que vino siempre presidida por la austeridad y por el sacrificio.

El propio Largo Caballero, en una carta fechada el 15 de octubre de 1940 en Trebas-les-Bains (Tarn), al hacer apresurado repaso de sus persecuciones, recuerda haber estado en prisión en 1909, 1911, 1912, 1918, 1930 y 1934. No podía en aquel momento relatar el remate de la carrera penitenciaria, a que le condujeran los odios, con las vicisitudes que posteriormente pasó, en lógica combinación entre la policía francesa colaboracionista, y la Gestapo Alemana, con su estancia en las cárceles francesas de Croch, Limoges Aubusson, Perigueu, Neuilly, y campo de concentración nazi de Oraniemburgo.

Resulta realmente elocuente el que el mismo día en que habían de tomar posesión del cargo de Ministro de Trabajo recibiera una citación de la Jurisdicción Militar acusado de un delito contra la seguridad de la Monarquía.

En 1911 debióse su detención y prisión a la famosa y célebre huelga de albañiles de Madrid, estando recién elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid y posteriormente diputado provincial, como prueba de cuál era la protección e inmunidad de que pudiese gozar o de cuál fuera el contenido colaboracionista de su presencia política en las instituciones locales.

En 1917 el motivo de su detención fue la huelga general de agosto de aquel año, en protesta por la actividad de las llamadas Juntas de defensa del Arma de Infantería.

Esta histórica huelga venía gestándose ya desde que el día 27 de marzo de 1917 el Comité Nacional de la Unión General de Trabajadores y sus delegados regionales se dirigieran en un manifiesto al país, y a cuyo llamamiento se adhirieran, aunque luego se precipitaran en su realización, la C. N. T. y el importante Sindicato Ferroviario de toda España. La represión violenta de lo que estaba llamado a ser una huelga pacífica, correspondió a las fuerzas armadas, y en Bilbao, Asturias, Valencia, Madrid, las ambulancias hubieron de retirar las numerosas víctimas fruto de los enfrentamientos. El Comité de Huelga compuesto por Julián Besteiro Fernández, Francisco Largo Caballero, Daniel Anguiano Mangado y Andrés Saborit Colomer, junto con Gualterio José Ortega, Luis Torren, Mario Anguiano, Manuel Maestre y Abelardo Martínez Salas, hubo de comparecer ante la Jurisdicción Militar para responder de un delito consumado de rebelión común, y pese a la brillante defensa del Capitán D. Ramón Arronte Girón y del Capitán don Julio Mangada, la sentencia del Consejo de Guerra, de 29 de septiembre de 1917, condenaba a los cuatro primeros de ellos a la pena de reclusión perpetua, y al resto a penas de prisión que iban desde ocho años y un día a dos años.

Aprobada por el Capitán General la citada sentencia, inhabilitados a perpetuidad para la obtención de empleos y cargos públicos, desposeídos de los cargos obtenidos por elección popular, privados de todo derecho a pensiones y compensaciones por años de servicio, y hasta expoliado Besteiro de su cátedra, los condenados son trasladados al penal de Cartagena de donde salen en el año 1918, para junto con Prieto, acudir directamente a las Cortes en base a la amnistía que se conquistaba por el movimiento obrero en la calle, respaldándolos al elegirles como sus representantes. A estos cinco diputados socialistas, cuatro expresidiarios y un desterrado, uníase, enfermo y precariamente repuesto, Pablo Iglesias que desde su lecho en la calle de Ferraz estaba al lado de ese Comité de Huelga y que en ellos empezaba a percibir la satisfacción de su obra. Pero si hubiera sido poco el rigor de aquella condena, en una sentencia que no hacía la menor referencia directa ni a las peticiones del fiscal ni a las alegaciones de la defensa y que apreciaba delitos y penas distintas de los que el propio Ministerio Público había exigido, el defensor, Capitán Mangada, fue internado correctivamente con quince días de arresto en un castillo, junto al Pirineo.

En 1930 vuelve a ser detenido Francisco Largo Caballero con motivo de los sucesos de Jaca, lógicamente comprometido en

LA ACTIVIDAD SINDICAL Y POLITICA DE LARGO CABALLERO ATRAVESO A MENUDO NUESTRAS FRONTERAS. ASI, POR EJEMPLO, CUANDO ENCABEZO —JUNTO A ARAQUISTAIN Y FERNANDO DE LOS RIOS— ESTA DELEGACION ESPAÑOLA A LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DEL TRABAJO, QUE TUVO LUGAR EN WASHINGTON.

el derrocamiento de la Monarquía y en la lucha por la República. Fue Prieto el encargado por los que se aglutinaban alrededor del llamado pacto de San Sebastián de conseguir la adhesión de Largo Caballero a este intento, y así como Alvaro de Albornoz no consiguió la colaboración y ayuda de Julián Besteiro, Largo Caballero definió rápidamente su posición, entusiasta y activa, formando parte del Comité Revolucionario con el invitante y don Fernando de los Ríos, quedando históricamente estampadas sus firmas en el manifiesto que dicho Comité dirigiera a la población española.

En el folleto que el 1 de agosto de 1945 en Berlin, en el Cuartel General de la Comandancia del Ejército Ruso de la Ocupación, escribió Largo Caballero bajo la rúbrica «Carta a un obrero», nos dice:

«Hace algunos años en un mitin celebrado en el Cine Pardiñas de Madrid hablamos Besteiro, Saborit y yo. En mi peroración dije, si me preguntan qué es lo que quiero, contestaré, República, República, República. Hoy si se me hiciera la misma pregunta respondería, Libertad, Libertad, Libertad. Pero libertad efectiva; después ponga usted al régimen el nombre que quiera».

Tan evidente era para Largo Caballero lo que la Monarquía y República suponían para el movimiento obrero, que aquellos seis diputados socialistas dedicaron principalmente su atención, en el Congreso, al famoso debate sobre las responsabilidades de Marruecos, que de forma tan directa afectaban a la corona.

El Comité revolucionario propulsor de la República quedó convertido, el 14 de abril de 1931, en el primer Gobierno provisional, y en el Gobierno definitivo fue Largo Caballero Ministro de Trabajo con Alcalá Zamora.

Como consecuencia de las elecciones de 1933 y la política conservadora «bienio negro», y partiendo siempre de la base de la situación que atravesaba el país, Largo Caballero se tiene que enfrentar seriamente, y de nuevo, con la realización de su vocación revolucionaria. Si en la campaña electoral de octubre de 1933 afirma repetidamente «queremos triunfar empleando la lucha legal» y ve posible la socialización por vía constitucional, a través de la propia constitución que los socialistas habían ayudado a aprobar en 1931, en la que Araquistain había dejado su sello al definir a España como una República de trabajadores de todas clases, y en la que también se habían empezado a po-

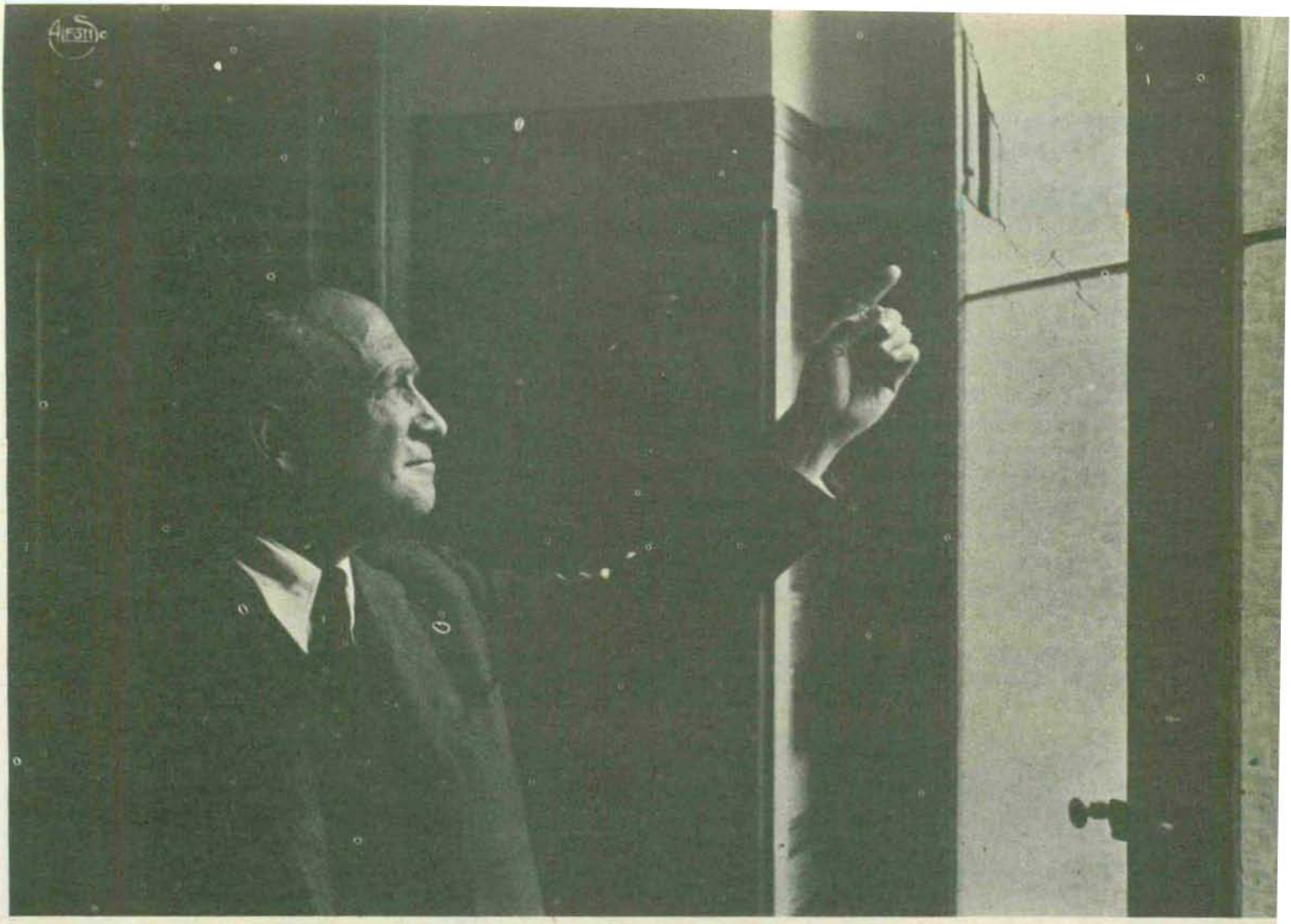
ner los hitos que permitieran una política de nacionalizaciones, lo que él consideraba expulsión del Partido Socialista del poder, por defender una República con auténtico sentido social, que buscaba la protección de los trabajadores, y cuyo poder se dedicaba exclusivamente a la persecución de los socialistas y del movimiento obrero, en 1934 debe hablar de la conquista revolucionaria recordando «que la nobleza no abandonó el poder por su propio deseo ante la clase burguesa, sino por la revolución, y la clase burguesa tampoco abandonará este usufructo más que ante la revolución misma». El aumento importante del paro, la inviabilidad de la reforma agraria, el panorama exterior con el fascismo perfectamente asentado y su preparación en nuestro país de forma clara, no permitían pensar en transformaciones por la vía democrática hacia el socialismo, cuando los detentadores del poder utilizaban éste para ir desmontando, con toda clase de arbitrariedades, el poder obrero.

El incremento del peso de las Juventudes Socialistas en el seno del P. S. O. E., opuestas al parlamento estéril, excitadas por la constante violación de la propia legislación social vigente y el importante hecho de que las organizaciones obreras fuesen adquiriendo una formación política teórica marxista, que intuyeron sus fundadores y veteranos pero que no tuvieron ocasión de adquirir en la mayoría de los casos, llevaba lógicamente a las organizaciones de clase a una radicalización.

Nuevamente su participación en la revolución de octubre de 1934 supone para Francisco Largo Caballero el procesamiento y el ingreso en prisión. En este período carcelario coincide en la cárcel con Barbeito, y resulta absuelto de un delito revolucionario por la magnífica defensa que hizo el famoso criminalista y socialista Luis Jiménez Asua.

En este apresurado repaso de una biografía de rebeldía y combate hemos de hacer un paréntesis, desde las elecciones del Frente Popular hasta la presencia de Largo Caballero en Francia, donde se inicia el último período de persecuciones que aureola su historia. Largo Caballero, perdida la Guerra Civil, llega a Francia enfermo, con una dolencia crónica de carácter circulatorio en una pierna, y pasa a vivir a Albi. Rechaza los ofrecimientos que se le hacen para cruzar el Atlántico, y el día 30 de noviembre de 1940 es «requerido» por el comisario Sr. Guelin para acompañarle a la gendarmería, donde vista su enfermedad, se ordena su internamiento en una clínica, más con carácter de detención que de cuidados. Formulada contra él mismo una demanda de extradición desde España, empieza su recorrido carcelario por las ya citadas prisiones de Aubusson y Limoges, donde coincide con Federica Montseny, para continuar a Perigueux. Tramítase la petición extradictoria en el Palacio de Justicia de Limoges, resultando ésta denegada, pero ello no supone la libertad para Largo Caballero, que a la salida de la vista era nuevamente detenido por la policía para ser, primero, confinado en Vals Les Bains, y entregado luego a la Gestapo ale-

CONTANDO CON LARGA EXPERIENCIA COMO ORADOR, LARGO CABALLERO POSEIA UNA GRAN CAPACIDAD PARA INTERESAR Y CONVENCER A SU AUDITORIO. LA CLARIDAD Y FIRMEZA DE CUANTO EXPONIA ENTUSIASMABA A LOS OYENTES, COMO SUCEDIO EN ESTE MITIN DEL 15 DE FEBRERO DE 1936, TENIENDO COMO ESCENARIO EL MADRILEÑO CINE EUROPA. (FOTO ALFONSO).



A MEDIADOS DE MARZO DE 1936, LARGO CABALLERO SUFRIO UN ATENTADO EN SU PROPIA CASA DE LA CALLE VIRIATO, EN MADRID: VARIAS BALAS, DISPARADAS DESDE EL EXTERIOR, ENTRARON EN SU DOMICILIO POR UNA DE LAS VENTANAS, PERO SIN HERIRLE. EL DIRIGENTE SOCIALISTA MUESTRA AQUI AL FOTOGRAFO ALFONSO LOS ORIFICIOS CAUSADOS POR DICHAS BALAS.

mana y conducido e internado en Oraniemburgo.

Su estancia en dicho campo la refleja el propio Caballero al escribir a Prieto a Nueva York diciéndole:

«Lo más terrible es que los nazis habían llegado a hacer una ciencia y una técnica de la crueldad. Perseguían sistemáticamente la animalización de las gentes a las que consideraban enemigas. En buena parte lograron su propósito. He observado casos de abyección verdaderamente lamentables. El instinto de conservación y el egoismo empujan a los hombres a situaciones morales y a actitudes que son las que nuestros verdugos buscaban para presentarnos ante el mundo como gentes indeseables. Los que no hemos sucumbido hemos adquirido una experiencia sobre la humanidad que resulta verdaderamente interesante. Fui liberado el 24 de abril por tropas polacas. Me trataron bien. El 15 de mayo pasé a depender del Estado Mayor Ruso. Si no hubo tanta cordialidad como por parte de los polacos, me dispensaron un trato correcto y desde el punto de vista material bueno. Me invitaron a ir a Moscú. Rehusé porque creía que no yendo a Rusia vendría antes a Francia. Luego no ha sido así».

Vuelto a Francia en interminable convalecencia y desesperado intento de recuperación, los cuidados de José Calviño y de su hija Carmen no son suficientes para impedir el inicio de su proceso agónico. Un cólico nefrítico, junto a la enfermedad circulatoria de la pierna, obligan el 9 de febrero de 1946 a internarle en la clínica Lyautey, donde se le ha de extirpar el riñón derecho, y para impedir la inundación de la gangrena que afectaba al pie izquierdo, ha de amputársele la pierna a la altura de la rodilla. El 23 de marzo de 1946 fallece Francisco Largo Caballero y, tras un entierro en auténtico olor de multitud, quedan depositados sus restos en el cementerio parisién de Pére Lachaise frente al muro en que están inhumados los mártires de la comuna de 1871. Pero Francisco Largo Caballero no sólo fue perseguido por aquellos que antagonizaban en ideas políticas e intereses, sino incluso fue objeto de las calumnias, difamaciones y odios de pretendidos correligionarios suyos que, tergiversando la verdad y por intereses personales, habían de rechazar el más firme carácter que poseían contra la

hipocresía, el arrivismo, la claudicación y la cobardía moral.

El propio Largo Caballero, en la citada carta de 15 de octubre de 1940, previa a su tortura nazi, se queja amargamente de que «después de la crisis de mayo de 1937 el Gobierno del Sr. Negrín y las ejecutivas del Partido y de la U. G. T., en unión del Partido Comunista, me han seguido persiguiendo en España, hasta el punto de quererme fusilar en unión de mi amigo D. Luis de Araquistain, según testimonio de D. Manuel Azaña en declaración hecha el 5 de septiembre de 1940, y en la emigración en Francia han procurado aislarme todo lo posible».

Y precisamente a esa persecución, no de las fuerzas antagónicas, sino de quienes habían recibido y aprovechado el impulso unitario de Largo Caballero se debió fundamentalmente su defenestración en el año 1937. El incidente con el embajador ruso y con Alvarez del Vayo iniciaba la más contumaz campaña de desprestigio y de calumnias contra el Presidente del Gobierno, en el que lo que de verdad se debatía era la dirección de la Guerra Civil desde el campo republicano, o el aprovechamiento de esta situación bélica para la hegemonía de un partido y la reducción de aquella confrontación a una probeta más del laboratorio en el que se experimentaban los intereses de las potencias, a enfrentarse en breve plazo, con absoluto desprecio de lo que estaba ocurriendo en la «piel de toro».

LA POLEMICA

Desde la posición de utilización de la propia legalidad monárquica, del período primorriverista,

EN PLENA GUERRA CIVIL, VEMOS A LARGO CABALLERO EN COMPAÑIA DE UN GRUPO DE MILICIANOS SOCIALISTAS. TRAS LA TERMINACION DEL CONFLICTO BELICO, EL QUE LLEGARA A SER PRESIDENTE DEL GOBIERNO SUFRIO UN DURISIMO EXODO POR CAMPOS DE CONCENTRACION FRANCESES.

de la actuación en el Congreso y en el Ministerio de Trabajo, hasta el llamado período de radicalización previo al Frente Popular y responsabilidades durante la Guerra Civil, ningún estadio de la vida política y sindical de Francisco Largo Caballero se ha visto privado de la polémica y la discusión.

Los historiadores y los sociopolíticos suelen generalmente asumir y justificar alguno de sus períodos vitales, rechazando el resto, y quizá porque en el análisis de esta alucinante biografía faltan aún muy importantes datos, no sólo sobre la situación del país, sino también sobre la propia historia de las organizaciones en que Largo Caballero militó y que, sin condicionar sus actitudes, marcaban fundamentalmente sus posiciones ya que al fin y al cabo él estaba obligado en todo momento a cumplir aquellos acuerdos y a realizar aquellos deseos que mayoritariamente surgían de quienes habían depositado en él la confianza.

Pero ha de rechazarse seriamente toda alegación de oportunismo que sobre él quiera volcarse al no entender sus cambios de actitud, que ciertamente no se produjeron en él en exclusiva, sino que también son apreciables en los personajes políticos de aquella época.

Mantener la tesis de un oportunismo largo-caballerista en quien intentó hasta la saciedad utilizar la legalidad y las situaciones de hecho para ir creando y creando nuevas condiciones políticas que permitieran la construcción de la sociedad socialista, por el hecho de que, resultando esto imposible, enarbolara postulaciones más radicales, obligaría a transcender este juicio de oportunismo a otras muchas personalidades que también tienen a lo largo de su historia esa pretendida nota contradictoria.

¿Qué decir entonces de un Besteiro, opuesto a la colaboración republicano-socialista, a la participación en Gobiernos republicanos, participando en el Comité de Huelga del 17, y obligado liquidador de la contienda civil con la Junta de Casado?

¿Qué adjetivo merecerían quienes también, defensores acérrimos de la monarquía, pervivieron durante el período republicano con claras y expresas manifestaciones de adhesión y juramentos de fidelidad, para sublevarse posteriormente contra ella?

Unos y otros, y Largo Caballero entre ellos, fueron protagonistas desde cada campo de una lucha de clases que no se desarrolla ni en campos ni en condiciones favorablemente escogidas, sino en las que la propia realidad determina, y la lógica impone que unos y otros aprovechen cuantas ocasiones se le ofrecen, pretendidamente legalistas y esencialmente revolucionarias o reaccionarias, para defender los intereses de explotación o de transformación radical que les guían.

Andrés de Blas Guerrero, en el número 8 de la revista «Sistema», en su trabajo sobre la radicalización de Francisco Largo Caballero que circunscribe al período 1933-1934, sienta como «punto de partida» la negación de un desarrollo coherente del Largo Caballero anterior a la República y Ministro Republicano, al Largo Caballero de octubre de 1934. Parte de conceder una gran importancia al voluntarismo revolucionario del sector izquierdista del P. S. O. E., a la frivolidad como duramente lo enjuicia Malefakis, al excesivo optimismo como subraya Brenan, a la aguda denuncia —por encima de los alegatos de Largo a las leyes científicas del Socialismo— sobre su consideración superficial de la política.

Para Andrés de Blas Guerrero, «la colaboración era el único camino coherente que unos hombres con **intención revolucionaria** y sentido de la realidad económica social y política de la España de los años 30 podían adoptar. La crítica del sector radical del socialismo español debe iniciarse en el punto en que, por causas más o menos comprensibles, se inicia el camino desbordado de la euforia socialista».

Pero tras esta afirmación, Andrés de Blas Guerrero tiene que reconocer que «eran realmente muy poderosas las razones que aconsejaban un alto en la identificación República-socialismo».

Largo Caballero, según nos ha dicho Enrique de Francisco, fue el más resuelto defensor de tal participación, librando batallas por ello con sus propios compañeros de ejecutiva, porque precisamente sabía que aquella realidad económica, social y política le forzaba a no estar ausente bajo ningún concepto en la construcción del nuevo régimen, y ello en nada contradice el que, modificadas las mismas circunstancias en que dicha colaboración se planteara, modificara él a su vez, y no personalmente sino por resolución de sus organizaciones, la posición a adoptar, cuando además aquella República iba convirtiéndose poco a poco, quizás por haber nacido ya así, en un puro instrumento de opresión de la burguesía.

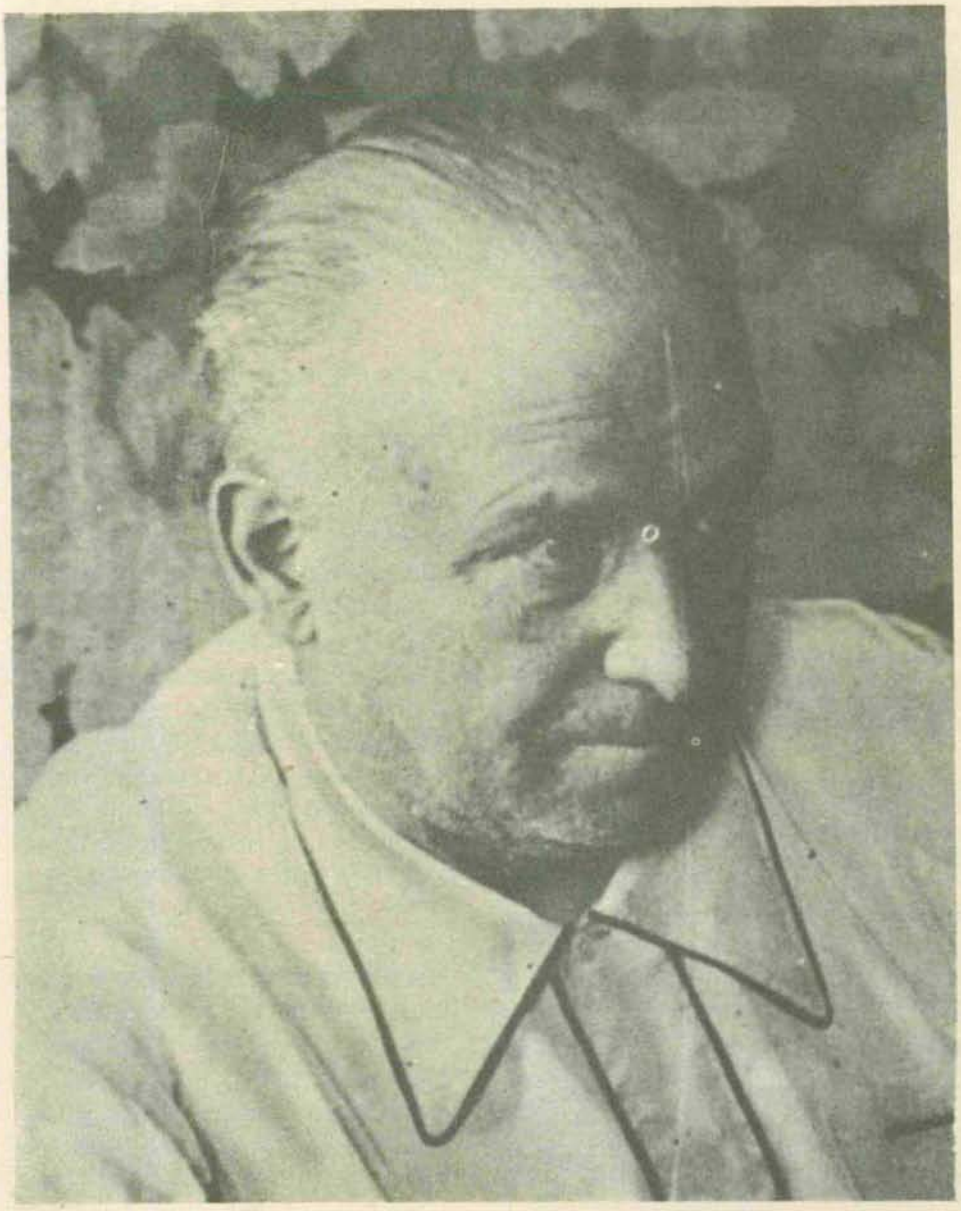
Este período de presencia, que no de colaboración o creencia, en las instituciones republicanas, es enjuiciado críticamente por Marta Bizcarrondo en su meritoria obra «La crisis socialista en la Segunda República», publicada en la revista del Instituto de Ciencias Sociales de la Diputación de Barcelona, número 21. Para Marta Bizcarrondo, «entre 1933 y 1936 todos los discursos en mítines, actos de propaganda electoral o conmemorativos, de

14 DE ENERO DE 1937: EL GOBIERNO REPUBLICANO ESTABLECIDO EN VALENCIA ORGANIZA EN ESTA CIUDAD UN HOMENAJE A LOS NIÑOS ESPAÑOLES. EN MEDIO DE LAS PANCARTAS EXHIBIDAS EN LA MANIFESTACION, FIGURA ESTE GIGANTESCO RETRATO DE LARGO CABALLERO, POR ENTONCES JEFE DEL GOBIERNO DEL FRENTE POPULAR

Largo consisten en la constante búsqueda de una respuesta a dos preguntas centrales: ¿por qué se encamina España a una revolución socialista?, ¿por qué no cabe ya esperar reformas sustanciales en un régimen de democracia burguesa? Respuestas que Largo Caballero intentaría adecuar, buscando una estricta fidelidad al marxismo, al nivel de los auditorios a que se dirigen». Sostiene Marta Bizcarrondo que se produce en Largo Caballero una autocrítica, dado que los hechos le han conducido a la conclusión de la impotencia del reformismo, pero yo diría que no tanto de la impotencia del reformismo, sino de la desaparición de las circunstancias en las que aquel reformismo era necesario, conveniente y viable, pero que ya había dejado de serlo.

Si Largo Caballero y los militantes del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores habían pensado que para transformar el régimen económico era necesario llevar a los Municipios, a las Diputaciones, al Congreso cuantos mejores elementos y más preparados se pudiere, nada obstaculizaba que cuando aquellas instituciones hacían del juego democrático o mayoritario un instrumento precisamente para la opresión y aniquilamiento de las organizaciones políticas de clase, se reaccionara radicalmente en la defensa de aquéllas. Y esa radicalización no era la obra voluntarista o caprichosa de un hombre o un líder, sino la respuesta obligada a una situación nacional e internacional que empujaba el proceso tantas veces repetido de una lucha de clases. La llamada «recuperación de la República» no era ya el problema que afectará a socialistas y republicanos, pues lo que se estaba configurando era el serio enfrentamiento entre la democracia y fascismo.

En el «Anticaballero» de Coca, se llega a decir que no se podía



UN COLICO NEFRITICO, ASI COMO COMPLICACIONES CIRCULATORIAS EN UNA PIERNA, OBLIGAN EL 9 DE FEBRERO DE 1946 A INTERNAR A LARGO CABALLERO EN LA CLINICA FRANCESA DE LYAUTEY. ALLI HA DE AMPUTARSELE DICHA PIERNA Y EXTIRPARLE EL RIÑON DERECHO. SE MANTENDRIA VIVO POCO MAS DE UN MES, DENTRO DEL PERIODO AL QUE PERTENECE ESTA FOTOGRAFIA.

polemizar contra Largo Caballero basándose en ideas, ya que el ideario de Largo Caballero era inédito para todos y para él mismo, y que lo más que poseía era la dialéctica del oportunismo, creyendo en él los trabajadores ciegamente por haberles prometido su redención a plazo fijo en un zafarrancho definitivo. Estas frases de auténtica demagogia y que realmente se vierten al servicio de los intereses de un sector conservador del Partido Socialista Obrero Español, resultan contestadas con sólo examinar todo ese ideario contenido, apuntando con más o menos profundidad según lo permitían las circunstancias, en el conjunto de leyes que de la mano de Largo Caballero fueron promulgadas y que resultaban violentadas por la Patronal hasta el extremo de que, según el Boletín del Ministerio de Trabajo y Previsión Social, las infracciones patronales constatadas por los inspectores del Ministerio de Trabajo fueran superiores en un 83% a las infracciones de posible comisión obrera.

Ricardo de la Cierva, en su obra «La Historia perdida del Socialismo Español», tiene que reconocer que Francisco Largo Caballero es uno de los pocos políticos de envergadura que se han dado en la España contemporánea, y comprende que incluso por encima de su propio criterio las condiciones en que se coloca al movimiento obrero y a la izquierda a partir de las elecciones de 1933 no podían tener otra respuesta.

Postular como tesis frente a la llamada radicalización de Largo Caballero, la revolución de octubre de 1934, las elecciones del Frente Popular y el alzamiento contra la República, la existencia de una posibilidad por mínima que fuera de «recuperar la República», era olvidar o despreciar todos los datos socioeconómicos y políticos que a nivel nacional e internacional marcaban la pauta.

El que, por circunstancias de todos conocidas la obra y las tesis políticas de Largo Caballero no hayan sido ampliamente divulgadas, no permite tampoco presentarle como una pura amalgama de actitudes prácticas sin contenido ideal alguno, pues basta repasar sus discursos y los órganos de expresión del Partido Socialista Obrero Español y de la U. G. T. de aquella época, para ver cómo desde «Renovación», «Leviatán», «Claridad», y el propio «El Socialista» se postulaba la transformación de la estructura económica española, con un programa de nacionalizaciones de la tierra, la Banca, la gran industria, oposición a la carrera de armamentos, construcción de escuelas, previsión social, etc. No puede olvidarse que Francisco Largo Caballero, además de haber sido gerente y presidente de la Mutualidad Obrera, fue también presidente de la Cooperación Socialista Madrileña de la que aún quedan vestigios en cuanto a las colonias y residencias construidas por aquélla.

Para la propia Federica Montseny, cuya posición crítica con los socialistas no es necesario recordar y que tenía con Caballero muy considerables discrepancias, Largo Caballero fue siempre un hombre recto, templado, entero, y en todo caso unitario con la mirada puesta exclusivamente en el proletariado.

Ese sentido unitario es el que le permite en la revolución de octubre de 1934 que sean las alianzas obreras las que se adhieran incondicionalmente a su llamamiento, y es también el que desde el verano de 1936 lleva al Gobierno a todas las fuerzas obreras, ordena la nueva vida económica y política de un país en guerra, organiza el Ejército y realmente no culmina su obra porque tal sentido de unión se ve contradicho con la política del Partido Comunista y de miembros de su propia organización.

El ideario de Francisco Largo Caballero se vierte fundamentalmente, escasas fechas antes de su muerte, en la ya citada «Carta a un obrero», en la que no queda una parcela de nuestro panorama político sobre el que él errónea o acertadamente, con mayor o menor perfección, no dé prueba de un conocimiento muy serio de la problemática española, siendo fundamentalmente dicha obra un canto a la esperanza para la restauración de aquellas situaciones que cree las más convenientes para su pueblo.

Dice en él textualmente: «Después de muchas y detenidas reflexiones, he adquirido el profundo y firme convencimiento de que para la reconstrucción nacional y la instauración de un régimen efectivamente democrático en el orden político, económico y social, no serán eficaces las fórmulas políticas y económicas indefinidas de antes de la guerra civil; se harán necesarios otros métodos nuevos y enérgicos aplicados gradual e inteligentemente, pero con perseverancia y sistemáticamente».

He de finalizar este imperfecto e insuficiente apunte de recuerdo de una de las más importantes personalidades del socialismo y sindicalismo españoles, lamentando que no se haya aún devuelto su figura a nuestro pueblo y agradeciendo haber podido aprender algo en la consulta, que quizá no he sabido aprovechar suficientemente, de las citadas obras de Andrés de Blas Guerrero, Marta Bizcarrondo, los trabajos de Luis García San Miguel, y las conferencias y apuntes de Arsenio Gimeno, los libros de De la Cierva y Saborit y finalmente, el folleto que con motivo de su muerte se publicara por el Partido Socialista Obrero Español en Tolouse en marzo de 1947, sin olvidar tampoco el recuerdo que de Largo Caballero nos han podido transmitir personas allegadas al mismo como don José Calviño, Máximo Rodríguez, y todos aquellos otros cuya enumeración o cita haría interminable este bosquejo. ■ **P. C.**

FRANCISCO LARGO CABALLERO MORIA EL 23 DE MARZO DE 1946, SIENDO SUS RESTOS ENTERRADOS —TRAS UN ENTIERRO MULTITUDINARIO— EN EL CEMENTERIO PARISINO DE PERE LACHAISE, FRENTE A LOS MARTIRES DE LA COMUNA. «EL SOCIALISTA» LE DEDICÁRIA ENTONCES ESTA PORTADA

« Los Socialistas no mueren. Se eclipsan! »
Pablo IGLESIAS

EL SOCIALISTA

ORGANO del P. S. O. E. y patronato de la U. G. T.

Suplemento al numero 5.302 de "EL SOCIALISTA"

« YUNQUES, SONAD - ENMUDECED, CAMPANAS »

Francisco Largo Caballero

HA MUERTO

Contribución a la historia del Partido Socialista Español

JUSTO MARTINEZ AMUTIO

Desde 1920 Justo Martínez Amutio militó en el Partido Socialista Obrero Español, dentro del que fue secretario general de la Federación Socialista Valenciana y miembro del Comité Nacional, ocupando también diversos cargos de Gobierno durante la guerra civil y actuando como compromisario por Valencia para la elección de presidente de la República en mayo de 1936. Se trata, pues, de un protagonista de los hechos acaecidos en España durante los años treinta y, más directamente, de todo lo relativo al Partido Socialista. En el escrito del señor Martínez Amutio que a continuación publicamos, él expresa sus opiniones personales en torno a una serie de puntos de la historia del Partido Socialista Español planteados en nuestro anterior número por el profesor Edward Malefakis a través de una amplia entrevista. Igual que entonces recogimos las palabras del historiador norteamericano, hacemos ahora con las del señor Martínez Amutio, sin que —insistimos— nuestro papel vaya más allá de transmisores de los juicios individuales de un protagonista histórico.

EL profesor Malefakis ha publicado un trabajo, anticipo de una historia del Partido Socialista Obrero Español, que está escribiendo en el que, en base a unas cuantas preguntas, hace una serie de consideraciones y juicios sobre las circunstancias que se dieron, en hechos y actitudes en la etapa de 1931 a 1933 y desde estas fechas a 1936, actitudes que están casi centradas en las que adoptaron Largo Caballero y Prieto como líderes de las dos tendencias en que se dividió, a mediados de 1935, el P. S. O. E., consideraciones y juicios, que creo le hacen incurrir en error en algunos de ellos. Creemos que si el análisis de los hechos y actitudes que se enjuician no se hace guardando cierto orden cronológico se puede incurrir en deducciones confusas y arbitrarias con lo que resultaría deformada la Historia. Nuestro deseo es aclarar al profesor Malefakis algunos puntos, con el fin de que su propósito resulte más acertado. No dudamos de la objetividad de este historiador, por eso nuestro deseo de las aclaraciones que más adelante hacemos.

La palabra «desencanto» que aplica a Largo Caballero y los socialistas al término de la etapa de colaboración con los republicanos, creo no es la adecuada. Estaría mejor calificar aquel estado de ánimo de frustración. El ritmo de las reformas durante los dos primeros años de la República no podía satisfacer a Largo Caballero ni a los trabajadores que nos habíamos forjado una esperanza el 14 de abril de 1931. Pero él y muchos socialistas ya habíamos advertido que en algún momento los republicanos «frenarían» nuestras aspiraciones. Porque pronto se puso de manifiesto lo que respecto al programa de reformas

sociales pensaban aquellos aliados republicanos, durante la discusión del proyecto de Constitución y sus Leyes Fundamentales. Que las derechas y elementos conservadores manifestasen oposición a todo lo que Largo Caballero presentaba como base de legislación social para proteger y defender a la clase obrera, no podía extrañarnos, era natural en aquel sector de la sociedad. Lo que sí tenía que sorprender era que a esa oposición se sumasen los que tenían el compromiso de implantar dicha legislación, por tanto, el pensamiento de «desencanto» que le atribuye, se manifestó cuando adquirió el convencimiento de que no podía constituir esa sociedad nueva que usted señala como paso previo a una sociedad socialista.

Pero en ese pensamiento no encaja el que le atribuye, la colaboración para gobernar con los anarcosindicalistas. Ignoro de dónde habrá sacado usted esa errónea deducción. Un simple estudio de la actitud en que se encontraba aquella fuerza obrera desde que se proclamó la República obliga a desechar lo que supone en la actitud de Largo Caballero. Se quería la unidad sindical y esto se sentía desde mucho antes. En 1916 se declaró una huelga general en toda España, en una unidad de acción entre la U. G. T. y la C. N. T., que fue un éxito, pero sorpresa y aviso para muchos. En 1917 se repetiría la unidad de acción para la huelga revolucionaria de agosto. En ambas ocasiones el negociador de aquella unidad fue Largo Caballero, que, además, firmó el pacto. Siempre estuvo en la mente de Largo Caballero y en la de sus compañeros que crear una sociedad socialista en la situación en que se encontraba España entonces, traería muchas dificultades. Eramos conscientes de la realidad española, en todos los aspectos, y no era Largo Caballero hombre dado a las aventuras. La decisión de cesar en la colaboración con los republicanos y presentar candidatura propia en las elecciones anunciadas, se llevó a cabo en un Comité Nacional después de la salida del Gobierno. Pero en esta decisión se advertía que deseábamos mantenernos dentro de la legalidad republicana y que las leyes promulgadas debían cumplirse rigurosamente.

La radicalización que Malefakis señala se daría más adelante. Durante la colaboración se pudo comprobar que los republicanos obraban con mala fe ante la lealtad con que los socialistas cumplían sus compromisos. Los republicanos de izquierda hicieron mucha demagogia y escasa labor positiva: eso fue lo que en realidad le dio impopularidad al Gobierno de Azaña. Además, a esa demagogia se sumaba la mala fe de querer hacer ver que de todas las cosas malas que ocurrían, éramos culpables los socialistas. Hacia ellos se pretendió desviar —y se desvió— el rencor de los moderados y de las derechas. Los socialistas no hicieron política para «la galería» durante las Constituyentes. Sin embargo, aquellos republicanos más o menos históricos y sus «jabalíes» amenizaron los debates sobre la Constitución y sus leyes, con una estúpida intransigencia y agresividad demagógica. ¿Qué tenía de contenido social y realista lo que presentaron como programa para el ordenamiento y base de la República aquellos radicales - socialistas, los de Acción Republicana de Azaña y otros grupos similares? Nada, absolutamente nada Habíamos comprobado claramente el comportamiento de aquella gente, entre los que hubo escasas pero honrosas excepciones.

No acierta al considerar a Gordon Ordax y Sánchez Román como lo hace. El primero nunca fue el líder de los radicalsocialistas; quiso serlo, que no es lo mismo. Con ideas a veces extravagantes y contradicciones frecuentes, nunca dominó aquella ficción de partido donde había infinidad de tendencias. En cuanto a Sánchez Román, me parece que padece usted espejismo ante la resonancia de su nombre como intelectual. Lo que él llamaba «su» partido, era también otra ficción. Unos cuantos intelectuales recelosos y enemigos de todo lo que significase un profundo avance social, carentes, en absoluto de fuerza política. El prestigio intelectual de muchos hombres como él que quiso poner en juego, sin tener una base política firme fue muy perjudicial para la República a la que debían su nombradía. Ejemplo: aquel desdichado grupo «Agrupación al Servicio de la República» repleto de talentos, que fue un verdadero desastre para la República. Fueron contadísimos los que justificaron la admiración que el pueblo sintió por ellos. Había razón para hablar de «traición». Nuestra radicalización al decidir no colaborar como antes, no favoreció a aquellos republicanos, como usted piensa. Estaban ya «quemados» y señalados aquellos demagogos, por su incapacidad y otras cualidades nada favorables. Ninguno consiguió acta de Diputado en las Cortes de 1933. ¿Le dice algo el que para lograr que Azaña tuviera acta en el nuevo Parlamento tendría que imponer Prieto su nombre en nuestra candidatura por Bilbao, desplazando al otro candidato nombrado por el Partido, Julián Zugazagoitia? El «clima» que habían dejado los republicanos de izquierda era desolador. No podíamos, ni queríamos, repetir el ensayo de las Constituyentes.

Usted altera épocas, situaciones y actitudes. De esa forma, como le digo antes, no es posible hacer con exactitud un análisis histórico. La quiebra de confianza de los republicanos hacia nosotros, no se dio cuándo ni como dice. Estaban recelosos, como siempre, pero ¿cómo se explica la insistencia de ir unidos nuevamente a las elecciones y colaborar de nuevo en el Gobierno? En su apreciación se equivoca, amigo Malefakis. Fue a la inversa aquella quiebra: la relativa confianza de la clase obrera en ellos —nunca la tuvimos total— fue la que se quebró.

Lo que Madariaga pueda decir, le recomiendo no le dé mucho crédito. Se ha creído ser el primer historiador de España y en lo que respecta a la política a partir de 1931 obra y escribe como un perfecto ignorante, como un resentido, como un fatuo oxforniano que cree que con esta condición puede apabullar a todo el mundo. Versátil y ambicioso ha navegado por todos los vientos. Defraudado en muchas ocasiones ante lo que ambicionaba, le quedó un rencor enfermizo hacia todos los que consideraba culpables del fracaso de sus ambiciones. Distinguía con este rencor a Largo Caballero, a Azaña, a Prieto, a Besteiro y a todo aquel que suponía le hacía sombra. Y desde luego los socialistas éramos los preferidos en sus aberrantes desprecios.

Araquistain (1) y Alvarez del Vayo no ejercían la influencia que Madariaga dice sobre Largo Caballero. Inventó esa leyenda para mortificar a uno y otros. Era natural que los juicios y consejos que pudieran darle aquellos dos compañeros, destacados por su profesión y el conocimiento de la política nacional e internacional, serían muy tenidos en

cuenta, pero no influían en sus decisiones más que cualquiera otro de los compañeros de dirección o colaboradores íntimos. No era hombre que se dejase «conducir» y manejar. Tenía criterio e ideas propias sobre todos los problemas que afectaban a la clase trabajadora y a la nación que las sometía al juicio de los compañeros. Y dice usted bien; la única influencia a que era sensible Largo Caballero era la que dimanaba de la clase trabajadora en general, no solamente de la de las filas socialistas. Sabía muy bien las posibilidades de la clase obrera española y no se dejaba llevar de ilusiones. Siempre estaba muy bien informado, pues tenía organizado un servicio de información y colaboradores confidenciales que le daban a conocer la situación real del país en todo momento.

Era —no lo parecía como dice usted, Malefakis— consciente de todo lo que de bueno y de malo se daba en nuestro país. Es cierto que corrigió algunos decretos, pero no porque los encontrase injustos o inapropiados, sino para darles mayor flexibilidad en su aplicación. Comprendo su sorpresa ante la lectura de aquel Decreto de 1931 que señala y su preámbulo. Debe saber que, en la inmensa mayoría de los casos, los textos y preámbulos de todas las disposiciones que se decretaban, estaban redactados por él. Existía una leyenda estúpida y casi injuriosa sobre aquel hombre, al que muchos no le querían aceptar como hombre de gobierno y dirigente, ni reconocer su extraordinaria inteligencia porque nó podía exhibir ni un simple diploma de bachiller. Como Prieto y otros muchos de nuestro partido, era un formidable autodidacta. Cuando se organizó y fundó en Washington la Oficina Internacional del Trabajo, la Internacional Sindical Obrera y la U. G. T. lo designaron como Delegado a aquella Conferencia organizada por la Sociedad de las Naciones en 1919. De su pluma salieron algunos de los artículos básicos que aún rigen hoy en esa organización de cuyo Consejo directivo formaría parte hasta 1940. El amigo Malefakis debía haberse documentado mejor sobre lo que hicieron y fueron los hombres del P. S. O. E. en la época que enjuicia. Las consideraciones y juicios que hace, posiblemente serían distintos.

Pasemos ahora a lo que Malefakis comenta sobre los «cambios» y radicalización del P. S. O. E. y las posiciones de cada líder, ya que personaliza en Largo Caballero y Prieto todo lo que se desarrolló en aquella época hasta 1936. Lo que yo considero primera etapa de no colaborar ni ir unidos con los republicanos, se decidió en C. N. con el voto afirmativo de Prieto. Cuando se vio la actuación de los primeros Gobiernos radicales y agrarios, ya con las Cortes del 33, por la que todas las leyes sociales promulgadas eran burladas descaradamente lo mismo que otras relacionadas con otros aspectos de la vida de la nación, la Comisión Ejecutiva convocó C. N. extraordinario para examinar la situación ya grave y ante los síntomas —que se confirmaron— de que el Presidente de la República, al reorganizar el Gobierno radical agrario fracasado, diese entrada a la C. E. D. A. Esta fuerza, heterogénea, ciertamente, nos preocupaba. Conocíamos muy bien todo lo que agrupaba. Como nos preocupaba lo ocurrido en Alemania con la implantación del nazismo, que con el golpe de Estado de Dolffus en Austria, había enfebrecido a las derechas españolas a las que sabíamos eran capaces de imitar y practicar aquí los métodos nazis y aun superarlos.

«AUNQUE QUISO SERLO, ORDAX NUNCA FUE EL LIDER DE LOS RADICAL - SOCIALISTAS. CON IDEAS EXTRAVAGANTES Y CONTRADICCIONES FRECUENTES, NUNCA DOMINO AQUELLA FICCION DE PARTIDO DONDE HABIA INFINIDAD DE TENDENCIAS».

Es cierto que hubo algo de euforia en el período 31-32, pero en el Congreso Nacional del P. S. O. E. de octubre de 1932 se examinó bien el aluvión de ingresos que presentaban las Delegaciones. Se llegó a la conclusión de que había que seleccionar los ingresos. Las organizaciones aplicarían las normas de organización rigurosamente. No hubo victorias fáciles, amigo Malefakis; nunca fue fácil para nosotros la lucha. Lo del «desencanto» que cita nuevamente, no existió. Ante las elecciones del 33, conocíamos bien la situación del campesinado que fue donde se produjo la erosión. La ofensiva de las derechas —oligarquía, Iglesia y caciquismo— y su propaganda, adquirió caracteres delirantes. Una clase media, como siempre versátil y temerosa, inclinada al que creía más poderoso, se unió a aquella masa acobardada ante el trato duro y cruel que durante el Gobierno de Azaña había recibido.

Cuando la reacción consiguió la mayoría en el Par-

lamento, se desató la furia y la ofensiva contra nosotros, contra la clase obrera. Nada detenía a los ansiosos de revancha. Nada de lo que dispuso y legislaron las Constituyentes fue respetado. El grupo de la C. E. D. A., que señala como el del «accidentalismo», quiso frenar un poco y ordenar algo positivo entre tanto atropello. Destacaron los que usted menciona, M. Jiménez Fernández y Luis Lucia, hombres capaces y responsables, dados al diálogo, constructivo como ahora se dice, pero eran minoría entre los que ya, francamente, querían la implantación de la dictadura fascista, como en Austria. El C. N. examinó serenamente la situación y por aclamación aprobó una nueva línea de actuación que dio a conocer. No fue programa, sólo unos puntos concretos como base de una actuación que se emprendería si no se rectificaba la actuación del Gobierno lerrouxista - agrario. El C. N. aprobaría también la declaración por la que se advertía al presidente de la República que si, como ya se proyectaba, entraba en el Gobierno la C. E. D. A., se declararía la huelga general revolucionaria en toda España. Este acuerdo fue aceptado por las Alianzas Obreras, constituidas ya en Valencia, Asturias, Galicia, Cataluña y otras zonas. Como en el del año anterior, votó afirmativamente Prieto. Y, además, debe tenerse en cuenta que consultadas las Federaciones Provinciales y ciertas organizaciones importantes, más de un 90 por 100 se mostraron de acuerdo con la decisión tomada. No fue decisión personal de nadie y menos de Largo Caballero, como se quiso dar a entender.

El triunfo del nazismo en Alemania fue dado a conocer por los socialistas en lo que como peligro representaba para España. Antes de la subida de Hitler al poder, el entonces embajador de la República en Berlín, Luis Araquistain, envió un informe confidencial a la C. E. del P. S. O. E. Al retirarle el placet Hitler y dimitir del cargo, publicó un artículo en «El Socialista», alertando sobre el peligro que para los trabajadores españoles representaba el nazismo. Las derechas fascistas españolas ya habían establecido contacto con los jefes nazis. No se creó lo que usted llama voluntarismo en el socialismo español; tampoco, aunque existía una situación de creciente desengaño, nunca hubo desesperación, como apunta. No debe tomarlo a vanidad, Malefakis, pero debía saber, al haber investigado a fondo sobre nuestra historia, como supongo, que los socialistas espa-

«LO QUE MADARIAGA PUEDA DECIR, LE RECOMIENDO QUE NO LE DE MUCHO CREDITO. EN LO QUE RESPECTA A LA POLITICA A PARTIR DE 1931, OBRA Y ESCRIBE COMO UN PERFECTO IGNORANTE, COMO UN RESENTIDO, COMO UN FATUO OXFORNIANO QUE CREE QUE CON ESTA CONDICION PUEDE APABULLAR A TODO EL MUNDO» (EN LA FOTO, MADARIAGA YENDO HACIA EL PALACIO DE LAS NACIONES EN GINEBRA DURANTE SEPTIEMBRE DE 1935).

ñoles mantuvimos siempre la serenidad ante las situaciones más adversas y trágicas. Sabiendo calcular friamente todas las posibilidades favorables o adversas que se presentaban en cada problema. Aunque no éramos insensibles y nos sentíamos a veces emocionados, esto no nos empujaba a desechar razones lógicas de los hechos. No existía ese voluntarismo ni las motivaciones emocionales decidían nuestras acciones. Esto quedó demostrado muchas veces a lo largo de nuestra Historia.

La ingenuidad de los republicanos y algunos socialistas —no hay por qué ocultarlo— adorando a la diosa «Legalidad» aun comprobando cómo era burlada, no era compartida por nosotros. Ante la amenaza de la C. E. D. A, influenciada ya por el fascismo y el nazismo, nos hicimos la misma pregunta que formula. Tomamos la decisión ya citada, utilizar la única arma que disponíamos, la huelga revolucionaria con todos sus riesgos y consecuencias. Puede admitirse eso del temor que señala en sus juicios, pero no lo de la extrema confianza en nuestras propias fuerzas. Era natural lo primero; sabíamos lo que el enemigo representaba y proyectaba. Nuestras razones defensivas eran, ante todo, las de nuestra propia organización y si para ello era necesario defender nuestra base operativa, hasta entonces la República, era natural que la defendiésemos, aunque ya, en junio del 34, esa defensa no era objetivo esencial nuestro. Habíamos luchado dentro de ella y defendido lealmente, pero habíamos sido defraudados y, en algunos aspectos, traicionados. Teníamos derecho a escoger otra vía de acción como medio para cumplir nuestro objetivo; era necesario cambiar la fisonomía de la República, aunque no rotundamente y de inmediato. El concepto «dictadura del proletariado» que se expondría más adelante, no para octubre —fíjese bien—, era alarmante para ciertas gentes. Pero sigamos con lo del 34. Malefakis ignora que entre el 20 de septiembre y el 3 de octubre del 34 se registraron ciertos hechos que pudieron evitar tanto la entrada de la C. E. D. A. en el Gobierno, como la huelga general, pero todo aquello ni se pudo hacer público entonces ni comentarlo después y aunque hubo unas actas secretas, éstas desaparecerían ya en el 36 y no serían los «caballeristas» los que las hicieron de saparecer. Nos interesaba mucho conservarlas.

La huelga fue declarada y la lucha adquirió caracteres nunca conocidos, a pesar de los antecedentes de 1917. El resultado ya es de sobra sabido: fracaso político y tragedia muy grande. Todas las directivas del P. S. O. E. y la U. G. T. en Madrid y en muchas provincias, pasaron a prisión, algunos al exilio. El balance de víctimas aterrador. Ya cerca de un mes más tarde se recibieron las primeras comunicaciones directas de muchos presos en Madrid. La C. E. las conocía todas inmediatamente. Entre ellas hubo dos cartas con intervalo de una semana de González Peña a Largo Caballero. La segunda la recogí yo personalmente en León de manos de un compañero asturiano y se la entregué, personalmente también, a Largo Caballero, que me dio a conocer el texto. Entonces, para G. Peña, Largo Caballero era el indiscutible y máximo dirigente del P. S. O. E. Pero a mediados de diciembre de 1934 la C. E. empezó a recibir, en oleada, cartas y visitas exigiendo responsabilidades. Y eran conocidos hechos lamentables, flaquezas y cosas peores. Una de las primeras cartas enviadas fue la de la Agrupación Socialista de Tarazona de la Mancha (Albacete). Actuaba en la clandestinidad por tener su Centro Obrero clausurado, más de cincuenta presos, de ellos seis indultados de pena de muerte más tarde, otros tantos confinados y la represión actuando directamente en el pueblo. Largo Caballero contestó a la carta, que llevé a los compañeros de Tarazona, en la que se manifestaba conforme con sus exigencias y deseos, y advertía que el primero que había de ser juzgado sería él. Esta situación y la tensión que se iba creando, no se dio a conocer ni se comentó en tanto estuviesen pendientes de ser juzgados muchos compañeros y esperando se indultasen a gran número sobre los que recayó la pena de muerte, uno de ellos González Peña. Pero una vez logrado esto, para algunos la exigencia de responsabilidades dentro del Partido les preocupaba mucho. Es cuando empezaría el «cambio» y decidieron que sólo se podría evitar esa nueva amenaza para algunos, haciéndose con el control del P. S. O. E. y el periódico «El Socialista». El profesor Malefakis debe tener en cuenta que esto fue el verdadero motivo del «cambio» que ante el fracaso de octubre experimentaron algunos.

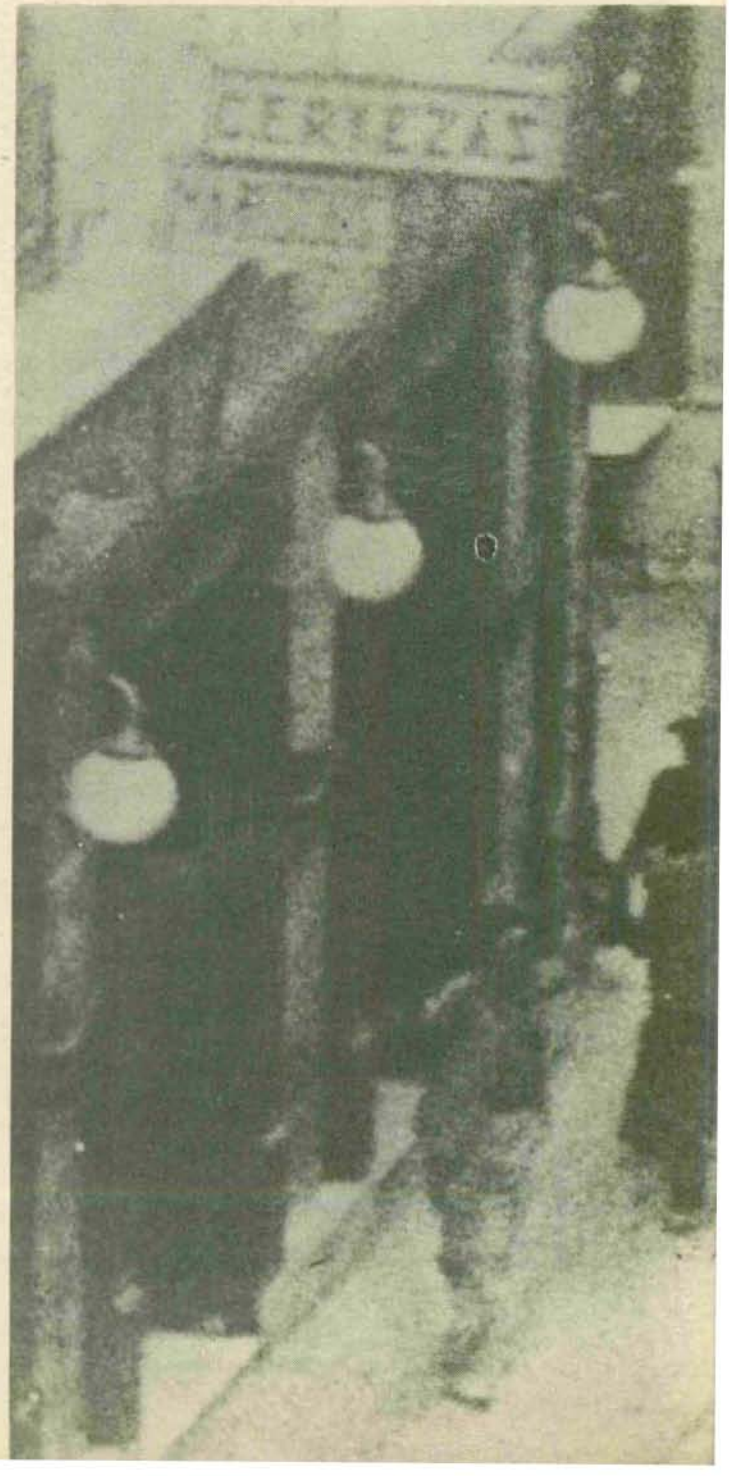
Los trabajos para desarrollar el «golpe» del C. N. de noviembre del 35, empezaron inmediatamente. Ninguna razón «legal» justificaba la reunión para tratar de lo que presentaban como punto para discusión; una cuestión de competencia entre la Minoría Parlamentaria y la C. E. que no tenía trascendencia ni importancia entonces. Tampoco se tuvo en cuenta que el C. N. sin la asistencia de la C. E. no cumplía las normas estatutarias, pues cuatro de los siete miembros estaban en prisión, uno en el exilio —Prieto— y dos en libertad; pero sin actuar, F. de los Ríos. Había, además, una cuestión de ética y delicadeza, pero nada de eso tuvieron en cuenta Prieto y los promotores del «golpe», porque precisamente sabían que contra los acuerdos que tomase aquel C. N. bastardo, se rebelaría Largo Caballero, y si no rectificaban, dimitiría. Esto era lo que se buscaba precisamente y fue un error en Largo Caballero, aunque su proceder fuese digno y leal a lo estatuido. Por otra parte, presentar el cambio como decisión de la dirección provisional del Partido no se hizo de forma oficial, pero se quería dar a entender que lo era y que la obstinación de Largo Caballero de permanecer leal a lo acordado en el 34, era una locura. Se entronizaría entonces en el P. S. O. E. el autoritarismo y la burla descarada de los derechos de los militantes y organizaciones, que ya no cesaría hasta la fecha. Se produciría, de hecho, la segunda escisión en el Partido con hechos y actitudes cada vez más vergonzosos e intolerables. Ni Prieto, ni González Peña, ni F. de los Ríos, ni ninguno de los que le secundaron tenía un adarme de razón para proceder como lo hicieron. Largo Caballero y los que secundábamos su actitud nos sometimos con la esperanza de que el Congreso que era obligado celebrar en el 36 daría al traste con toda aquella tramoya que estaban montando, pero las circunstancias y la guerra hicieron fallar nuestras esperanzas. Reducir al silencio todo lo ocurrido en octubre del 34, fue un proceder incalificable y aureolar y ensalzar a algunos de los responsables del fracaso, peor aún. Con nuestra obstinación en mantenernos en la misma posición, aunque no lo comprenda Malefakis, honrábamos a los que sucumbieron en la lucha y a los que sufrían prisión y persecuciones. Además, la lucha seguía y nosotros, con Largo Caballero como dirigente, la manteníamos.

Detallar lo que siguió a aquello, la elección de la nueva C. E., la firma del pacto del Frente Popular y todo lo que sucedió hasta que la guerra se declaró ocuparía mucho espacio. Sólo he de aclarar que Prieto no convenció a Largo Caballero para variar en nada de la posición que había adoptado la U. G. T. ante las elecciones. Fue decisión tomada por la C. E. de la Unión; no firmar dicho pacto, aunque sí acudir a las elecciones, apoyando las candidaturas. Pero en éstas también se dieron casos y circunstancias vergonzosas. El papel del P. S. O. E. estuvo sometido a lo que los republicanos y comunistas creyeron más conveniente para ellos. El Partido Comunista quería 28 actas de Diputado, a sabiendas de que fuerza real no tenía más que para tres o cuatro a lo sumo. Tuvo que contentarse con 16, pero a costa de los socialistas, no de los republicanos. Estuvo a punto de haber serios conflictos entre las Federaciones Socialistas y la C. E. por esta cuestión, pero al fin pudo evitarse. De las cinco Federaciones de la región de Levante que yo representaba, en cuyas circunscripciones exigían siete puestos, tuvieron que contentarse con UNO en la de Valencia.

También trata del «atentado contra Prieto en Ecija» por los «caballeristas». O no conoce la realidad de aquello o no ha querido enterarse de la verdad. Lamentable y censurable el hecho, desde luego, pero pudo evitarse. Era Ecija cabeza de una zona de raíz socialista, veterana de más de medio siglo en la lucha. Fue de los puntos más quebrantados por la represión en octubre del 34, después de luchas violentas. Más de trescientos presos y otros tantos confinados. Los Centros Obreros, escuelas, cooperativas y hasta un centro sanitario clausurados y las bibliotecas destrozadas. Las cotizaciones a la C. E. del 34 y 35 no se habían hecho. No podía efectuarse el pago porque la miseria en dichas fechas era espantosa. Eran cerca de dos mil votos para la elección de nueva Ejecutiva, pero cuando ya recuperados los centros obreros y empezado a desarrollar su vida normal, las actas que enviaron a Madrid votando a la antigua Ejecutiva de Largo Caballero, excepto a Prieto y F. de los Ríos, fueron rechazadas por la C. E. provisional que había nombrado aquel C. N. bastardo. Una argucia burocrática sólo aplicada a las Agrupaciones que no votaban a los del «cambio». El efecto que esto produjo en aquellos magníficos luchadores fue de indignación y furor. A los malos tratos de que habían sido víctimas por parte del poder que ejerció la represión se unió el desvergonzado comportamiento de unas gentes que ya no soltarían, de ninguna forma, el poder y control del P. S. O. E. conseguido con malas artes.

Presentarse allí para hacer propaganda a favor de la Ejecutiva que tan mal estaba procediendo y que añadía un atropello a los muchos que estaban sufriendo, era una provocación y llevar consigo una cuadrilla de hampones como guardias de corps luciendo ostentosamente armas modernas era una insensatez. Hubo quien viendo el peligro que aquella actitud provocativa podía ocasionar, intentó convencerles para que no se celebrase el acto, pero no fue atendido. No se puede culpar a los «caballeristas» de Ecija de lo que pudo haber sido una tragedia.

En los escasísimos discursos que pronunciaron González Peña y Prieto, porque en todas partes se encontraron un ambiente de hostilidad contra ellos, no pudieron dar razones convincentes del «cambio» en su posición. No podían darla, porque carecían de ella. Usted considera acertado el «cambio» de Prieto y carga el acento en esto, así como en la obstinación de Largo Caballero de no cambiar su posición basada en el acuerdo del C. N. y considera que la línea de Prieto fue más positiva para el P. S. O. E. O bien no conoce exactamente la verdad de nuestra historia o padece reflejos y espejismos por la resonancia que llegó a adquirir la personalidad de aquel hombre, que era verdaderamente inteligente y batallador, pero a su aire y empleando esa inteligencia en



OCTUBRE DE 1934: «LA HUELGA FUE DECLARADA Y LA LUCHA ADQUIRIO CARACTERES NUNCA CONOCIDOS, A PESAR DE LOS ANTECEDENTES DE 1917. EL RESULTADO YA ES DE SOBRA SABIDO: FRACASO POLITICO Y TRAGEDIA MUY GRANDE» (VEMOS EN LA IMAGEN A UNOS HUELGUISTAS MADRILEÑOS ENFRENTADOS CON LA GUARDIA DE ASALTO).

forma distinta a como lo hacía Largo Caballero. Según su opinión, profesor Malefakis, la posición de Prieto no llegó a ser «frenética», mientras considera que la de Largo Caballero lo era, y agresiva. Comete un error. Exponer la verdad de las cosas no es actuar frenética ni agresivamente.

El suave intento de «penetrar» Prieto y los suyos en la U. G. T., resultó un estrepitoso fracaso. La Unión tenía estructuras diferentes a las del P. S. O. E. Su C. E. seguía dirigiéndola Largo Caballero, pero, además, el 90 por 100 de las Federaciones de Industria que formaban el C. N. repudiaban a Prieto y a los «prietistas». Solamente tres Federaciones, la de Trabajadores de la Tierra, la de la Metalurgia y la del Transporte, sumaban más del 55 por 100 de los afiliados. Los delegados en el C. N. votaban por afiliados que representaban, no lo hacían nominalmente como en el Partido. En la U. G. T., las maniobras y trucos no era posible hacerlos. De hecho se habían formado dos partidos: la mayoría de los socialistas —un 65 al 70 por 100— seguían en la lucha, las orientaciones de la U. G. T. La C. E. «prietista» no daba ninguna, estaba aislada de la masa activa del Partido. Esto, amigo Malefakis, es fácil comprobarlo, pero relatar una serie de hechos que se sucedieron ocuparía mucho espacio. En un libro que estoy escribiendo sobre mis memorias y días de lucha en el P. S. O. E. y la U. G. T. daré detalles sobre muchas cosas que es seguro desconoce usted. No todo se podía dar a la publicidad en la prensa ni redactar actas o cartas para conocerlos más tarde, pero aún vivimos algunos de los que podemos testimoniar todo aquello. Más tarde se demostraría que ese juicio suyo creyendo que de las dos líneas políticas del P. S. O. E., la de Prieto era la más positiva, es erróneo. Son los hechos los que valen en la historia, amigo Malefakis, no las opiniones.

Porque lo que dice sobre programas rechazados o admitidos por la C. E., ya le digo antes que no los hubo. Prieto no presentó ninguno, pues sus «Posi-

«LA LINEA DE INDALECIO PRIETO NO FUE MAS POSITIVA PARA EL PSOE. EL ERA UN HOMBRE VERDADERAMENTE INTELIGENTE Y BATALLADOR, PERO A SU AIRE Y EMPLEANDO ESA INTELIGENCIA EN FORMA DISTINTA A COMO LO HACIA LARGO CABALLERO» (TRAS SER NOMBRADO MINISTRO DE LA GOBERNACION EN OCTUBRE DE 1931, CONTEMPLAMOS A PRIETO EN IMPROVISADA RUEDA DE PRENSA).

ciones Socialistas» expuestas en «El Liberal», de Bilbao, periódico de su propiedad, no tenían nada de programa. Además, la C. E. los conoció por haber llegado dicho periódico a la prisión, no porque las enviase Prieto como vocal de ella.

Trata usted de Besteiro y su grupo y en esto creo acierta, pero el enfrentamiento de aquel compañero con Largo Caballero se produciría mucho antes. Venía, en forma suave, desde antes de la Dictadura; durante ésta, años 26 al 28, se mostraría ya agudizada y sería ya ostensiva en el año 30, en ocasión de la fracasada huelga revolucionaria de diciembre, pero se manifestaría abiertamente cuando el Congreso Nacional de octubre de 1932, examinó en apasionado debate, las causas de aquel fracaso y se determinaron claramente las responsabilidades. En aquellos debates el grupo Besteiro salió malparado de tal forma que se temió una sanción grave que alcanzaría al propio Besteiro, ante lo cual y para evitar lo que hubiera supuesto una catástrofe, presentamos una proposición urgente Ricardo Zabalza, Miguel Ranchal, José Otero, Asturiano y yo pidiendo que cesase el debate y que las responsabilidades que hubiese las liquidasen las Agrupaciones. Cuando antes de presentar en la mesa la citada proposición le comunicamos a Largo Caballero nuestro propósito, nos dijo que le diésemos carácter de urgencia. Apenas abierta la sesión. E. de Francisco, que presidía, ordenó la lectura y Ricardo Zabalza la defendió breve, pero brillantemente. Se aprobó por aclamación. Este grupo no influiría en nada en la política del P. S. O. E. a partir del año 1928. Lo que Besteiro propugnaba y presentaba como táctica y programa para una actuación socialista, no calaba en la masa obrera. Alrededor de aquel hombre, sin perderle el respeto, se hizo el vacío. Sus aduladores lo quisieron convertir en víctima por incomprensión de la masa del P. S. O. E., que no sabía valorar lo que en sus extrañas líneas socialistas planteaba. Eso no era cierto, estaba cada vez más marginado por su empecinamiento en mantenerse en lo que decían era su doctrina, cosa que en verdad no existió nunca. Su conducta a partir de 1931, pasando por el bienio 1933-1935, era cada vez más extraña, pero ya en 1936 y a partir de la guerra se hizo francamente incomprensible y, además, inaceptable. Lo que sobre este hombre, honesto, austero y digno, a su aire y manera, puede decirse, es muy amplio y, desde luego interesante. Nadie puede asegurar que no era socialista; no pudo discutirse esto ante sus acciones o posiciones en una Asamblea o Congreso, que era donde únicamente podía determinarse su condición. Pero la verdad era, repito, que no influyó para nada en la vida del P. S. O. E. ni en la de la U. G. T., en las que fue cinco años presidente. Se le respetó en todo momento, como digo antes, pero esa especie de mito que sobre él se ha querido y quiere formar, carece de consistencia, no hay base para nada de eso, ni doctrinalmente ni por su comportamiento, extraño, para no meternos a calificarlo de otra forma y muy difícil de analizar. Yo trataré de hacerlo en mi libro.

Al final trata de la táctica comunista y la compara con la «caballerista-C. N.T.-F. A. I.» Sólo puede hacerse eso a partir de la guerra. Todo lo que ocurrió

con este Partido a partir de la República y especialmente en octubre de 1934 y ya en 1936 hasta la sublevación, debe ser tratado con detalle y amplitud. Se inclinaban hacia los republicanos, a veces haciendo un doble juego en su propaganda y actuación, cosa muy natural en ellos, como naturales fueron los zig-zags que daban. Pero esto tampoco debía extrañar a nadie porque era bien sabido y probado que su táctica era dictada rigurosamente por la Komintern y los delegados permanentes que tenía en España. La política del Partido Comunista no tenía en cuenta nada más que lo que interesaba a la Internacional Comunista y a los dirigentes del Kremlin. Los dirigentes de aquí eran meros instrumentos y ejecutores de esa política.

Ellos, juntamente con los soviéticos, han historiado su actuación y la política de guerra que desarrollaron con la complicidad de algunos socialistas, que incluso se habían manifestado ostentosamente anticomunistas, como mejor les ha parecido, sin que a todas sus grandes mentiras se les haya opuesto algo bien ordenado y con pruebas. En este aspecto, cuando pude, me decidí a dar las réplicas sobre dos temas concretos en mi libro «Chantaje a un pueblo». Nadie me ha podido probar, en ningún aspecto, que lo que expongo y acuso no es verdad. Pero este tema necesita mucha mayor amplitud. Es verdaderamente interesante para los españoles de ahora y no hay razón alguna para que se silencie todo lo ocurrido, que fue de dimensiones más que extraordinarias. Es otro aspecto de nuestra historia que usted, amigo Malefakis, ni debe ignorar ni tratar de eludirlo. Desde el Congreso llamado de la «escisión», el año 1921, se sucedieron muchas cosas y hechos que deben figurar en nuestra historia. Ninguna consideración debe ser tenida en cuenta para eludir esto. Yo, al menos, desecho todas las que se quieran hacer. Sin revanchismo ni escándalo, simplemente para dejarla bien establecida. Recientemente y sobre lo que usted trata en su escrito, se ha publicado en Francia un libro que debe ser replicado por nosotros, los socialistas, en toda su extensión. Se nos atribuyen actitudes y hechos totalmente falsos y en esto sí que hay esa falta de literatura sobre nuestra vida política, falta que ha sido perniciosa para el socialismo español. ■ **J. M. A.**

---

(1) En su prólogo a *Discursos a los trabajadores* (Gráficas Socialistas. Madrid, junio de 1934), Luis Araquistain escribió sobre la figura de Largo Caballero:

«Como Pablo Iglesias, como todos los temperamentos con misión de fundadores, de creadores de cosas, para quienes las ideas no son simples juegos mentales, sino fuerzas en movimiento, o no son nada, lo característico de Largo Caballero es la pasión ética, la acción por la justicia, por el bien de los demás.

No conozco un hombre en quien se equilibren tan prodigiosamente un auténtico temperamento revolucionario y un profundo sentimiento de derecho positivo. Gran intuitivo de la Historia, él sabe que el progreso no es uniforme, sino que su dialéctica vital va unas veces por la revolución al derecho, y otras, por el derecho a la revolución. Muchos no comprenden su complejidad psicológica, se lo figuran lleno de contradicciones íntimas cuando, creyéndole nada más que un oportunista, le ven tomar una actitud revolucionaria, como recientemente al anunciar la guerra civil si se disolvían las Cortes Constituyentes antes de cumplir el destino que les impone la Constitución; o cuando, creyéndole un revolucionario, se erige en defensor inexorable de la ley vigente. No hay contradicción en estas actitudes. Simplemente responden a dos momentos distintos, y son las dos mitades integrantes del verdadero político. Revolucionario por todos los medios cuando hay que conquistar un derecho legítimo, y hombre de gobierno, legalista a ultranza, por todos los medios también, cuando hay que defender y desarrollar un derecho conquistado.

Dramática paradoja la de este hombre singular, que, siendo uno de los temperamentos más revolucionarios que ha producido España, ha tenido el destino histórico de ser la fuerza que más ha hecho por conservar y consolidar la República, precisamente por su imparcialidad en la ejecución de las leyes, por su acrisolada lealtad a un deber de hombre de Estado, de español.»

«EN LOS DEBATES DEL CONGRESO NACIONAL DE OCTUBRE DE 1932, EL GRUPO BESTEIRO SALIO MALPARADO DE TAL FORMA QUE SE TEMIO UNA SANCION GRAVE QUE ALCANZARIA AL PROPIO BESTEIRO, LO QUE NO LLEGO A SUCEDER».

ACLARACION

Por error de imprenta, no apareció en nuestro número anterior el nombre de la periodista que había realizado la entrevista con el profesor Malefakis. Aunque dicho nombre sí aparecía en el sumario, queremos añadir *ahora que se trataba* de Josefina Pascual.

26 de julio de 1955

EL ASALTO AL CUARTEL DE MONCADA

FERNANDO MARTINEZ LAINEZ

Lo primero que hay que saber del asalto al Moncada es que José Martí es su autor intelectual. Lo segundo, que supone el intento orgulloso de un grupo de jóvenes para que su país, al mismo tiempo que se eliminan las injusticias sociales, salga del anonimato histórico al servicio de Estados Unidos, y retome las riendas de su propio destino.

LA revolución cubana que se inicia con el Moncada es así profundamente nacionalista y revolucionaria al mismo tiempo, ya que es continuación de la lucha de los hombres que forjaron la nación a finales del siglo XIX, se hace al grito de «Viva Cuba» (único capaz de aglutinar las voluntades de la inmensa mayoría de los cubanos), y se impone desde el principio como compromiso de honor hacer de Cuba algo más que un hermoso edén prostibulario para disfrute de turistas acomodados.

El marxismo en la revolución *sólo aparecerá mucho más tarde*, como una opción casi ineludible ante la soberbia y la torpeza del coloso yanki. El «Manifiesto del Moncada», redactado por el combatiente Raúl Gómez García bajo la inspiración directa de Fidel, pocos días antes del asalto, es un llamamiento patriótico, y un alegato contra las injusticias evidentes padecidas por el pueblo. «Nuestro triunfo —declaró Fidel Castro con posterioridad— habría significado un ascenso inmediato del patriotismo al poder».

Otra característica de la Revolución Cubana es la confluencia ejemplar de los factores objetivos y subjetivos, que juntos determinan el cambio. Una verdad es que los factores objetivos (miseria, injusticias, mala situación económica...) no bastan por sí mismos para desencadenar la Revolución si no existen los individuos capaces de movilizar al conjunto y hacer de éste una fuerza dinámica. Las opciones históricas no pertenecen a las estadísticas, sino a los hombres, aunque la acción de estos se encuentre condicionada e influida por factores independientes de su pensamiento. Hoy podemos decir, por ejemplo, que la Revolución Cubana hubiera sido distinta si Fidel Castro no hubiera existido.

El «Movimiento del 26 de julio» que dirigió Fidel, supo crear, además de una táctica revolucionaria, un lirismo y una actitud romántica ante la vida y la muerte. Factor decisivo a la hora de atraer ímpetus juveniles.

Fidel y sus compañeros se plantean la lucha al margen de los partidos y de las personalidades políticas más importantes del país. Es el descrédito en los par-

FRENTE A LOS 500 SOLDADOS DE SU GUARNICION, 95 REVOLUCIONARIOS AL MANDO DE FIDEL CASTRO INTENTARON EL ASALTO AL CUARTEL DE MONCADA, LO QUE CONSTITUIRIA UNO DE LOS PRIMEROS Y MAS SIGNIFICATIVOS HECHOS DE LA REVOLUCION CUBANA. LA DESIGUALDAD DE FUERZAS Y OTROS FACTORES CIRCUNSTANCIALES DETERMINARON EL FRACASO DEL INTENTO.

EL ACUSADOR

Buena voz

YO ACUSO

RECUENTO CRITICO

«EL ACUSADOR», ORGANO DE LOS REVOLUCIONARIOS APARECIDO EN JUNIO DE 1952. EN EL, FIDEL CASTRO FIRMABA CON EL SEUDONIMO DE «ALEJANDRO».

tidos liberales y burgueses de Cuba, por sus actitudes pasivas ante la venalidad imperante, lo que impulsa a los jóvenes a soluciones como la del Moncada. Se habia perdido la fe en las frases y en los discursos. «La politica —escribió Fidel Castro en un articulo clandestino en agosto de 1952— es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos».

LOS JOVENES ORTODOXOS

Marzo de 1952. Dia 10. Fulgencio Batista, ex-presidente de Cuba y «hombre fuerte» desde 1933 a 1944, ha retomado el poder por la via del cuartelazo, cuando faltaban menos de tres meses para las elecciones presidenciales.

El golpe ha sido incruento, y ha tenido por principales aliados a la corrupción y al miedo. Algunos estudiantes fueron a la Universidad en busca de armas, pero se vieron defraudados y volvieron a sus casas cabizbajos. Los partidos politicos recomiendan paciencia.

Dos semanas después de ocupar Batista el poder, un joven abogado, Fidel Castro Ruz, presenta ante el tribunal de Urgencia de La Habana un recurso en el que se exige el castigo del usurpador y demás culpables del golpe. Por aquel entonces el abogado era miembro de la juventud del Partido Ortodoxo, fundado por Eduardo Chibás, uno de los hombres más integros del pais, que habia terminado suicidándose ante un micrófono de la radio. Su lema habia sido: «vergüenza contra dinero». Los magnates, la burguesia pro-yanki, y los gansters, se habian echado a reir. Todo parecia continuar como si tal cosa.

Una buena parte de los jóvenes del Partido Ortodoxo deciden entonces actuar. Se entierran en la clandestinidad y se agrupan alrededor de un «programa revolucionario», de directrices ideológicas poco estrictas, y en el que caben todos con facilidad. El pensamiento básico que los guiaba era hacer una «revolución verdadera», que transformara la economia del pais y devolviera la dignidad y la plena soberania a la patria. Fidel Castro era uno de sus dirigentes más dotados.

PRIMER ARMA: LA PALABRA

La prensa clandestina es el primer arma de combate de estos núcleos. Sale a la calle un panfleto titulado: «Son los mismos», que se define como boletin de la «Fraternidad Ortodoxa». «Son los mismos», se tiraba en multicopista entre Abel Santamaria, Jesús Montané, jefe de personal de la General Motors en Cuba, Adolfo Sánchez (primo de Abel) y el poeta Raúl Gómez. La máquina estaba escondida en un automóvil de alquiler cuyo conductor era español. Paralelamente, Fidel Castro ha ido organizando otro grupo clandestino con la base de la ortodoxia. Estudiantes, profesionales modestos y empleados, en su mayoria. A primeros de 1953 el grupo de Fidel y el de Abel deciden unir sus fuerzas.

Se crea una Dirección Nacional compuesta por un Comité Militar y otro civil. El Movimiento se organiza en células de seis o siete individuos que se extienden por la parte occidental de Cuba: La Habana, Artemisa, Calabazar, Güira de Melena, Guanajuay... Varias células componen un Grupo. Al frente de la Dirección Nacional está Fidel Castro, y como segundo jefe, Abel Santamaria. El Comité Militar lo integran Fidel, Abel, Pedro Miret, Ernesto Tizol, Renato Guitart, y José Luis Tassende. El Comité Civil, además de Fidel y Abel, está compuesto por Boris Luis Santa Coloma, Oscar Alcalde, el doctor Mario Muñoz y Jesús Montané.

Sobre esta organización, secreta, selectiva y orientada a la acción armada, de la que nadie excepto Fidel conocía todo el rompecabezas, Pedro Miret explicaria años más tarde en una conferencia:

FIDEL CASTRO, UN JOVEN ABOGADO QUE DEJARA LA TOGA Y EL BIRRETE POR LAS ARMAS, EN UNA FOTOGRAFIA DE 1953.

«...Comenzamos a trabajar todavía sin plan, pero ya con el propósito de hacer de este tipo de actividad nuestra preocupación futura. Debemos señalar que mientras por un lado se seguían las mismas costumbres de enjuague entre las mismas gentes, por otro lado se iba formando una mentalidad distinta entre ciertos sectores de la juventud... En la Universidad, en las narices de todo el mundo, de los mil doscientos a mil cuatrocientos hombres que se habían entrenado, empezamos a hacer un sistema de selección para entrenar un grupo de comandos. Después de seleccionados se les empezó a probar en distintos actos. Esos mismos, más o menos, fueron los que se batieron heroicamente en Santiago y Bayamo. Había que ver como esos compañeros, que en su mayoría eran campesinos u obreros se dedicaban a hacer los ejercicios selectivos en el piso de una azotea de una Escuela de la Universidad... Allí había un instructor que los mandaba a tirarse en el suelo y a hacer veinte cosas que ellos no entendían, y salían, la mayor parte de las veces, con la guayabera rota...»

VISTA AEREA DEL CUARTEL DE MONCADA, EL SEGUNDO EN IMPORTANCIA DE LA ISLA, QUE ESTABA SITUADO EN SANTIAGO DE CUBA, A UNOS MIL KILOMETROS DE LA HABANA. ESTE FUE EL OBJETIVO DE LOS REVOLUCIONARIOS.

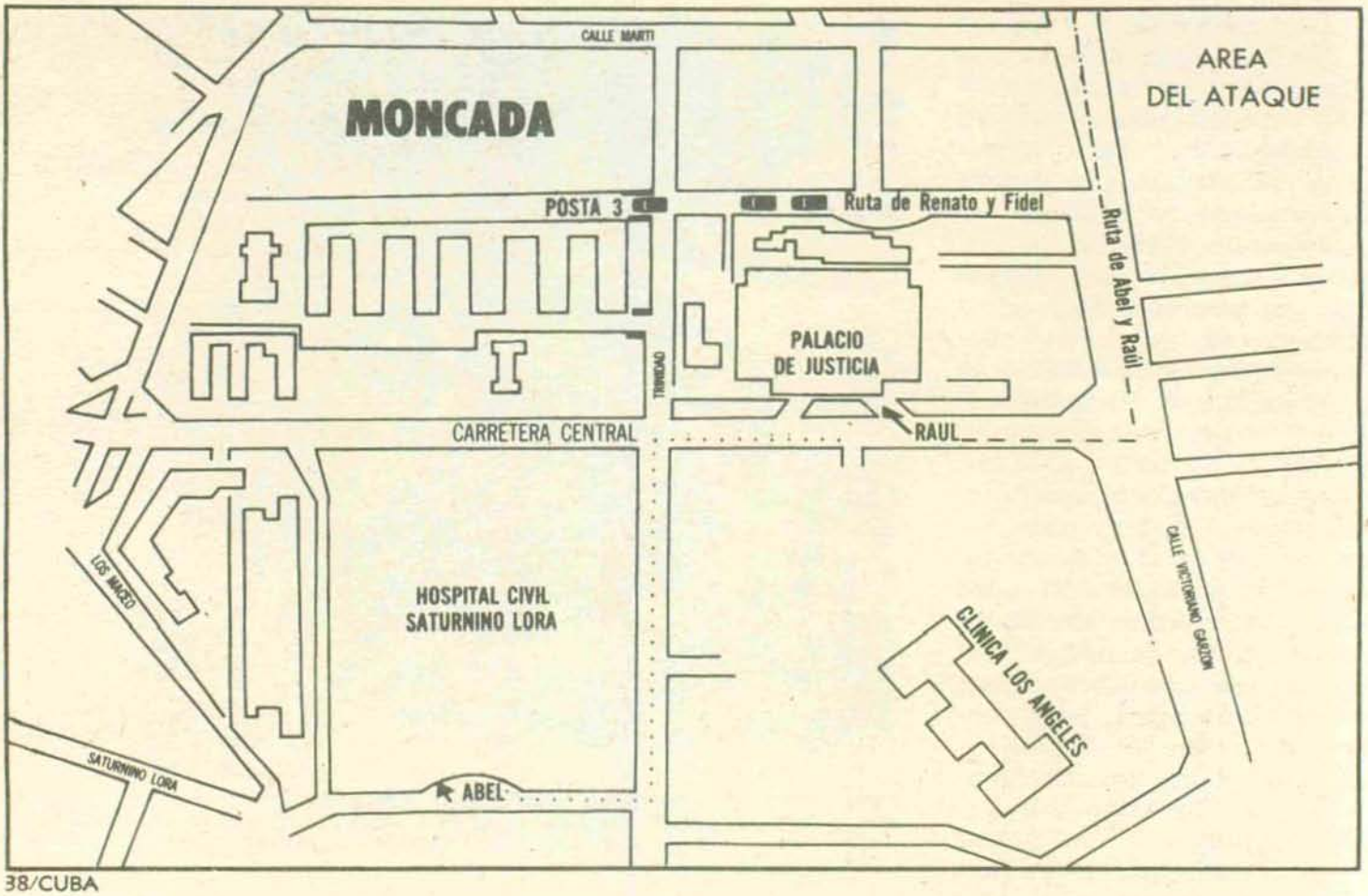
Como las armas que pudieron allegarse eran muy escasas, se trató de suplir la deficiencia con un entrenamiento muy severo. **«Cada uno de los compañeros que ya había sido seleccionado —añadió Miret— lo fuimos pasando por una finca, donde le dimos un entrenamiento bastante riguroso de tiro con rifle calibre 22, y de entrenamiento con escopetas... Creo que era la primera operación realmente secreta que se hacía en el país».**

En mayo de 1952, Fidel, Abel y Montané, fueron a la ciudad de Colón a ver al doctor Mario Muñoz Monroy, radioaficionado que venía operando desde hacía tiempo una emisora de onda corta, y se prestó a prepararles dos plantas transmisoras. Fidel se hace con los dos transmisores y los lleva a La Habana. Una de las emisoras cae pronto en manos de la policía. La segunda se utilizó el 27 de noviembre en un acto en la Universidad, pero su escaso alcance no justificaba los riesgos que llevaba aparejados, y fue desechada.

También por esas fechas Fidel propone al grupo de Abel sacar otro periódico con el nombre de «El Acusador», que le parecía más combativo que «Son los Mismos». El primer número salió en junio, con el lema de «Libertad o Muerte», y un artículo de Fidel bajo el seudónimo de «Alejandro», que continuaría usando después. «El Acusador» se proclamaba órgano del «Movimiento de Resistencia y Liberación Nacional», lo que no se repitió en los números posteriores (sólo salieron tres en total). El último número fue secuestrado por la policía, que destruyó la multicopista y detuvo a casi todos los componentes del grupo, los cuales no pasaron mucho tiempo entre rejas.

DISCIPLINA MILITAR

Con la desaparición de «El Acusador» y las dos emisoras de radio el Movimiento quedó prácticamente sin propaganda, pero había ganado mucho en madurez y experiencia clandestina. Se comienza entonces la preparación militar intensiva entre los *mil hombres* que el Movimiento tiene aproximadamente por toda la isla. La primera acción masiva de la organización fidelista fue el



38/CUBA

CROQUIS DEL MONCADA Y SUS ALREDEDORES, CON LA DESCRIPCION DE LA FORMA EN QUE SE PRODUJO EL ATAQUE. EL PLAN DE FIDEL CASTRO ERA MUY AMBICIOSO, Y SE BASABA FUNDAMENTALMENTE EN LA SORPRESA Y EN LA UNION DEL PUEBLO AL ALZAMIENTO.

27 de enero de 1953, en el curso de una manifestación nocturna en la Universidad. Los militantes marcharon en masas compactas marcando el paso, lo que revelaba una disciplina de carácter militar. En aquel tiempo el Movimiento combinaba ya los entrenamientos secretos con las manifestaciones abiertas en la Universidad habanera, emplazada en el centro de la ciudad.

En febrero muere un estudiante que había sido herido un mes antes en una manifestación. Fidel y los suyos se tiran a la calle y agitan a la masa estudiantil, que apedrea la residencia de una partidaria de Batista. A Fidel y a la presidente de las Mujeres Martianas, Aida Pelayo, que también pertenecía al Partido Ortodoxo, se les procesa por desórdenes públicos. El juicio, señalado para el 10 de junio, no llegó a celebrarse por una amnistía que entró en vigor cinco días antes. A partir de entonces el Movimiento se retira de las demostraciones públicas y se concentra casi exclusivamente en la labor clandestina. La organización fue tan perfecta que los conspiradores estuvieron reuniéndose más de un año (de mayo de 1952 a julio de 1953) en casa de Melba Hernández, en una calle céntrica de La Habana, sin que se sospechara nada. La policía sólo localizó el piso después del asalto al Moncada. Como dato insólito hay que decir que en una ocasión hubo incluso una «revista general» de tropas, y la casa se llenó de 150 personas en absoluto silencio. Era un ensayo de concentración urgente y secreta.

FINANZAS, UNIFORMES Y ARMAS

Los revolucionarios aprovecharon las triquiñuelas del sistema bancario existente en Cuba, pero no hay pruebas de que recibieran ayudas de magnates o del extranjero importantes. Tampoco llevaron a cabo atracos. El responsable de las finanzas fue Oscar Alcalde, propietario de un laboratorio farmaceútico. Se abrieron cuentas corrientes en diversos bancos, y Alcalde solicitó un préstamo con la garantía del laboratorio. Contra ese crédito se giraron cheques para la compra de armas. Los últimos cheques que expidió la Comisión de Finanzas del Movimiento para los preparativos finales se expidieron sin fondos, a cobrar en casas de cambio intermediarias que se dedicaban a

hacer efectivos los cheques (con una elevada comisión) durante los fines de semana, cuando los bancos estaban cerrados.

Los integrantes del Movimiento fueron aportando también el dinero de que disponían. Montané dió 4.000 pesos (unos 4.000 dólares) que había cobrado de gratificación en la General Motors. Alcalde dió 3.600 pesos, más lo que sacó de vender una oficina de contabilidad de la que era propietario. Pedro Marrero empeñó el sueldo de muchos meses, y vendió todos los muebles de su casa. Elpidio Sosa, que era tesorero de una importante compañía, vendió su puesto de trabajo. Y así otros.

Para la adquisición de las armas, Fidel y Miret entraron en contacto con un refugiado español que les ofreció una docena de metralletas contra pago en metálico. Pero se descubrió a tiempo que el refugiado era agente del ejército batistiano. Abel intentó en otra ocasión obtener armas poniéndose en contacto con una organización de pistoleros, pero también fracasó. Por fin, la mayor parte de las armas fueron adquiridas con licencias falsas en las armerías de La Habana. En total, las armas no costaron más de 5.000 pesos, y el «monto histórico» de la operación Moncada fue de unos 16.500.

En cuanto a los uniformes que se utilizaron en el asalto, casi todos fueron suministrados por un enfermero del hospital militar de Columbia que se llamaba Florentino Fernández, y que se los compraba a los soldados. Los uniformes se escondieron en una casa de campo.

Una idea de la baja moral y poca disciplina del Ejército cubano viene dada por la siguiente anécdota. Un día Fidel pidió a Florentino que consiguiera algunas armas cortas, entre ellas una pistola Lugger que sería la que llevó al asalto. La Lugger se la compró Fernández en la calle a un cabo de escolta del general Tabernilla, por 80 pesos, después de un intenso regateo.

OBJETIVO: EL MONCADA

Fidel Castro escogió el objetivo y la fecha del ataque. Sería el cuartel Moncada, el segundo en importancia de la isla, que estaba situado en Santiago de Cuba, a unos mil kilómetros de La Habana. El momento: la noche del 25 al 26 de julio, en pleno carnaval. Cómo acción secundaria se pensó en la toma del cuartel de la ciudad de Bayamo, situada a *unos 120 kilómetros al oeste* de Santiago, en la carretera principal que cruza la isla longitudinalmente.

El plan de Fidel era muy ambicioso, y se basaba fundamentalmente en la sorpresa y en la unión del pueblo al alzamiento. Una vez tomados el cuartel de Moncada y el de Bayamo, la ciudad de Santiago quedaría en poder de los rebeldes, que dictarían las primeras leyes revolucionarias, y convocarían al pueblo a la lucha contra Batista y a la huelga general. En caso de no

EN EL ASALTO AL MONCADA PARTICIPARON DOS MUJERES: HAYDEE SANTAMARIA (A LA DERECHA) Y MELBA HERNANDEZ, A QUIENES VEMOS COMO PRISIONERAS TRAS EL FRACASO DEL GOLPE. HABIAN DESEMPEÑADO EN EL UN TRABAJO DE ENFERMERAS.

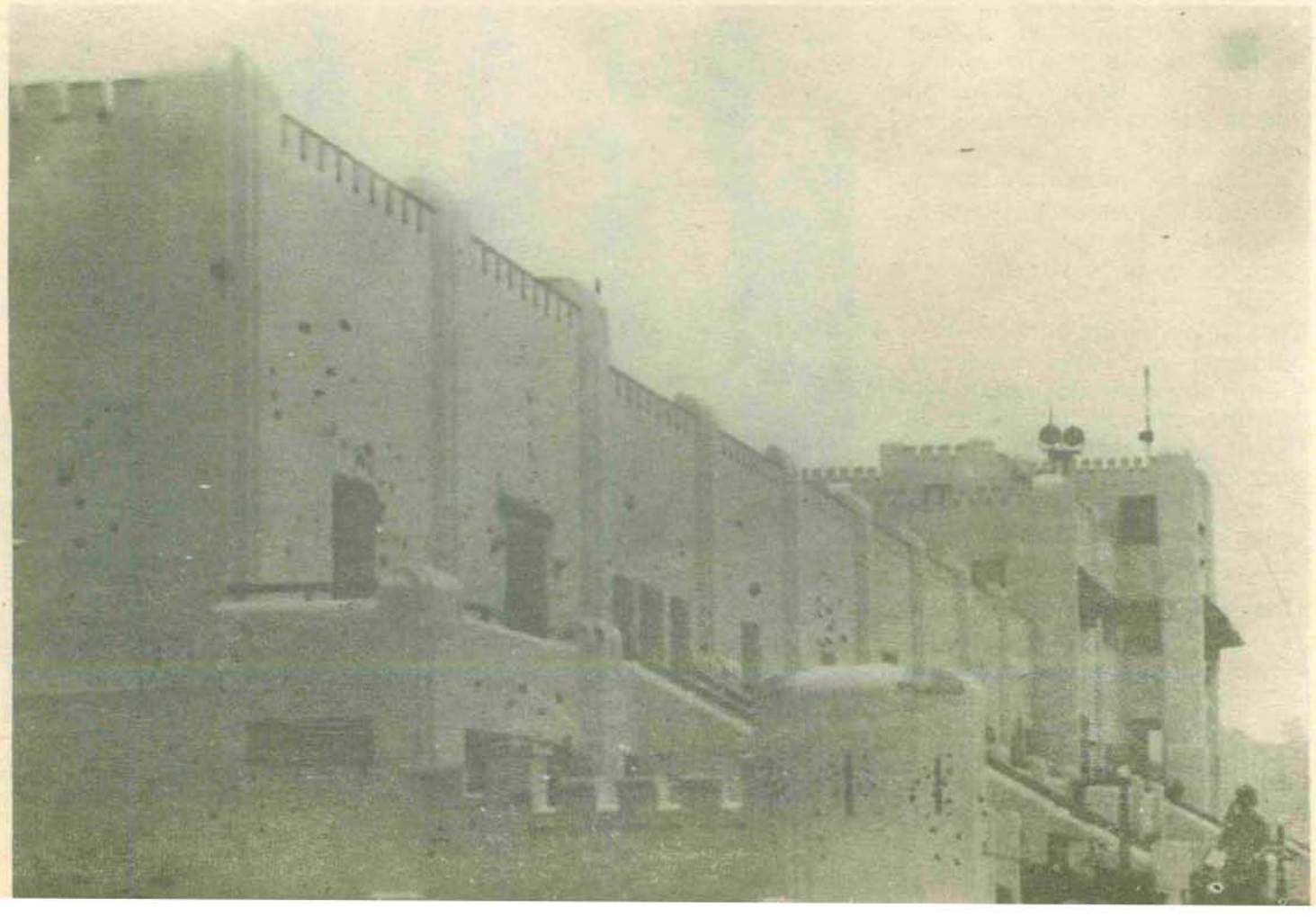
poder sostenerse en la ciudad se tenía previsto subir a la sierra e iniciar la guerra de guerrillas. Los detalles del plan los trazaron Abel, José Luis Tassende, Guitart, Montané, Abelardo Crespo y Fidel.

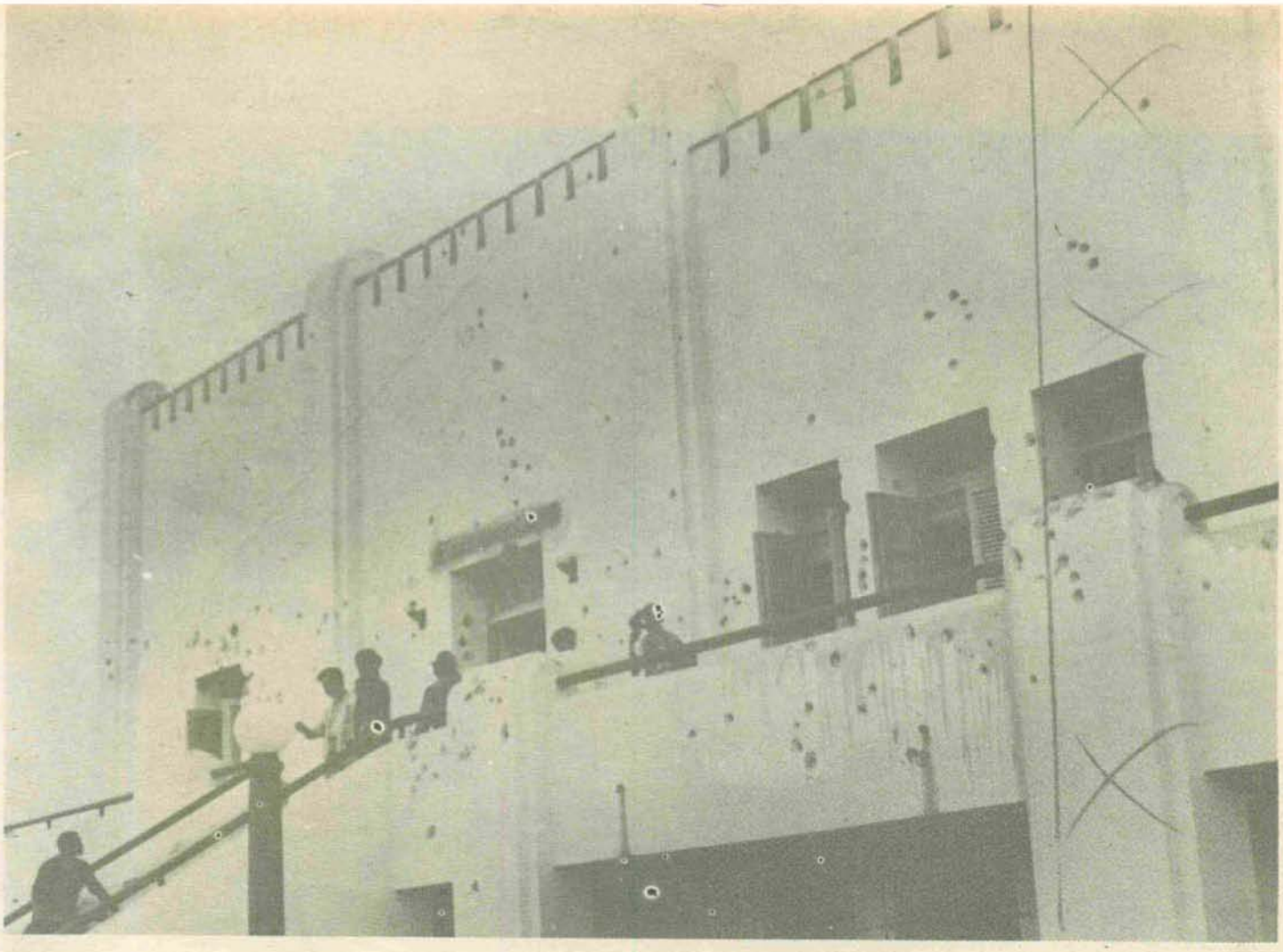
La preparación del ataque al cuartel es una obra maestra de secreto y astucia. El jueves 23 de julio comienzan los combatientes a salir hacia la provincia de Oriente. Van en pequeños grupos, utilizando el automóvil, el autobús o el tren. Cuando se despiden de sus familiares les dicen que van a pasarlo bien a los carnavales. Una hora antes de salir de La Habana hacia Santiago, Fidel Castro va al Buró de Investigaciones de la policía con el pretexto de interesarse como abogado por un detenido inexistente. Se trataba de comprobar si la policía sospechaba algo.

A los jefes de grupo se les había dado un sobre que debían abrir en un punto del camino próximo a la provincia de Oriente. Dentro del sobre venía la ubicación del objetivo: Santiago de Cuba, pero ni siquiera entonces se les comunicaba cuál era éste. En total son 162, de ellos 27 irán a Bayamo, y el resto tenía ordenes de concentrarse en una granja que hay a unos 10 kilómetros de Santiago: la granja Siboney. El lugar ha sido alquilado por Abel Santamaría, que finge utilizarla para la cría de pollos. Lo primero que hizo Abel fue crear un clima amistoso y simpático con el reducido vecindario, para evitar cualquier suspicacia. Uno de los vecinos era el español de Galicia, Angel Núñez Jurjo, de quien Abel se hizo muy amigo. Angel Núñez vive todavía con su mujer Josefa, una asturiana simpática y fuerte a pesar de los años. Núñez salvó la vida de Fidel cuando fracasó el asalto al cuartel, y éste llegó a refugiarse en los alrededores de la casa del español, que indicó a los perseguidores una dirección falsa y les hizo perder varios días. Cuando capturaron a Fidel, la opinión pública y algunas personalidades influyentes como el arzobispo de Santiago, se habían movilizado para evitar que lo mataran. «Si lo hubieran cogido en las primeras horas no hay quien lo salve», me dijo una vez el propio Núñez con naturalidad, en el transcurso de una conversación que mantuvimos hace dos años en su casa. También me contó que Abel Santamaría, poco después de alquilar la granja Siboney, le dijo bromeando en una ocasión: «Tengo un negocio entre manos que si me sale bien nos va a sacar de apuros a ti y a mí».

La noche del 25 todos están en el sitio convenido. Fidel —que ha sido uno de los últimos en llegar— designa a Abel como su segundo en la acción. Las dos mujeres que llegaron para inter-

ASI QUEDO EL CUARTEL DE MONCADA DESPUES DEL ATAQUE REVOLUCIONARIO. COMO PUEDE DEDUCIRSE DE LOS IMPACTOS DE BALA EXISTENTES EN SUS MUROS, LA LUCHA RESULTO MUY ENCARNIZADA. LAS BAJAS DE LOS REBELDES FUERON DE OCHO MUERTOS Y TRES HERIDOS —MAS LOS CINCUENTA EJECUTADOS POSTERIORMENTE—, Y HUBO NUEVE MUERTOS ENTRE LA POBLACION CIVIL.





venir en el combate como enfermeras, Haydee Santamaria (hermana de Abel) y Melba Hernández, repasan los uniformes y preparan colchonetas para todos. Las armas se esconden en el pozo.

Fidel les explica que van a asaltar la fortaleza y plantea que el que no esté de acuerdo puede irse. Sólo un grupo de unos diez rehusa seguir la aventura, y se les dejó un automóvil para que volvieran a La Habana. Al final de la madrugada, cuando la ciudad todavía está de jolgorio, salen los combatientes divididos en tres grupos. El más numeroso, de 95 hombres, asaltará el Moncada, mientras Abel Santamaría ocupa el Hospital Civil que hay frente al cuartel, y Raúl Castro, con diez hombres toma el Palacio de Justicia. Sobre la ropa de civil llevan puestos los uniformes de color caqui amarillo. Para identificarse entre sí llevan cinturones negros, en vez de los reglamentarios de color carmelita. El armamento se compone de varias docenas de escopetas automáticas de 5 cartuchos calibre 12 y rifles automáticos calibre 22, una ametralladora Browning, una carabina M-1, varios rifles Winchester y algunas pistolas.

Abel se negó al principio a cumplir la orden de Fidel de ocupar el hospital, porque lo consideraba una acción secundaria, y él quería tomar parte en la acción principal. Pero por fin se impuso la disciplina.

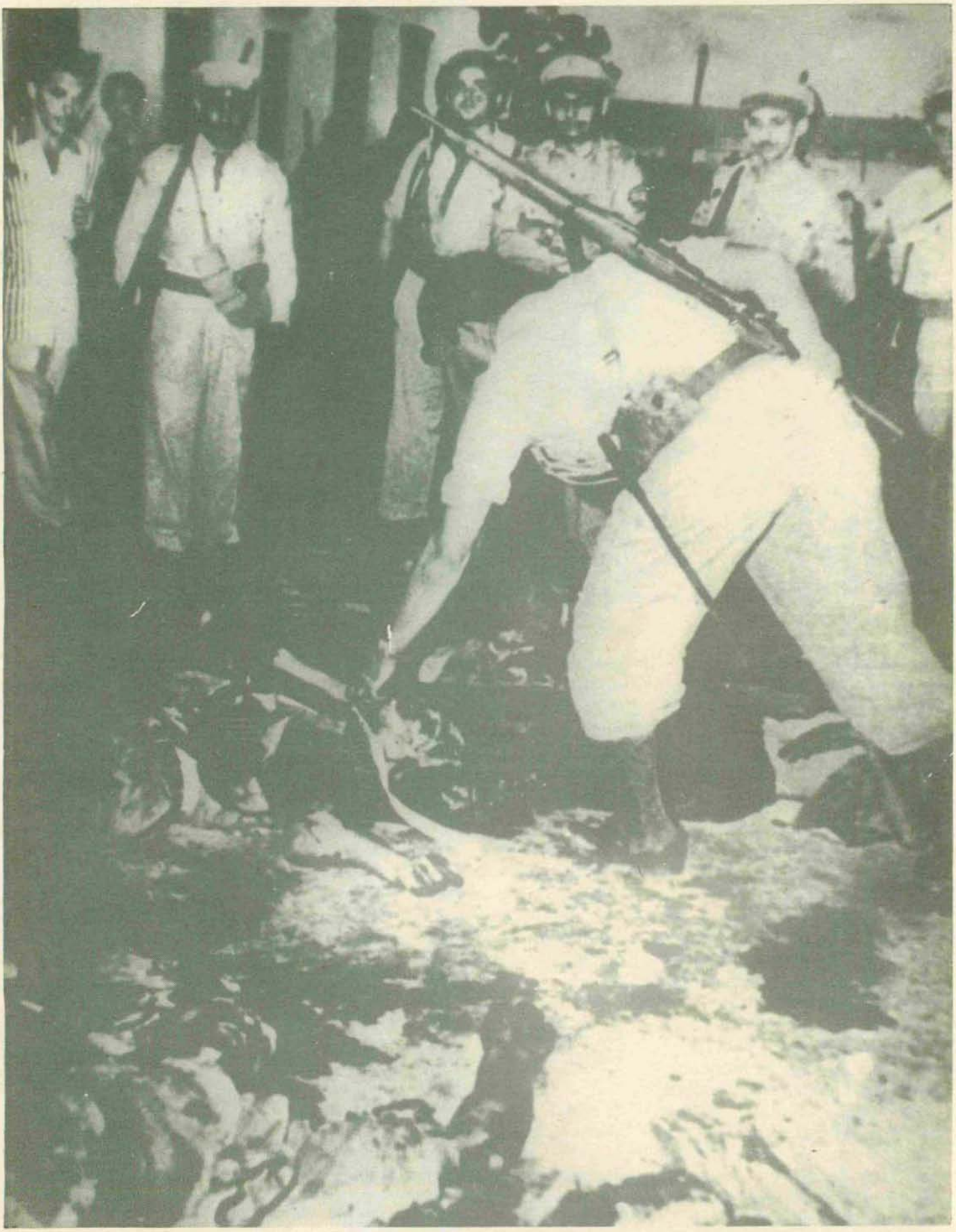
EL ATAQUE FRACASA

El primer disparo sonó a las 5,20 y el ataque fracasó en pocos minutos. Las desgracias habían comenzado antes, en el camino, cuando el grupo de reserva se extravió al entrar en Santiago porque el automóvil guía desertó. Cuando se dieron cuenta estaban alejados del cuartel, perdidos en una ciudad que no conocían, y no pudieron participar en la acción. En el cuartel había unos 500 soldados.

Los hechos se suceden. El primero del grupo de tres automóviles que debía entrar en el cuartel por la posta 3 (ver croquis) estaciona frente al objetivo. Va al mando Renato Guitart, e intenta reducir a un sargento y dos soldados que están de guardia. Los soldados no ofrecen resistencia, pero el sargento, herido de muerte, conecta el timbre de alarma que despierta a todo el cuartel.

Por si fuera poco, una pareja de la guardia que vigila el perímetro externo del cuartel se interpone entre la posta 3 y el automóvil Buick ocupado por siete combatientes y conducido por Fidel Castro, que avanza por la avenida que desemboca frente a la posta.

Deciden hacer prisioneros a los guardias, pero súbitamente es-



COMO UN TESTIMONIO DRAMATICO DE LA DUREZA DEL COMBATE, APARECE ESTA FOTO, EN QUE LOS SOLDADOS DE BATISTA TRATAN DE IDENTIFICAR LOS CADAVERES DE LOS REVOLUCIONARIOS QUE YACEN EN EL SUELO ENTRE CHARCOS DE SANGRE. EL ATAQUE PARALELO AL CUARTEL DE BAYAMO TAMBIEN FRACASO.

tos se vuelven y apuntan con las metralletas. Fidel acelera y lanza el coche sobre ellos. En ese momento, otro sargento que pasaba por allí cerca, saca el revólver al ver la escena. Desde el tercer auto del grupo disparan sobre el sargento y lo derriban. Pero en ese momento la sirena accionada desde la posta 3 empieza a sonar.

La alarma no cesa y la confusión es grande. Fidel Castro salta del coche y trata de reagrupar a los combatientes para avanzar por la posta 3, pero entre el intenso tiroteo y el ruido de la alarma sus órdenes no se oyen. Entonces sube de nuevo al Buick para intentar que le sigan, pero el automóvil no arranca. Esto termina por desconcertar aún más a los asaltantes. El automóvil delantero, en el que iba Guitart, retrocede y choca con el Buick de Fidel Castro. El fuego procedente del cuartel se va intensificando por momentos. Hay que pensar en retirarse. Un grupo de tres que ya estaba dentro del cuartel (Montané, Ramiro Valdés y Pepe Suárez) consigue escapar a la calle a duras penas.

Entretanto Abel con unos 20 hombres se acerca al hospital civil, y llegan a él cuando el tiroteo de la posta 3 ha comenzado. Abel se encara con el guardia de la puerta, y lo desarma. Deja un retén de tres hombres vigilando la entrada, y con el resto se sitúa en las ventanas del piso superior, que dan al recinto del Moncada, para apoyar con el fuego a sus compañeros.

Ocupado el hospital llega un automóvil con Haydee, Melba, Mario Muñoz y Raúl Gómez, quienes se colocan cerca de la puerta para atender a los heridos que vayan llegando. Un teniente que volvía con su esposa de los carnavales, al oír el tiroteo acude al hospital pistola en mano. Los rebeldes disparan y lo matan. Gómez cae herido de un rebote de bala. A medida que el fracaso del ataque al cuartel se va haciendo evidente, la situación del grupo de Abel se torna más difícil. El lugarteniente de Fidel no puede ver la retirada de sus compañeros, y en lugar de intentar una salida, ordena quedarse disparando hasta la última bala. Sobre las 8 de la mañana han agotado las municiones, y deciden hacerse pasar por enfermos los hombres, y por enfermeras las dos mujeres. Hacia las nueve de la mañana entran los soldados en el hospital, y por la delación de uno de los enfermos detienen a todos los atacantes menos a uno. A Mario Muñoz lo matan a tiros y Abel Santamaría muere en la tortura. Las dos mujeres son hechas prisioneras.

El grupo de Raúl Castro consigue tomar el Palacio de Justicia, situado a escasa distancia del cuartel. Las puertas del Palacio están cerradas. Raul toca el timbre y abre un viejo sereno acompañado de un soldado tembloroso que entrega el arma. Los asaltantes suben hasta el tercer piso en el ascensor, y desde allí se dirigen a la azotea: una magnífica posición desde la que se domina el cuartel situado a unos 80 metros, pero que es neutralizada por el intenso fuego procedente del Moncada. Cuando Raúl comprueba que los soldados emplazan ametralladoras en la terraza del cuartel deduce que Fidel ha perdido la baza y se está retirando. Ordena marcharse y salen de la ciudad en automóvil por una carretera que va a la playa de Ciudamar.

La deducción de Raúl Castro es correcta, su hermano Fidel ha ordenado ya la retirada. En el coche del jefe se retiran también Ciro Redondo, Montané, Pepe Suárez, Marino Collazo, Vicente Chávez, Israel Tápanes y Reinaldo Benítez, que está herido en un pie. Fidel termina la retirada en otro vehículo que conduce Ricardo Santana, y se dirige hacia la granja Siboney.

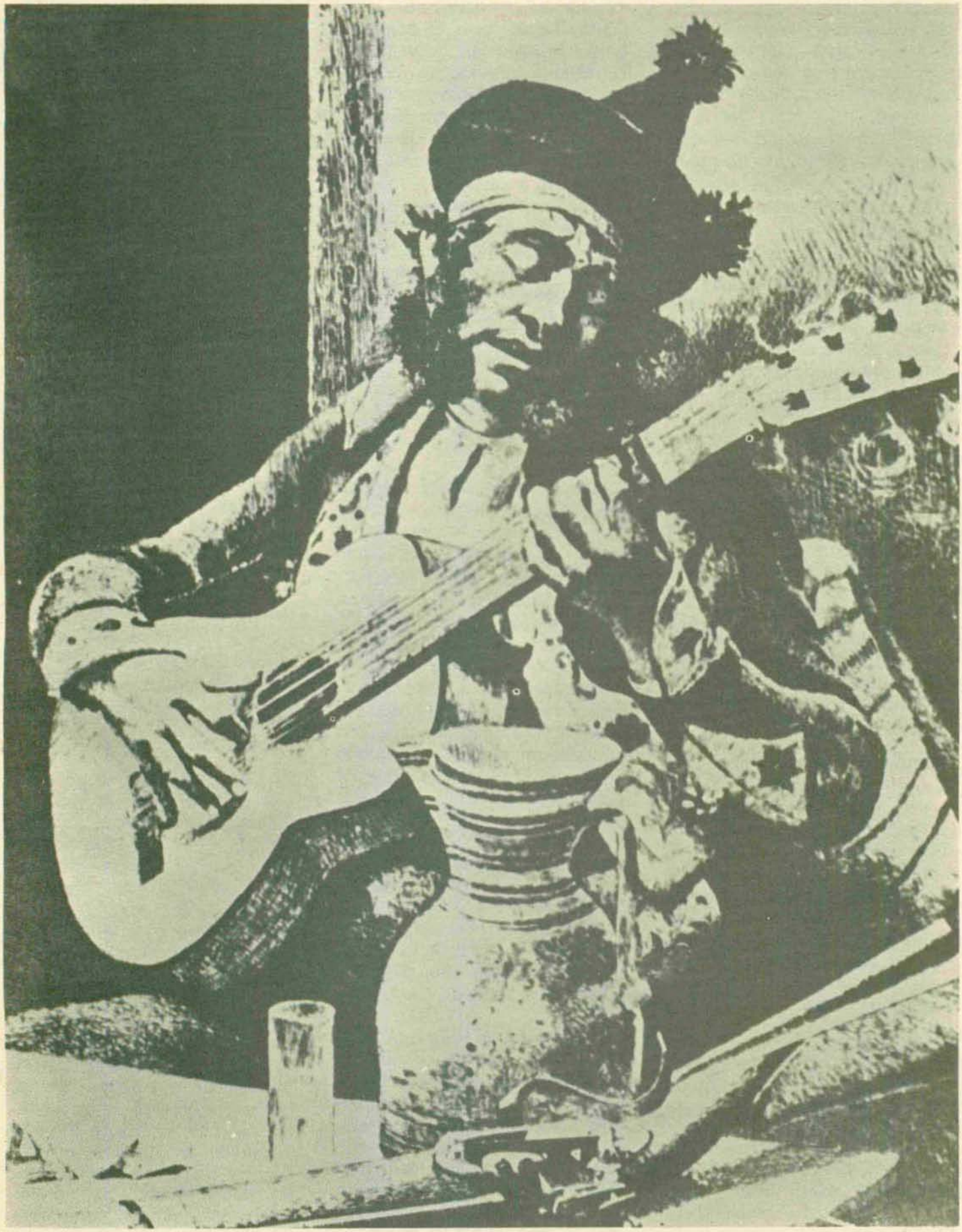
Protege la fuga Pedro Miret, que abandona el lugar, junto con otros cuatro tiradores, para llevar a un compañero gravemente herido al hospital. Allí son capturados.

Las bajas de los rebeldes en el combate han sido de ocho muertos y tres heridos. Después esta cifra pasó de los cincuenta por las ejecuciones de los capturados. Hubo nueve muertos entre la población civil.

BAYAMO

El ataque al cuartel de Bayamo, estaba sincronizado con el del Moncada, y serviría para evitar que llegaran refuerzos a Santiago de Cuba en los primeros momentos de la insurrección. Pero también fracasó, con un elevado número de bajas. Trece de un total de 27 asaltantes. Al igual que en Santiago se malogró la sorpresa. El cuartel carecía de muros, pero tenía dos cercas de alambres de espino. Los atacantes salvan la primera pero tropiezan con unas latas en la segunda, y la guarnición del cuartel, al mando del teniente Roselló, los rechaza.

Por la mañana, en la granja Siboney, un grupo de 40 supervivientes, componen los restos de la derrota. Algunos están heridos. Fidel pide voluntarios para internarse en la montaña. La mayoría piensa que la ciudad ofrece mejor escapatoria. Por fin le siguen 19 que se internan con él en la sierra. En pocos días el grupo queda reducido a tres: Fidel, Pepe Suarez y Oscar Alcalde. Los detiene una patrulla al mando de un teniente cuando descansan exhaustos en un bohio. Los soldados quieren matar a los prisioneros y el teniente lo impide. El oficial se llamaba Sarriá y era de raza negra. Murió en 1973 y fue enterrado con honores militares en el cementerio de La Habana. Fidel Castro, que asistió al entierro, le sigue debiendo la vida. ■ **F. M. L.**



«CANTAOR FLAMENCO», GRABADO DE ARAUJO (GRANADA, 1884), UNO DE LOS ABUNDANTES TRABAJOS QUE ARAUJO HICIERA SOBRE LOS GITANOS. LA IMPORTANCIA DE ESTA ESTAMPA, DENTRO DE LA HIPOTESIS QUE SOSTIENE EL PRESENTE ARTICULO, NOS PARECE DECISIVA: ESTE GITANO CANTAOR Y GUITARRISTA TIENE SOBRE LA MESA SU TRABUCO. ESTO ES, POR LO MENOS, SIGNIFICATIVO.

BANDOLERISMO Y CANTE FLAMENCO

FELIX GRANDE

LA cárcel: he aquí uno de los temas fundamentales de las coplas flamencas originarias. La cárcel era también, cuando no la muerte en combate o el ajusticiamiento y descuartizamiento posterior, el destino más habitual de los bandoleros andaluces. Generalmente, antes del salto hacia las sierras, en la biografía del bandolero figuraba la cárcel. Después de unos cuantos delitos de sangre o de robo en los montes, la biografía del bandolero se cerraba con la cárcel o con la muerte. En su libro **El Bandolerismo andaluz** [1] Bernaldo de Quirós señala que la paternidad de una de las más conocidas tonás cuyo tema es la cárcel («Veinticinco calabozos/ tiene la cárcel de Utrera. / Veinticuatro llevo andaos, / el más oscuro me queda») se atribuye al bandolero Diego Corrientes, utrerano de origen jornalero, ejecutado y descuartizado el 30 de marzo de 1781. Esa toná no es solitaria. Gran parte de las tonás más antiguas de que tenemos memoria oral o escrita, gran parte de las primeras siguiriyas que conservan los viejos libros o la tradición, mencionan a la cárcel. En su libro **Los Zincali,** [2] Don Jorgito el Inglés reproduce varias coplas en lengua romaní —traducidas, como todo el libro, por don Manuel Azaña— que hablan del temor a la muerte a manos de la justicia o del miedo a la cárcel.

En mi opinión, de estas correspondencias no debemos deducir una conclusión excesiva: el cante flamenco no puede deber su existencia exclusivamente al bandolerismo andaluz. Pero tampoco debemos omitir cuanto de significativo contienen estas semejanzas. Ellas al menos nos sirven para aproximar un poco de luz, siquiera oblícuamente, sobre la cuestión de si el cante flamenco es, en su aspecto social, un fenómeno de expresión popular o si más bien su procedencia es la extrema marginación. «El cante flamenco (escribe Manolito Ríos) nunca gozó de popularidad, ni aún del entendimiento, entre todos los andaluces, porque no es, ni lo fue jamás, una común expresión regional, no ya de los payos, sino tampoco de todos los gitanos» [3]. Esta afirmación reclama una matización, pero en lo esencial es acertada. En los cantes más sobrecogedores y primigenios el pueblo no es frecuentemente visible —quiero decir: no son frecuentemente visibles la política, la revolución o las revueltas, los conflictos de clases, el combate que se abre pariendo al porvenir. Son visibles, sí, los desgarrones individuales que llamamos angustia, lamento, terror, desesperanza. El individualismo que algunos comentaristas están a punto de reprochar al cante (no le faltaba ya a este dolor tremendo más que tener que soportar la admonición y la censura de sus defensores) puede simbolizar padecimientos de casi todos los miembros de un pueblo sometido por la desgracia, pero los expresa desde una repentina tensión personal.

José Monleón ha definido famosamente al cante: una tragedia en primera persona. No creo que exista mejor manera de nombrarlo. La tragedia siempre es plural. Pero en el cante se expresa en primera persona. Por supuesto, desde el suceso trágico del cante se proyecta el drama colectivo; pero, en lo más hondo de su exacta turbulencia expresiva, el cante no alude al futuro de un pueblo, sino a su drama; no alude a la rebelión de un padecimiento, sino a su intensidad; es rico en rabia pero no en organizado coraje; la organización tiene fe, no la desolación. La desesperación que hay en el cante no puede controlarse más que en el cante mismo: y a veces, ni siquiera en el cante; hay ocasiones en que un cantaor o un «afi-

[1] Constancio Bernaldo de Quirós y Luis Ardila. ***El bandolerismo andaluz.*** *Madrid, 1931.* Reimpreso en Ediciones Turner, Madrid 1973.

[2] George Borrow: **Los Zincali.** Londres, 1841. Traducido al castellano en 1932.

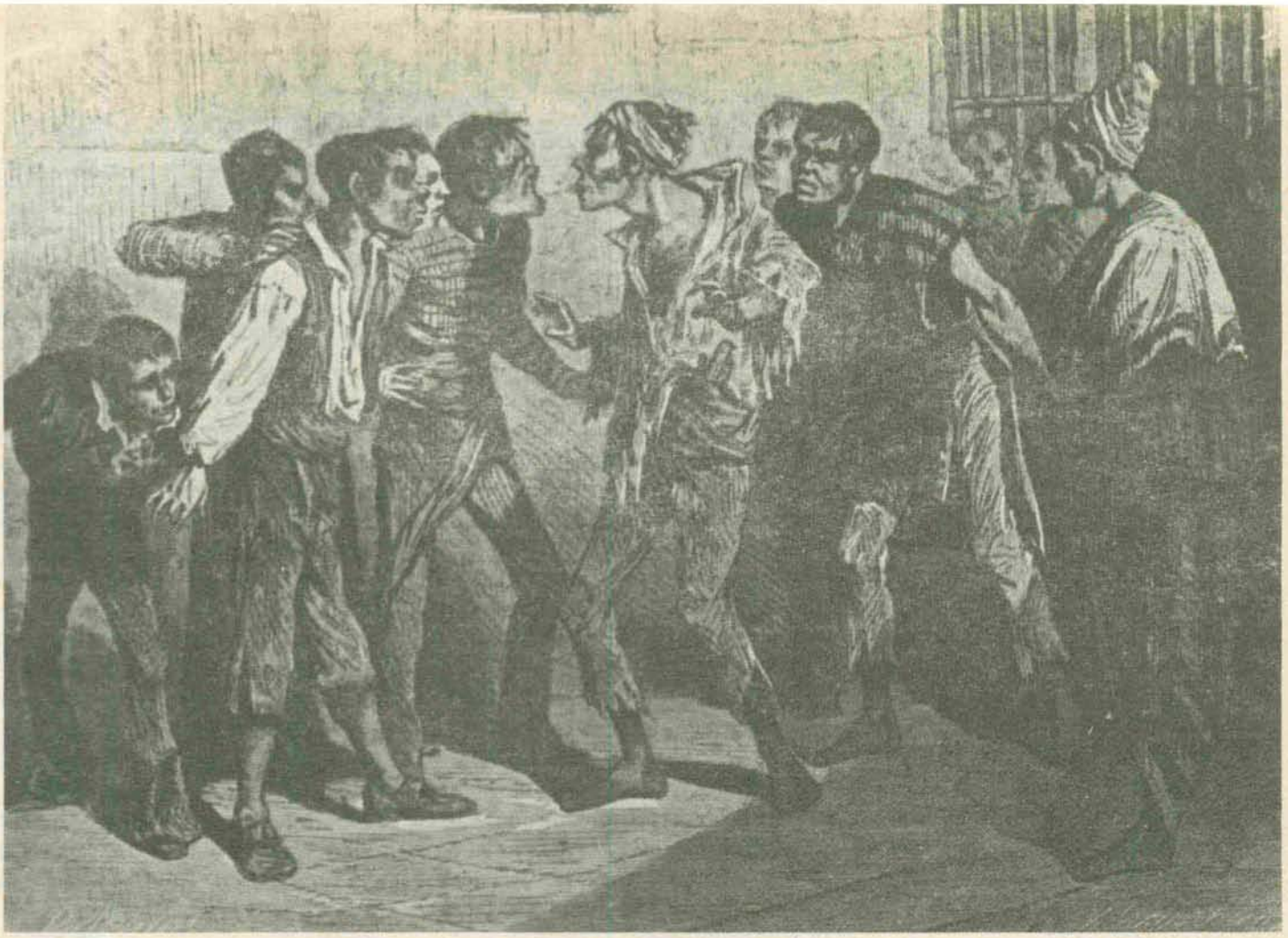
[3] Manuel Ríos Ruiz: **Introducción al cante flamenco.** Edic. Istmo. Madrid, 1972.

cionao» —un oyente— tienen que desgarrarse la camisa. ¿El cante deserción política, traición? Un individuo que se desgarra la camisa cantando u oyendo una toná merece un poco de respeto. Sufrir intolerablemente o expresar o percibir un sufrimiento intolerable son hechos que no tienen que ver con la traición. Lo verdadero no es insolidario. Como la hoguera, el cante arde. En él podemos calentarnos las manos: aprisa, mientras la llama se devora a sí misma. Esa hoguera, lo repito, es una tragedia en primera persona. Arde, se quema y se consume en primera persona. Las causas de ese fuego las sufre todo un pueblo, pero se expresan a través de los agonistas. El cante gitanoandaluz no es propiamente una música popular: es un dolor popular —y racial— que se expresa utilizando las vidas de unos cuantos agonistas desaforados de tensión. Algo muy radical pugna por ser dicho y **se dice** a través de ellos. **Se dice** desde lo colectivo. Y **se dice** personalmente. Las clases marginadas andaluzas —durante siglos, casi la entera Andalucía— y el pueblo gitano tienen algo que pugna por ser dicho. Desde esa pugna, a veces nace una toná, una carcelera, una siguiriya. A veces, sobreviene un bandido.

Insisto en que no creo en una relación de causa a efecto desde el bandolerismo al cante. Más bien se trata de criaturas expresivas que en diferentes proporciones y a distinta temperatura maman de una leche común: la desesperación. La diferencia es que una criatura —el bandido— se exaspera en su pequeñez (de ahí su culto del poder, su afán de componer con sus gestos una *imagen respetada, su gusto por* la fama), en tanto que la otra criatura —el cante— se desespera en su grandeza —y se remansa en ella. El uno muere, el otro es inmortal. El uno excita la cólera del poderoso, el otro excita la emoción de quien conoce el sufrimiento. Desde un fuego con semejanzas, el bandolero está destinado a ser ceniza, el cante a ser calor. El bandido se hace leyenda y finalmente olvido. El cante se hace tradición y finalmente herencia. El bandolero, a su manera, pide socorro. El cante nos socorre. El bandolero fustiga los caminos hacia su inmensa noche. El cante nos alumbra —con candil— el camino. No es extraño que ambos se encuentren y se rocen en los caminos. En el capítulo «Un baile en Triana» de su libro **Escenas andaluzas,** Estébanez Calderón escribe: «Los cantaores andaluces, que por lo general lo son la gente de a caballo y del camino...» En su texto «El flamenco ¿cante del pueblo?» José Luis Ortiz cita esas palabras y agrega que el musicólogo Elías Terés «las interpreta en el sentido de considerar a los cantes flamencos como propios de andaluces fuera de la ley, bandoleros marginados por la sociedad y por la vida» [4]. De nuevo: esa interpretación me parece a la vez acertada y desmesurada. Exagera una cuestión central pero remite a ella: los derechos del cante corresponden a seres y comunidades marginadas, y en su elaboración —musical, literaria y técnica— concurre la tensión de las situaciones extremas.

Exactamente sobre esta interpretación hay en el texto de José Luis Ortiz un párrafo que no es ocioso transcribir: «El concepto de **pueblo** es ideológico y confuso: Pueblo es un habitat reducido, intermedio entre ciudad y aldea. Pueblo son los habitantes de una región frente a los de otras regiones y los de una nación frente a los de otra nacionalidad: pueblo andaluz, pueblo francés. Pueblo son los pertenecientes a un grupo racial diferenciado: pueblo gitano. Pueblo son estratos y capas de la sociedad definidos por contraposición a la oligarquía y a la aristocracia, y que en la actual fraseología política posterior a la revolución 'popular' china ha quedado matizado como la reunión de cuatro clases: el campesinado, el proletariado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. En este orden no cabe la asimilación del concepto pueblo al cante flamenco cuando se dice que **el flamenco es cante del pueblo,** porque los creadores de este arte no estaban comprendidos en ninguna de las clases mencionadas. Su **status** era el de los marginados, **lumpenproletariat,** como se diría hoy, alejados del proceso productivo, afines a los trabajos de ocasión, rateros, bandidos, no alineados en ninguna ideología ni clase más que en la de su propia supervivencia fuera del 'orden', en contra del orden existente, no para transformarlo, sólo detestándolo, sin ánimo alguno de reforma social, utilizados por la revolución y la reacción, indistintamente, como carne de cañón, sin más expresión propia que la de su odio indiscriminado y recíprocamente recibido: quinquis de hoy, 'Lutes' perseguidos que entre cárcel y campo se ponen a cantar sus penas». Y más adelante precisa: «Y es que no fue el pueblo el directo responsable del flamenco. Lo fueron, sí, las minorías, la racial de los gitanos y la de los andaluces 'de a caballo y del camino', y dentro de ellas la de aquellos doblemente marginados por sus circunstancias personales para la asunción de la desdicha y con cabeza, corazón y garganta suficientes para la creación de los cantares. Minorías no por supuesto de las egregias, minorías no dirigentes, minorías de la antiaristocracia, del **apartheid** racial y económico, minorías de delincuentes comunes, minorías de locos y de artistas sublimes..., que sembraron su desconcierto en un canto

[4] En **Cuadernos hispanoamericanos,** núm 279. Madrid, septiembre 1973.



EL TEMA DE MUCHAS DE LAS MAS ANTIGUAS TONAS ES LA CARCEL. YA EN EL SIGLO XIX, A UNA DE LAS FORMAS DE LA SIGUIRIYA SE LA LLAMARIA «CARCELERA». LAS TONAS CARCELARIAS, LAS SIGUIRIYAS CARCELERAS SIGUEN, EN NUESTROS DIAS, FORMANDO PARTE DE LO MAS HONDO Y ESTREMECEDOR DEL CANTE GITANO-ANDALUZ. (GRABADO: PATIO DE UNA CARCEL DE HOMBRES.)

desconcertante». Eran los agonistas. Agonistas del pueblo. No el pueblo en tanto que organizado en clases, sino el pueblo en tanto que exasperado en la marginación. No el pueblo capaz aún de imaginar el porvenir, sino el pueblo ya engrillado en la más turbulenta ausencia de esperanza. No el clamor popular: el sufrimiento popular. Bandolerismo y cante no son sinónimos. Pero desde un origen común —la marginación social y toda su secuela de emociones en estado turbulento— tienen alguna relación. Ahora queremos rastrearla, y ello nos servirá para defender una hipótesis sobre el origen de esa palabra nebulosa que viene definiendo al cante: la palabra «flamenco».

En su libro sobre el bandolerismo andaluz, Bernaldo de Quirós señala la existencia del robo y el asalto en Andalucía ya en tiempos de la dominación romana. Aquellos remotos bandidos operaban tanto en Andalucía como en la Mancha y eran fundamentalmente ladrones de ganados en descampado. Los nombres de los abigeos Caracotta y De Materno son los primeros que registra la investigación (Caracotta fue, posiblemente, natural de Estepa, lugar de nacimiento del muy famoso y posterior **Pernales).** La Edad Media tuvo que organizarse contra las bandas de **golfines,** también ladrones de ganado y atracadores. Bernaldo de Quirós, ayudado del texto de las **Crónicas** o **Conquista de Ultramar** (año 1300), del catalán Bernardo Desclot, deduce que la psicología del **golfín** es la de «un desadaptado a la ley del trabajo regular y continuo»; «no se caracteriza como un haraganzuelo cualquiera, siendo, por el contrario, un hombre de lucha y de armas, un temible hombre de presa, capaz de un extraordinario desarrollo de energías intensas». **Golfín,** para Quirós, «literalmente quiere decir 'el lobo', siendo una palabra gótica **(golf),** romanceada en la fonética y en la desinencia». Para perseguir a los golfines se organizan algunos vecinos de Toledo y de Talavera de la Reina «fundando la Hermandad Vieja, germen de las instituciones de seguridad que, a través de la Santa Hermandad, fundada por los Reyes Católicos, conduce a la actual Guardia Civil».

El siete de julio de 1496 los Reyes Católicos, utilizando parte de los estatutos de la Hermandad Vieja, concluyen en Córdoba los de la Hermandad Nueva. En ellos se indica detalladamente la forma de ejecución a que se hacen acreedores los **golfines:** «La muerte de saeta a

que el malhechor fuere condenado debe ser dada y executada en esta manera: que los alcaldes y cuadrilleros hagan sacar y saquen al tal malhechor al campo; y pónganle en un palo derecho, que no sea a manera de cruz, y tenga una estaca en medio y un madero a los pies; y allí le tiren las saetas [que habían de ser siete, como los misterios] hasta que muera naturalmente [sic], procurando todavía los dichos alcaldes como tal malhechor resciba los Sacramentos que pudiere rescibir como cathólico christiano, y que muera lo más prestamente que ser pueda, porque pase más seguramente su ánima...»[5]. Más tarde, el Emperador Carlos ordenaría que antes del asaetamiento el condenado fuese compasivamente estrangulado (este fue el origen de la forma de muerte judicial que llamamos «garrote» y que es todavía el sistema usado en España).

[5] **Novísima recopilación.** Libro VIII, título XIII.

Cuando comienzan a extinguirse los **golfines** ya han aparecido los **monfíes. Monfí,** palabra árabe, significa en castellano **desterrado;** el diccionario lo define como «moro o morisco que formaba parte de las cuadrillas de salteadores después de la Reconquista». En rigor, el **monfí** no es únicamente un salteador. Siempre árabes y en ocasiones inmersos hasta el fondo en el conflicto racial de este pueblo en la España del XVI, famosos por su muy activa participación en la última insurrección de la Alpujarra, numerosos y sanguinarios, más que salteadores de caminos son un fenómeno social sumamente frenético, que se integra con su violencia a la totalidad de la situación de la raza árabe en la época de su definitiva expulsión de la península.

En su novela **Los monfíes de las Alpujarras,** Manuel Fernández y González escribe sobre ellos: «Pero si bien los habitantes árabes de las poblaciones, los que poseían terrenos u oficios, los que para conservar sus bienes se veían obligados a someterse al yugo, practicaban el cristianismo, había un número considerable de gente suelta, nómada, como los antiguos árabes del Yemen, que preferían la lucha con el vencedor y sus peligros a someterse vergonzosamente al yugo. Estos moriscos, o mejor dicho, estos moros, porque sólo se llamaba moriscos a los convertidos, no entraban en las poblaciones sino para saquearlas; vivían en la montaña, se albergaban, ya en las cuevas de las rocas, ya bajo tiendas de cuero, activos siempre, siempre dispuestos al combate y feroces y terribles hasta el punto de causar terror a los mismos moriscos, de quienes habían sido hermanos». Como se advierte, más que la exasperación

PARA JOSE LUIS ORTIZ NUEVO, EL FLAMENCO TIENE SU ORIGEN EN LA TURBULENCIA EMOCIONAL DEL «APARTHEID RACIAL Y ECONOMICO...» (EN LA FOTOGRAFIA, UNA ZONA DEL SACROMONTE, BARRIO GITANO DE GRANADA.)

de la miseria y la explotación, cristalizada en forma individualista, ardientemente emocional y sin fines religiosos ni reivindicativos —planteamiento común al bandolero típico del XVIII— lo que se hace visible en los monfíes es una acción bélica, una lucha racial y de religión, junto con la crueldad lógica en los miembros más desesperados de un pueblo que el reordenamiento religioso y estamental de los siglos XVI y XVII expulsaba definitivamente de España. Lo menciono, pues, en este trabajo, no tanto por la relación más o menos compleja que pueda señalarse entre las causas del bandolerismo andaluz —sobre todo del XVIII— y un cierto aspecto de la contextura general de la formación de algunos de los cantes flamencos, cuanto por un motivo verdaderamente complejo. Lo que sigue será, por tanto, como ya he señalado, una pura fipótesis, y ni siquiera una hipótesis de trabajo, ya que por ahora no creo posible ninguna verificación en este cuestión, dado el escaso material existente sobre lo que llamaríamos la particular antropología de los monfíes. Nada sabemos, en verdad, de cuáles fueron los cambios internos operados en ellos en su tránsito desde la cultura árabe ya en retirada hasta su inmersión desesperada —y en el fondo suicida— en los montes. Nada sabemos sobre qué partes de su cultura lograron y eligieron conservar en su viaje a ese destierro interno y a ese más áspero destierro que es disponerse a morir como alimañas por una causa que de antemano se sabe perdida. Nada sabemos sobre los nuevos hábitos y formas de organización en grupo que agregasen a la parte de su cultura que en su separación de los moriscos eligieran llevar con ellos. Concretando un poco el tema: nada sabemos de cuáles de los cantos árabes se llevaron a las montañas los monfíes; nada sabemos, sobre todo, de cuáles nuevos cantos elaboraron, o cuáles formas nuevas dieron a sus músicas, en el supuesto de que en el escaso tiempo de su existencia como tales monfíes por las geologías clandestinas andaluzas esas creaciones o modificaciones musicales se produjesen. Pero si llegaron a producirse, nada nos prohíbe sospechar que tales hipotéticos cantos, nuevos o modificados, pero presumiblemente terribles o por lo menos dolorosos, pudieran haber contribuido, siquiera parcialmente, a la formación —por lo demás, también nebulosa— de las raíces del cante flamenco.

Como es sabido, las más viejas de las tonás conocidas no se remontan más atrás del siglo XVIII. Suponemos que antes de su aparición los primeros cantes habían sido el legado clandestino, casi ritual, que unas cuantas y antiguas familias gitanoandaluzas transmitían desde tiempo atrás a sus descendientes. Sabemos sólo aproximadamente cómo eran los cantes flamencos en el momento de su aparición —prácticamente ayer—, pero desconocemos totalmente cómo se cantaba la toná durante lo que llamaríamos la prehistoria de la toná, y quizá lo desconoceremos siempre: casi con seguridad, esos cantos para los que no tenemos nombre formaban parte de una temperatura ritual, de un temblor secreto, de una tensión a la vez altiva y oculta. Sólo podemos deducir cómo debieron de ser juzgando por cómo son ahora. Y si ahora, tiempos en que por la estructura de los cantes ha pasado la erosión de los años —de los siglos—, la amenaza de comercialización total, la lima castradora del dinero, la proximidad de músicas más apoyadas en la sere-

EL 7 DE JULIO DE 1496 LOS REYES CATOLICOS FUNDAN LA HERMANDAD NUEVA, UNA INSTITUCION DE SEGURIDAD CREADA PARA PERSEGUIR Y COMBATIR A LOS SALTEADORES DE CAMINOS. EN LOS ESTATUTOS DE DICHA HERMANDAD SE DETALLA MINUCIOSAMENTE LA FORMA DE EJECUCION DESTINADA A LOS BANDIDOS. (EN LA FOTOGRAFIA, LOS REYES CATOLICOS, ESCULTURAS DE FELIPE BIGARNY. CAPILLA REAL DE GRANADA.)

nidad, si ahora, a pesar de todo, los cantes flamencos, en repentinas horas de fidelidad, pueden llegar a ser terribles, ¿podemos imaginar cómo serían las raíces de esto que aún es una tensión de «sonidos negros», cómo sería el flamenco cuando no salía de la cárcel o de la cueva, cuando posiblemente nadie no gitano o no forajido tenía acceso a sus gritos?

Claro está que podemos imaginarlo; y debemos hacerlo alguna que otra vez si no queremos disolvernos en esas averiguaciones especialistas, generalmente higiénicas y minuciosas, sin duda útiles pero, creo, insuficientes y hasta mutiladoras: pues, en ocasiones, ante ciertos rastreos o proposiciones exclusivamente técnicas, que suelen estar, desde luego, aprovisionadas de una evidente avaricia especialista (pero yo no deseo olvidar la opinión que a veces merecía el comportamiento frenéticamente especialista al adorable Bertrand Russell: talante de alguien que sabe cada vez más de cada vez menos), muchos de nosotros sentimos la desazón de estar asistiendo a la búsqueda de algo que ya no sabemos lo que es, de haber peinado en exceso una cabellera turbulenta, de ver cómo se diluye en datos unilaterales el drama que verdaderamente nos inflama de comunicación, de notar cómo entre el lenguaje cada vez mejor leído y anotado de los sismógrafos se olvida el seísmo y los destrozos que recuerdan el amanecer del flamenco. Y entonces necesitamos volver a las fuentes: recordar de nuevo que en los siglos XV y XVI los judíos eran masacrados; los gitanos, humillados y perseguidos; los árabes, exterminados; los moriscos, expulsados; y explotados los andaluces. Sostiene profundamente Octavio Paz que un texto es un tejido de relaciones; el texto sombrío y desgarrado que es el cante gitanoandaluz (y Andalucía se llamaba Al-Andalus) es también, desde luego, un tejido de relaciones. Si no relacionamos a la música —ese esfuerzo de la emoción por ser expresión sonora y de la expresión sonora por constituirse en mapa del ser— con la penuria y con la cárcel, la brutalidad y la represión, el hambre y el miedo, la amenaza y la prepotencia, la resistencia y el secreto, no obtendremos el cante flamenco. Las averiguaciones exclusivamente técnicas nos son necesarias. La memoria en todo momento presente de las raíces sociales y antropológicas nos son imprescindibles. Es cierto que necesitamos ir fijando los apellidos de los cantes, pero sin arrumbar jamás el nombre. Y ese nombre era —es— una especie de tormenta de exasperación y de pena; hay ocasiones en que un cante parece el erizado epitafio de una cultura; palabras esenciales y tonos esenciales («sonidos negros») embadurnados en un luto insatisfecho y general. Esta es una de las dos causas que me hacen deducir alguna remota y parcial semejanza entre la enigmática formación de los primeros gritos del flamenco y los nebulosos monfíes: árabes no moriscos que se lanzaron sangrientamente a las montañas para enterrar, aullando y matando, el cadáver de su cultura.

Repito que esta deducción es sólo una hipótesis, apoyada prácticamente sobre nada, excepto ciertos paralelismos del dolor: exasperación de la cultura árabe, expulsada o exterminada ⟶ exasperación de la cultura gitana, amenazada y perseguida; residencia del monfí en los montes ⟶ residencia del bandolero en las sierras; el monfí se asume monfí sobre la resignación del morisco ⟶ el bandolero se asume bandolero sobre la resignación del andaluz desasistido; y en todos ellos —monfíes, moriscos, gitanos, bandoleros y andaluces humildes— la inestabilidad vital; por persecución o por hambre, por amenaza o exterminio, por mesianismo o por desprecio, para todos ellos el día es un sobresalto y la noche un temor, la memoria un llanto y el porvenir una elegía. Pero la modestia de saber que estoy demorado en una pura hipótesis debe obligarme a no exagerar las semejanzas; además, las diferencias son visibles: el monfí está ya cercenado de los suyos (los moriscos le temen) en tanto que el bandolero cuenta con la simpatía y en ocasiones con la ayuda del andaluz humilde; el monfí procede de una cultura imperialista que desde hace siglos se desmorona, en tanto que el gitano mantiene celosamente una cultura secularmente desposeída; el monfín se ha dispuesto a morir, el gitano a sobrevivir: Al-Andalus desaparece: y nace Andalucía. Al-Andalus desaparece y el monfí sabe que esa pérdida será eterna. Su nombre, pues, **—monfí—,** es preciso, definitivo: desterrado. Aquí, este suceso filológico es, tal vez, importante. En seguida veremos por qué.

La palabra «flamenco» es ilustremente enigmática. Ese enigma sufre sucesivos estados de sitio y, así, no menos de seis u ocho teorías se aprestan a proporcionarnos la verdad —y la confusión—. Algunas de esas teorías no tienen consistencia; otras la tienen pero no alcanzan a ser irrefutables. No seré tan venal ni tan ingenuo como para intentar hacer pasar por irrefutable la teoría que he elegido, tanto menos tratándose de una cuestión tan resbaladiza para mí como es la filología, disciplina en la que mi ignorancia despliega un esplendor impetuoso. La prudencia no me consentirá, pues, que en esto quiera ser autoritario, pero tampoco impedirá que defienda la hipótesis que me parece más coherente y tentacu-

«... UNA ESPECIE DE TORMENTA DE EXASPERACION Y DE PENA: HAY OCASIONES EN QUE UN CANTE PARECE EL ERIZADO EPITAFIO DE UNA CULTURA: PALABRAS ESENCIALES Y TONOS ESENCIALES —'SONIDOS NEGROS'— EMBADURNADAS EN UN LUTO INSATISFECHO Y GENERAL». (EN LA FOTOGRAFIA DE JOSE MARIA BARREIRO, EL ROSTRO Y LAS MANOS DE EL AGUJETAS, CANTAOR GITANO DE JEREZ.)

lar. Antes consignaré algunas de las teorías que, con más o menos posibilidades de triunfo, se disputan la virginidad de esa interrogación esquiva.

Entre las que, ya en 1881, enumera Antonio Machado y Alvárez, **Demófilo** (el padre de los poetas Manuel y Antonio), encontramos aquella que sostiene que el uso del vocablo «flamenco», referido al cante gitano, se debe a que con los habitantes de Flandes venidos a España durante el reinado de Carlos I llegaron simultáneamente abundantes gitanos; esta simultaneidad cronológica y esa homogeneidad de procedencia habrían hecho que los gitanos fuesen denominados flamencos. Posiblemente, **Demófilo** debió recoger o corroborar esta interpretación en la edición inglesa (1841) del libro de George Borrow **Los zincali;** en esta páginas, Borrow, viajero por Andalucía a principios del XIX y acompañante de carretas de gitanos durante gran parte de su vida, escribe que «gitanos o egipcianos es el nombre con que por lo común se ha conocido en España, así en épocas pasadas como en la presente, a los que en inglés llamamos **gypsies,** pero también se les ha dado otros nombres; por ejemplo: castellanos nuevos, hermanos y flamencos»; y agrega: «El apelativo de flamencos con que al presente se les conoce en varias partes de España no se les habría dado nunca probablemente a no ser por la circunstancia de llamárseles o de creérseles germanos, ya que germano y flamenco son considerados como sinónimos por los ignorantes». Esta teoría (que, enriquecida con un matiz interesante, volverá a emerger más tarde, como veremos en seguida) es paralela a otra que también **Demófilo** reseña y según la cual en tiempos de Carlos I se habría trasladado a los gitanos «el epíteto de flamencos, como título odioso y expresivo de la mala voluntad con que la nación veía a los naturales de Flandes, que formaban la corte del rey, ingeridos en los nego-

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ, «DEMOFILO» (PADRE DE LOS POETAS MANUEL Y ANTONIO MACHADO). SU LIBRO COLECCION DE CANTES FLAMENCOS **PUEDE CONSIDERARSE COMO EL ORIGEN DE LOS ESTUDIOS DE FLAMENCOLOGIA.**

cios públicos» [6]. (Esta versión tiene el interés adicional de que menciona la habitual reserva —en ocasiones: racismo— contra los gitanos, aunque esa causa para tal hostilidad no es ni coherente ni verosímil: los gitanos jamás estuvieron «ingeridos en los negocios públicos»).

Menos atención merece la teoría de Rodríguez Marín, a la cual Molina y Mairena llaman «ingenua y pintoresca», en un alarde de misericordia: don Francisco nos propone que advirtamos la semejanza entre el gitano, vestido con pantalón ceñido y chaquetilla corta, y el ave zancuda llamada flamenco; está bien, advertimos la semejanza, qué trabajo nos cuesta: nada tenemos en contra de la ornitología. Otra teoría, no tan afortunada en la desgracia pero igualmente alegre y confiada, es la que encuentra correspondencia entre «flamenco» —en tanto que gitano— y «flamancia» —de flama→llama, con el significado de «primero, 'presunción', 'vistosidad resplandeciente', y luego, y por extensión, 'lucido' y 'gallardo'». Según esta teoría, el término «flamenco» se aplicaría al gitano «por su hierática figura, lo abigarrado y brillante de su atavío o la llameante vivacidad de esta raza» —escribe Julián Pemartín, que es quien, con bondad y con resignación, la contabiliza en su diccionario del flamenco [7]. Ultimamente viene beneficiándose de una mayor fortuna la interpretación propuesta por Manuel García Matos; Molina y Mairena, Pemartín, Ríos Ruiz y otros la suscriben, con mayor o menor vehemencia; «Según Matos [escriben Molina y Mairena] 'flamenco' procede del argot de fin del XVIII y principio del XIX en el que significaba 'farruco', 'pretencioso', 'fanfarrón'. Todavía tiene esa pluralidad de significaciones. Cuando decimos, por ejemplo, 'no te pongas farruco' es como si dijéramos 'no seas fanfarrón'. Decir de alguien que es un 'tío flamenco' vale tanto como decir que es un tipo generoso, farruco y 'echao p'alante'.»; esta teoría es coherente pero parcial; como después trataré de mostrar, se queda, creo, a mitad de camino [8].

Por último, anotaré la tesis de Carlos Almendros, celebrada, entre otros, por Fernando Quiñones y cuidadosamente elaborada por su autor; citaré sus propias palabras: «En la Corte de Carlos V, nuestro rey flamenco, los cantores de su Capilla eran todos de Flandes (...). Tanto de las diversas casas de la Nobleza como de las diversas Catedrales, se acudía a los cantores flamencos para nutrir sus respectivas Capillas. Sucediendo que sólo se cantaba de modo solemne y, por así decirlo, profesional, en los ámbitos referidos, resultaba lógico y natural que el pueblo acostumbrara a considerar al flamenco (de Flandes) como sinónimo de 'cantor'. Y es de destacar que el Emperador

[5] **Colección de cantes flamencos, recogidos y anotados por «Demófilo»,** Prólogo. Imprenta El Porvenir. Sevilla, 1881.

[7] Julián Pemartín: **El cante flamenco. Guía alfabética.** Afrodisio Aguado, Madrid, 1966.

[8] Es la teoría que sostienen Ricardo Molina y Antonio Mairena en su fundamental estudio **Mundo y formas del cante flamenco.** Ediciones de la Revista de Occidente, pág. 19. Madrid, 1963.

llevaba siempre consigo, en sus diversos desplazamientos por España, a sus cantores flamencos (...). Ello cooperó a que entre las gentes se extendiera la fama del **flamenco-cantor:** y el sinónimo se hubo de hacer, por fuerza, del dominio público. Queda avalado todo ello por la realidad incontestable siguiente: En los libros del Coro de la Casa de Medinaceli aparece consignada la palabra **flamenco** y **flamenco primero** al principio del pentagrama, y precisamente en el lugar destinado a las 'voces' o cantores (...). Y fácil fue ya el paso o aplicación de la denominación 'flamenco' a los cantores populares por parte de las gentes. Fácil y natural, ya a partir del siglo XVI. Tenemos un testimonio del referido siglo que nos demuestra que los cantores populares, que amenizaban las fiestas profanas, eran también empleados en las ceremonias y solemnidades religiosas. Las agrupaciones de tales cantores eran denominadas 'Zambras'. En su obra sobre los Moriscos del Reino de Granada, pone el escritor Mármol Carvajal estas palabras en boca del paje del Arzobispo de Talavera, al hablar de los gustos de su señor: 'Nuestras bodas, **zambras** y regocijos no impiden en nada al ser cristianos. El Arzobispo se preciaba mucho de las **zambras** y holgaba que acompañasen al Santísimo Sacramento en las procesiones del día del Corpus Christi, y de otras solemnidades, donde concurrían todos los pueblos, a porfía unos de otros, cuál mejor **zambra** sacaban. Y en la Alpuxarra, andando en la visita, cuando decía Misa cantada, en lugar de órganos, que no los había, respondían las **zambras;** y le acompañaban de su posada a la iglesia. Acuérdome que cuando en la Misa se volvía al pueblo, en lugar de **Dominus vobiscum,** decía en árabe ***y baraficum,*** *y luego respondía la* **zambra'.** Los cantores que de la forma antes descrita intervenían en las solemnidades religiosas [concluye Almendros] emplearían, sin duda, en ellas, melodías más o menos disfrazadas, parecidas a las que usaban fuera de las iglesias» [9]. Como se ve, esta teoría de Almendros no carece de seducción, aunque la correspondencia que deja implícita entre «flamenco» (significando cantor de Flandes y a la vez cantor gitanoandaluz, o, como él dice, popular) y «zambra» (significando grupo de cantores populares granadinos) sólo puede, en efecto, dejarse implícita, pero no afirmarse, al menos desde ese texto de Mármol Carvajal: en el cual se llama **zambras** a aquellos grupos de cantores populares, pero no se les llama **flamencos.** En todo caso, esta teoría contiene también un interés adicional en el hecho de mencionar, aunque tangencialmente, a los moriscos, lo cual conviene a otra interpretación, que es, por lo demás, la que me parece más profunda y más tentacular: es la que propone, pura y sencillamente, que el vocablo **flamenco** procede de los vocablos árabes **felah-mengu:** campesino huido, hombre tránsfuga por los caminos, forajido, proscrito; o de **fel-lah-mangu** (labrador cantor); o bien, de **flahencou:** cantos moros de Las Alpujarras. No sólo ninguna de estas tres posibilidades excluye a las dos restantes sino que, más bien, parecerían ser tres momentos de un mismo hecho: campesino cantando → canto morisco → morisco prófugo, y por extensión → canto de prófugo andaluz, arabeandaluz o gitanoandaluz.

Con esta hipótesis siento que piso un terreno más firme que con las anteriores. Sin embargo, es una teoría que tiene tan poca actualidad como las anotadas. Todas (a excepción de un par de ellas, que apresuradamente se refutan solas) son desestimadas por Ricardo Molina y Antonio Mairena: «No tenemos [escriben estos autores, y repiten casi todos los flamencólogos] un solo caso en que se use [la palabra «flamenco»] en los siglos XVI, XVII y XVIII referida a los gitanos o al folklore». La refutación es tajante, pero el argumento no es, creo, suficientemente decisivo. Si carecemos de documentos por escrito anteriores al XIX que mencionen el vocablo «flamenco» con respecto a los gitanos o a determinadas músicas, ello no prueba sino precisamente eso: que carecemos de tales documentos; tal vez aparezcan, tal vez no aparezcan jamás. Pero incluso aunque no los hallemos, y en tanto no dispongamos de pruebas para tesis contrarias, creo que no debemos rechazar la posibilidad de que, en efecto, los gitanos o **algunos** gitanos, en Andalucía o en **algunos** lugares de Andalucía (como puntualiza Borrow), hayan sido llamados flamencos, si no por escrito, sí en forma oral. Como escribe Manolito Ríos, «la palabra 'flamenco' es producto de la jerga popular, de un contraste realizado por el pueblo para denominar una estética, una sensibilidad, un modo de vida...»; es del pueblo iletrado de donde ha salido el vocablo. Si sólo a partir de principios del XIX los viajeros cultos recogen en el término «flamenco» la acepción que hoy nos interesa (gitano, cante), lo que tal vez se pueba con ello no es que jamás antes del XIX hubiera tenido en ningún lugar tal acepción, sino que ningún otro momento fue tan propicio como la primera mitad del XIX para que se hiciese de uso común un término que tal vez ya habría sido usado con anterioridad, aunque en forma más restringida, y no hay un momento más propicio porque es precisamente el final del XVIII y el primer tercio del XIX *la época en que el cante emerge* de su oscura prehistoria (en rigor, Tío Luis el de la Juliana, el

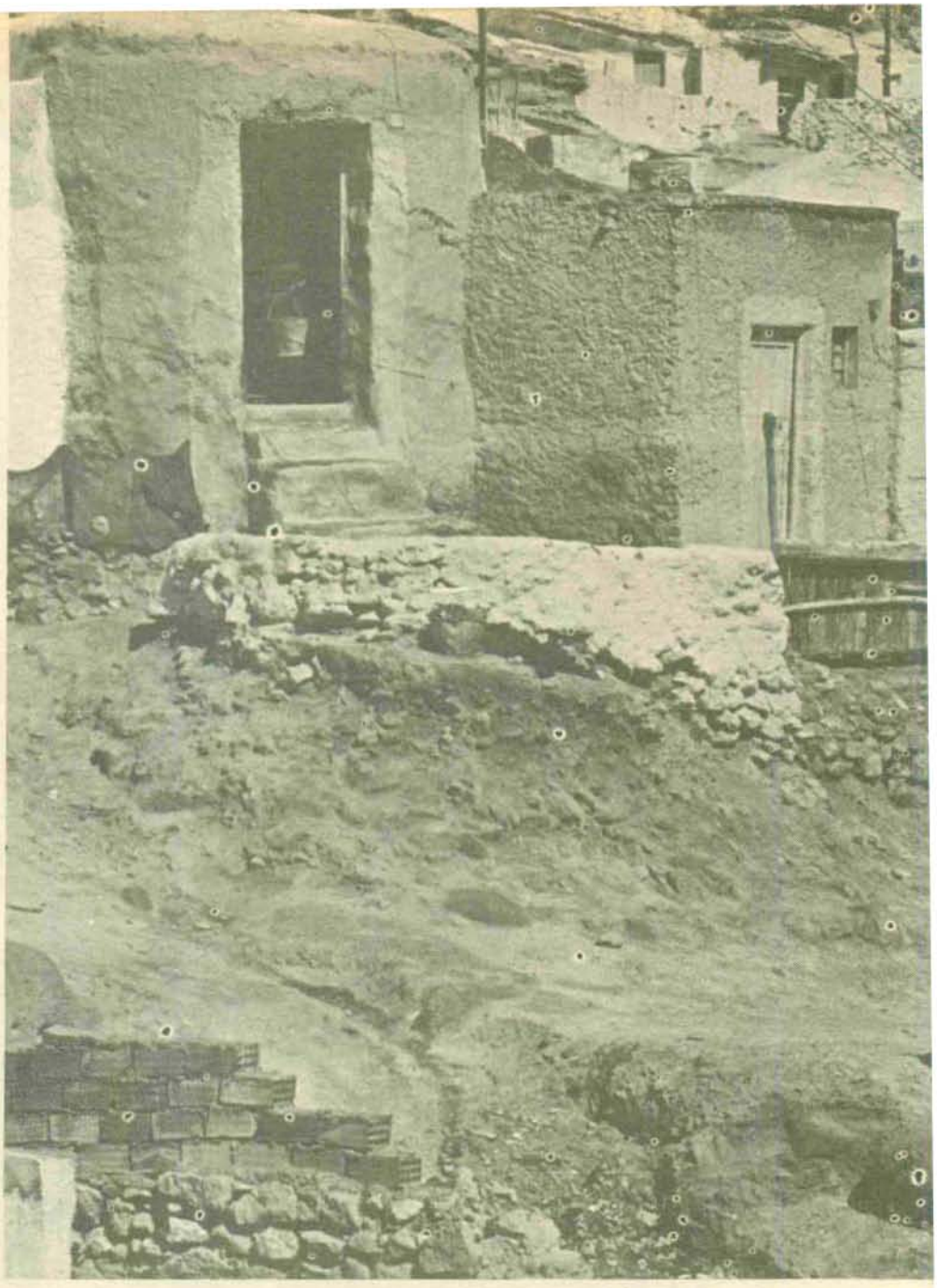
[9] Carlos Almendros: **Todo lo básico sobre el flamenco.** Ediciones Mundilibro. Barcelona. 1973.

primer cantaor de que tenemos memoria escrita, pertenece a la prehistoria del cante, a su etapa subterránea, y tal vez ritual; o, al menos, a esos —escasos— años de puerta por donde la prehistoria del cante comienza a salir, todavía enigmáticamente, hacia su historia) para entrar poco después en un proceso de divulgación y de consolidación y despegue de sus formas.

La teoría del vocablo **flamenco** como castellanización de dos voces árabes que significan forajido, tránsfuga, hombre huido por los campos, se inaugura, al parecer, en algunos textos de Blas Infante; y, por cierto, expresada vehementemente, y hasta violentamente. Infante, escritor andaluz (Bernaldo de Quirós lo define como «director del nuevo nacionalismo de su tierra») agita su teoría como un alfange contra Rodríguez Marín, Borrow, Machado y Alvarez, Schuchardt, Waldo Franck...: «todos, sin excepción, perdidos en un mar de confusiones por haber llegado a creer que este nombre árabe era el **flamenco** latino o germano, ingreso en el léxico español con acepción figurada». «La importancia de este hallazgo es tal —anota Bernaldo de Quirós— que determina toda una nueva interpretación de la historia de Andalucía, tal como la conciben los nuevos nacionalistas andaluces», y en seguida cita unos párrafos de Blas Infante —que creo interesante reproducir aquí, con todas las reservas que la vehemencia del autor reclama, pero con la atención que, también, pide un talante como el suyo: «En el XVI —escribe Infante— se inicia la era flamenca de la historia de Andalucía, que desarrolla dos períodos: uno de **ocultación,** que va desde principios del XVII hasta últimos del XVIII; otro, de **revelación incomprendida,** que va desde los últimos años del XVIII a principios del XIX [quiere decir, deduzco, «principios del XX»] y, por último, éste de **comprensión** del sentido de lo flamenco que es el que se desarrolla merced a los esfuerzos restauradores de la conciencia andaluza». Y prosigue: «Era **flamenca** o **felah-menca** ¡De desprecio de la raza vencida, de la raza morisca convertida en jornalera de campos arrebatados, convertida en truhán del feudalismo bárbaro que Europa vino a establecer sobre nosotros! Era [período] de [illegible] subterráneo, oculto o inexpreso, del destino andaluz, creando, como el ladrón que se oculta entre sombras, sus hechos culturales, continuando la afluencia original de Al-Andalus a través de siglos enemigos. Era **flamenca...** continuadora de la autenticidad de Andalucía, a pesar de la tiranía europea que España instrumentó, desarrolló contra nosotros... La terrible y secular tragedia ha sido presidida por un treno: el **cante jondo.** ¡Y vosotros, que os veníais a reir de lo **flamenco** como de una contorsión musical o plástica de vuestro secular bufón! ¡Y vosotros, que hicísteis del nombre de nuestra tragedia un denominador peyorativo —toda creación

BLAS INFANTE, NACIONALISTA ANDALUZ, NOTARIO DE CASARES (MALAGA), AFINCADO EN SEVILLA Y CREADOR DEL GRUPO «LOS ANDALUCISTAS».

COMO PUEDE CORROBORARSE EN EL LIBRO DE ESTEBANEZ CALDERON ESCENAS ANDALUZAS, **EN LA PRIMERA MITAD DEL XIX EL TERMINO «FLAMENCO» TAMBIEN NOMBRABA A LA NAVAJA DE PELEA: «SE DESNUDARON DE LAS CAPAS CON DONOSO DESENFADO Y DESENVAINARON PARA PINJARSE CADA CUAL: EL UNO, UN FLAMENCO DE TERCIA Y MEDIA...»**

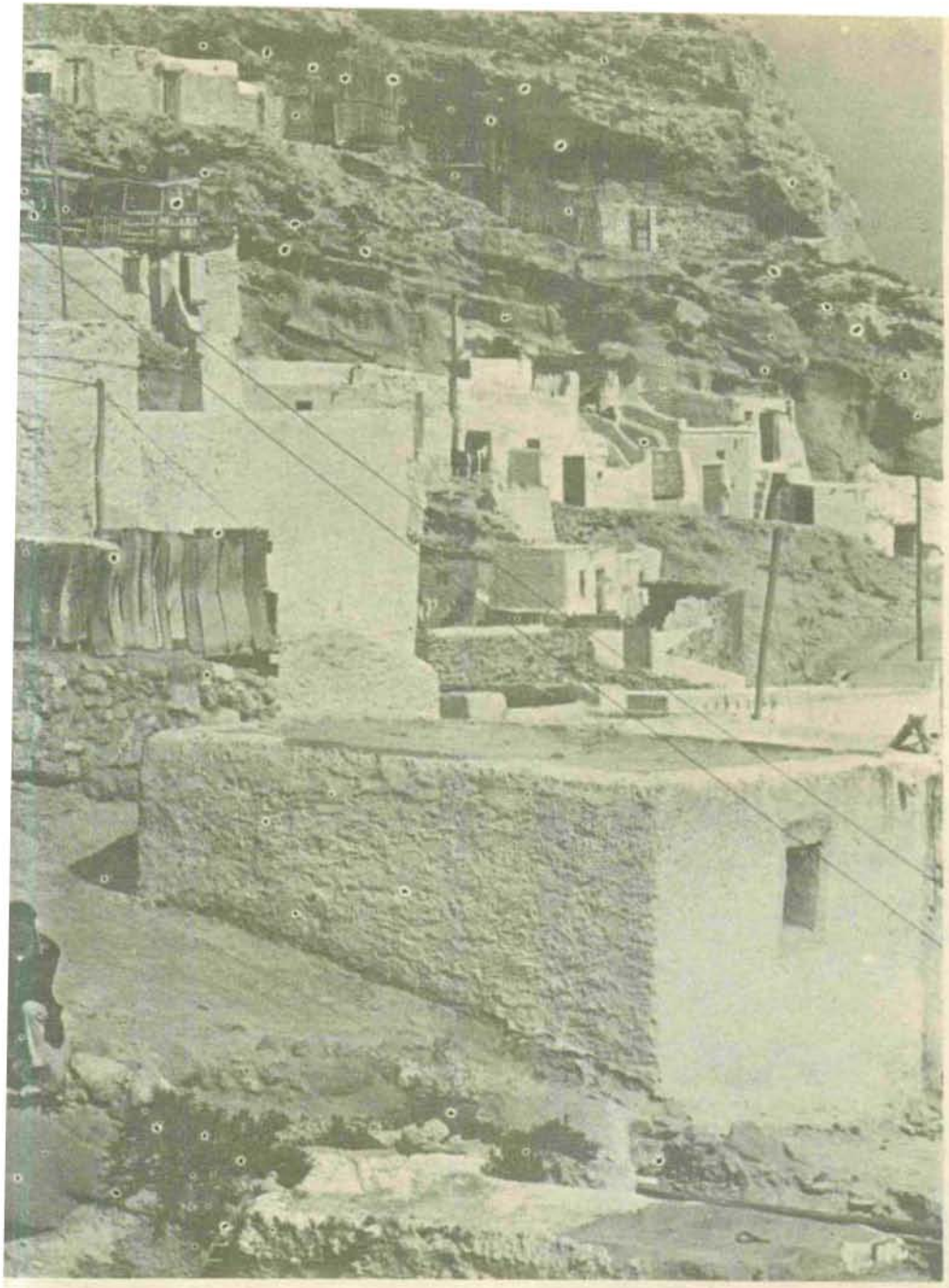


«HERMANIYA MIA, / QUE GÜENA GITANA: DE UN PEASITO E PAN QUE TENIA / LA MITA ME DABA.» EN ESA SIGUIRIYA «TAL VEZ VEMOS EL PEDACITO DE PAN DIVIDIDO EN DOS PARTES INMENSAMENTE *EQUITATIVAS*, TAL VEZ VEMOS EL ROSTRO DE ESA GITANA, ACONGOJADO DE MISERICORDIA —PERO ANTES VEMOS *ALGO RUIN*: LA MISERIA». (LA FOTO ESTA TOMADA EN ANDALUCIA DURANTE 1967.)

de la raza vencida es despreciable— para expresar gestos de brivia, de germanía o ruferia, nombre de sarcasmo, mediante el cual la subconsciencia conquistadora se ensaña aun contra los **perros** sometidos!» [10]

Por entre la espesa selva de su estilo poco apacible (tal vez esa vehemencia es responsable, por lo menos en parte, de que tantos estudiosos posteriores del flamenco hayan pasado de largo ante una teoría de tanto interés) podemos llegar a una cuestión importante para nosotros: el cante flamenco, antes que cualquier otra definición, reclama la de ser considerado un documento originado en la desgracia. Sobre ello volveremos. Ahora quiero reforzar con otra cita esta hipótesis de Blas Infante, que hace suya Bernaldo de Quirós. El cual, en la página 231 de su libro sobre el bandolerismo nos recuerda (y digo «nos recuerda» porque creo que es algo lo suficientemente importante como para no dejar de tenerlo presente) que ya en diversos momentos del libro **Los Zincali,** George Borrow «consigna el hecho de que, para el común de los españoles de los primeros años del XIX, los gitanos eran descendientes de antiguos moriscos huidos al monte y a los yermos para esquivar el decreto de expulsión lanzado por el tercer Felipe». «La idea que hoy tienen en España de esa raza —escribe, en efecto, Borrow— es que son los descendientes de los moriscos que permanecen en España, vagando por montes y despoblados, desde que el cuerpo principal de la nación fue expulsado del país en tiempo de Felipe III, y que forman grupo distinto, enteramente separado de las tribus errantes que en otros países llevan los nombres de bohemios, **gypsies,** etc.» **(Los Zincali.** Parte III, cap. 2.º). Es decir, para gran parte de la mentalidad popular de la época eran felah-mengus. Posiblemente, en este error (sólo relativo) de la estimación popular debió de influir —aparte de una semejanza racial a ojos vista, con base sobre todo en el común color oscuro de la piel y en la pobreza general de unos y otros— el fenómeno del bandolerismo, por entonces conversación habitual de los andaluces; a través del bandolerismo como tema cotidiano, la iletrada pero no torpe conciencia popular podía **pensar** conjuntamente en los antiguos moriscos perseguidos, en los gitanos nómadas, y aun en los sedentarios, continuamente amenazados por las leyes, en la pobreza como telón de fondo, en la opción al bandidaje y, en suma, en un drama en cierto modo homogéneo con un escenario común. La aparición del vocablo «flamenco» aplicado al gitano habría partido, pues, de una estimativa étnicamente errónea, pero a la vez de una profunda reflexión instintiva de carácter social. Para los andaluces de principios del XIX (al menos para una parte de ellos: Borrow se-

[10] En **La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía.** Sevilla, 1931. Citado por Bernaldo de Quirós y Luis Ardila en **El bandolerismo andaluz.**

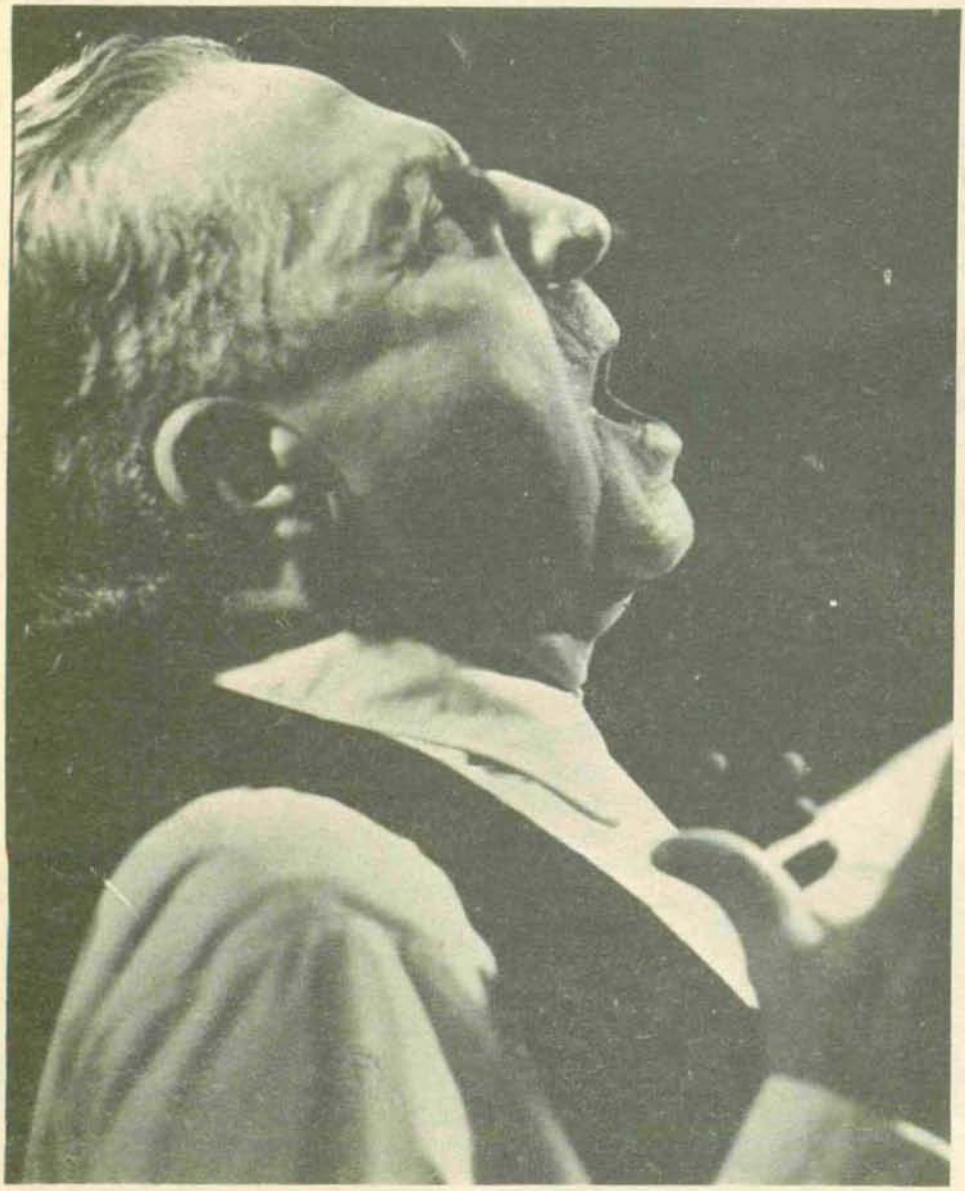


ñala que se llama flamencos a los gitanos «en varias partes de España»: entre ellas, esto es seguro, grandes zonas andaluzas, manchegas y extremeñas) lo flamenco sería, muy aproximadamente, lo felah-mengu (lo perseguido, lo forajido, lo desgraciado), y no sólo por lo que respecta a los cantes —por entonces emergiendo de sus catacumbas, esto es, de sus cuevas, sus cárceles, sus sierras—, sino, también y sobre todo, en cuanto definición de un estilo de ser y una forma de comportamiento. Farruco, fanfarrón, echao p'alante, son expresiones del argot de fines del XVIII y principios del XIX, en las que García Matos elabora su hipótesis del origen de la palabra «flamenco». Pero farruco, fanfarrón, echao p'alante, no eran posiblemente sino aspectos de lo flamenco, de lo felah-mengu: peculiaridades de los bandoleros, de algunos gitanos, de los andaluces perseguidos...: son algunos de los atributos de la desobediencia.

Es cierto: a fines del XVIII —y esto es lo que consigna García Matos— se llamaba flamenco al farruco, al echao p'alante. Pero ¿por qué? ¿Por qué precisamente **flamenco?** ¿Y qué quiere decir, realmente, **flamenco?** Lo felah-mengu, ¿no es, además de forajido, proscrito, también farruco, fanfarrón, echao p'alante? Diego Corrientes, arrancando en Mairena el edicto, fijado por orden de la Audiencia, que le condenaba a pena de muerte, es «farruco», obligando al regente interino don Francisco de Bruna a atarle los cordones de la bota, es «fanfarrón» (posiblemente ese fue el gesto decisivo que le llevó a ser descuartizado); cualquier gitano aferrado a su faca (¿y durante cuántos siglos el gitano no ha estado respaldado en momentos difíciles por otra ley que la de su navaja?) es «farruco», es «echao p'alante». (Por lo demás, en la primera mitad del XIX el término «flamenco» también nombraba a la navaja; en sus famosas y tantas veces interrogadas **Escenas andaluzas,** Estébanez Calderón lo muestra por dos veces: «Esto hecho —escribe en 'Pulpete y Balbeja'— se desnudaron de las capas con donoso desenfado y desenvainaron para pinjarse cada cual: el uno, un flamenco de tercia y media, con cabo de blanco, y el otro...». «Y en esto blandía, en efecto, un ancho y luciente flamenco de puro acero, objeto artístico salido de las manos del **tío Matute,** de Tolox»; esta nueva y para nosotros ocasional acepción de «flamenco» refuerza, creo, la teoría que estoy defendiendo: la navaja como arma y sobre todo como acompañante cotidiano, habla, sin duda, del marginado, del echao p'alante **desde atrás,** desde abajo). Ciertamente, lo fanfarrón, lo echao p'alante, formaba parte de lo flamenco, pero habría que preguntarse qué quería decir «flamenco», desde dónde venía el sentido de esa voz enigmática y por qué ese sentido estaba tan próximo al de farruco, al de fanfarrón, al de echao p'alante o tirao p'alante. Felah-mengu (echao al monte, tirao al monte) era la única expresión que ofrecía, a la vez, una raíz etimológica y, aunque sumamente compleja, una raíz social —además de aludir seriamente al incuestionable componente morisco en la for-

mación de los cantes. La aceptación de las voces **felah-mengu** (y en parte, o mejor, entretejidas, las voces **felah-enkum,** que se pronuncian **flajencu:** canto de los moros de las Alpujarras) no es únicamente algo que nos proporciona una explicación etimológica por ahora satisfactoria, sino también, y sobre todo, algo que nos reclama una determinada interpretación de los orígenes del cante, algo que nos invita a mirar de frente lo que entre otros componentes tuvo el cante durante su etapa subterránea, ritual, secreta: el componente desgraciado, forajido, desesperado y fuera de la ley.

Porque tiene algo más. En el cante flamenco siempre encontramos más: es que la intimidad no se termina nunca, lo verdadero no concluye, y lo sobreviviente parece no tener ya fin. Verdad, infinitud y resistencia. O dicho de otro modo: profundidad y vastedad emocional, necesidad de la emoción madura por hacerse expresión —como el feto maduro empuja dentro del vientre hacia nacer— y afán de la expresión por durar más aún de lo que durara su causa. Es así el arte; obstinado, hereditario, sucesivo. Por eso el arte **vive.** (Vive más que el artista: más tiempo y más tensión.) Vive obstinadamente. De algún modo, esa obstinación es una forma de respuesta. El auténtico arte, en algún lugar de su infinita compasión, parece contener también una agujita de venganza. El dolor hecho expresión del dolor es ya más que expresión del dolor: es también su propia denuncia. Incluso la resignación: convertida ya en arte, es pena: pena contada, pena dicha, nueva prueba de que existe lo injusto. Que se sepa, que esto se sepa —parece denunciar toda obra de arte. Que esto se sepa para siempre. Y por ese deseo, vasto como el deseo del mar, deambula justiciero y lento un galeón de protesta. **Ya viene la requisa, ya suenan las llaves, y así me llora mi corasonsito gotitas de sangre** —dice una vieja siguiriya: lo que oímos entre los minuciosos gritos que la ponen de pie no es el llanto de aquel corazoncito, ni el goteo de su sangre: oímos los pasos de los carceleros, el miserable esplendor metálico de los llaveros del penal, el chirrido de la puerta abriéndose, cerrándose en la noche. **Dile a mi mare 'e mi vida que hoy me sacan de la carse y me meten en capiya:** no vemos el recinto adonde meterán en capilla al condenado, tal vez ni siquiera veremos el rostro de su madre embadurnado por las lágrimas —vemos al juez. **Hermaniya mía, qué güena gitana, de un peasito e pan que tenía, la mitá me daba:** tal vez vemos el pedacito de pan dividido en dos partes inmensamente equitativas, tal vez vemos el rostro de esa gitana acongojado por la misericordia —pero antes vemos algo ruín: la miseria. **N'el hospitalito, a manita 'erecha, ayí tenía mi compañerita la camita jecha:** no vemos la cama, el corredor, el hospital, el cuerpo que va a enfermar alguna vez: *vemos la fatalidad de esa* pareja, y a través de esa fatalidad vemos la infamia. **Mare mía de mi alma, pare mío qué vergüensa que se enteren los gitanos**



«... LA CANTIDAD DE ANCIANOS CANTAORES CAPACES DE HACERNOS DAÑO CON SU VOZ ESTROZA...» (EN LA FOTOGRAFIA, PEPE EL DE LA MATRONA, OCHENTA Y SIETE AÑOS. NO TIENE OTROS INGRESOS QUE LOS QUE LE PROPORCIONA SU CANTE.)

que tengo la fragua en venta: no vemos a su madre, a su padre, no vemos la fragua —vemos la desesperación del forjador: ¿qué será de él? Cuando venda la fragua, cuando en pocas semanas se la coman, ¿qué hará, con desesperación, y sin fragua? ¿Echarse al monte?

Tal vez echarse al monte. En el cante está el monte, porque el monte es también un lugar al que a veces se va cuando no queda adonde ir —y el cante es, entre otras cosas, un último refugio del ser; más aún: un refugio donde el ser no sólo permanece sino donde se ratifica y reivindica: en donde se hace forma. El monte está en el cante; allí está el bandolero con su soberbia, con su arrojo, sus recuerdos secretos, su código de autoridad, su gusto por la fama, sus sueños de una vejez tranquila en un cortijo propio —tal vez con jornaleros explotados—, su alienación desesperada. Toda esa patética propiedad emocional del bandolero está en el cante. Pero en el cante hay mucho más. Ya lo dijimos antes: el bandolero, harto, se ha dispuesto a morir, y a morir solo: el cante, paciente y testarudo, se dispone a sobrevivir: en lo junto. El bandolero se echa al monte en silencio, ha visto injusticia en las palabras de la ley. El cante **dice:** hace ley su propio lenguaje. El bandolero, a su manera, pide socorro: el cante nos socorre. Así lo felah-mengu es sólo, pues, un componente de lo flamenco. ¿Cómo se juntan? Si ponemos a un lado ciertos cantos moriscos, ciertos cantos judíos, la riquísima herencia general de las músicas andaluzas de los siglos XV, XVI, XVII (lo persa, lo bizantino, lo griego, lo hindú) más las cuevas de los gitanos sedentarios, todo ese bloque lento a un lado, y ponemos al otro lado lo forajido, lo perseguido, lo lleno de alienación y de desgracia vertiginosa; si ponemos a un lado lo sedimentado (sedimentada música, dolor sedimentado —aunque siempre en súbita renovación—) y al otro lado lo frenético, ¿cómo se juntan? ¿Cómo llega ese líquido hecho fuego al recipiente cálmo, al mismo tiempo metálico y carnal, a la vez duro y tierno, de la toná, la siguiriya, la soleá, el tango? Por de pronto, se junta con el vaivén parsimonioso de los años, con el tejido espacioso y complejo que entreveran los siglos. Pero, presumiblemente, no se junta en las sierras.

Lo propusimos más atrás: se junta en el presidio común, se junta en la cueva familiar: se junta en lo junto. El bandolero, el felah-mengu, vive lo separado. El cante se forma en lo junto. El bandolero vive en lo impaciente. El cante se forma en lo obstinado. El bandolero crea la red de su propio silencio. El cante crea un lenguaje. Ese lenguaje cabe en el rinconcito de una cueva, cabe en el patio de un penal, y no cabe, por lo menos entero, en la sierra. No es propiamente su lugar. En la sierra hay que tragar la desgracia de un trago, sin masticarla. En el penal, en la cueva, es preciso rumiarla. El cante es un animal de rumia. Por mucho que el bandolero haga de la sierra su vida, todo en esa vida, en esa sierra, tiene que ser provisional: el sueño, el amor, el contacto furtivo con los seres de su sangre, y hasta la fogata que enciende de noche para demorar una charla, un silencio o un canto; allí es provisional el canto mismo; todo es provisional, todo es alerta. El cante no puede haber sedimentado formas en lo sobresaltado y en lo aislado; sí en lo obstinado y junto: sobre todo, pues, en la cueva: ese lugar en que los pobres articulan pacientemente su venganza: la de sobrevivir. El monfí sabía que no habrían de sobrevivir ni él ni su patria. El bandolero sabe que su cabeza está en los bandos. El monfí, tal vez aportó algún aullido. El bandolero, tal vez aporta un tercio, un ayeo, una repentina desobediencia creadora, musical o expresiva, además de unas cuantas coplas. Y aporta, sobre todo, su ser: lo forajido. Van siendo aportaciones. Pero las formas van naciendo en la cueva. El bato que espera hierático, en silencio; la bata que reza, pasándose la ausencia de su hijo como la sucesión de cuentas de un rosario secreto; el hermanillo que crece oyendo ese lento metrónomo del miedo. Allí van naciendo las formas. Con respecto del cante, el bandolerismo tiene un hándicap esencial: a veces el bandolero es sanguinario. El cante —siempre— es misericordioso. Y algo más decisivo: con respecto del cante, el bandolero tiene tal vez **demasiado** coraje: porque en el cante hay también miedo.

Deducimos que hay una época en la formación de los cantes que es eminentemente secreta, ritual. Y no sabemos explicarlo. Tal vez la explicación estaba ahí: era el miedo. El lento miedo colaboraba en el origen de las formas, el lento miedo las encerraba luego hacia este lado de la cortina o de la puerta, para que no las vean los guardias ni las vean los extraños. Ellos, los misteriosos y ya perdidos primeros constructores del flamenco, intuían que las formas de sus cantos denunciaban a su dolor, denunciaban a su protesta: y ellos sabían que su protesta les denunciaba a ellos (ellos: sus presos, sus forajidos, sus rasgos raciales, su idioma, su cultura, sus niños chicos creciendo hacia el futuro hostil). Para seguir ocultos a la mirada de la persecución o la amenaza tuvieron que ocultar el cante. Subterráneo, ritual, secreto... Tal vez pueda decirse: temeroso. Ese temor ya no lo aporta el bandolero. Lo acumula el campesino medio paria, el gitano sedentario, el anciano. El temor, sobre todo, de los ancianos —que saben de la vida, de aquella vida, de esa vida, mucho más que sus

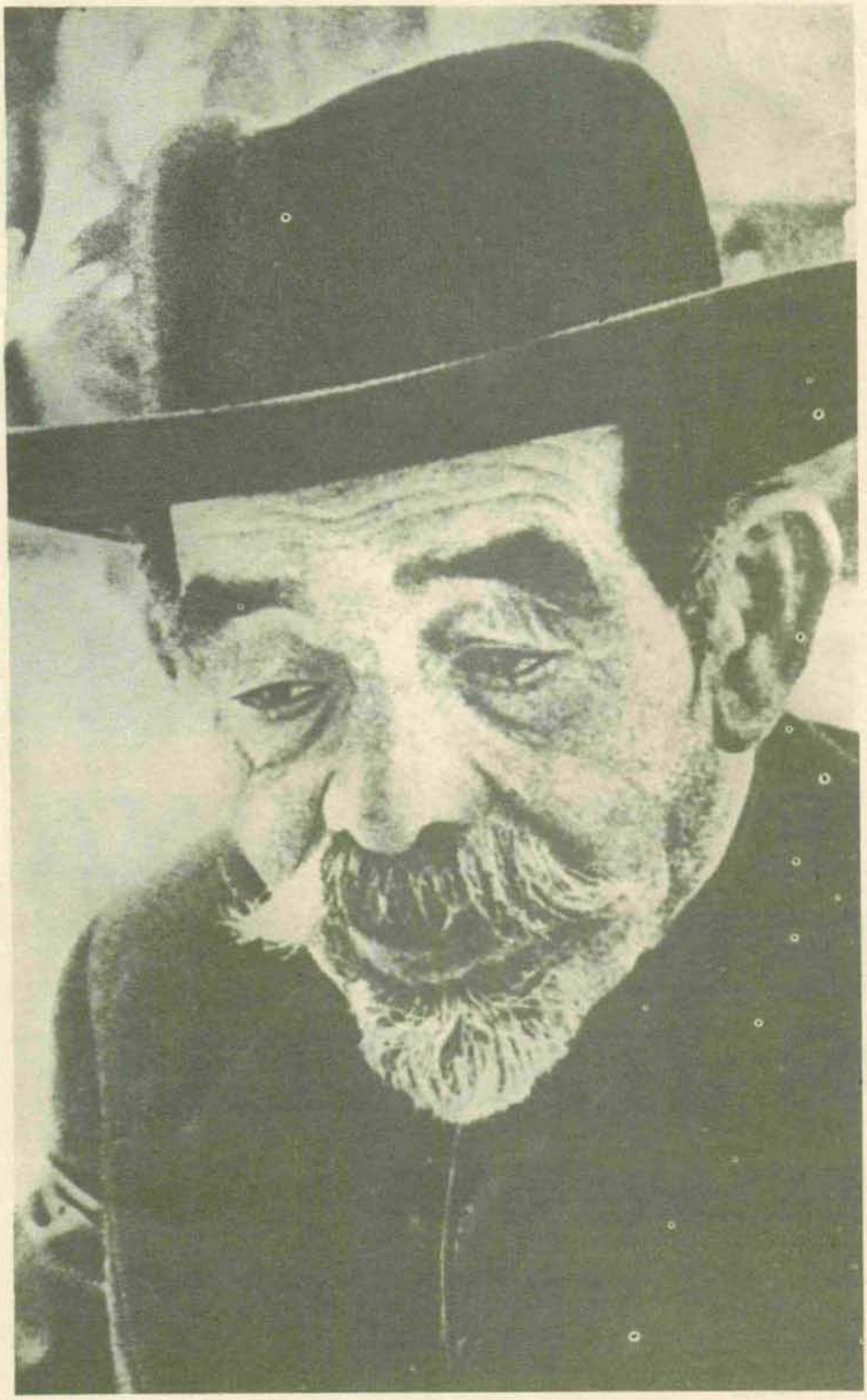
hijos. ¿En qué medida los ancianos han intervenido en la creación de las formas del cante, en sus músicas y en sus letras? Tal vez en una medida mayor de lo que podemos pensar. A veces, los jóvenes crean lo necesario. Con ello, los ancianos crean a veces lo duradero. En cuanto al cante, la cantidad de ancianos cantaores capaces de hacernos daño con su voz estrozá, es sencillamente increíble. De dónde sacan genio estos viejos para cubrir con su voz última la imposible extensión de una toná o de una siguiriya imposibles, es en verdad un enigma. Excepto si aceptamos un hecho: el de que esos ancianos son creadores y la dimensión de su voz es sólo una parte de la totalidad de su fuerza creadora; e incluso son capaces de valorar a los sudores de su voz: creando tercios y tonos sudorosos.

Los ancianos y el cante, los ancianos del cante. Los padres y las madres en el cante, los padres y las madres del cante. El flamenco está lleno de padres y de madres. No sólo como personajes, también como creadores. Habría que reflexionar muy seriamente sobre este suceso, tan ignorado por nuestras culturas. Nuestras culturas bárbaras omiten al anciano. No es sólo una brutalidad, es también un error. Ya hizo —dicen— lo que podía. **¿Hacer** es todo? ¿Y reflexionar, aconsejar y, sobre todo, recordar? ¿Quién puede recordar más que su padre? ¿Quién puede recordar más que el padre de su vecino? ¿Y cómo no advertir la importancia del recuerdo en la vida? ¿Recordar no es **hacer?** Memoria del flamenco he llamado a este libro: Informe sobre el cante flamenco, pero también, y sobre todo, reflexión sobre lo que recuerda el cante. La memoria del cante es como un parto que no cesa: entrega siglos, razas, músicas de épocas remotas y remotos lugares, historia, poesía, sociología.

Se podría decir que el cante es, ante todo, memoria (quizá pueda decirse de todo el arte. Con el recuerdo de un parricida, Dostoiewski compondrá su epopeya de los Karamazov. Con el sabor de una lejana magdalena, Proust edificará casi toda su vasta obra). El cante es una forma avariciosa, insaciable, de la memoria. ¿Y quién recuerda más que un viejo? No sólo porque tiene más años; también porque su verdadero oficio es recordar. Los jóvenes tenían la fragua, el caballo, el camino, su propia juventud: atributos veloces, propicios para **hacer** directamente. Los ancianos tenían una edad, una silla, un sueño corto, insomne: atributos despaciosos, propicios para recordar —o afianzar el hacer—. El anciano es necesario a una cultura, porque toda cultura se apoya en sus recuerdos para no caminar a ciegas, para inventarse su destino y no cualquier destino. Las culturas modernas tienden a prescindir de sus ancianos, tienden a olvidarse del beneficio histórico que es el acto de recordar. (Un paréntesis: es obvio que no hablo de respetar lo descompuesto, sino de recordar lo verdadero. No defiendo lo pasado que inmoviliza: elogio el servicio de la memoria viva.)

La cultura gitana —y muchas gentes andaluzas— no desconocen el valor de sus viejos. **Jerío de muerte en el hospital, e recibío carta de mi mare, y m'echao a llorá;** de nuevo: no vemos el hospital, tal vez ni siquiera la herida: vemos la anciana, pequeñita, en alguna habitación, sentada en una silla, con un pañolito sobre el cuello o el pelo, escribiendo una carta: dándole un cauce a su memoria. El gitano, el andaluz, el creador del arte flamenco, saben que sus ancianos retendrán la memoria de la vida. A veces, para que los conserven, les mandan la materia de recuerdos horribles: **Hermanillo mío Curro, corre y dile a mare cómo me queo n'esta casapuerta, rebujao en sangre:** estas palabras, tal como llegan a nosotros, no pueden ser las que pronunció el malherido; en esta situación, en ese estado, lo que dijo debió de ser algo muy parecido a «Curro, dile a mi madre que me muero»; y esas palabras, que son una semilla, llegarán al lugar que les pertenece, se quedarán allí por mucho tiempo, como perros misteriosos le lamerán los pies durante años a madre, a padre, a Curro; durante años serán memoria, memoria indescriptible, insoportable y lenta. Y un día, una noche, fácilmente una madrugada, esa memoria se hará ser: o Curro, o padre, o madre, en vez de un llanto o una imprecación, llorará o aullará una siguiriya: **Hermano mío Currito, corre y dile a madre cómo me queo n'esta casapuerta, revuelto en mi sangre.** Y esa voz —de Curro, de una vieja, de un viejo, cómo saberlo ya y qué importa— sonará de repente quejumbrosa, miedosa, expresando esa queja, expresando ese miedo; consolidando, reivindicando la parte martirizada del ser de la gitanería, agregando a su historia un epitafio más.

Un epitafio verdadero expresa el hueco que dejara un ser y al expresarlo lo convierte en fama. Una siguiriya hace famosa la clandestinidad en el dolor de una infamia y, también, de una genialidad poética. Porque —y de ello no vamos a ocuparnos ahora— el ser flamenco no ha creado únicamente un lenguaje musical incomparable, sino también un mundo verbal, unas formas geniales de lenguaje poético, cuya intensidad puede ser igualada en ocasiones pero no superada nunca por nada escrito en castellano. A través de esa fuerza poética, de esa sabiduría tonal y de esa gutural intimidad que han hecho de cada siguiriya lo que es, las palabras «corre y dile a madre» se han convertido en un decir más vasto; ya no se entera



NUESTRAS CULTURAS BARBARAS OMITEN AL ANCIANO. NO ES SOLO UNA BRUTALIDAD, ES TAMBIEN UN ERROR. EN LA CULTURA GITANA EL ANCIANO JAMAS SUFRE LA MARGINACION DE LOS SUYOS. «EL ANCIANO ES NECESARIO A UNA CULTURA, PORQUE TODA CULTURA SE APOYA EN SUS RECUERDOS PARA NO CAMINAR A CIEGAS.»

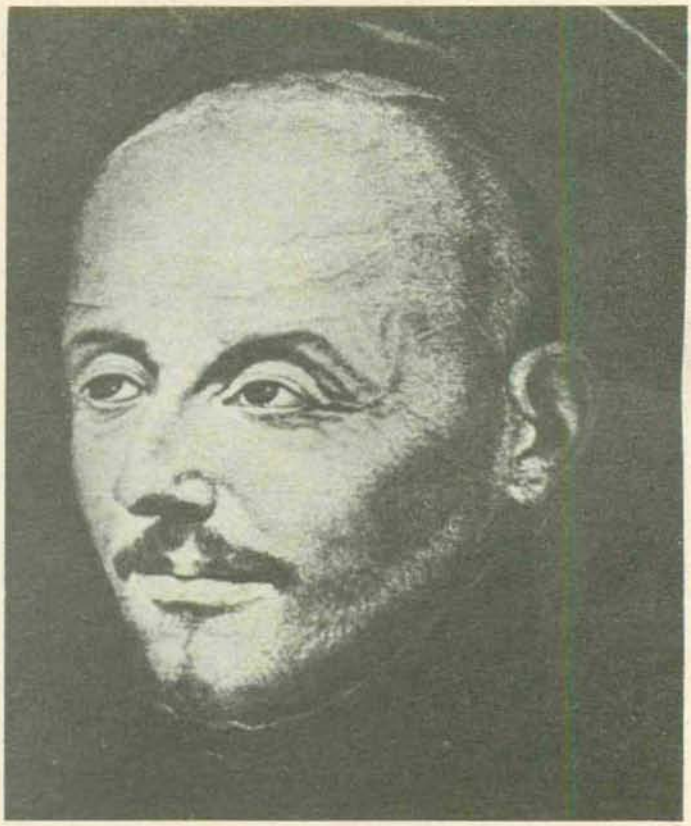
solamente madre: nos enteramos todos. Entonces habremos de deducir qué había detrás de aquellas presumibles palabras fundadoras: «*Curro, dile a* mi madre que me muero.» Habremos de imaginar a Curro y de calcular cuánto es Curro, habremos de entrever a madre y de calcular el tamaño de madre, habremos de pensar el lugar donde madre recibe la noticia y donde la guarda para darle oculto calor, habremos de mirar los años durante los cuales las presuntas palabras fundadoras y madre y Curro y la historia íntima y social de todos ellos pugnarán como un ser que nace hacia el parto de su expresión; habremos de calcular, cuando esa siguiriya nos llegue (no hay menos de un centenar parecidas a ella) todo el tumulto de su historia desconocida. Ese es nuestro trabajo. Diría: nuestro deber. Interpretar al resultado de sus padecimientos sin escamotearlo: Ellos —puesto que tienen miedo— son libres de escamotearlo: antes, conservando sus cantes en la clandestinidad de sus cuevas; después, envolviéndolos en bullicio por los cafés cantantes; ahora, sirviendo cante con coca-cola en los tablaos. Aunque a veces el rugido de una lágrima bárbara puede emerger incluso ante un auditorio de norteamericanas despistadas, verdaderas fábricas de palmas a destiempo. Es que el escamoteo no puede ser total. Cuando lo oculto es mucho ya no se puede ocultar todo. Si volvemos atrás veremos que puede callarse una condena, pero no veinticuatro. **Veinticinco calabozos tiene la cárcel de Utrera,** se dice que dijera Diego Corrientes. **Veinticuatro llevo andaos,** debió de cantar, tal vez, Tío Luis el de la Juliana en las postrimerías del siglo XVIII, con sus cántaros de agua por el camino que llevaba a Jerez, o reunido en la noche junto al candil con unos cuantos cómplices de las tonás que, por entonces, empujaban hacia nacer. Tío Luis sabía que todo nacimiento conlleva el dolor de la parturienta y sucede revuelto en sangre. **Veinticuatro llevo andaos.** Habría que haberle escuchado esos tercios al Tío Luis, de Jerez. **El más oscuro me queda** —concluiría, exhausto. **El más oscuro me queda** [11]. ■ **F. G.**

11: Este texto formará parte del libro, aún inédito, **Memoria del flamenco.**

LA Compañía de Jesús fue fundada en 1534, y hoy se halla extendida por las cinco partes del mundo.

El nacimiento de esta orden católica, su influencia, sus hechos, producen una controversia constante. Su entrega, sus obras de caridad, su política internacional, han suscitado siempre recelos, actitudes encontradas, ataques y elogios.

El origen se fundamenta en las apariciones y voces celestiales que vio y escuchó el capitán Ignacio de Loyola (a quien vemos en el grabado), con escepticismo de los sabios, pero que a él le hicieron instituir la Compañía.



APUNTE PARA UNA HISTORIA DE LOS JESUITAS

CARLOS SAMPELAYO

El siglo XVI en su primera mitad era propicio al fenómeno. Iñigo (Ignacio en arcaico castellano) estaba inmerso en aquellas emociones de la existencia de un nuevo continente que se abría a España como una fuente de economía, con pueblos o razas desconocidas, mientras Europa seguía su destino de sangre en luchas armadas por conquistarse y sojuzgarse mutuamente en un afán de supervivencia potencial.

Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, capitalistas de la conquista de América, habían creado un nuevo tipo español ambicioso, que se extendió por todo el continente nuevo, avasallando a sus pobladores. Francia, Portugal e Inglaterra imitaron a España, y también fueron a América, con graves riesgos para conseguir asimismo territorios y riquezas, hasta donde fuera posible.

Ignacio vio la luz en Guipúzcoa. Sus padres se llamaban Beltrán Yañez de Oñaz y Loyola y María Sáenz de Licona y Balde. Hizo los primeros estudios en Arévalo, introduciéndose en la aristocracia, lo que le valió emprender la carrera militar bajo el mando de don Antonio Manrique, virrey de Navarra y duque de Nájera. Consiguió también ser paje de Isabel y Fernando.

Con brillante hoja de servicios, era sin embargo un prototipo del militar de entonces,

gallardo, calavera y enamoradizo («mitad golfo, mitad santo», le define Baroja).

Francisco I trató de apoderarse de España y empezó su ataque a Pamplona por medio de tropas al mando de Andrés de Foix. Ignacio de Loyola era uno de los defensores de la ciudad, que tenía como mando militar supremo al capitán Francisco de Herrera. Ante el empuje violento de los franceses, el capitán estuvo a punto de capitular, a no ser por Loyola que le persuadió para que resistieran hasta morir. No obstante Pamplona cayó en manos de los franceses, y un proyectil de cañón hirió a Ignacio en la pierna derecha bajo la rodilla, pero sin interesarle el hueso. Los franceses se apiadaron del futuro santo, y como premio a su arrojo le dieron la libertad y lo mandaron al hogar familiar a curarse.

No se podía sospechar que aquel soldado habría de empezar su camino de perfección entonces, en medio de los dolores que la infección de las contusiones le causaron, sin médicos aptos para curarle, hasta temerse que falleciera. Cuando el dolor le calmaba leía libros religiosos y deseó ser como los primeros padres de la Iglesia, abandonar la vida alegre, repartir bondad, prometiéndose cambiar de vida si ella seguía.

Después de aguantar dos intervenciones de la tosca cirugía de la época, sin ninguna clase de anestesia, y en las que hubo poca esperanza de salvarle, se arrodilló ante la Virgen y juró dedicarse al Altísimo. En aquellos días de convalecencia dijo que en uno de sus insomnios habían entrado en la habitación la Virgen y el Niño para perdonarle todas sus culpas y pecados mundanales.

Cuando ya se repuso del todo, pensó que lo debía al Cielo, y marchó a Navarrete a entrevistarse con el duque de Nájera, que tanto se había interesado por su salud. Después, cabalgando en una mula emprendió la ruta a Cataluña para visitar Montserrat. No le acompañaba nadie. Llegado a tierras catalanas, le dio la cabalgadura a un mendigo con quien además cambió los harapos de este por el traje que llevaba y se dedicó a expiar sus culpas, haciendo voto de castidad y confesándose.

El atuendo del mendigo consistía en un sayal casi destrozado de color marrón, una soga para atársela a la cintura, alpargatas y un báculo con una calabaza. Puede decirse que de esta manera comenzaron a vestirse los primeros cofundadores de la Compañía de Jesús.

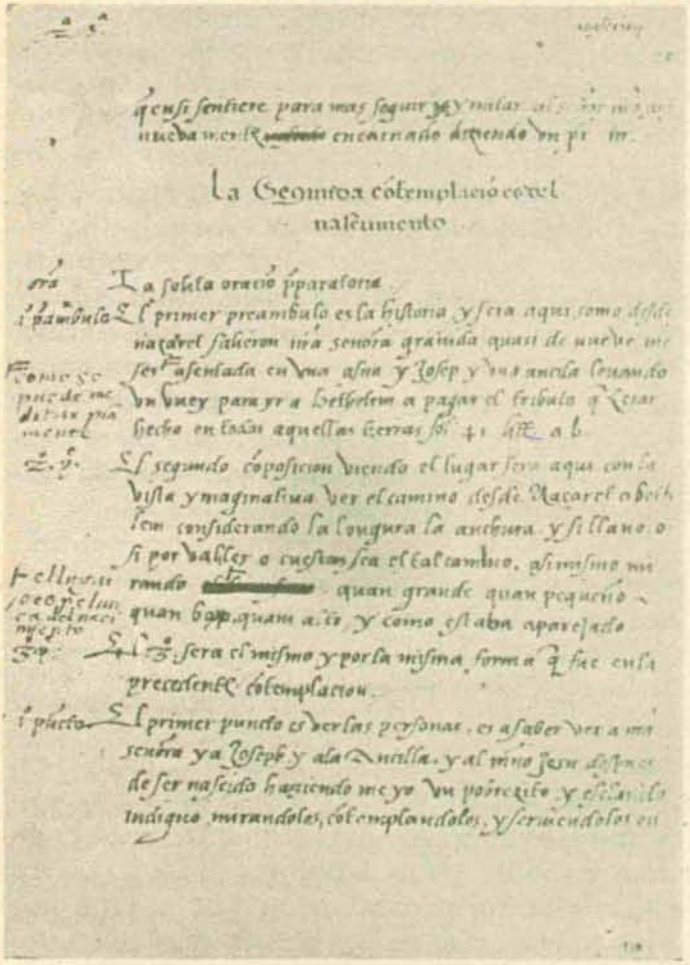
El atavismo militar que hasta entonces le había dominado, le hizo pasar en vigilia de armamento la noche siguiente. No eran la espada ni el yelmo de Don Quijote, sino el propósito de compasión por la humanidad y la determinación de entregarse a las buenas obras totalmente. Más tarde, en la caverna de Manresa, pergeñó los tan conocidos «Ejercicios Espirituales», que hasta hoy son como las tablas de la ley de la Compañía de Jesús.

Después estuvo estudiando latín y filosofía en Barcelona, Salamanca y Alcalá de Henares; y arte en París. Aquí fue profesor, y abrió una escuela en Montmartre, para educar a unos cuantos jóvenes en la emulación de Jesús, inculcándoles además la idea de ir a Jerusalén. Con este propósito y arrastrando a su paso numerosos adeptos —al estilo de Cristo— volvió a España, y fue a Bolonia y Venecia. En esta ciudad tornó a enfermar y daba limosnas a los pobres, asistía a los enfermos necesitados, ayudaba a los enterramientos indigentes.

En 1537, se alejó de su cuerpo la enfermedad, sintiéndose otra vez lo suficientemente fuerte para reemprender el camino a Tierra Santa, en el momento en que estallaba la contienda contra los turcos. Era imposible. Entonces cambió sus planes y se fue a Roma con sus discípulos. Pidieron audiencia al Papa Paulo III, y éste les autorizó a todos ellos a ordenarse sacerdotes.

Más tarde, volvió a asegurar que había tenido la aparición esta vez de Dios y Cristo juntos y nuevamente fue a ver al Papa en unión de seis de los discípulos que le seguían siempre: Javier, Rodríguez, Lainez, Salmerón, Bobadilla y Codure; que fueron los que con él fundaron la Compañía de Jesús en 1541, recayendo naturalmente en Ignacio el título de primer prepósito o general de la misma.

Acto seguido el aislamiento y el rezo embargaron su vida. En 1551 creó el Colegio Romano. Un año después el Colegio Germánico. Publicó la «Constitución de la Compañía de Jesús» y murió el 30 de julio de 1556, en el momento en que la Compañía estaba compuesta por 1.000 hombres y tenía 100 conventos o cuarteles en



EN LA CAVERNA DE MANRESA, IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIO LOS «EJERCICIOS ESPIRITUALES» —UNA DE CUYAS PAGINAS VEMOS EN EL GRABADO ADJUNTO—, QUE HASTA HOY HAN SIDO COMO LAS TABLAS DE LA LEY DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

10 provincias —así llamados sus diferentes radios de acción— en todo el mundo. Se le enterró en la iglesia de Gesu, en Roma. Lo beatificó Paulo V el 27 de julio de 1609, y lo aupó a los altares Gregorio XV el 12 de marzo de 1622.

Desde que Ignacio es elevado a santo la orden por él fundada abandona los deliquios de vida contemplativa para dedicarse a un trabajo activo con el emblema «Firmeza, decisión y amar al prójimo». (A. M. D. G. o sea «Ad majorem Dei gloriam»: A la mayor gloria de Dios).

Tropezaron los jesuitas con la corriente liberal y las nuevas ideas de la época. Se les consideró reaccionarios, cuando extendían su influencia en la totalidad europea y en las Indias Orientales, Africa, Japón, Australia y la América Hispana en los años de la conquista, como unos conquistadores más en orden al desbrozamiento de los mitos aborígenes, en aquellas hazañas de sangre y fuego.

En esa América que podríamos llamar nuestra, los émulos de San Ignacio fundaron iglesias, hicieron que los indios aprendieran el español y otras lenguas, averiguaron las costumbres y creencias de las diferentes razas, y fueron en suma muy influyentes en la gobernación de los Estados por los españoles.

Los jesuitas iluminados por conceptos mecánicos de hermandad entre los hombres libres, resultaron una fuerza de choque de la Contrarreforma, ya que las escuelas que regentaban en distintos países, eran las primeras escuelas religiosas que hubo en ellos, no había otras, y por lo tanto no existía otra forma de sentir el catolicismo que la dictada por la Orden. De ahí su penetración inicial entre las masas.

A tanto llegó la expansión y las decisivas ingerencias en los combates entre las diferentes órdenes y tendencias que, naturalmente, y como en todo intento de política monopolizadora, surgió el torrente de adversarios con que cuentan hasta el presente. Llegó el «climax» contra los jesuitas en la mitad del siglo XVIII, en que el reino de Portugal les invitó a abandonar el país el año 1756.

A partir de esa primera expulsión, los hijos de Loyola suscitaron recelos y concitaron hostilidades en diferentes países occidentales. Francia los expulsó en 1762, España en 1767, alcanzando la expulsión asimismo a sus colonias; siguieron siendo expulsados de otros países, y al fin, el papa Clemente XIV, a instancias del gobierno italiano decretó la disolución de la Compañía de Jesús.

Es esa la peor época de la organización. Se les aborrecía en las cinco partes del mundo, con violencia. La gente entraba en sus templos, sacando de ellos riquezas ocultas. Pero más que nadie les persiguieron los otros religiosos, los protestantes, los evangelistas, las otras órdenes católicas, los sabios temerosos de una peligrosa hegemonía, dominicos, agustinos, escritores, aristócratas, liberales, los regímenes democráticos, las repúblicas y los reinos. Los pocos jesuitas que quedaron después del saqueo de sus casas, obtuvieron refugio en el Convento de los Trinitarios, de Roma.

Cuando la Compañía parecía olvidada del mundo, cuando éste había vuelto al sistema de oligarquías reaccionarias, otro papa, Pío VI, pretendió volver a darles beligerancia a los jesuitas, con la oposición decisiva del go-

bierno italiano, y siguieron trabajando como organización ilegal en algunas naciones, Prusia y Rusia incluidas, siempre vislumbrando que tarde o temprano volverían por sus fueros a actuar en la vida pública sin trabas ni oposiciones oficiales.

Y no se equivocaron. Pío VII, pudo librarse del encono de Napoleón, y vuelto a Roma en 1814, concedió a los jesuitas la Bula que les permitía volver a ejercer libremente.

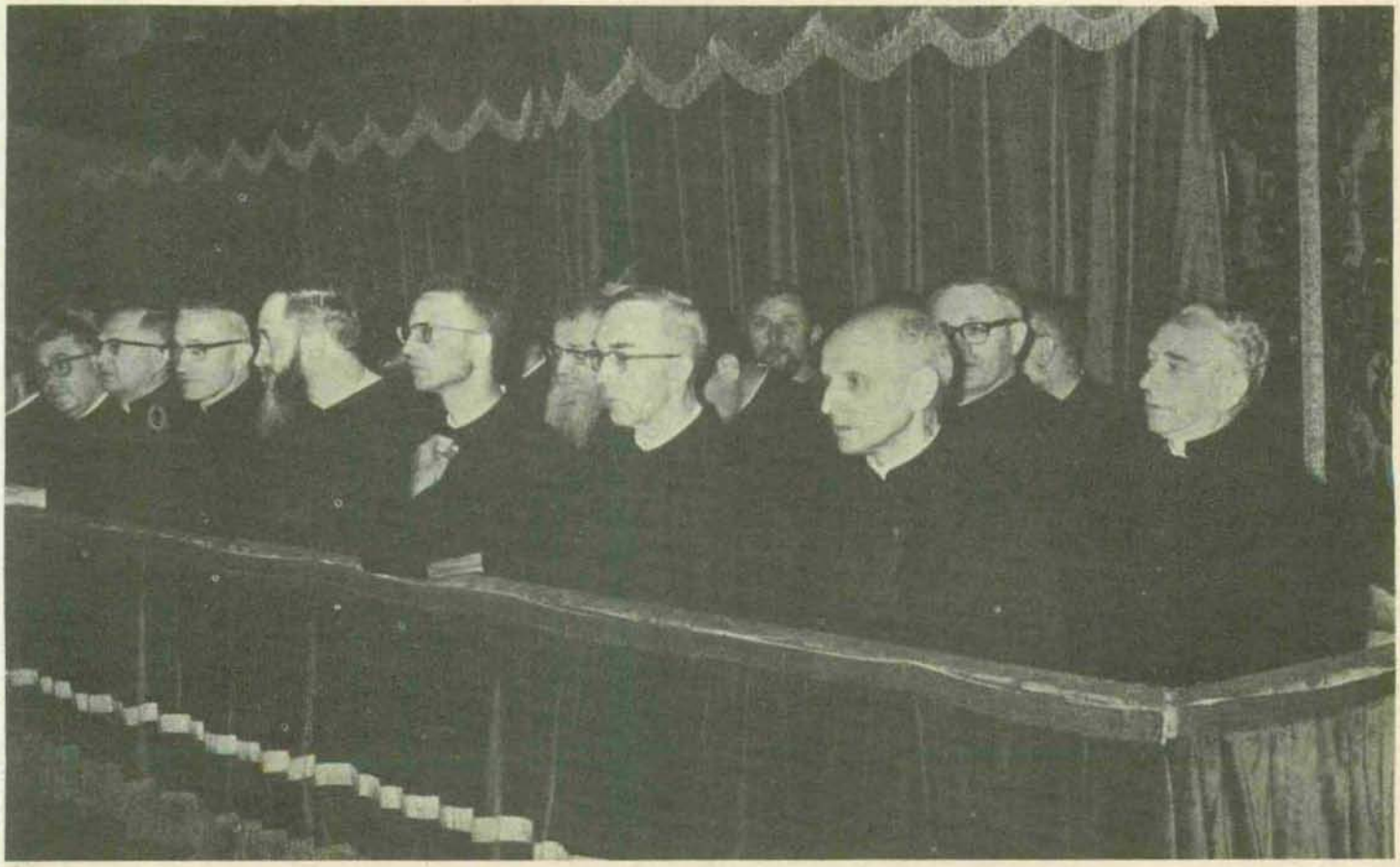
Desde entonces hasta 1925 la actividad jesuítica fue bastante intensa. Recuperaron su influencia en Europa y América, y crearon nuevos focos en Africa y Oceanía, en las colonias inglesas, francesas y portuguesas.

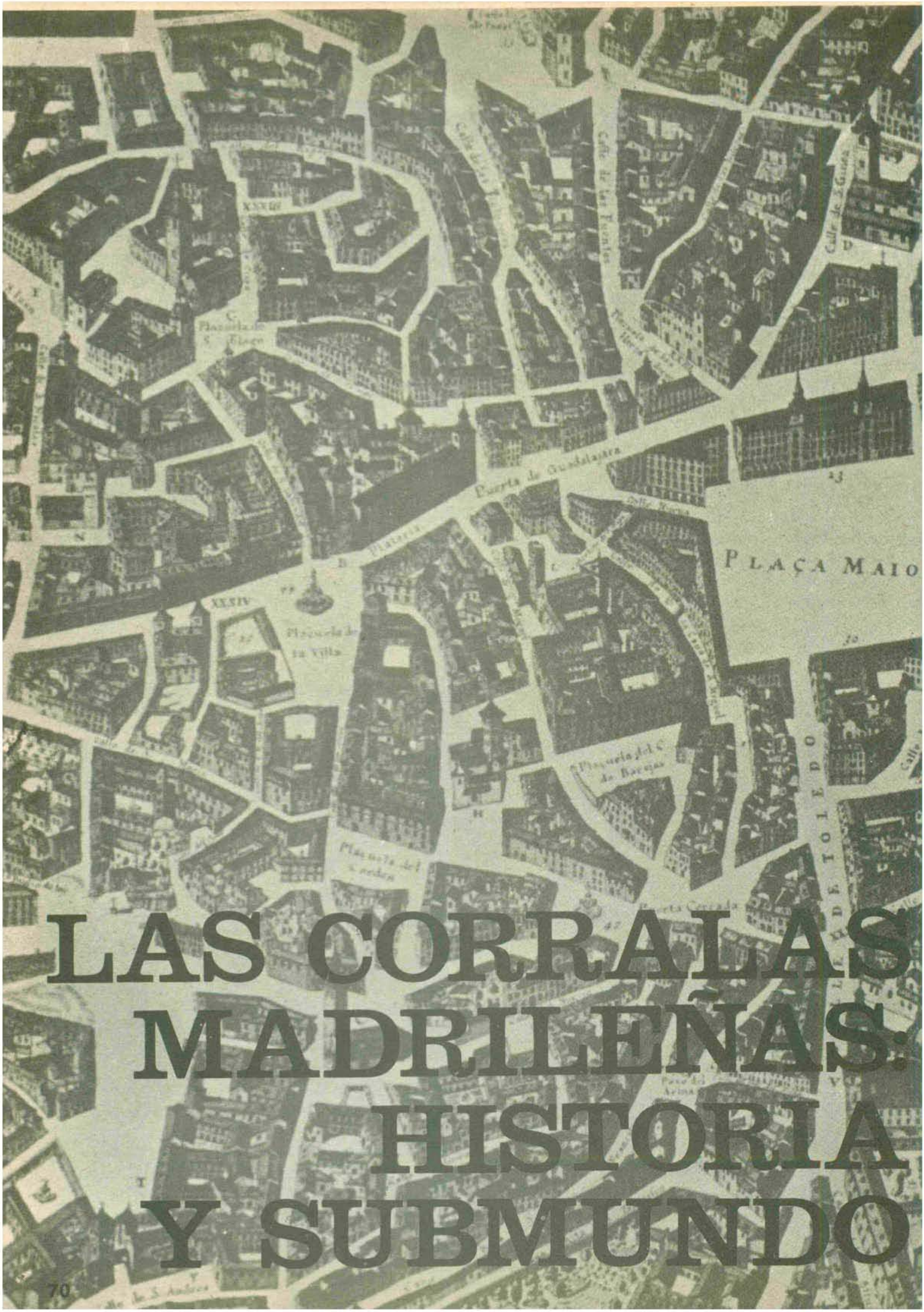
La II República Española volvió a expulsarlos sin éxito. Ahora, siguen siendo discutidos, y aun divididos en el contexto postconciliar, con probabilidad de disensiones en el seno de la Organización, como en cualquier ideología política. En el presente, poseen 31.000 sacerdotes, y parece que entre ellos se apuntan distintos pareceres en cuanto a la jerarquía y las misiones respectivas en la coyuntura de un mundo ancho y diverso, que requiere un enfoque nuevo de la actividad jesuítica. Sin embargo, un solo hombre continúa en el poder supremo: el prepósito.

La religión católica, apostólica y romana reconoce que ha habido numerosos santos canonizados y en proceso de canonización, naturales de diversos meridianos, como los japoneses Pablo Miki, Juan de Soto y Diego Kisai; y los tan populares en el santoral como Luis Gonzaga, Alfonso Rodríguez, Pedro Canicio, Retz Acquaviva, Edmundo Campión, Alejandro Briant, Tomás Cottán, Bernardino Realino, Francisco de Borja... El 31 de julio, día de San Ignacio, es también el día de todos los santos y beatos jesuitas.

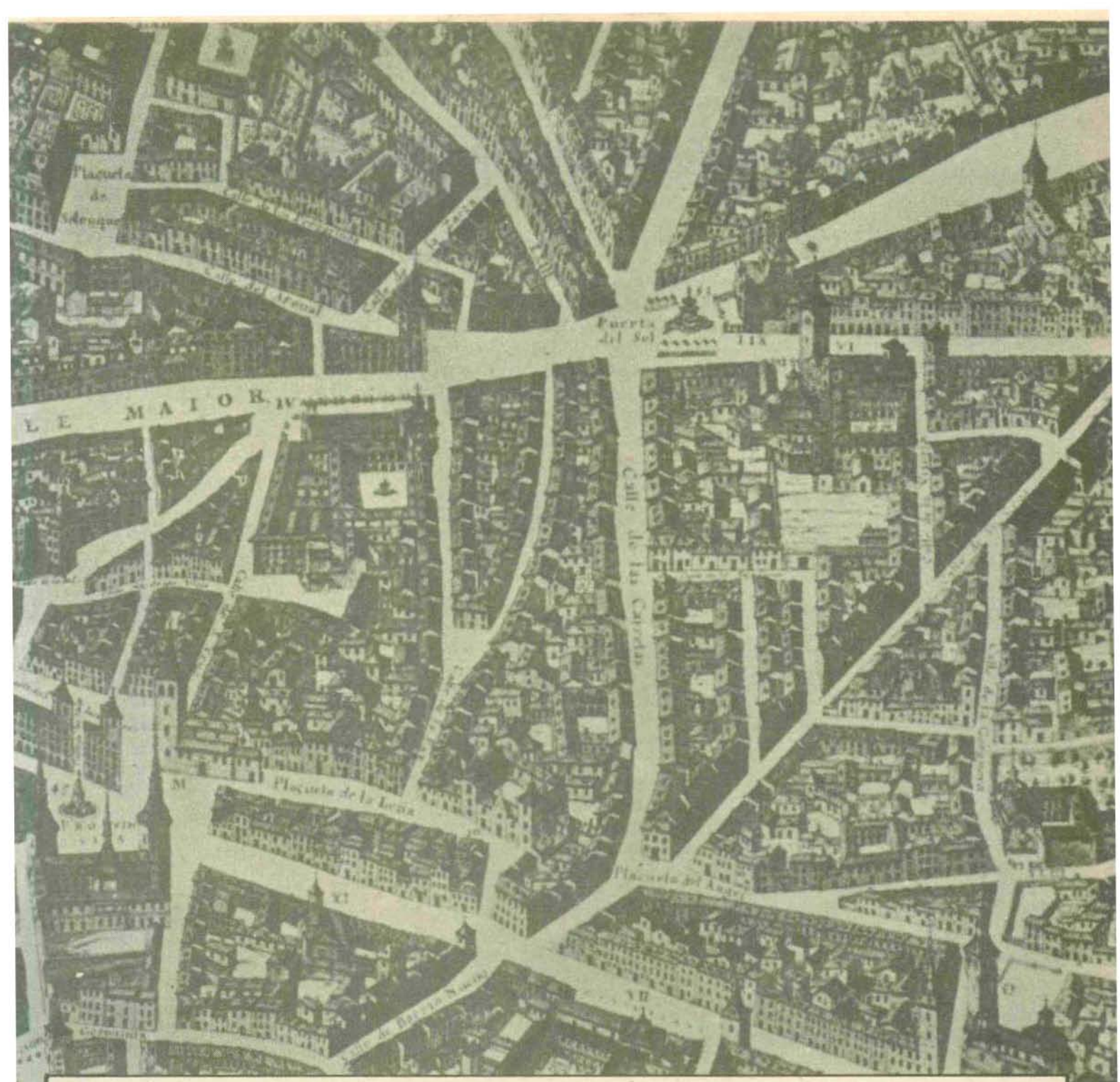
Una historia de la Compañía de Jesús requiere muchas páginas, quizá muchos tomos. Han pasado quinientos años de influencia en las manifestaciones de la humanidad, de escolástica, teología y concepto de la religión, de intromisión en ello y en todas las ideologías civiles, determinando incluso la aventura política de numerosas nacionalidades. ■ **C. S.**

LA COMPAÑIA DE JESUS CUENTA EN LA ACTUALIDAD CON 31.000 SACERDOTES, ENTRE LOS QUE SE APUNTAN DIVERSOS PARECERES SOBRE LA JERARQUIA Y LAS MISIONES RESPECTIVAS EN LA COYUNTURA DE UN MUNDO ANCHO Y CAMBIANTE. EL PADRE ARRUPE, ACTUAL PREPOSITO DE LA ORDEN, FIGURA EL PRIMERO A LA DERECHA DEL LECTOR EN ESTA FOTO.





LAS CORRALAS MADRILEÑAS. HISTORIA Y SUBMUNDO



Madrid era poco más que una aldea organizada en torno a las rutas de los camineros y alrededor de unos cuantos conventos cuando fue proclamada Villa y Corte de España hacia el año 1561.

Con esta elección, Felipe II se saltaba egregiamente los condicionamientos geográficos que ha requerido siempre la capitalidad, para atender a otros más abstractos, fundamentalmente políticos.

Esta circunstancia ha caracterizado largamente a Madrid, y no precisamente de modo favorable.

Todas las grandes capitales europeas han crecido al amparo de unos valores geográficos muy concretos, siempre de índole estratégica: emplazamientos fáciles de defender, en el medievo; emplazamientos, naturalmente, bien comunicados, en la Edad Moderna. Estrategia defensiva o estrategia económica, pero siempre contando con la presencia de condiciones geográficas bien determinadas (grandes ríos navegables, proximidad a las fuentes de producción, fáciles accesos a otros puntos del país, etc.) que facilitaron a la ciudad su desarrollo en el sentido que cada época requería.

GLORIA OTERO

LA irrelevancia urbana de Madrid en las fechas en que fue proclamada capital de España no era casual, sino lógica consecuencia de la carencia de unos requisitos naturales, que ya habían convertido a Sevilla, Barcelona, Zaragoza o Toledo en grandes ciudades.

A pesar de ello, Felipe II se decidió por este emplazamiento, obedeciendo a una inspiración simbólica que englobaba por igual el aspecto geográfico y el político: Madrid como centro geométrico de España; Madrid como capital inédita, ajena a la evocación de intereses parciales que otras ciudades españolas sin duda evocarían; estandarte de una España unida bajo una idea nueva, el Imperio.

Se inventó una capital a despecho de la Historia y de la geografía, y entre la artificiosidad del invento y la irresponsabilidad municipal, esta ciudad ha tardado tres siglos en alcanzar un rango urbano medianamente coherente con su título.

Durante esos tres siglos hubo de adaptarse de manera «sui generis» a la no menos peculiar situación en que había sido colocada.

Nada más trasladarse la Corte a Madrid se hizo evidente la falta de adecuación entre las previsiones funcionales que oficialmente sustentaron la idea, y las expectativas que a nivel nacional despertó la proclamación de la nueva capital.

Una fortísima inmigración procedente de todo el país acudió a Madrid con la esperanza común de vivir de la Corte, pero aquella Corte sólo alcanzaría a mantenerse a sí misma, esto es, a un círculo más o menos amplio de aristócratas y burócratas y al reducido porcentaje de inmigrantes que estos grupos absorbieron para su servicio.

El resto quedó pronto abandonado al desempleo, a la marginación y a toda suerte de oficios esporádicos e insólitos, constituyendo un excedente demográfico incontrolable y, sin embargo, decisivo por su número para la configuración social y urbana de la llamada «capital de los mundos».

La incapacidad material de la ciudad para mantener a la población inmigrada no fue causa suficiente para desengañar a ésta, ni devolverla a sus lugares de origen.

La capital ejercía el atractivo de las posibilidades indefinidas que fácilmente concretaban sus ciudadanos en los lujos que disfrutaban unos cuantos, y cuya permanente exposición era como un ejemplo vivo de lo que «con suerte» (en época en que aún no se habían inventado ni la lotería ni las quinielas) se podía conseguir en Madrid o, en todo caso, el consuelo y la compensación de una vida en general nada próspera.

Madrid retenía la inmigración gracias a ese genérico proceso de malversación de lo realmente apreciable que se desarrolla como un círculo vicioso protector de todas las ciudades que funcionan mal. La sensibilidad social se atrofia de manera que se soporta el medio más degradado sin la menor conciencia de ello.

Esta ha sido una situación relativamente frecuente en la Historia.

Los últimos años de un imperio han llevado a muchas capitales a este callejón sin salida donde se extinguen. Los primeros tiempos de la revolución industrial impusieron la anestesia formal de toda la sociedad, sin la cual hubiera sido imposible un desarrollo técnico que en sus comienzos se presentaba tan perverso, estéticamente.

La Roma de Juvenal ahogaba en lujos a un escogido núcleo de sus habitantes, para lo que mantenía al resto en la miseria. Ese resto no cambiaba su deplorable vida «a pan y circo» por las mejoras que fácilmente hubiera hallado en cualquier otra provincia del Imperio.

De manera parecida, el más acaudalado propietario en una ciudad del siglo XIX vivía con sumo gusto en una casa lóbrega y antihigiénica gracias a la ceguera estética implantada por la filosofía del progreso en boga.

En el caso de Madrid, esta situación ha sido especialmente original por varios motivos. En primer lugar, por su larga duración; situaciones viciadas de este tipo suelen estallar en poco tiempo a favor de otras más halagüeñas. Madrid la arrastró durante tres siglos.

En segundo lugar, por las causas. Madrid era una ciudad nueva, recién nacida; carecía de las condiciones históricas y urbanas necesarias para ser decadente; carecía también de un grado de industrialización capaz de engendrar un ambiente inhóspito, a pesar de lo cual ofrecía las mismas características, con las salvedades propias de la época, de la Roma de fin del Imperio, o del Birmingham de la primera revolución industrial.

Había nacido ya viciada por un régimen social, económico y político tan viciado como la ciudad que creó.

La inmigración no sólo se mantuvo aferrada a la Corte, sino que aumentó conforme decaía la economía del país, dislocando por completo las previsiones oficiales y obligando a la ciudad a crecer como una acusación, espejo de todas las deficiencias que no sabía o no podía solucionar.

PRIMERAS VERSIONES DE LA CASA DE CORREDORES

La llamada casa de corredores fue el más completo reflejo físico de esta situación, y la creación arquitectónica más peculiar de Madrid y de ese largo periodo suyo de transición a lo urbano a partir de un repertorio de formas fundamentalmente rural.

El modelo de este tipo de vivienda se mantuvo relativamente estable hasta principios del siglo XIX en que se deterioró considerablemente debido a la presión demográfica y a la especulación, a la vez que proliferaba más que nunca, siendo estas últimas versiones las que han quedado como el índice más completo de tipismo madrileño.

Los primeros ejemplos deben situarse hacia la primera mitad del siglo XVII, aunque no existan datos a este respecto; se repartirían por la ciudad sin discriminación de barrios de acuerdo con la promiscuidad social de la época y acentuándola aún más con el estrecho grado de vecindaje que este tipo de vivienda establecía.

Su aparición debió suponer una pequeña revolución en los modos de vida de la capital, por cuanto rompía con el tipo de vivienda unifamiliar normal entonces, inaugurando el modelo de edificio único, especialmente diseñado para albergar a varias familias independientemente.

Los antecedentes de la casa de corredores parecen ser de diversa índole. Por un lado, de carácter social, en lo que respecta al nuevo género de convivencia que establecía, y que sin duda ya se practicaba en alguna forma antes de que estas casas surgieran.

En este sentido, Manuel de Terán considera que esas primeras manifestaciones de utilización multifamiliar de edificios únicos tuvieron lugar en Madrid hacia fines del siglo XVI, al ser ocupados los corrales de caballos y carruajes de palacios y casas nobles abandonados por gitanos, artistas y gente de vida ambulante que vivía allí un poco «rancho aparte» del resto de la calle.

La utilidad original de estos espacios era desplazada por las necesidades y la vitalidad de nuevos sectores sociales que, antes de hallar una morfología específica para sus necesidades, hubo de agenciárselas para sobrevivir, adaptando y adaptándose a una tipología formal que les era ajena.

Ante estas experiencias y ante el aumento de una población de baja categoría social y escasos ingresos, la idea del edificio único para albergar a varias familias debió de surgir naturalmente, pues una vivienda de este tipo ahorraba terreno al constructor; resultaba (al menos en teoría) más económica, al inquilino; o más exactamente explotando al máximo su peculiar economía, era la única fórmula urbana que esa depauperada economía se podía permitir pagar, y, por último, se adaptaba mejor a su forma de vida.

En su estructura arquitectónica, la casa de corredores en sus primeras versiones se inspiró plenamente en el repertorio arquitectónico de la región castellana, y en este sentido es en el que con propiedad puede considerársela típicamente madrileña.

Así como en sus formas una capital de provincia resume el paisaje y todo lo que de peculiar vamos hallando disperso por los pueblos de su región, la casa de corredores reúne en una modesta síntesis el catálogo arquitectónico de la provincia de Madrid. Supone por ello una de las pocas manifestaciones originales, y a la vez coherentes con su título de capital de provincia, que Madrid ha logrado concretar.

En su alzado, estas casas se inspiraron en el tipo de vivienda hidalga común en Castilla.

Desde el siglo XV proliferaba por toda la región un tipo de casa de dos pisos, con patio interior al que daban las habitaciones mediante un balcón corrido de estructura dintelada, con soportes de madera rematados en una zapata. Era la casa castellana de patio, típica de la familia acomodada, cuyos antecedentes se encuentran casi al pie de la letra en las construcciones civiles árabes del último periodo nazarita; en las viviendas nobles de Granada encontramos estos mismos elementos que, desprovistos de su profusa decoración, pasarían a Castilla con éxito inmenso, lo que demuestra no sólo la pervivencia de los motivos, sino su extensión geográfica. El esquema de un panel de varios pisos abiertos a respectivos corredores sostenidos por columnillas y zapatas se multiplicará por Castilla, tanto en patios particulares como en las plazas públicas de sus pueblos, de manera análoga a su utilización entre los árabes para los espacios públicos.

En alzado, las casas de corredores fueron una asimilación de estos esquemas ya típicos en la región: edificios de dos pisos, el segundo de estructura dintelada, en los que cada habitación de esa casa hidalga que sirviera de modelo se había convertido en una vivienda para varias personas.

En la planta, sin embargo, se seguirían modelos rurales, pues el patio de la casa castellana carecía de sentido en una vivienda para varias familias. Consecuentemente, se adoptó como modelo el corral de la casa campesina, en el que no más de dos de sus lados correspondían a viviendas, mientras que el resto constituye una especie de cerca que protege e independiza del exterior.

La estructura era toda de madera, y como servicios públicos un retrete y una fuente en el patio para toda la vecindad.

LA CASA DE CORREDORES HA SIDO LA CREACION ARQUITECTONICA MAS PECULIAR DE MADRID, INSPIRANDOSE SU ESTRUCTURA EN EL REPERTORIO DE LA REGION CASTELLANA. «LA CORRALA» QUEDA HOY COMO EJEMPLO TIPICO DE ESTA CASA DE CORREDORES DEL SIGLO XIX.

DE ACUERDO CON SU INSPIRACION RURAL, EL PATIO DE LA CASA DE CORREDORES SE CONFIGURO COMO UNA PLAZA DE PUEBLO EN TORNO A LA QUE SE DESARROLLABA LA VIDA DE LA COMUNIDAD. ESTE PATIO DE UNA FINCA —HOY DESAPARECIDA— DE LA PLAZA DE LAVAPIES ES UNA MUESTRA DE ELLO.

Esta fue la primera versión de la casa de vecinos o de corredores, que se mantuvo estable durante todo el siglo XVII y parte del XVIII.

Lo característico de ella frente a las derivaciones posteriores es sin duda cierto equilibrio entre el patio y el volumen edificado, entre espacio libre y espacio habitado.

Aunque con la nueva vivienda se introduzca el problema del hacinamiento en la construcción, en estos primeros ejemplos no sería éste un grave inconveniente aún. Los inquilinos, normalmente de procedencia rural, no debieron de acusar desfavorablemente esta obligatoria promiscuidad social, sino que, al contrario, debieron aprovecharla para desarrollar, a la pequeña escala de su edificio, un sustituto de la vida pueblerina y recoleta que abandonaron para venir a vivir en Madrid, y protegerse así de la dispersión y marginación que la ciudad les imponía.

El patio de la casa pasó a convertirse de esta manera en el centro del edificio; en una especie de plaza de pueblo donde los vecinos abrieron talleres y modestos comercios, donde se reunían los ancianos a charlar y los niños jugaban libremente y donde se celebraban las fiestas del barrio.

Todo el edificio vivía del patio, de donde llegaban no sólo las condiciones de convivencia, sino el aire y la luz indispensables para cada vivienda.

Los inconvenientes de la fuerte concentración social se compensaron así con la contrapartida de una convivencia muy abierta, observándose en todo ello una prolongación de conceptos del urbanismo medieval, tan perseverante en España, con su gusto por la privatización del espacio urbano, aplicado ahora a grupos más amplios y su preferencia por la multiplicidad funcional del mismo.

Esos patios de las primeras casas de vecinos, donde se encerraba la vida, el trabajo y la diversión de los inquilinos, nos suenan hoy particularmente novelesco; ahora que los barrios residenciales pretenden vendernos su complejo de superioridad servido en la bandeja de unos espacios vitales semejantes, ahora más «vitales» que nunca.

DESVIRTUACION DEL MODELO PRIMITIVO

Sin embargo, el equilibrio entre ventajas y desventajas en este tipo de vivienda no se mantuvo por mucho tiempo.

La interferencia de una desacertada política municipal comenzó a hacerse notar en la calidad de la construcción madrileña desde mediados del siglo XVII, factor que, sumado a los cambios sociales que tuvieron lugar posteriormente, acabó truncando toda posibilidad de una arquitectura medianamente aceptable en la capital de España.

Como causas concretas, hay que citar la construcción de una cerca en torno a Madrid, durante el reinado de Felipe IV, que habría de impedir el paso indiscriminado de personas y mercancías a la capital del reino, y que funcionó como una muralla contra la expansión urbana de la ciudad, obligándola a crecer dentro de unos límites que pronto se

VICTIMAS DEL TIEMPO Y DE LA ESPECULACION DEL SUELO, LAS CASAS DE CORREDORES HAN IDO DESAPARECIENDO DE MADRID. BAJO LAS ANTENAS DE TELEVISION QUE HUNDEN SUS TEJADOS Y CERCADAS POR LAS NUEVAS EDIFICACIONES, SU DESTINO FATAL PARECE SER EL DERRIBO.

revelaron demasiado escuetos; todo lo cual contribuyó de modo decisivo al hacinamiento arquitectónico y al desmedido aumento del precio de los solares.

A esto hay que añadir la enojosa gabela que pesaba sobre todas las casas que poseían pisos principales: la llamada regalía de aposentos, cuya renta total llegaba a sumar anualmente la cantidad de ciento cincuenta mil ducados. Para eludirla, se empezaron a construir las llamadas «casas de malicia»; es decir, casas bajas que a mediados del siglo dieciocho constituían las dos terceras partes del caserío madrileño.

No menos importante para este proceso de degradación urbana que afectó a Madrid antes de que lograra superar el estadio aldeano, fue el fenómeno de segregación social que, a partir del siglo XVIII, fue configurando a la ciudad por barrios socialmente uniformes.

Las clases más acomodadas se retiraron de la zona sur para concentrarse en el centro y norte de la ciudad, buscando un aislamiento que hasta entonces no habían pretendido.

Mientras ricos y pobres convivieron en las casas y en las calles de Madrid, la pobreza se mantuvo dentro de unos límites «más humanos», al menos aparentemente, pues por caridad o por egoísmo el acomodado hacía en alguna manera partícipe al pobre de su riqueza.

Al cesar este cotidiano contacto, quedó un vacío en determinados barrios, que sólo vino a llenar una miseria ya no disimulada.

Esta situación culmina en el siglo XIX, cuando al empobrecimiento de la aristocracia (que de rural se había convertido en urbana, y que había abandonado la dirección de sus tierras) se une la el interés de invertir en construcción modesta, cultivando y explotando la pobreza que la segregación social había acumulado en ciertos barrios madrileños.

CASAS DE CORREDORES EN EL SIGLO XIX

Durante el siglo XIX, las casas de corredores adquieren definitivamente el aspecto y nombre con que hoy se las conoce, más descriptivo y más apropiado a su naturaleza que el de casas de vecinos: «casa de corredor».

Las nuevas versiones se construyeron a partir de entonces en las zonas Sur y Este de Madrid de modo casi exclusivo; en barrios que con el éxodo de las clases altas vieron depreciados sus alquileres, y solicitados sus solares para el establecimiento de las fábricas que, lentamente y de naturaleza todavía artesana, iban apareciendo en la capital.

La zona correspondiente al entonces distrito de Inclusa, delimitada por las calles de Toledo, Ronda de Toledo y Lavapiés, fue la que albergó mayor número de casas de corredores, junto con el distrito de Latina.

Estos lugares, cercanos a la vega del Manzanares, de tradición de ventorrillos y tabernas y residencia habitual del pueblo bajo de Madrid, de «la manolería», se convirtieron durante este siglo en focos de hacinamiento y mefitismo urbano sólo comparables a los de alguna ciudad industrial inglesa de la misma época, así como en el exponente máximo del cambio social que experimentó ese sector más marginado de la población madrileña. Cambio no causado por la industrialización de la ciudad, como sería lógico suponer, sino por una política socioeconómica absolutamente corrompida, que se regía por el favoritismo laboral y la empleomanía, ocasionando un altísimo grado de desempleo y un fuerte desnivel entre los sueldos y el precio de los artículos de primera necesidad.

El inquilinato de estas casas lo integraban jornaleros, empleados cesantes, vendedores ambulantes y, en general, la población que hasta entonces se conocía como «la manolería».

Como señalaba Mesonero Romanos, el terrible «manolo» de otros tiempos, dueño y señor de estos barrios, que no pagaba alquileres ni cumplía servicio militar, pasa a convertirse en un sumiso jornalero, artesano o comerciante. Se proletariza forzosamente, oprimido por el espíritu de especulación de la época.

Las casas de corredores construidas en el siglo XIX fueron levantadas sobre el solar de un caserío diminuto, de calles estrechas y anárquicas, según la fórmula clásica de toda arquitectura especulativa: concentración en altura a expensas de una planta lo más reducida posible.

La elevación de cinco, seis y hasta nueve plantas en algunos casos, sobre solares de pequeñas chabolas dio origen a un alto grado de hacinamiento en los barrios donde se construyeron estas casas, y muy especialmente en el distrito de Inclusa, donde la tradicional carencia de espacios libres del trazado urbano madrileño llegaba al máximo, pues el único lugar para el «esparcimiento» de sus vecinos era el solar de la iglesia de San Fernando, derruida para aprovechar el plomo de sus cúpulas, mientras que los focos de aglomeración se multiplicaban al concentrarse en este distrito varios edificios de uso público: La Inclusa, la Maternidad, el Parador de Santa Casilda y la fábrica de Tabacos.

La casa de corredores del siglo XIX fue la versión mastodóntica de la casa de vecindad del XVII, y su incongruente ignorancia de las relaciones entre tamaño y forma invalidó por completo el diseño primitivo.

En alzado mantenía la estructura de corredores adintelados, sustituyendo la madera por el hierro; pero se aumenta el número de plantas hasta alcanzarse a veces los nueve pisos, como ya se ha dicho.

En planta, el patio reduce sus dimensiones, de modo que de

falta: un retrete para todo el edificio, situado en el patio, y una fuente, que no siempre la había.

La fachada exterior era, sin embargo, «normal»; es decir, «guardaba el decoro que debe exhibirse siempre cara a la calle», según frase muy frecuente

plaza interior pasa a convertirse en un mero corredor, algo más ancho que los demás, donde no entran ni la luz, ni el aire; no cumple más función que la de mero lugar de tránsito.

Los servicios públicos se reducen al mínimo más indispensable, y a veces hasta ese mínimo en las licencias de construcción de la época. Escondía recatadamente, conforme a la moral del siglo, el infierno material y social que la literatura costumbrista y los pocos ejemplos que aún quedan en pie de esas casas, nos descubren.

Casas de corredores en la actualidad

Actualmente se conservan en uso algunas casas de corredores, de diversas épocas, repartidas por los barrios que fueron más populares en el pasado siglo.

El conjunto más numeroso corresponde, como entonces, a la zona de Lavapiés, antes distrito de Inclusa.

Exteriormente nada las delata, a no ser su escasa altura (por lo general no tienen más de tres plantas) a menudo resaltada al quedar encajonadas entre bloques modernos más altos. Sólo al atravesar el portal se descubren sus anormalidades: sus fachadas de corredores viejos y oxidados, sus patios casi siempre sucios y oscuros, su humedad y su olor a gato y a herrumbre.

El estado actual de estos edificios depende invariablemente de dos factores:

— *el modelo cronológico y formal al que pertenecen,*
— *su régimen jurídico.*

Sin embargo, las variaciones que estos aspectos introducen no modifican en lo esencial unos problemas que, por definición, son inherentes a este tipo de viviendas. Estos problemas son:

— *servicios comunes para toda la vecindad,*
— *falta de agua corriente,*
— *reducida superficie útil,*
— *su carácter de interiores,*
— *su hacinamiento.*

Esta problemática acompaña siempre a la casa de corredores; las diferencias, si las hay, son de grado, según sean las fincas propiedad de sus inquilinos o no.

CASAS DE CORREDORES EN REGIMEN DE PROPIEDAD

Estas casas en las que los inquilinos son dueños de la vivienda, aunque la tengan alquilada, y que cuentan con su correspondiente comunidad de propietarios, son las que mejor se conservan, aunque también son las menos numerosas.

Todas ellas han llevado a cabo mejoras que han afectado sobre todo al interior de los pisos y a la zona más expositiva del edificio, el portal. El problema de los servicios comunes y de la falta de agua corriente ha permanecido intacto por falta de acuerdo entre los vecinos para solucionarlo. Sólo de forma individual en algunas viviendas se han instalado retretes: calle de Bastero, número 7. En los demás casos, estas casas (privilegiadas dentro de las de su género) siguen manteniendo sus más agudas deficiencias, bien por falta de interés de sus dueños, que en muchos casos no viven en sus viviendas, sino que las tienen alquiladas; bien porque sean personas de avanzada edad que no han conocido nunca mayores comodidades y no están dispuestas a cambiar de hábitos por simple inercia.

De esta manera, siguen obligados a salir al corredor para hacer sus necesidades, a limpiar el retrete común una vez por semana y a bajar cargados de cubos y otros recipientes al patio para coger agua cada vez que la necesitan: calles de Santiago el Verde, número 13; Tribulete, 25; Angel, 19; Mesón de Paredes, 70.

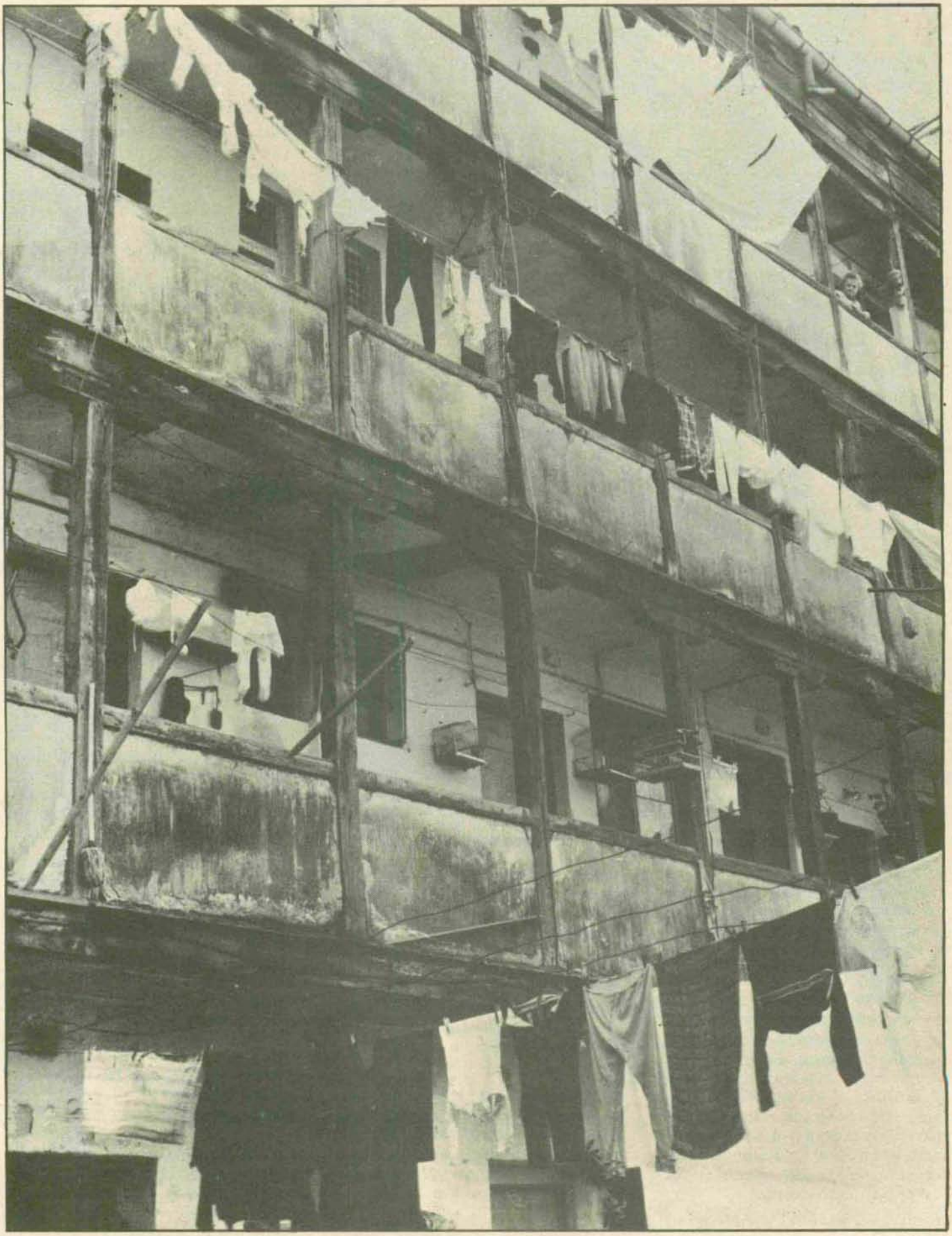
Lo que no han descuidado ha sido las mejoras superficiales y muy especialmente el portal.

Hoy, que este elemento se ha convertido en tarjeta de ostentación del inquilino, no podía dejar de adecentarse, en el sentido de homogeneizarse lo más posible con el tipo normal en las casas contemporáneas.

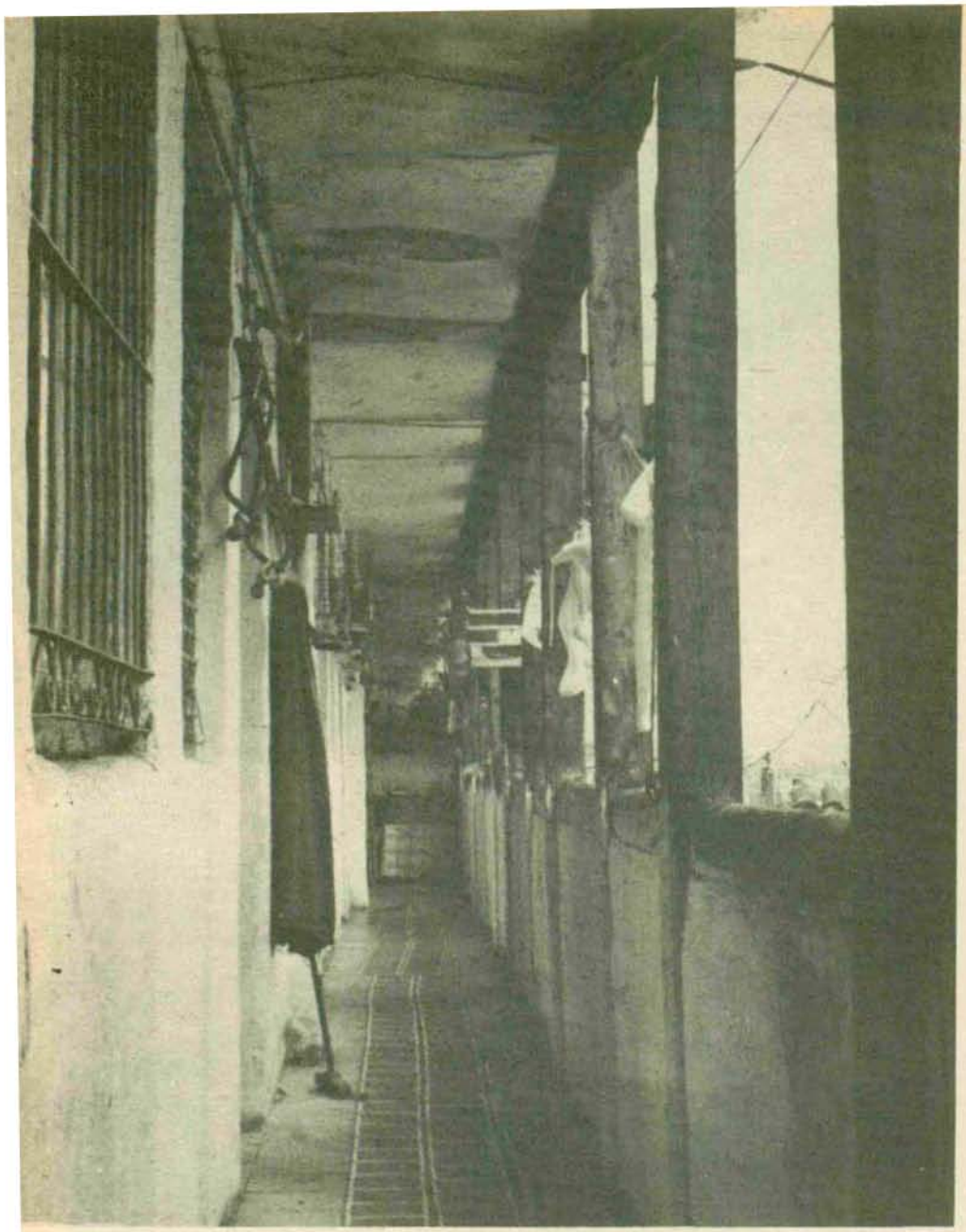
Las fincas de Santiago el Verde, 13, y Tribulete, 25, ilustran bien este fenómeno, con sus puertas acristaladas y de acero inoxidable, y su empapelado interior, sus relucientes cajetines para la correspondencia y su tablero de anuncios para comunicados del presidente de la comunidad de vecinos.

Estas fincas son buenos ejemplos de las reformas que en el interior de las viviendas verifican los inquilinos acogidos al régimen de propiedad.

Prácticamente no hay dos pisos



LA MAS ANTIGUA DE LAS CASAS DE CORREDORES QUE AUN EXISTEN EN MADRID ES LA DE LA CALLE ESPINO, NUMERO 6. CUENTA CON 54 VIVIENDAS DE ALQUILER, QUE PAGAN 200 PESETAS MENSUALES, Y SU PROPIETARIO HA DECIDIDO DERRIBARLA. VEMOS AQUI EL ASPECTO DE SUS CORREDORES.



UNO DE LOS CORREDORES DE LA FINCA DE ESPINO, 6 —QUE EN LA FOTO ANTERIOR VEIAMOS EXTERIORMENTE— LO PODEMOS CONTEMPLAR AHORA EN SU INTERIOR. ES ESTA FINCA (DEL SIGLO XVIII) UN EJEMPLO CLARO DE LA TRANSICION DE LA CASA DE VECINOS DEL SIGLO XVII A LA DE CORREDORES DEL XIX.

iguales. Esto es explicable dada su pequeñez, el crecido número de sus habitantes y la relativamente corta permanencia de éstos, que en su mayoría son alquilados.

Su superficie oscila entre los 15 y los 30 metros cuadrados (la mayoría son de 20); su construcción, en los casos concretos estudiados, es excelente, aunque de materiales sumamente modestos: en la finca de Santiago el Verde, la construcción es de adobe y la estructura de vigas de madera sin sangrar (es decir, sin que se les halla quitado la resina, con lo que se conservan aún en perfecto estado).

Los precios de venta varían según la superficie, oscilando entre las doscientas y las trescientas mil pesetas. Suelen tener dos habitaciones y cocina en los casos de menor superficie (Santiago el Verde, 13, y Angel, 19) o tres cuando son algo mayores (Tribulete, 25, y Bastero, 7), aunque como ya hemos dicho, cada vecino divide su espacio según sus necesidades, pues levantar o tirar tabiques de tan reducidas dimensiones no constituye problema alguno.

Los habitantes de estas casas son en su mayoría gente de edad que vive sola, predominando el sexo femenino; son mujeres que no suelen trabajar sino que viven de sus ahorros o de alguna pensión.

Hay tambien un buen número de jubilados y algunos matrimonios solos. A ellos se añade una población «transeúnte», que no vive durante mucho tiempo en estos pisos, integrada fundamentalmente por matrimonios jóvenes con uno o varios hijos, y por estudiantes de ambos sexos.

Parece ser, según los informes de varias porteras de estas fincas, que desde hace unos años el número de matrimonios que alquila estos pisos ha disminuido considerablemente en comparación con los que había a mediados de siglo, en que eran mayoría en estas casas a pesar de lo inadecuado de la superficie y de las condiciones de vida que se les imponía en ellas.

Cualquiera que sea su edad, su profesión o sexo, los vecinos de estas casas cuidan extremadamente sus viviendas, cuya limpieza es máxima y en cuyo mobiliario predomina una preocupación estética conmovedora, en la que la falta de gusto y de medios engendra invariablemente un ambiente dominado por la incongruencia y un sentimentalismo perfectamente «kitsch».

Normalmente, los huecos (porque sería impropio calificarlos de habitaciones) se llenan de muebles enormes y se recargan de chucherías de todo tipo, apelaciones a la nostalgia, a la religiosidad o simple decoración. En una de estas viviendas, su dueña tenía montado un pequeño altar, sobre una silla al lado de la cama, con una estampa rodeada de velas de cumpleaños.

Camas con cabezales de bronce de complicado dibujo, aparadores repletos de estampas y flores de plástico, grandes mesas brillantes, pulidas de barniz sintético; todo ello apenas deja espacio transitable a sus dueños, que, no obstante, se muestran muy orgullosos al respecto.

CASAS DE CORREDORES EN REGIMEN DE ALQUILER

En contraste con el adecentado aspecto de las anteriores, estas casas, que son las más numerosas, están muy abandonadas y generalmente amenazan ruina.

Los propietarios, a veces personas con título nobiliario e ilustre ape-

llido, evidentemente dejan que el tiempo pase y arruine por completo unos edificios de rentas ínfimas, cuya privilegiada situación en el mismo corazón de Madrid les resulta improductiva. Aunque la venta de los solares correspondientes les habría de proporcionar margen más que suficiente para abonar una decente indemnización a sus actuales arrendatarios, prefieren esperar a que se derrumben por sí solas para evitarse cualquier desembolso.

Los riesgos que esta situación impone a los vecinos de tales fincas so n evidentes, y las condiciones vitales de estas viviendas, de por sí deplorables, se agravan hasta límites inconcebibles en pleno siglo XX, al amparo de sus inocentes fachadas. Aunque, de tanto en tanto, se produzcan derrumbamientos que ponen cara a la calle, como una radiografía pública, toda la miseria de estos corredores de agujeros - vivienda que son las antiguas casas de vecinos madrileños: fincas números 12 y 14 de la calle Tribulete, y finca número 3 de la Ribera de Curtidores, cuyo caso ha salido en la prensa con este motivo (hundimiento del muro exterior del corredor de planta), con fecha 28-III-75.

En estas casas, los arrendatarios pagan alquileres de cien a doscientas pesetas, y raramente están en condiciones de abandonarlos, aunque en algunos casos tengan que efectuar grandes desplazamientos para acudir a sus lugares de trabajo, normalmente trasladados todos al extrarradio. Tan sólo una indemnización decente les arrancaría de estas casas de corredores que son, sin duda, y para vergüenza de la ciudad, las que conservan «su carácter» intacto. Son las casas de las calles de Ruda, 3; Provisiones, 12; Espino, 6; Mesón de Paredes, 79 y 80; Embajadores, 46, 33 y 52; Fray Cefe-rino González, 7; Tribulete, 11, además de las ya citadas.

En su mayoría son construcciones del siglo XIX; es decir, de la peor etapa por la que atravesaron estos edificios que, con ser más modernos, se conservan bastante peor que los pocos que quedan del siglo XVIII, como es el caso de la finca de la calle Espino, 6, sin duda la más antigua de todas las que de este tipo quedan en Madrid.

En el Registro de la Propiedad esta finca aparece por primera vez en 1748, en cuya inscripción constan ya existentes cargas y gravámenes consistentes en arrendatarios. Según su actual administrador, con anterioridad a esa fecha esta finca fue convento, y de él quedan restos dispersos por el edificio actual: la pesada puerta del portal, de madera tachonada de clavos con mirilla enrejada, las losas de granito del mismo, las rejas de algunos tramos de los corredores y una mayor complejidad arquitectónica, evidente sobre todo en las zonas abuhardilladas, que faltan en otros casos.

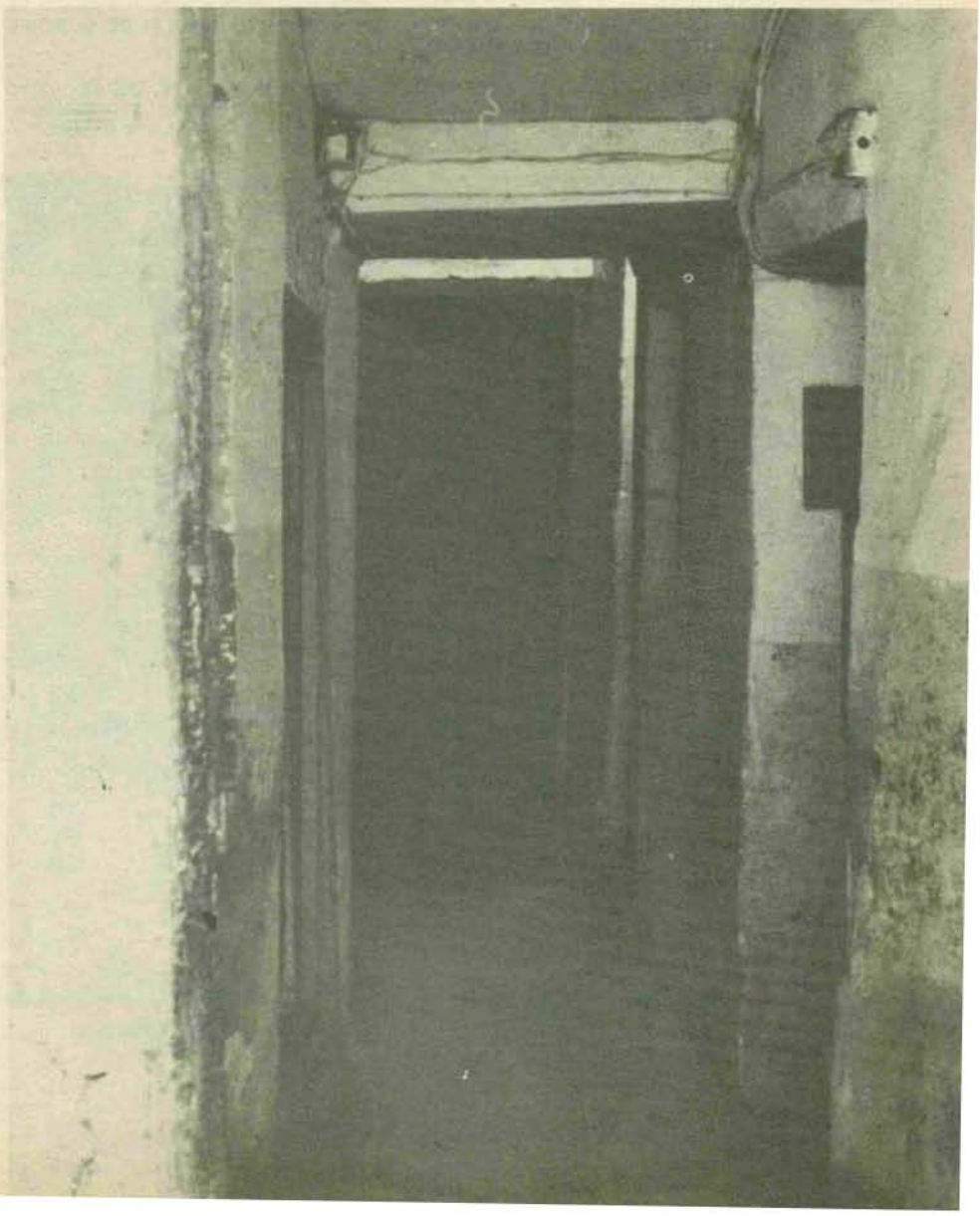
Es un ejemplo claro de la transición de la llamada casa de vecinos del siglo XVII, a la casa de corredores propiamente dicha del siglo XIX. De las primeras conserva el patio, como plaza ancha y espaciosa; de las segundas, los numerosos corredores (cuatro plantas de altura).

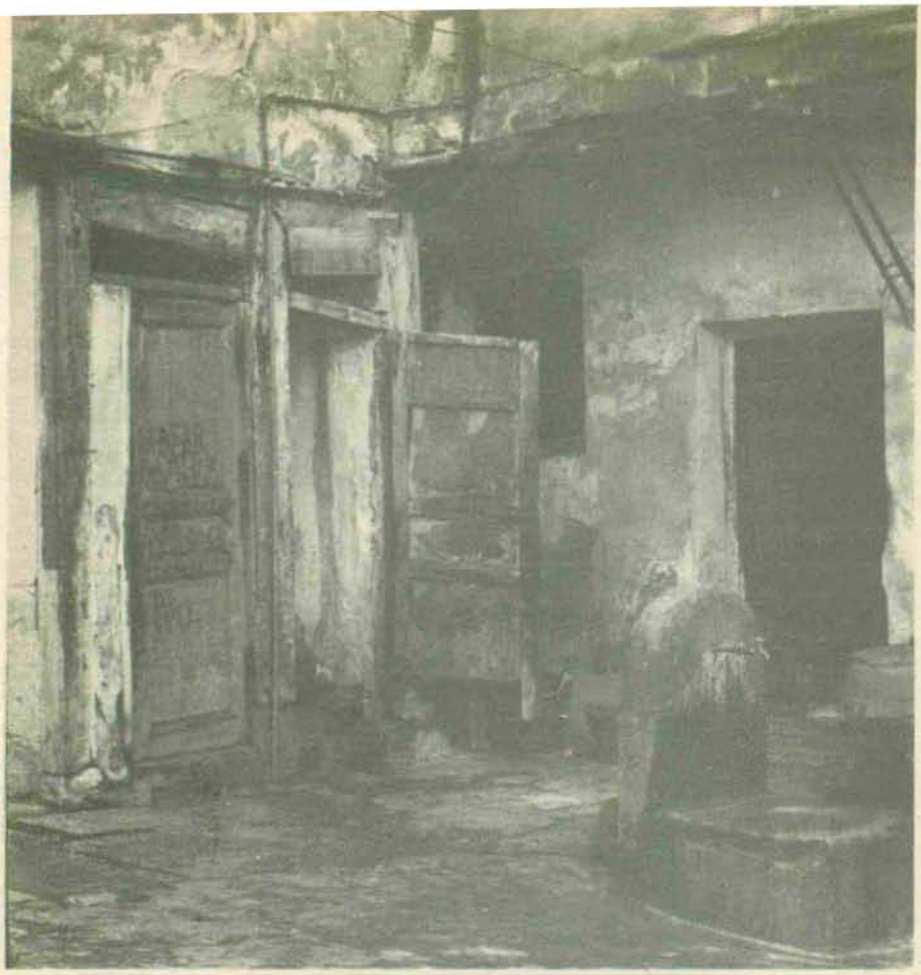
Formalmente, es un eslabón muy valioso para el estudio de estos edificios ya tan escasos.

La finca ocupa toda una manzana, delimitada por las calles de Miguel Servet, Mesón de Paredes, Provisiones y Espino. Cuenta con 54 viviendas de alquiler (200 pesetas mensuales), con un retrete y una fuente en cada planta.

Cada vivienda tiene tres habitaciones y cocina, con excepción de algunas que tienen dos más y son exteriores; esto es, tienen ventanas a la calle Mesón de Paredes. Su superficie total oscila entre los 28 y 35 metros cuadrados.

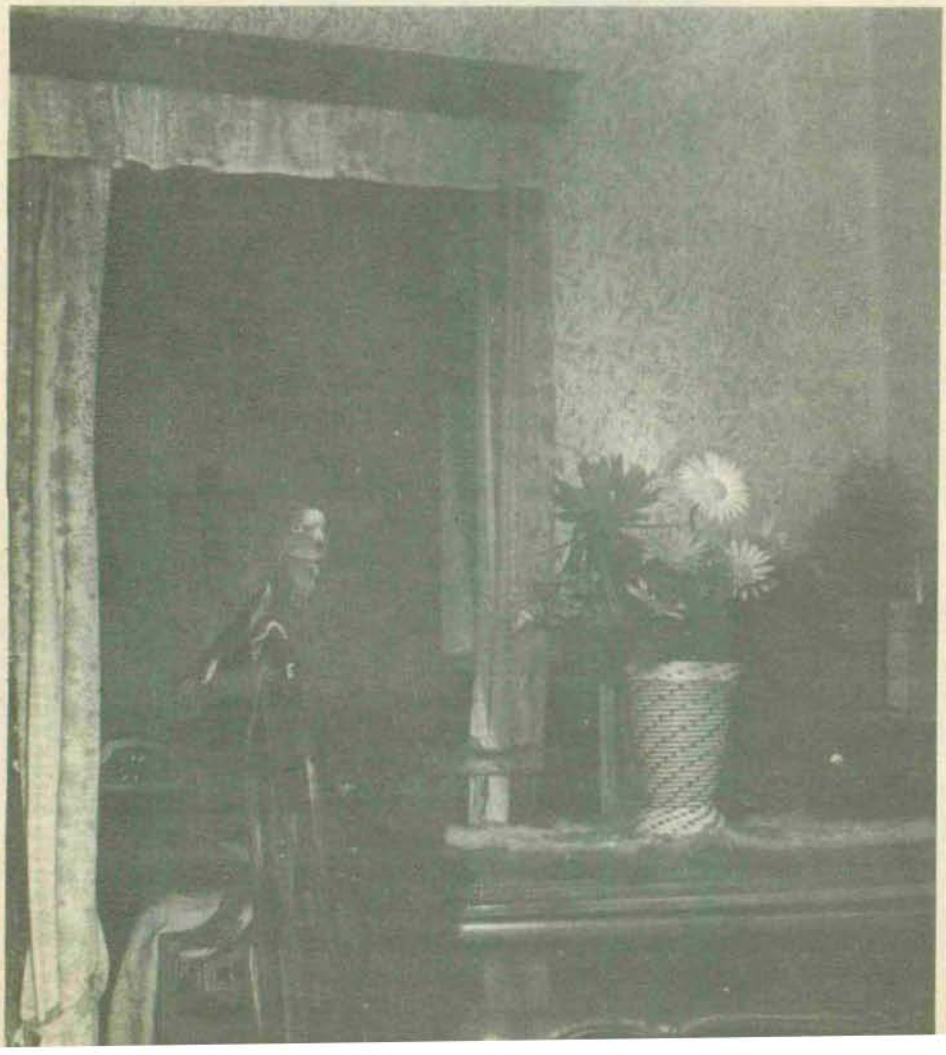
EN CONTRASTE CON LAS CASAS DE CORREDORES EN REGIMEN DE PROPIEDAD, LAS QUE ESTAN EN REGIMEN DE ALQUILER —QUE SON LAS MAS NUMEROSAS— PRESENTAN A MENUDO UN ASPECTO DE ABANDONO Y DESCUIDO. LA YA CITADA FINCA DE ESPINO, 6 (CUYA ENTRADA VEMOS) SE HALLA DENTRO DE ESTA SITUACION.





MAS QUE OTRA COSA, LAS ANTIGUAS CASAS DE VECINOS MADRILEÑOS SE HAN QUEDADO CONVERTIDAS EN AGUJEROS-VIVIENDA. DONDE LOS SERVICIOS PUBLICOS SE REDUCEN AL MINIMO INDISPENSABLE: UN RETRETE EN EL PATIO PARA TODO EL EDIFICIO, Y UNA FUENTE JUNTO A EL.

LOS VECINOS DE ESTAS CASAS CUIDAN EXTREMADAMENTE SUS VIVIENDAS, CUYA LIMPIEZA ES MAXIMA Y EN CUYO MOBILIARIO PREDOMINA UNA ESTETICA CONMOVEDORA, RESULTADO DE LA FALTA DE MEDIOS Y DE GUSTO QUE SE TRADUCE EN INCONGRUENCIA Y SENTIMENTALISMO «KITSCH».



Hace años, su propietario entabló pleito con los inquilinos con intención de deshauciarlos por ruina del edificio, pleito que perdió. Los periódicos se ocuparon del caso entonces, en un tono sentimental y folklórico bastante alejado de la realidad.

Ahora, siete años después, el pleito ha vuelto a entablarse. El propietario ha decidido de rribar la casa, evidentemente abandonada, pero no ruinosa, y ha ofrecido una indemnización a sus arrendatarios de 50.000 pesetas por vivienda. La mayoría la han aceptado y han abandonado ya la finca; quedan sólo 27 vecinos que se niegan a aceptarla, ya que pretenden obtener una cantidad mayor. El pleito «está en manos de un abogado» y todos esperan que se resuelva pronto. En cualquier caso, el derribo es inminente.

La portera opina que «las cosas se han puesto tuertas» en esta casa y que lo mejor es marcharse pronto, antes de que las máquinas vengan a tirar el edificio y pesquen a la gente esperando aún una indemnización razonable, que, según ella no va a llegar nunca. La portera de esta finca es completamente sorda, como otras son enanas, tuertas o contrahechas; es otra peculiaridad más de estas casas.

Hasta que la casa sea derribada, los vecinos de esta finca pueden ser con todo derecho los mejores exponentes de eso que se ha llamado «el Madrid castizo», o más exactamente, una última y ya mínima posibilidad de estudio de lo que ese tipismo pudo representar en los tiempos en que un madrileño era un individuo tan característico como un sevillano o un gallego.

Muchos de estos vecinos que se niegan a abandonar sus casas por 50.000 pesetas han nacido en ellas y varios son septuagenarios. Al tratarlos, se observa en ellos una cordialidad solícita, matizada tras una cierta ironía descreída y desilusionada, habituada a la charla inútil con caseros, periodistas, empleados del Ayuntamiento y otros «forasteros» de visita por el barrio, a menudo cargados de una curiosidad demasiado objetiva o de malas noticias.

RELACIÓN ENTRE EL NÚMERO DE HABITANTES POR CASA EN GENERAL Y EL DE LAS CASAS DE VECINDAD EN PARTICULAR, EN CADA UNO DE LOS DISTRITOS MUNICIPALES.

DISTRITOS.	Número de habitantes del distrito.	Número de casas por distrito.	Número de casas de vecindad	Número de habitantes de las casas de vecindad.	Cuartos des-alquilados.	Promedio de número de habitantes por casa.	
						Casas de cuartos inde-pendientes	Casas de vecindad ó colectivas.
Palacio.	61.072	1.343	23	2.387	141	44	103
Universidad. .	67.750	2.274	78	8.372	297	27	107
Centro.	25.877	669	1	170	9	38	170
Hospicio. . . .	65.119	1.512	24	2.814	141	41	117
Buenavista. .	85.446	2.638	25	2.306	113	31	92
Congreso. . . .	36.163	921	»	»	»	39	»
Hospital.	54.904	1.232	54	6.733	424	40	124
Inclusa.	50.137	1.200	120	15.176	722	32	125
Latina.	48.066	1.166	89	11.448	589	40	128
Audiencia. . .	34.450	898	24	3.249	96	35	135
TOTAL...	528.985	13.853	438	52.655	2.552	36,7	110,1

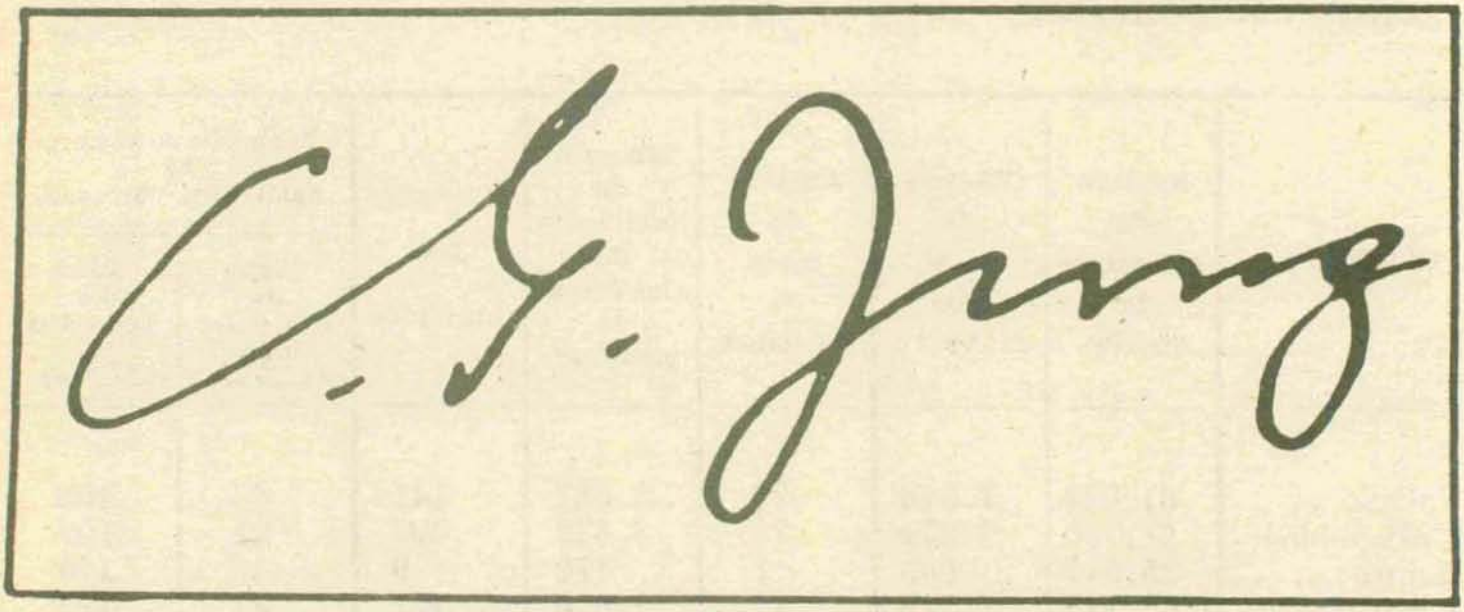
AUNQUE LAS CASAS DE CORREDORES —LLAMADAS «CASAS DE VECINDAD» POR LAS ESTADISTICAS MUNICIPALES— ESTAN DISEMINADAS POR DIVERSOS DISTRITOS DE MADRID, LA TONICA ACTUAL CONTINUA SIENDO LA DE ESTE ANTIGUO ESTADILLO, CON LA ZONA DE LAVAPIES (ANTES INCLUSA) COMO NUCLEO DE CONCENTRACION PRINCIPAL, AUNQUE YA DISMINUIDO EN SU NUMERO POR LOS INCESANTES DERRIBOS.

Se observa en ellos una gracia especial para el relato, una habilidad para la literatura oral mientras dibujan para nosotros las leyendas de esta casa. Cómo aquí vivió Luis Candelas, y lo chulanamente que esquivó a la Justicia por sus tejadillos; cómo se celebraban en el amplio patio de la casa las fiestas del barrio, con verbenas famosas a las que acudían gentes de toda la ciudad, sobre todo el día de San Cayetano, a mediados de julio; cómo había baile con organillo y otros instrumentos aportados por algunos inquilinos «de gusto artístico», y limonada gratis para todos en cada piso...

Recuerdan estas cosas con nostalgia. Hace más de sesenta años que ya no se celebran las fiestas en la casa, «por falta de humor». Sólo los más viejos las conocieron y las recuerdan filosóficamente si se saca la conversación.

A esto puede decirse que ha quedado reducido el tipismo madrileño y el madrileño castizo. A un grupillo de viejos tercos a la espera de una indemnización justa que les abra las puertas de un piso «moderno», en un bloque del extrarradio, lejos de los lugares donde pasaron toda su vida. Ellos esperaron esta ocasión hace tiempo; ahora ya no les importa gran cosa la mudanza. Son viejos y no van a disfrutarla; preferirían seguir en Espino, 6, soportando las incurias de la casa de corredores, pero entre un vecindario conocido, entre calles familiares, en su Madrid de siempre. Aunque sea un Madrid avasallado por las antenas de televisión (que, por cierto, están hundiendo los tejados de esta casa), homogeneizados hasta sus últimos reductos por nuevas aficiones y nuevas costumbres, que a ellos les son ajenas. ■ **G. O.**

En su primer centenario

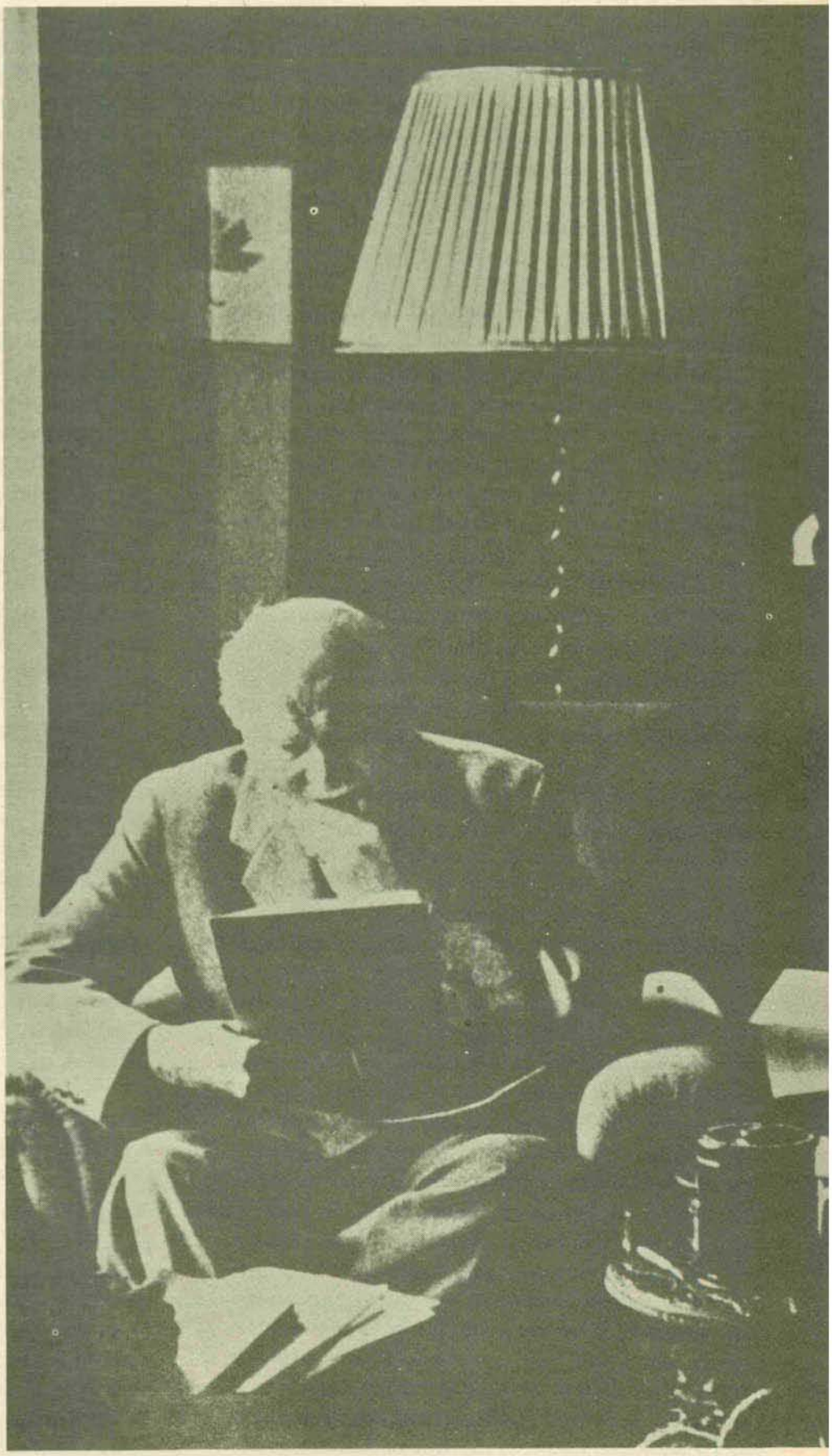


UN GNOSTICO CONTEMPORANEO

FERNANDO SAVATER

DE «obscurantista pseudomitología» calificó Herbert Marcuse las derivaciones finales del pensamiento de Jung: esta opinión es ampliamente compartida por los freudianos ortodoxos, los reichianos de la **«sex-pol»** y, en general, por toda la vertiente progresista del psicoanálisis. Casi desde un comienzo, la guerra civil estalló en el seno del psicoanálisis, tomando como «casus belli» el tema de la sexualidad: todas las deserciones terminaban o comenzaban por relacionarse con ese punto esencial, a cuya suerte Freud había ligado la de su autoridad y la disciplina del grupo. El triunfo de la postura pro-sexual es hoy innegable, pero su signo habría sorprendido sin duda a Freud; él, que consideraba la masturbación físicamente dañosa, la homosexualidad como un desarreglo morboso y a la mujer como mal dotada para la sublimación que es base de la producción cultural, se encuentra invocado hoy por quienes reivindican la supresión de los tabúes sexuales y piden la liberalización de los gustos y los sexos. La obra de Freud se dedicó a descubrir la necesidad cultural y antropológica de la represión sexual; lo que se ha deducido de ella es que tal represión es superfetatoria y debe ser abolida. Es evidente que nadie es dueño de sus propias obras. El sexo es el **tema** por excelencia;

Freud habló de él y, lo que es más importante, dio pie para que los demás hablasen de él en alta voz, con datos, con teorías... Nada ha tenido tanto éxito intelectual en los últimos doscientos años: la verborrea desatada en torno al asunto, ávidamente revolucionaria o indignadamente virtuosa, no parece que vaya a acabar jamás. Los que se aburren con el tema y no entienden de fútbol se encuentran aislados en sociedad... Naturalmente, no se perdona a quienes, en lugar de aprovechar el tan anhelado levantamiento de la veda, se dedicaron a hablar de otras cosas. C. G. Jung fue el más destacado de estos herejes, el que eligió los temas más desprestigiados y se dedicó con ahínco a cosas como la religión, los mitos, el alma, Dios, los platillos volantes... Si a esto añadimos que su nombre se convirtió en bandera de parapsicólogos y teósofos de diversa laya y que en materia política fue un conservador rayano con el fascismo, no hace falta mucho más para justificar el calificativo marcusiano con el que comenzábamos estas páginas. Y sin embargo...



CARL GUSTAV JUNG FUE EL CREADOR DE LA «PSICOLOGIA ANALITICA» —ASI BAUTIZADA POR EL MISMO PARA DIFERENCIARLA DEL PSICOANALISIS DE FREUD— QUE OFRECERIA SU MAS IMPORTANTE, Y CONTROVERTIDA, APORTACION EN EL TERRENO DEL INCONSCIENTE. A LOS CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO, LA FIGURA DEL PSICOLOGO SUIZO (A QUIEN VEMOS, EN EL AÑO DE 1960, DICTANDO SUS MEMORIAS) CONTINUA VIGENTE.

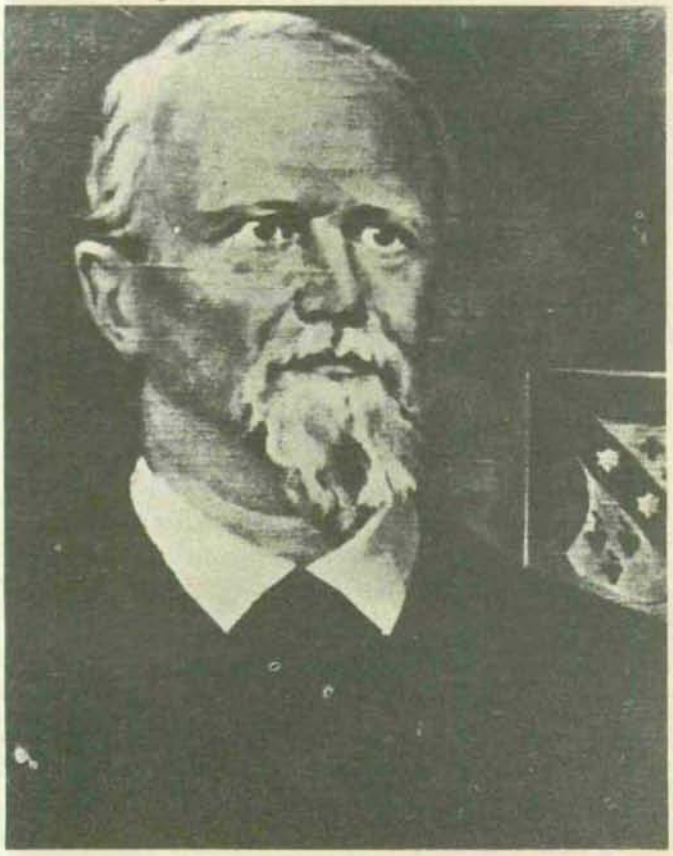
POR supuesto, no voy a intentar disculpar a Jung de estas acusaciones, sino más bien a intentar agravarlas hasta hacerlas *interesantes;* de hecho, hasta hacerle más interesante que muchos de los psicoanalistas ortodoxos y progresistas cuyas reiterativas monsergas nos abruman la biblioteca. Los defensores de Jung suelen ser el peor argumento contra él; como muestra, este botón extraído de las psicoanalíticas páginas del diario «Ya» y firmado por Vintila Horia: «Mientras Freud, a la vez que propone el inconsciente como algo digno de ser liberado, como un esclavo destinado a reinar sobre nosotros, para nuestro bien, y otorga al alma el significado de transparencia ilética o material, Jung afirma que el alma es la única posibilidad de contacto con la esencia de Dios», párrafo en el que se unen felizmente el anacoluto y la ignorancia, siendo igualmente admirable la falsificación del pensamiento de Freud tanto como la trivialización engañosa del de Jung. Otros gustan de pintar el siguiente cuadro: Freud fue un descubridor genial, pero excesivamente ofuscado por su positivismo biologista y carente de formación filosófica, lo que le hizo caer en unilateralismos decimonónicos; afortunadamente apareció Jung, mente filosófica de amplia formación humanista, que vino a corregir tales excesos y a dar alcance metafísico al inconsciente. La verdad es aproximadamente lo contrario: Freud fue un filósofo sutil, analítico y sistemático como pocos, capaz de convertir cualquier excreción en categoría del espíritu; Jung fue una mente demasiado empirista, que cuando teoriza oscila entre la abstracción brumosa y el lugar común, más dado al chispazo que él mismo desaprovecha que a la teoría profunda y consistente. La gracia de Jung es aforística y deslavazada; al contrario que Freud, se debilita cuando intenta estructurarse. El interés del pensamiento del profesor suizo es conservar abiertas virtualidades del inconsciente que Freud, precisamente por su vocación excesivamente filosófica, tendió a cerrar en demasía. Jung no fue, *en nada,* más allá de Freud, pero guardó en su obra aquellas virutas y aquellos abismos que Freud dio de lado en la construcción de su teoría. Menos penetrante y menos decidido que Freud, mucho menos *imaginativo,* aunque suela decirse lo contrario, estas insuficiencias son también las ventajas de Jung: eligió menos, conservó más, sus interpretaciones respetan más lo ininterpretable. De algún modo, la «novela familiar» que constituyó el argumento de la interpretación freudiana, su fuerza y su debilidad, va siendo paulatinamente postergada. Los temas históricos, políticos, metafísicos, van adquiriendo primacía, como ya se vislumbra en el esquizoanálisis de Deleuze y Guattari; quizá mañana las motivaciones religiosas expliquen las perturbaciones sexuales y no a la inversa. ¡Quién sabe! A los profanos nos toca esperar y ver. No voy a profetizar un «retorno a Jung», ni cosa parecida, pero me permito augurar que cosas similares al inconsciente colectivo y a los arquetipos —los nombres variarán, sin duda— van a centrar las reflexiones más sugestivas del psicoanálisis venidero. En todo caso, al decidir interesarnos por la obra de Jung, es bueno recordar la puesta en guardia con la que el doctor Roland Cahen —no siempre tan cauto, por otro lado— comenzó su edición de «L'homme a la decouverte de son âme»: «Hay espíritus que, apoderándose de Jung y de su obra, esperan encontrar una solución facilona, en un sentido timorato, por no decir de franca cobardía. Saltar, por ejemplo, directamente al plano de los arquetipos esperando así, gracias a esa especie de encanto y unción que emana de las ideas eternas, poder cortocircuitar los planos de sombra, los planos pantanosos que existen en cada uno, y que, plano del inconsciente personal, corresponden en resumen al plano freudiano (el eterno drama 'papá, mamá, la criada y yo', como dicen los humoristas), lo que sería la fuente de los más graves malentendidos.»

LA VIDA DE CARL GUSTAV JUNG

Jung nació en las orillas del lago Constanza, en el año 1875. Su padre, Joham Paul Aquiles Jung, era un pastor protestante corroído por las dudas teológicas y que no se llevaba nada bien con su mujer, aunque ambos intentaban salvar las apariencias. No hace falta ser psicoanalista para suponer que esta frialdad de las relaciones familiares marcó la infancia de Carl Gustav. Una leyenda familiar, no confirmada, le hacía descendiente nada menos que de Goethe, que habría sido padre de su abuelo y tocayo Carl Gustav, nacido en 1794 en

Mannheim (Alemania). Este abuelo Jung fue en todo caso un personaje curioso; fue doctor en medicina en Heildelberg y Berlín, donde frecuentó a personalidades literarias como Schlegel, Ludwig Tieck y Schleiermacher; cuando tenía veintiocho años, se vio tangencialmente mezclado en el asesinato de August Kotzebue [1], por lo que se vio obligado a huir a Suiza, tras haber vivido algún tiempo en París protegido por Alejandro von Humboldt, el gran naturalista; en Basilea fue catedrático de anatomía, amplió el hospital municipal, fundó una institución para el cuidado de niños retrasados y proyectó un hospital psiquiátrico de corte distinto a los de su época, donde los enfermos deberían ser curados «por medios psíquicos». La vocación de sanar almas parece ser una constante en la familia Jung, fuera por vía médica o religiosa. Jung se crió en Basilea, en cuyo gimnasio estudió lo equivalente a nuestro bachillerato; era una enseñanza aburrida y pedestre, los profesores no daban importancia (o no comprendían) las preguntas de Jung sobre problemas teológicos y vitales, el niño era mirado como un bicho raro por todos y llamado «padre Abraham». A los diecisiete años descubrió la filosofía, donde reencontró sus antiguas preguntas de adolescente ampliadas y comentadas; sin vacilar, se entregó a ella con pasión, en busca de las almas gemelas de tiempos pasados: Heráclito, Pitágoras, Empédocles, Platón... El primer filósofo que le satisfizo incondicionalmente fue Arturo Schopenhauer, tal como le ocurrió a Nietzsche y a Freud a esa misma edad. En 1895 comenzó a estudiar medicina en la Universidad de Basilea, con una beca que su padre solicitó para él; a lo largo de su infancia y adolescencia, Jung había tenido numerosas ocasiones de experimentar la estrechez económica de su familia, pero esa beca pareció humillarle particularmente. Fue un estudiante empeñoso y brillante. Al contacto con el método científico aplicado, sus tendencias especuladoras se hicieron mucho más empíricas; a pesar de ello, su tesis

[1] Augusto de Kotzebue fue un curioso personaje del período napoleónico, que reunió los dispares atributos de ser poeta alemán, consejero de Estado ruso y espía del zar. En su libro *De Berlín a París en 1804* (editado en la Colección Austral) cuenta algunas de sus enigmáticas andanzas, que terminaron por costarle la vida en 1819. Su asesino fue un amigo de C. G. Jung, como se ha dicho, el estudiante de teología Karl Ludwig Sand. Como éste pertenecía a una corporación de estudiantes, a raíz del crimen fueron disueltas todas las fratrías estudiantiles de Alemania, que desempeñaban un papel liberal y crítico en la vida política del país.



A ORILLAS DEL LAGO CONSTANZA Y EN EL SENO DE UNA FAMILIA DE ECONOMIA PRECARIA, NACIA EN 1875 CARL GUSTAV JUNG. SU PADRE, JOHAM PAUL AQUILES JUNG (A LA IZQUIERDA), ERA UN PASTOR PROTESTANTE CORROIDO POR LAS DUDAS TEOLOGICAS Y QUE NO SE LLEVABA NADA BIEN CON SU MUJER, EMILIE PREISWERK (A LA DERECHA), AUNQUE AMBOS SALVABAN LAS APARIENCIAS.

JUNG SE CASO EN 1903 CON EMMA RAUSCHENBACH, PROVENIENTE DE UNA FAMILIA DE INDUSTRIALES. TUVIERON CINCO HIJOS (AGATHE, GRETE, FRANZ, MARIANNE Y HELENE), TODOS LOS CUALES EXCEPTO HELENE FIGURAN JUNTO A SUS PADRES EN ESTA FOTO.

doctoral versó sobre el caso de una joven médium, poseída en sesiones de espiritismo por una personalidad distinta: Jung explicó el caso diciendo que dicha otra personalidad no era más que una faceta oculta de la personalidad total de la médium, pero, pese al racionalismo de la explicación, es evidente el interés que Jung siente (y siempre sentirá) por los fenómenos «fantásticos y maravillosos».

Los intereses de Jung se van centrando cada vez más en la psique, que ve olvidada o negada por la medicina de la época; quiere descubrir hasta dónde pueden llevar los revoloteos de esa enigmática mariposa (como se recordará, «psijé», en griego, significa «mariposa», además de «alma») y, para ello, el instrumental psicológico de la época le parece sumamente insuficiente. Por influencia de Kraft-Ebings, se decide finalmente a dedicarse a la psiquitría y entra en el Hospital Mental de Burghölzli como asistente. Antes, para prepararse, ha ampliado sus conocimientos psiquiátricos en París, con Pierre Janet. El Hospital Mental no le produce una impresión demasiado exaltante, pero le permite trabar conocimiento con su director, Eugen Bleuler, personalidad interesante y avanzada. Jung dispone unos ingeniosos test de asociación para sondear a sus pacientes y dedica también muchas horas a escuchar y anotar sus más extravagantes fantasías. Sospecha que es un material interesante para la terapia, pero aún no tiene ningún hilo conductor para organizarlo. Ese hilo le vendrá de Viena, a través de las primeras obras publicadas de Sigmund Freud, que lee con arrebato. Entre ambos se entabla una corresponden-

cia, al principio formal, pero que va haciéndose más y más cálida [2]. Jung trabaja sobre la esquizofrenia, entonces conocida como «*dementia precox*»; en 1907, publica su libro «La psicología de la *dementia precox*» y se lo envía a Freud, quien se interesa mucho por él y le invita a ir a Viena para conocerle. Finalmente, se produce el encuentro entre ambos y lo que podíamos llamar el «flechazo»: Freud se siente encantado de su joven y entusiasta admirador suizo, que se atreve a citarle elogiosamente en una publicación científica (lo que en esa época era arriesgar el prestigio académico), y Jung se embelesa con la extraordinaria penetración y poderío intelectual del fundador del psicoanálisis, veinte años mayor que él.

Incluso testigos tan escasamente favorables a Jung como Ernest Jones, el estricto hagiógrafo de Freud, reconocen la fascinación que el maestro vienés sintió por Carl Gustav. Es muy notable que las preferencias de Freud se orientaron siempre hacia sus seguidores más imaginativos y arrebatados, menos «serios»: los casos de Fliess, Ferenczi y el propio Jung son sobrada prueba de esto. Amante de la autoridad y la disciplina, cayese quien cayese, Freud tenía una irreprimible debilidad por los heterodoxos, cuyas audaces extrapolaciones simpatizaban con su propia tendencia a la libre especulación, que había reprimido inexorablemente en él en pro de la coherencia del sistema. Naturalmente, esto hacía tanto más dolorosas las rupturas, mientras que el alejamiento de personajes más graves (en los dos sentidos de la palabra, «serios» y «pesados»), como Alfred Adler, afectaban mucho menos a Freud. En primer término, Jung tuvo problemas con el círculo de íntimos del maestro, todos ellos judíos, a excepción de Jones; Jung se sentía muy «ario» y los judíos se lo notaron en seguida. Freud se vio obligado a mediar en algunas polémicas subidas de tono, como la que el suizo sostuvo con Karl Abraham; en carta a éste, Freud hizo unas melancólicas reflexiones sobre la paciencia que los judíos tienen que tener en el trato con los gentiles, incluso si éstos no son conscientemente racistas. En cualquier caso, Freud consideró a Jung como su «delfín», el príncipe heredero que guiaría a los suyos hasta entrar en la tierra prometida que él debería contentarse —¡manes de Moisés!— con contemplar a lo lejos. Los test de asociación de Jung se habían convertido en un útil instrumento en la aproximación al inconsciente, que, además, configuraron uno de los primeros rostros públicos del psicoanálisis en la mitología profana de la época. Tales test consistían en proponer al paciente una serie de palabras a las que él debería contestar con la primera expresión que se le viniera a la boca, midiéndose el tiempo empleado en cada respuesta; las palabras que demoraban mayor tiempo su contestación eran síntoma de un conflicto latente en el inconsciente del paciente. Esto pronto se convirtió en un juego de salón y llegaron a ser el método de investigación favorito en las novelas de Edgar Wallace y colegas: sospecho que la primera aplicación práctica la consiguió el psicoanálisis en la novela policíaca...

Cuando se fundó la Asociación Psicoanalítica Internacional, Jung fue nombrado presidente, a propuesta de Freud, cargo que ostentó durante cuatro años. Acompañó al vienés en su gira triunfal por América, el primer reconocimiento público internacional del psicoanálisis (1909). Pero, poco a poco, la separación entre los dos médicos se iba haciendo mayor. Jung comenzó a interesarse cada vez más por la mitología e incluso por fenómenos de parapsicología (cuya existencia, por cierto, terminaría admitiendo el mismo Freud en determinados casos). La discrepancia fundamental giraba, como ya he apuntado al comienzo, en torno al papel de la sexualidad en la interpretación de los sueños y demás síntomas del inconsciente. Para Jung, la misma sexualidad puede ser simbólica de otros contenidos más profundos y mucho menos determinados. La reducción de todos los sueños (y de todos los mitos o leyendas) a contenidos sexuales reprimidos es un empobrecimiento tal de la realidad que la falsea radicalmente. Por otro lado, en su práctica terapéutica, Jung concedía más importancia a los condicionamientos *actuales* del paciente que a los que se remontaban a la primera infancia; en una palabra, para Jung la neurosis no es siempre la forma de resolver un conflicto originado en los años de constitución de la personalidad, sino que puede haber neurosis actuales, provoca-

[2] La importantísima *Correspondencia completa* entre Freud y Jung parece que será editada próximamente por la editorial Taurus.

das por conflictos surgidos en la edad adulta, sin raíces en la infancia. Como se ve, todo esto está abiertamente en contra de la ortodoxia freudiana, aunque Jung incubó estas discrepancias largo tiempo y tardó en hacer explícita su rebelión.

Freud trató por todos los medios a su alcance de evitar la ruptura definitiva. En varias cartas, animando a Jung a continuar profundizando en el estudio de los mitos, le exhorta conmovidamente a que no abandone la teoría sexual, bastión asaltado por todos los frentes, pero en el cual había que atrincherarse y permanecer. La teoría sexual era lo que más hería la sensibilidad teórica establecida, lo que hacía indigerible al psicoanálisis, pero la base de la doctrina; ciertamente, sin la firmeza intransigente de Freud hubiera terminado por diluirse y minimizarse para dar gusto a los timoratos. Quizá no fuera ésta la intención de Jung, pero contribuía a ello y Freud se dio cuenta sobradamente. Por eso, cuando Jung le escribió que acababa de asistir a un congreso de psiquiatras hostiles al psicoanálisis, donde evitando los aspectos más crudos de la teoría sexual había conseguido varias adhesiones, Freud le respondió secamente que eso no tenía mucho mérito y que si hubiese suprimido todo lo referente a la sexualidad, su éxito hubiera sido aún mayor. Finalmente, cuando ya había abandonado la presidencia de la Asociación Internacional y sus cartas a Freud se habían hecho escasas y distanciadas, Jung publicó su *Wandlungen und Symbole des Libido* (1912). Allí sostuvo que los deseos edípicos del hijo por su madre no son meramente biológicos, sino parte de un deseo más profundo de re - nacimiento y de reereación de un *sí mismo (selbst*, término fundamental de la psicología jungiana que más adelante analizaremos) plenario y autónomo; es decir, que el ansia de copular con la madre, que se da efectivamente, no aspira a la realización física del acto sexual, sino a una especie de renovación anímica que tal copulación simboliza. ¿Chocaba frontalmente este punto de vista con el psicoanálisis? En aquel momento, evidentemente, sí; el psicoanálisis era demasiado joven para soportar semejante injerto. Sin embargo, no creo que fuese imposible demostrar con textos que estas ideas *también* se le habían ocurrido a Freud, pero que éste creyó que la tarea de asentamiento del psicoanálisis requería en principio otros planteamientos. Sea como fuere, ese libro provocó la ruptura definitiva entre ambos, aunque no un gran cisma en el psicoanálisis, pues Jung se fue prácticamente solo. El hijo más querido se iba de la casa del padre; el férreo patriarca de la heterodoxia despedía con él algunas de sus más fértiles intuiciones, junto con muchos de sus más indeseables peligros.

Al abandonar el círculo psicoanalítico, Jung quedó en una relativa soledad. Relativa por dos razones: porque siempre la prefirió al trabajo en equipo y porque su renuncia a muchas de las «obscenidades» psicoanalíticas le abrieron puertas que los demás seguidores de Freud seguían teniendo cerradas. No hablaré aquí de todos los aspectos de su obra, pues pienso dedicarles los restantes parágrafos de este ensayo; digamos tan sólo que su obra no se acerca ni de lejos a la grandeza teórica de la de Freud, aunque en ciertos aspectos insinúa y «promete» más que la de éste; también es preciso señalar que, pese a esfuerzos que creo sinceros del propio Jung, ha sido infinitamente más trivializada que la de Freud. Jung se dedicó exhaustivamente al estudio de la mitología y de la alquimia, llegando a adquirir en ambos campos conocimientos de sorprendente amplitud, que manejó en sus libros con invariable tino y buen gusto. Especialistas en historia de las religiones (Mircea Eliade), orientalismo (Richard Wilhelm, Henrich Zimmer) o mitología comparada (Karl Kérenyi) le trataron y colaboraron con él o recibieron ilustración teórica de su parte. Viajó por Africa del Norte, Kenia y Uganda; visitó a los indios Pueblos, en América, y estuvo en la India. Rávena le impresionó notablemente, pero nunca pudo llegar a Roma; en un principio, le pareció que la ciudad le abrumaría excesivamente y fue postergando el viaje; cuando al fin se decidió, un desmayo le acometió al ir a sacar el billete y desistió definitivamente. Es curioso recordar que *lo mismo le ocurrió a Freud*, al que todo tipo de vértigos, angustias y extraños obstáculos impidieron también conocer personalmente Roma. Según parece, la capital de la cristiandad estaba vedada a los dos buceadores del alma... Sería injusto calificarle de «nazi», aunque tuvo inequívocas simpatías por el fascismo. Quizá las referen-

EN BOLLINGEN, A ORILLAS DEL LAGO SUPERIOR DE ZURICH, JUNG SE HIZO CONSTRUIR UNA CASA —QUE LLAMO «LA TORRE»— DURANTE 1923. PARA EL, NO SIGNIFICO UNA SIMPLE VIVIENDA, SINO SU «MANDALA», SU «CENTRO DEL MUNDO». EN EL DINTEL DE LA PUERTA PRINCIPAL (FOTO INFERIOR), HIZO GRABAR UN ORACULO: «LLAMADO O NO LLAMADO, EL DIOS ESTARA PRESENTE».

cias negras de los nazis a símbolos germánicos a los que él daba gran importancia —como la leyenda del Graal, en la que su mujer fue especialista— le hicieron simpatizar con ellos al principio, ayudado por su profundo antibolchevismo. Lo cierto es que, después, se mostró bastante sinceramente horrorizado con las depredaciones de esos nuevos bárbaros. Su visceral conservadurismo le impidió en la mayoría de los casos llevar sus consideraciones éticas e históricas más allá de lo trivial, aunque, por otro lado, hizo que no diera de lado fenómenos como la religión o el mito que los demás despreciaban y, en general, que no se entregase atado de pies y manos al esterilizador materialismo cientifista de la época. Hasta el final se mostró bastante poco temeroso de hacer el ridículo ante los ojos de la república de los sabios, como prueba su ingenioso estudio sobre las razones psicológicas de la visión de platillos volantes, que para Jung serían nada menos que *mandalas* voladores proyectados por quienes creen verlos...

En Bollingen, a orillas del lago superior de Zurich, C. G. Jung se hizo construir una masión, que llamó «La Torre». La inició en 1923, haciéndola parecida a las chozas circulares de algunos pueblos primitivos; después siguió añadiéndole nuevas alas y otros edificios, hasta acabarla en 1955. Cada extensión representaba para él un nuevo enriquecimiento en su personalidad completa y desplazaba su habitación privada (a la que nadie, salvo él, tenía acceso) según sentía variar la gravitación de su yo. Para Jung, «La Torre» fue mucho más que una casa de campo a la que retirarse a descansar y practicar faenas agrícolas: fue su *mandala*, su «centro del mundo», la plenitud imaginativa y realizada de su *sí mismo*. En el dintel de la puerta principal hizo grabar un viejo oráculo dado en Delfos: «Vocatus atque non vocatus, deus aderit.» Es decir, «Llamado o no llamado, el dios estará presente».

Carl Gustav Jung murió en Zurich el año 1961, a los ochenta y cinco de su edad.

LOS TIPOS PSICOLOGICOS

Lo primero que deslumbró a Jung en su acercamiento al mundo de la psique fue su inexhaustible variedad de sentidos. Un sueño, por ejemplo, no puede reducirse a un significado unívoco y perfectamente expresable en el lenguaje racional de la vigilia. «La vida humana, en su esencia, no se deja referir ni reducir a tal o cual tendencia fundamental; muy al contrario, se construye a partir de una multitud de instintos, de urgencias, de necesidades, de condicionamientos tanto psíquicos como físicos; el sueño, como corolario, escapará a todo monismo; por seductora que pueda ser, en su sencillez, tal explicación, podemos estar seguros de que es errónea, pues ¿habrá alguna vez común medida entre una teoría simple de los instintos y el alma humana, a cuyo misterio sólo iguala su poder?» Sin embargo, esta reducción a una sola vía de explicación se ha llevado a cabo, en el caso de Freud por vía de la teoría sexual y en el caso de Alfred Adler por la voluntad de poder, de raíz nietzscheana. Freud tiende a explicar todos los sueños como la satisfacción de un deseo que no puede cumplirse en la vida consciente; a Jung, esta interpretación le parece alicorta. Tomemos este sueño impresionante, relatado por una paciente de Jung:

«Vuelvo de noche a casa; reina en ella un silencio de muerte; la puerta del salón está entreabierta y veo a mi madre colgada de la lámpara del techo, balanceada por el soplo de viento frío que penetra por la ventana. Después sueño que un ruido espantoso resuena por la noche en la casa; voy a ver qué pasa y encuentro que un caballo desbocado galopa por el apartamento. Finalmente, encuentra la puerta del corredor y se precipita por la ventana del pasillo desde el cuarto piso a la calle; le veo con espanto extendido, destrozado, en el suelo.»

Obviamente, el método freudiano del cumplimiento de un deseo reprimido puede aplicarse a este sueño, pero la explicación así lograda será sumamente empobrecedora, algo

DE UNA MANERA RADICAL Y PROFUNDA, JUNG MODIFICO EL CONCEPTO DE INCONSCIENTE, QUE ADQUIERE EN EL UNA DENSIDAD DE INCONTABLES REPERCUSIONES FILOSOFICAS, RELIGIOSAS E INCLUSO POLITICAS MEDIANTE SU ESENCIAL ESTUDIO DEL «INCONSCIENTE COLECTIVO».

así como si redujésemos el contenido de «Otelo» a la sencilla máxima que extrajo un noble francés de la pieza de Shakespeare: «Las jóvenes casadas deben tener cuidado con sus pañuelos». Jung prefiere suponer que el sueño es «la autorrepresentación, espontánea y simbólica, de la situación actual del inconsciente», fórmula con la que pretende respetar toda su diversidad y riqueza de significados. Según este punto de vista, los sueños pueden tener implicaciones sexuales y de afirmación del yo, pero también religiosos, míticos, premonitorios, etc... En último término, cada sueño guarda un amplio remanente que no puede hacerse explícito por vía de ninguna interpretación racional y que precisamente por eso elige la vía simbólica del sueño para darse a conocer o, sencillamente, para expresarse. Sin embargo, Jung admite que la mayoría de los sueños por él analizados tienen un contenido *compensatorio*, es decir, que en ellos el inconsciente viene a completar o compensar una tendencia consciente exageradamente desarrollada. Se trata del «*mysterium conjunctionis*» presente en la mitología de todas las tradiciones, en el que los polos opuestos acaban por fundirse en un símbolo que los aglutina y subsume, compensando la unilateralidad de cada uno con la presencia viviente del otro. De algún modo, el sueño es un mecanismo equilibrador de nuestra totalidad: soñamos para ser más *cuerdos* o, a veces, algo nos previene en el sueño de que estamos dejando de serlo. Y la cordura es equilibrio diversificado, pluralidad centralizada...

Sin embargo, no se puede dudar de la honradez, de la *objetividad* de puntos de vista unilaterales como los de Freud, Adler o tantos otros investigadores de la realidad. Cada cual cuenta exactamente lo que ve y tal cómo lo ve; pero su punto de vista está fuertemente condicionado por su propia personalidad, por lo que Jung llamará «el tipo psicológico». Cada uno estamos condenados a ver de una determinada manera y lo que vemos es indudablemente válido, pero condicionado por el prisma de nuestra alma: es inútil deplorar esta circunstancia, pues no hay otro tipo de objetividad al que aspirar y esta particularidad de perspectiva es la que posibilita la irreductible riqueza de los diversos logros culturales. El error reside en negar carta de ciudadanía a las otras perspectivas o en exacerbar la particularidad en lugar de buscar ángulos de visión cada vez más integradores: esta última tendencia, rara y costosa, es lo que los antiguos llamaban «sabiduría». Tomemos un mismo material de investigación, v. gr., las célebres «Memorias de un neurópata», del presidente Schreber, que Jung cierto día incitó a Freud a leer; sobre ellas escribió luminosamente el propio Freud, pero también Macalpine, Szasz, Lacan, Nacht, Mannoni y muchos otros, cada uno desde una forma de ver igualmente rigurosa, pero irremediablemente deudora de su «tipo psicológico». Ahora bien, el particularísimo material que brindan las diferencias de los tipos puede ser clasificado según un esquema relativamente sencillo, que Jung expuso en su obra más conocida [3]. Los tipos psicológicos pueden clasificarse binariamente en dos grandes grupos, que responden a dos «complejos» fundamentales. (La palabra «complejo», que Jung lanzó al mercado psicoanalítico y que ha llegado a ser de uso común, significa ciertos «imanes psíquicos» aglutinadores de energía, a veces de origen traumático, que interfieren en el ejercicio de la voluntad consciente.) Hay una actitud típica que concentra el interés del sujeto en los contenidos intra-psíquicos, que repliega al sujeto sobre sí mismo y su intimidad: recibe el nombre de *intraversión*. La actitud opuesta, que refiere el interés del sujeto hacia los objetos exteriores y le saca o proyecta fuera-de-sí-mismo, puede ser llamada *extraversión*. Esta oposición es constante en la historia de las ideas, enfrentando Platón a Aristóteles, Lao-Tsé a Confucio, Tertuliano a Orígenes, el idealismo al empirismo, etc..., enumeración en la que los primeros términos responden al tipo introvertido y los segundos al extravertido. Pero, naturalmente, ni estos tipos se dan jamás puros ni basta esta única división para dar cuenta de todas las particularidades psíquicas. Es preciso mezclar otros elementos sacados de las facultades del alma, según Jung. Estas facultades son cuatro, número al que Jung confería gran importancia como arquetipo de la totalidad; somos capaces de *sensación* (percepción sensorial), *pensamiento* (interpretación racional de lo sentido), *sentimiento* (aprobación o desaprobación de lo sen-

[3] *Tipos psicológicos*, dos tomos, traducción de Ramón de la Serna, col. Piragua, ed. Sudamericana.

tido) e *intuición* (poder de adivinar inmediatamente de dónde viene o a dónde va algo). En cada psiquismo predomina una de estas funciones a nivel consciente, mientras que las otras desarrollan su fuerza compensadora a nivel inconsciente. Estas funciones se intersectan con los dos grandes tipos para constituir modelos más complejos: introvertido sensitivo, extrovertido sentimental y todas las restantes combinaciones posibles. Jung las analiza una por una con notable penetración que este esquema elemental no puede aspirar a reproducir.

Los peligros de estos esquemas saltan a la vista: pronto se convirtieron en una especie bastante tonta de juego de sociedad, una suerte de horóscopo del inconsciente. Jung advirtió en diversas ocasiones que no se trataban de ninguna panacea psicológica y que sólo servían para clasificar y hacer manejable por el médico un material abrumadoramente diverso y complejo. Pero la pasión descriptiva, trivialización hasta un grado ínfimo del «conócete a ti mismo», encontró en los tipos jungianos pábulo atrayente: con ellos, cualquiera podía ser psicólogo y hacerse con un carácter, que es algo así como un destino para andar por casa... Conocer a los demás es poder clasificarlos, primer paso para hacerles previsibles; y preverles es comenzar a manejarles, como saben muy bien los psicólogos de las industrias... Pero dejemos este tema repugnante, en el que muchos otros tienen más culpa que Jung. Los tipos psicológicos permiten entender muchas oposiciones irreductibles de las filosofías o las religiones, como ya apuntó William James en su momento; conocerlos no tiene que llevar forzosamente a un relativismo cultural, sino a admitir humildemente que toda objetividad se hace consciente a través de una subjetividad y que no puede soñarse con purificar totalmente a cada una de ellas de la sombra de la otra: la sabiduría será tolerante, respetuosa y abierta, convicta de que lo único que no es verdad es la verdad que pretende afirmarse más allá de toda diferencia de la intimidad que la descubre. Pese a los muy diferentes derroteros de la psicología científica actual —bastante menos abrumadoramente estimables de lo que suponen ellos mismos— los «Tipos psicológicos» de Jung permanece como uno de los intentos más ilustrados y complejos de descripción psicológica que ha conocido el siglo XX.

EL INCONSCIENTE Y LOS ARQUETIPOS

Es frecuente todavía —me temo que los psicoanalistas menos penetrantes han contribuido decisivamente a ello— oír hablar del psicoanálisis como de *otro* sistema terapéutico de la psicología clínica moderna. Recuerdo a un antiguo profesor mío que me decía: «Desengáñese, el psicoanálisis no cura.» Efectivamente, le respondía yo, no cura, *pero es la única psicología que explica por qué no hay curación posible.* Lo importante del psicoanálisis es que ha hecho cambiar de signo el concepto mismo de enfermedad mental. Pero, sobre todo, la teoría analítica ha realizado una aportación fundamental al pensamiento de occidente, que la pone por encima de cualquier gestaltismo, conductismo, skinnerismo, etc..., un descubrimiento que ha renovado no sólo nuestra psicología, sino toda nuestra concepción del mundo: el *inconsciente.* Naturalmente, algo tan fundamental no podía haber pasado inadvertido hasta Freud y podemos afirmar que este negativo de la consciencia racional es tan antiguo como la consciencia racional misma; pero fue Freud el que transformó esta intuición en concepto, abrió diversas vías de acercamiento al inconsciente y estableció que no había descripción psicológica medianamente suficiente sin concederle la parte del león. Todos los intentos de salir del círculo hegeliano pasan por el inconsciente: Schopenhauer y Nietzsche le dieron una importancia no menor que Freud, aunque menos explícita. A estas alturas del siglo podemos considerar radicalmente insuficiente no sólo toda psicología, sino toda filosofía y toda religión que ignore o *no sepa qué hacer* con el inconsciente.

La psicología analítica —así bautizó Jung a su método para diferenciarlo del psicoanálisis freudiano— ha realizado en el terreno del inconsciente su más controvertida y (a mi juicio) su más importante aportación. El inconsciente freudiano, sobre todo en sus primeras formulaciones, se compone de una amplia gama de contenidos psíquicos, estratificados en diversos niveles: lo que conozco, pero sin

AUNQUE NO LA AGOTARA NI MUCHO MENOS, JUNG PROFUNDIZO HONDAMENTE EN LA ESENCIA DE LA RELIGION, QUE ESCLARECIO CON UTILIDAD. SU PENSAMIENTO EN ESTE TERRENO VALIO AL PSICOLOGO SUIZO (AQUI, CORTANDO LEÑA EN «LA TORRE» DURANTE 1958) UN ALUVION DE CRITICAS.

pensar ahora en ello, lo que he olvidado, las percepciones sensoriales que nunca han llegado a serme conscientes, los contenidos conflictivos o penosos que he reprimido y no permito que se me hagan conscientes, etc... Todos estos contenidos —mucho más vastos que el ámbito de mi consciencia— tienen en común, entre otras cosas, el haber sido adquiridos empíricamente, es decir, el ser posteriores a mi nacimiento. Freud rechaza todo innatismo, al menos a este nivel. Pues bien, a todos esos contenidos inconscientes, que para Freud constituyen la totalidad del inconsciente, llama Jung «inconsciente personal»; y, a continuación, afirma que en el inconsciente *hay más*. Debajo del inconsciente personal se hallan las capas aún más profundas y oscuras que atesoran la memoria biológica de la especie, los impulsos para llevar a cabo ciertas acciones y el programa heredado de determinados comportamientos, cuya motivación no es consciente; este *inconsciente colectivo* es común a todos los hombres y se adquiere por herencia y no por aprendizaje experimental. Con la aportación del inconsciente colectivo, Jung modificó radicalmente y en profundidad el concepto de inconsciente que, por un lado, corre en sus manos el peligro de convertirse en la noche en la que todos los gatos son pardos, pero, por otro, adquiere una densidad de incontables repercusiones filosóficas, religiosas e incluso políticas. Cito un extenso párrafo en el que Jung describe la totalidad del inconsciente y que, de paso, brinda una muestra bastante acabada de su estilo expresivo: «El consciente, a despecho de su intensidad y concentración, es puramente efímero, acomodado solamente al presente inmediato y a su propia vecindad; no dispone por naturaleza más que de materiales de la experiencia individual, que apenas abarcan unos cuantos decenios. Su memoria, además, es artificial y compuesta esencialmente de papel impreso. ¡Qué diferente es el inconsciente! Ni concentrado ni intensivo, sino crepuscular hasta la oscuridad, abarca una extensión inmensa y encierra uno al lado de otro, de manera paradójica, los elementos más heterogéneos, disponiendo, además de una masa indescriptible de percepciones subliminales, del tesoro prodigioso de las estratificaciones depositadas en el curso de la vida de los antepasados, que, por su sola existencia, han contribuido a la diferenciación de la especie. Si el inconsciente pudiese ser personificado, tomaría los rasgos de un ser humano colectivo que viviese al margen de la especificación de los sexos, de la juventud y de la vejez, del nacimiento y de la muerte, provisto de la experiencia humana más o menos inmortal de uno o dos millones de años. Este ser planearía sin disputa por encima de las vicisitudes del tiempo. El presente no tendría más significación para él que un año cualquiera del centésimo milenio antes de Cristo; sería un soñador de sueños seculares y, gracias a su experiencia desmesurada, un oráculo de pronósticos incomparables. Pues habría vivido la vida del individuo, de la familia, de las tribus, de los pueblos, un número incalculable de veces, y conocería —tal como un sentimiento vivo— el ritmo del devenir, del esplen-

CINCUENTA Y DOS AÑOS SEPARAN ESTAS DOS FOTOGRAFIAS DE JUNG CON SU ESPOSA EMMA. EN LA PRIMERA —TOMADA EN 1902—, AUN NO HABIAN CONTRAIDO MATRIMONIO; LA SEGUNDA LES MUESTRA UN AÑO ANTES DE LA MUERTE DE ELLA, ACAECIDA EN 1955. AL MARGEN DE LAS SEPARACIONES MOTIVADAS POR LOS VIAJES DE JUNG, LA PAREJA PERMANECIO UNIDA EN MAS DE MEDIO SIGLO.

dor y de la decadencia.» De este modo, el inconsciente toma el rostro de la divinidad engendradora de dioses, se convierte en fundamento de ciudades y en origen de éticas y leyes, abarca, más allá del bien y del mal, de lo útil a corto plazo y de lo edificante, la inmensa mayor parte de lo que llamamos espíritu.

¿Dónde se encuentran las pruebas de la existencia de tal entidad supraindividual? Observando los mitos y las leyendas populares de todos los países, dice Jung, descubrimos una serie de *temas* establecidos que se repiten a despecho de las diferencias de época y posición geográfica; esos mismos temas los encontramos en los sueños de cada individuo, en los delirios de los psicópatas y en las visiones de los grandes promotores de religiones o reformas políticas. Son temas que parecen configurar la forma de la imaginación humana, más allá de cualquier diferencia histórica, cultural, etc... Estos temas tienen gran coloración afectiva y cumplen una función directriz de la voluntad consciente, como ocurre con los complejos. Jung los bautizó con una expresión tomada del historiador decimonónico Jakob Burckhardt: imágenes primordiales. Luego la cambió por un nombre de resonancias más platónicas, *arquetipos*, que es el que, en definitiva, prevaleció. El ejemplo más clásico de comportamiento arquetípico son los instintos, en los que se dan indisputablemente los rasgos requeridos de innatismo, universalidad y capacidad para orientar la acción más allá de la voluntad consciente. Pero la dificultad comienza con otros arquetipos más discutibles, como el *mandala*, el renacimiento, el anciano, la madre, el burlón o tramposo (trickster), etc... ¿Acaso tenemos un arquetipo de la madre o el anciano sabio *antes* de haber aprendido por experiencia lo que es una madre o que la sabiduría suele ser patrimonio de la ancianidad? ¿La figura cuadrangular del *mandala* es innata al alma humana, más allá de la experiencia individual o la cultura de cada país? Efectivamente, Jung lo afirma así, pero *en cierto sentido* solamente. La mayoría de los escandalizados rechazos que producen los arquetipos son causados por una concepción de ellos excesivamente simplista o gráfica, en la que el mismo Jung incurre con más frecuencia de la que sería deseable. Según esta noción ingenua, los arquetipos son algo así como «representaciones» inconscientes con un contenido tan determinado como el que nos brindan, por ejemplo, los sueños o los mitos; es decir, que el arquetipo de la madre, v. gr., sería una imagen tan concreta como las representaciones mediterráneas de la Gran Diosa o las benévolas (o atroces) mujeres de mediana edad que pueblan nuestros sueños. Poco tiene esto que ver con la verdadera noción de arquetipo, tal como Jung la formuló en sus momentos más rigurosos y autocríticos. «El arquetipo en sí mismo es vacío; es un elemento puramente formal, nada más que una *facultas preformandi* (una posibilidad de preformación), una forma de representación dada *a priori*. Las representaciones mismas no son heredadas: sólo sus formas lo son; así consideradas, corresponden en todos los puntos a los instintos que, ellos también, no son determinados más que en su forma. No se puede probar la existencia de los arquetipos, como no se puede probar la existencia de los instintos, hasta que no se manifiestan de forma concreta.» Se podría comparar el arquetipo al sistema axial de un cristal, que preforma de algún modo la estructura que va a cumplir la cristalización posterior. Si hablamos de un arquetipo de la madre, comenzaremos inevitablemente a analizar las realizaciones concretas en que cobra contenido, aunque el arquetipo en sí no sea sino la *disposición formal innata del alma* a efectuar tales representaciones concretas. Los aspectos formales de tal disposición pueden estudiarse abstraídos de algún modo de los contenidos en que se realizan.

Pese a estas puntualizaciones, los arquetipos están lejos de poder admitirse sin reservas. Supuestas comprobaciones empíricas, como la presencia del *mandala* en todas las culturas, son facilitadas por Jung con excesivo apresuramiento y a partir de un material probablemente insuficiente. Los elementos de aprendizaje e historico-culturales descienden tan hondo que es prácticamente imposible decir cuándo acaban y empieza la pura disposición innata. Y, sin embargo, creo que la teoría del inconsciente colectivo y los arquetipos de Jung es *insustituible*, por el momento, para quien intente pensar la religión, la mitología o la cultura de los pueblos; y cuando digo *pensar*, me refiero a algo más que acumular datos

y plantear elementales y superficiales alineamientos causalísticos. Los arquetipos de Jung son, evidentemente, una idea mítica, no científica, creyese Jung lo que creyese; pero es la fertilidad de esas ideas míticas lo que permite pensar, mientras que quien se atiene escrupulosamente a los preceptos de la «buena» ciencia sólo llega a manipular la realidad y, a veces, ni a eso alcanza. Lo que debe ser retenido de los arquetipos jungianos es que el espíritu tiene formas que no nacen con el individuo humano ni mueren con él; y que esas formas disponen o prefiguran nuestra imaginación, de tal modo que podemos decir sin mentir que nuestra esperanza o nuestra veneración son mayores que nosotros.

No puedo analizar aquí los diferentes arquetipos a los que Jung dedica estudios particulares. Sólo presentaré brevemente dos, por su importancia intrínseca y porque muestra bien esa mezcla de vislumbre profundo y arbitrariedad trivial de la que está hecha la psicología jungiana. Me refiero a los arquetipos de *anima* y *animus*. Cada varón lleva grabada en el alma una imagen de la mujer, no de tal o cual mujer determinada, sino del *tipo* de mujer que va a centrar e informar todas sus relaciones con lo femenino; a esa presencia de lo femenino en el inconsciente del varón se llama *ánima* en la terminología de Jung. Del mismo modo, la mujer lleva dentro de sí una imagen de los hombres (según Jung, el hombre la lleva *de la mujer* y la mujer *de los hombres*, es decir, que no se trata de una relación estrictamente simétrica) que conformará todas sus relaciones con el sexo opuesto, bautizada por Jung con el apelativo de *animus*. Merced a su *anima* el hombre establece una relación directa, intuitiva, no racional, con la vida y, aunque él crea que vive fundamentalmente por medio de su entendimiento, es el *anima* y los sentimientos por ella suscitados los que le enraízan realmente en la existencia; opuestamente, el *animus* representa la imagen pensante, discriminatoria y doctrinal en la mujer, quien cree vivir plenamente a través de su Eros cuando es precisamente este *animus* crítico lo más hondo de ella misma. El *anima* pretende reunir, juntar, mientras que el *animus* quiere diferenciar y reconocer; ¡curiosamente, a Jung la raíz del hombre le parece emocional y la de la mujer meditativa! Llevado por su *anima*, el hombre tiende a buscar en la mujer lo vacío, desamparado, incapaz de relación, equívoco..., mientras que el *animus* se proyecta sobre las personalidades *fuertes*, muy determinadas, brillantes y decisorias... Según una discípula de Jung, la doctora Frieda Forham [4], los movimientos de liberación femenina son producto de mujeres que se dejan arrastrar excesivamente por su *animus*... ¿Hará falta decir que esta distribución de papeles es motivo de la infinitamente conflictiva relación entre los sexos? Como se verá por esta somera descripción que acabo de esbozar, el *anima* y el *animus* responden a la fisiología compensatoria del inconsciente según Jung, de la que ya he hablado antes. En esta presencia de los contrarios en el seno de cada alma, Jung recoge uno de los atisbos tradicionales de la mitología (el hermafrodita); en su método se reúnen aquí lo mejor de su fuerza y lo más claro de su debilidad.

LA RELIGION COMO CORDURA

Llegamos a lo más importante, a ojos del mismo Jung, de su pensamiento y juntamente a lo menos «moderno» —por ser lo menos materialista— de él. Un occidental tiene dos problemas cuando habla de religión: en primer lugar, parece considerar que «religión» y «cristianismo» son y han sido siempre sinónimos, para bien y para mal; en segundo lugar, tiende a pensar que toda consideración no adversa de la religión es un intento solapado de reinstaurar o mantener formas tiránicas de gobierno. Es difícil exagerar hasta qué punto estos dos criterios están profundamente enraizados y hasta qué peligroso punto son erróneos; y digo «peligroso» porque llevan a un estado de obcecación fanática que las más indeseables formas históricas de la religión rara vez han alcanzado. Toda la historia de la humanidad contemporánea es la de un aumento constante de la *abstracción*, tanto en formas de pensamiento como en sistemas de convivencia comunitaria. El antiguo pensamiento «concreto» —si puedo hablar así—, es decir, míti-

[4] Frieda Fordham es autora de una *Introducción a la psicología de Jung*, ed. Morata, Madrid, que constituye un útil resumen para penetrar en la obra del psiquiatra suizo. Lástima que esté acompañada por unas impertinentes notas del traductor de la obra, Luis Izquierdo.

co, ritual, ha quedado relegado al uso de los «reaccionarios», es decir, de quienes son incapaces de advertir la desaparición *histórica* de la comunidad basada en el rito y el mito y creen poder conservar éstos sin aquélla, en lugar de intentar transformar aquélla para recuperar la posibilidad de éstos. Jung describió así el choque de las dos mentalidades: «El ideal reaccionario es siempre más primitivo, más natural (tanto en el bueno como en el mal sentido), y más «moral», en tanto que se atiene fielmente a la ley tradicional. El ideal progresista es siempre más abstracto, más desnaturado y, en este sentido, más «inmoral», pues exige la infidelidad a la tradición.» Para Jung, la religión sería plenamente necesaria para conservar la cordura, pues ella sería la encargada de unir y equilibrar ambas tendencias. Jung vió bien el problema, pero era demasiado radicalmente reaccionario para vislumbrar una solución que fuese más allá de las buenas palabras o la acrítica sumisión a las formas vigentes de lo piadoso, en cuya raíz histórica se halla precisamente el corazón de la impiedad. El talante de Jung era incapaz de entender ninguno de los anhelos modernos de liberación; un sugestivo ejemplo: hablando de que la voluntad es una función mucho más desarrollada entre los «civilizados» que entre los «primitivos», dice: «Al comienzo de mi estancia en Africa, estaba asombrado de la brutalidad con la que los indígenas eran tratados, pues el látigo era moneda corriente; al principio eso me pareció superfluo, pero debí convencerme de que era necesario; desde entonces tuve permanentemente a mi lado mi látigo de piel de rinoceronte.» Es evidente que una persona que reacciona así no está capacitada para imaginar cuál puede ser la forma religiosa más adecuada al momento histórico actual, al menos si la religión debe perder sus connotaciones represivas y tiránicas.

Y, sin embargo, Jung profundizó hondamente en la esencia de la religión y, aunque no la agotó ni mucho menos, la esclareció útilmente. Creo que muchas de las críticas que se le hicieron en este sentido caen muy por debajo de su pensamiento. Es paradigmático el caso de Erich Fromm, en su libro «Psicoanálisis y religión», cuyo ataque a Jung es un perfecto exponente de la postura «humanista» en materia religiosa y de sus limitaciones. Fromm critica, justificadamente, la habitual imagen tópica de la gigantomaquia entre un Freud antirreligioso y un Jung prorreligioso; pero la repudia para conservarla con el signo cambiado, haciendo a Freud defensor de una «verdadera» religión ética, mientras que Jung caería del lado de un «falso» relativismo religioso. Para Jung, lo importante es la validez psicológica de los arquetipos religiosos y el «consensus gentium» que lo sanciona; a Fromm, esto le parece un notorio desprecio a la «verdad». Argumenta de este modo: «En su relativismo con respecto a la verdad, el concepto de Jung a cerca de la religión contrasta con el budismo, cristianismo y judaísmo. En éstos, la obligación del hombre a buscar la verdad es un postulado integral. La pregunta irónica de Pilatos «¿qué es la verdad?», permanece como el símbolo de una actitud antirreligiosa desde el punto de vista no sólo del cristianismo, sino también de todas las grandes religiones». Al «humanismo» siempre le pasa lo mismo: o se pasa o no llega. Aquí, se pasa; precisamente el énfasis en la única Verdad es lo que ha transformado a las grandes religiones —es decir, a

FILEMON, UNA PAGINA DEL «LIBRO ROJO» QUE JUNG NUNCA LLEGARIA A TERMINAR, PESE AL INTENTO QUE HICIERA POR CONCLUIRLO EN 1953. PARA EL, LA FINALIZACION DE ESTE ESCRITO SIGNIFICABA ALGO MUY APROXIMADO A LA MUERTE.

las más estables *institucionalizaciones* de lo sagrado— en perseguidoras inquisitoriales de los «descreídos y gentiles», mutilando el espontáneo florecimiento de las diversísimas formas de piedad. El carácter de búsqueda inapelable de la Verdad es *perfectamente ajeno* a la esencia de lo religioso y pertenece a la abstracta lógica binaria (verdadero-falso) de la ciencia, que trasladado al terreno religioso por el monoteísmo se ha llamado en su día *inquisición*. Antes dijimos que el carácter visceralmente reaccionario de Jung le impidió *profetizar* adecuadamente la nueva forma religiosa; ahora vemos que no bastan las buenas (y aguadas) intenciones progresistas de Fromm para alcanzar un pensamiento libertario. Efectivamente, no creo que el punto de vista de Freud y el de Jung sobre religión sean irreconciliables, como probablemente ellos mismos pensaron; la postura de Freud (que es, sin duda, mucho más simplista que la de Jung) muestra claramente los peligros de cierta forma de institucionalización religiosa monoteísta, que él equivocadamente hace equivaler a toda religión posible; Jung, en cambio, es poco sensible a los muchos aspectos indeseables de la religión establecida, pero describe con acierto el permanente valor de lo religioso en la vida psíquica del individuo y la comunidad.

No hace falta creer, como el inefable doctor López Ibor, que el rosario en familia cura las neurosis, para compartir la opinión de Jung expresada en el siguiente párrafo de su autobiografía: «Entre los enfermos llamados neuróticos de hoy, muchos de ellos, en épocas más antiguas, no se habrían convertido en neurópatas, es decir, no se habrían visto disociados de sí mismos, si hubiesen vivido en tiempos y en un medio en que el hombre hubiese estado unido por el mito al mundo de los antepasados y, por consiguiente, a la naturaleza vivida y no solamente vista desde fuera; la desunión consigo mismos se les hubiera ahorrado. Se trata de hombres que no soportan la pérdida del mito, que no encuentran el camino hacia un mundo puramente exterior, es decir, hacia la concepción del mundo que procuran las ciencias naturales y que no pueden satisfacerse tampoco con el juego puramente verbal de las fantasías intelectuales, que no tienen la menor relación con la sabiduría.» En páginas como ésta, lo que se anhela no es tanto un comportamiento privado diferente —más religión o más mito y menos conocimiento científico—, sino una comunidad distinta, cuyo fundamento no fuese la producción a ultranza y la abstracción estatal, sino la realización de la fraternidad en la veneración de lo sagrado, que no excluye ninguna forma de conocimiento y las potencia todas. El hombre está realmente escindido —no otra es la definición del «ciudadano»—, pero no tanto de sí mismo como de la Ciudad: quizá la lucha contra el Estado, que comporta ataques a la religión establecida, es la forma más alta de piedad contemporánea, la que prepara las condiciones de posibilidad para venerar de nuevo... Este punto de vista, obviamente, no era el de Jung, como el lector recuerda. Para Jung, el tema de la religión está íntimamente conectado con uno de los arquetipos fundamentales, el de *Selbst* («sí mismo», «*self*» o «*soi*»), término con el que alude a la totalidad armónica de lo consciente y lo inconsciente, a la realización plena de la personalidad completa: «El *Selbst* es también la meta de la vida, pues es la expresión más completa de esas combinaciones del destino que se llaman un individuo». Podríamos decir que el *Selbst* equivale a la verdadera *cordura*. Su símbolo es el *mandala*, el cuadrado inscrito en un círculo, presente en muchas culturas del mundo entero. Al intento de conseguir la cordura, es decir, la total integración de los elementos conscientes e inconscientes en el *Selbst*, Jung le llamó *proceso de individuación* —fórmula muy poco afortunada, pues parece sugerir que la cordura puede alcanzarse individualmente, cuando él mismo había dado razones en contra de esta concepción. En todo caso, la religión debe jugar un papel fundamental en el proyecto totalizador, tal como Jung señala en uno de sus párrafos más expresivos: «El ejercicio de la religión —es decir, la repetición del relato y la repetición ritual del hecho mítico— cumplen consecuentemente la finalidad de tener siempre presente, ante los ojos de la conciencia, la imagen de la infancia y todo lo que se refiere a ella (es decir, el estado original, inconsciente e instintivo); la meta teleológica es impedir la ruptura de las estipulaciones originales.»

Con la procesión silenciosa de sus arquetipos,

su vocabulario de alquimista y la personalización figurativa en los tipos de las funciones del alma, Carl Gustav Jung adopta aires de *gnóstico* contemporáneo. Así lo vio ese otro decidido gnóstico André Bretón, por intermedio del cual Jung influyó aún más que Freud en los surrealistas. Esto subraya la vigencia intelectual del psicólogo suizo, pues ya se sabe que los surrealistas tenían buen gusto para elegir sus santos patrones. ■ **F. S.**

YA CUMPLIDOS LOS OCHENTA Y CINCO AÑOS DE EDAD, CARL GUSTAV JUNG MORIA EN ZURICH DURANTE 1961. PESE A LA IMPORTANCIA DE SU PENSAMIENTO, LAS TEORIAS QUE EL PROPUGNO HAN RECIBIDO CALIFICACIONES COMO LA DE «PSEUDOMITOLOGIA OBSCURANTISTA» POR PARTE DE HERBERT MARCUSE. CRITICAS QUE SE UNEN A LAS FORMULADAS CONTRA SU CONSERVADURISMO POLITICO.

(«Diario de Barcelona», 19-VIII-1945.)

ESPAÑA 1945

LA CIUDAD DE HIROSHIMA, DESTRUIDA POR LA PRIMERA BOMBA ATOMICA

TODA SEÑAL DE VIDA QUEDO EXTINGUIDA EN HIROSHIMA

La segunda "bomba atómica" cae sobre Nagasaki

LA SEGUNDA BOMBA ATOMICA FUE MAS FEROZ QUE LA PRIMERA

La fabricación ha progresado bastante

Guam, 11.—El brigadier Thomas Farrel, jefe del lanzamiento de bombas atómicas en el Pacífico, declara que la soltada sobre Nagasaki era mucho más potente que la de Hiroshima, "que ha quedado anticuado".

El general presenció ambos lanzamientos y afirma que el desplazamiento de aire producido en Nagasaki fué mucho mayor que el del bombardeo anterior.

También fué más fácil —declara— la construcción de la segunda bomba".—Efe.

mit Beahan, que soltó sobre Nagasaki la segunda bomba atómica lanzada, déclara que dicha ciudad no constituía sino un objetivo secundario, que fué escogido al tener que ser abandonado, en razón al mal tiempo y después de tres vuelos, el objetivo principal.—(Efe).

Nacionalización de la aviación inglesa

Más de 60.000 muertos y 100.000 heridos en Hiroshima por la bomba atómica

Doscientas mil personas quedaron sin albergue

EN NAGASAKI, 10.000 MUERTOS Y 20.000 HERIDOS

LONDRES, 22.—Más de 60.000 personas perecieron y 100.000 resultaron gravemente heridas como consecuencia de la explosión de la primera bomba atómica sobre Hiroshima, según comunica la agencia Domei. La segunda bomba, arrojada sobre Nagasaki, causó la muerte a 10.000 seres y heridas graves a 20.000 más. Estas cifras—añade Domei—están incompletas, ya que a diario mueren hombres, mujeres y niños de las quemaduras sufridas y todavía quedan miles de cadáveres sepultados bajo los escombros.

En Hiroshima se quedaron sin albergue unas 200.000 personas y en Nagasaki 80.000.—EFE.

Una "superfortaleza" realiza el mayor vuelo sin escala

GUAM, 22.—Una "superfortaleza volante"—B. 29—ha realizado el mayor vuelo sin escala en la historia, el cual se invirtieron 20 horas y 58 minutos, comunica un corresponsal de la Prensa norteamericana. Este aparato había emprendido un vuelo militar secreto, que tuvo lugar poco antes del fin de las hostilidades, desde Guam a Yeso.—EFE.

Tres millones y medio de aparatos de radio a fin de año

WASHINGTON, 22.—Antes de que concluya 1945, el consumidor norteamericano tendrá a su disposición unos tres millones y medio de aparatos de radio, según se anuncia oficiosamente.—EFE.

* * *

LONDRES, 22.—Algunos miembros laboristas de los Comunes han combatido la sugestión de que el secreto de la bomba atómica se guarde bajo la custodia exclusiva

Los titulares y textos reproducidos en esta página pertenecen respectivamente a —de abajo arriba y de izquierda a derecha— «El Alcázar» de 8-VIII-1945, «Pueblo» de la misma fecha, «El Alcázar» del día siguiente, «¡Arriba España!» de 12-VIII-1945, y de nuevo «El Alcázar» de 22-VII-1945, recogiendo todos ellos informaciones de la Agencia «Efe».

JAPON SE HA RENDIDO

"La declaración de Potsdam ha hecho de España un objetivo del comunismo y el socialismo"

CON EL REGIMEN DE FRANCO HAY LEY, ORDEN, VIVERES Y ESTABILIDAD

ARTICULO DEL CORRESPONSAL DEL "JOURNAL AMERICAN" EN MADRID

TRUMAN Y STALIN

TRUMAN SE DIRIGE AL MUNDO POR RADIO

Los Soviets accedieron a luchar contra el Japón antes de saber que existía la bomba atómica

El ministro de Obras Públicas da posesión al subsecretario del Departamento

También se posesionaron los directores generales de Caminos y Ferrocarriles, Tranvías y Transportes

POLONIA RECIBIRA UNA SEXTA PARTE DE ALEMANIA ORIENTAL

No tratarán "los cinco grandes" de dar órdenes o dominar a otras naciones

LOS RUSOS EN MANCHURIA

PEREGRINA IDEA

Hoy ha comunicado su conformidad con la declaración de Potsdam

Pide que sean respetadas las prerrogativas del Emperador

SAN FRANCISCO, 10.—El Japón ha aceptado la declaración de Potsdam, según anuncia la Agencia United Press. (Efe.)

...

NUEVA YORK, 10. (Urgente.) — En un mensaje captado en esta capital el Japón está dispuesto a aceptar las condiciones de la Conferencia de Potsdam, entendiéndose que dicha declaración no contiene demanda alguna que per-

("Pueblo", 10-VIII-1945.)

LA RECONSTRUCCION DE ESPAÑA

Ha terminado la segunda gran guerra. Durante seis años, España ha estado rodeada de llamas, isla pacífica entre el más espantoso de los combates conocidos. El régimen que España se dió a sí misma en 1936, arma en mano, en el plebiscito de la trinchera, que es el más sincero, puro e infalsificable, ese régimen auténtico ha sido puesto a prueba durante los mortales años en que sacudió a todos los continentes la devastadora fuerza de Marte. Si algún argumento irrefutable puede esgrimirse en pro de la fuerza y de la realidad, del arraigo y de la aceptación unánime del Estado de Franco, ese de haber sido sostén de la paz interior y exterior en el periodo más difícil de la Historia Universal, sin claudicaciones y sin debilidades ni extravíos, es el más potente, y nadie puede desfigurarle siquiera. Al cantar las campanas su canción de apaciguamiento, España puede exhibir, con legítimo orgullo, el título de nación pacifista y amiga de la civilización cristiana, y añadir a su haber íntimo, para casa, el haberse mantenido fuera de la devastación.

Pero hay un segundo renglón en el balance de esta hora, asimismo honroso y considerable, que no podemos omitir al examinar la obra del Estado nuevo en la etapa bélica ajena. Aludimos a la marcha ascendente de España en su doble aspecto espiritual y material, desde que en 1939 nuestras banderas se izaron, otra vez, al viento de la Unidad, la Grandeza y la Libertad nacionales, hasta que las cancillerías inglesa y norteamericana han anunciado la apertura de otra Era, en este agosto.

Recuérdese la situación de España en 1936, aquella destrucción sistemática de todos sus valores por la ominosa República. Gritar entonces «¡Viva España!» era delito, y delito creer en Dios y practicar el culto. La infancia era instruida, no sólo en el laicismo, sino en las prácticas sexuales y en la blasfemia. Eran abolidas las enseñanzas de cuanto estaba «contaminado» de amor a la tradición, a las viejas glorias de nuestras letras y ciencias, de la Religión y de la creación original hispana. El alma de este noble país era forzada a aceptar cánones bolcheviques desde las canciones populares hasta la organización superior universitaria. Las muchedumbres domesticadas no se contentaban con gritar, monstruosamente, «¡Muera España!», sino que agregaban como profesión de fe: «¡Viva Rusia!». Lentamente se montaba un artilugio estatal para eliminar los sentimientos nacionales y sustituir el amor y el culto de lo español por el cultivo de lo soviético, idolátricamente servido.

Esto, en cuanto a lo espiritual. Lo material, también caía en ruina y colapso. Se abandonaron las obras públicas; se arrasó el campo (agricultura y ganadería), saqueado por masas de campesinos empujadas al bandolerismo. Se suspendieron los negocios nuevos, muerta la iniciativa por el terror de los capitanes de empresa ante el caos. Todo valor se hundió en baja irremediable, con fuga de capitales y de personas. Los conflictos, millares de huelgas, asesinatos de patronos y asalto a las reservas que acumuló a lo largo de las generaciones la odiada «burguesía», pusieron en liquidación la débil economía privada y las finanzas estatales. La cotización de la peseta alcanzó la curva más baja conocida.

La guerra basculó curiosamente tanto la situación espiritual como la material de España, escindida en dos zonas. Mientras en la nacional se recuperó en meses y sobrevino en ella la abundancia, la iniciativa y el esfuerzo alegre, en la zona sometida a Lenín y a sus cómplices, el pillaje, el hambre y la desorganización culminaron en la más espantosa de las anarquías. A pesar de las ayudas extranjeras, de disponer de todo el oro nacional y de las regiones industria-

les y más ricas, los marxistas de allá y de acá no pudieron alimentar mínimamente a los sometidos a su férula. Conforme las tropas de Franco rescataban pueblos, el fenómeno se repetía hasta constituir un hecho normal: lo que bajo los rojos era miseria y paralización, bajo el Estado nuevo revivía para producir. Era un veredicto de la Naturaleza y de la población el acto de incorporarse a la existencia digna y bien dotada de esas poblaciones, al recibir la inyección de savia de la España rescatadora.

La herencia que se nos legó en 1939 era la más difícil con que jamás se encontraba un equipo gobernante. Y cuando empezábamos a planear la restauración total de la Patria, la Gran Guerra que ahora termina nos aisla del mundo, entorpeciendo la colaboración privándonos de máquinas, barcos, dinero, abonos y suministros de todo género. Reducidos a nosotros mismos, a nuestras fuerzas, hemos de realizar el milagro de reconstruir, alentar y educar a muchos millones de españoles, y a la mitad próximamente del territorio, además de hacer progresar a la totalidad del país.

Y a la vista están los resultados. En lo social, España es el pueblo más adelantado del orbe, y un simple recuento de las mejoras obtenidas por el trabajador es título de gloria para este régimen. En lo económico, la cotización de la peseta habla del ímprobo esfuerzo realizado, pagadas las deudas exteriores, aumentada la Marina, restablecida la normalidad de los transportes, edificados los pueblos destruidos, aumentadas hasta el máximo de capacidad las obras públicas, funcionando a toda presión las fábricas, creadas muchísimas industrias nuevas a favor de la forzosa autarquía, dotados abundantemente renglones como la repoblación forestal, y el paro casi extinguido. El panorama favorable se agiganta si se recuerda que llevamos tres años de sequía, que ha culminado éste en verdadera catástrofe. Pues a pesar de ello, nadie que observe la vida española es capaz de negar que nunca ha trabajado, ni producido, ni logrado tantas iniciativas como en estos años de angustia, bajo la doble consigna de paz y justicia social, que han colocado al operario español en condiciones que ni siquiera los socialistas pedían para él en sus programas; sin detrimento de los otros factores de la producción, técnicos y patronos, asimismo enriquecidos y respetados.

La fuerza de la doctrina católica que impregna los documentos y actos del Estado de Franco ha restablecido la moralidad de las costumbres, ha elevado el pensamiento y ha organizado instituciones de la más refinada y delicada cultura. La vida española recobró su ritmo de caballerosidad, intelectualidad y sentimiento histórico, y la generación joven educada en los mejores principios y con lujo de establecimientos docentes, se prepara a alternar con los mejores del mundo, capacitada y entusiasta.

Esa doble labor de espíritu y economía cristaliza en señales como la que

(Pasa a la pág. siguiente.)

DISCURSO DE FRANCO en la villa de Padrón

PADRON, 19.—Palabras pronunciadas por Su Excelencia el Jefe del Estado, con motivo del "Día de Galicia":

"Sólo dos palabras para agradecer a vuestro alcalde su gentileza, y, a vosotros, este calor y este cariño que se reflejan en vuestro entusiasmo y en las sonrisas de vuestros rostros. (Una voz: ¡lo merece!)

Al venir junto a vosotros, en este momento de ocio y sentir vuestro calor, siento el calor de esta madre patria, el calor de esta España católica que tuvo en esta cilla la base de su catolicidad. Aquí vino aquel Santo Apóstol a arribar su barca y aquí trazó con su palabra el primer surco que había de fecundar en estas iglesias y en estas catedrales, que atrajeron la atención del mundo y que hicieron venir a España a rendir su fé a tántos peregrinos.

Este patronazgo del Apóstol Santiago, que no es un patronazgo más entre los que eligen los hombres, sino que es un patronazgo de origen divino, es el gran patronazgo del del pueblo caballeroso y del pueblo guerrero. La vida de España está íntimamente ligada a él. Mientras España tuvo por su Patrón a Santiago, defendió el principio de la fé, y los reyes de España fueron los portaestandartes del Apóstol. España se ensanchaba, se abría y semultiplicaba y renacía con nueva gloria. Y, en cambio, cuando se negó el patronazgo a Santiago, cuando en aquellas Cortes de Cádiz se entrevistó la chusma anárquica con la idea de la fé y dijo: "Santiago no es el patrón", España empezó a desmembrarse, porque la vida de España está íntimamente ligada a la vida de la religión. (Los plausus interrumpen a Su Excelencia y se oyen gritos de ¡Viva Franco!)

Este es el siglo que pasó, el siglo de la desmembración. Por eso, cuando llega nuestro movimiento, cuando renace España, tiene que resurgir nuevamente el patronazgo santo de Santiago, el patronazgo de origen divino, y tienen que ser los hijos de Padrón, los hijos de Galicia, con los de la Navarra católica y con los de tántos lugares de España, los que inician la Cruzada y los que llevaron nuestra bandera a través de toda España, bajo su patrocinio, reconquistar la patria, renovar su gloria y hacerla renacer al patriotismo. (Aplausos que duran largo rato.)

Pero nuestro Movimiento no era sólo esto. Nuestro Movimiento tenía una profundidad mayor. Nuestro Movimiento era y es eminentemente social. Nuestro Movimiento no venía a resucitar las viejas oligarquías, no era el Movimiento de los ricos ni de los poderosos, era el Movimiento de España eitera, el de la justicia, el de la fé, el de la igualdad entre los hombres, el que predicó el Evangelio en este mismo lugar, en esta misma peña que vemos y en aquella primitiva iglesia, nuestro Santo Apóstol. ¡Arriba España!"

Una calurosísima ovación, acoge las últimas palabras del Caudillo.»—(Cifra.)

(Viene de la pág. anterior)

dice más del bienestar y ascensión de los países: más natalidad, menos defunciones. Los índices de la España de Franco son, respectivamente, los más altos y los más bajos desde hace un siglo, y pronto una España de treinta millones de almas responderá ante el porvenir, con la justificación de su presencia, de la legitimidad de la Cruzada por lograr una España española, religiosa y rica.

¡HUERFANO!: Nuestro invicto Caudillo se preocupa de la fortaleza física y moral de la juventud. Por ello la protege por medio del Subsidio de Orfandad y el de Escolaridad, que, al procurarte la ayuda a tu sustento y educación, hará de ti un hombre útil para la Patria. Infórmate en las Delegaciones del Instituto Nacional de Previsión.

UNANIMIDAD ESPAÑOLA

La nota oficial publicada por el Gobierno español a propósito de la alusión que se hizo a España en el comunicado de Potsdam ha tenido la virtualidad de suscitar, una vez más, la unanimidad española en torno a la obra, a los designios y a la firme voluntad hispánica que viene mostrando el Estado. España es unidad de voluntades y de pensamientos. Tal es una realidad cotidiana, actual, de hoy cual de ayer, que en vano tratan de malear y disfrazar los elementos españoles desgajados de la Patria. Seguramente, a distancia, y fomentando el pensamiento sólo en los recuerdos de un «clima» pasado, de un ambiente ya extinguido, el español expatriado no ha tomado la medida a la serenidad y sosiego de alma con que hoy se desenvuelve el pueblo español. España confía en su Gobierno, y el Gobierno se esfuerza en interpretar el común sentir nacional. No es asunto de bandería, afecto, secta, o siquiera del natural amor a todo lo propio. Es que se trata de algo vital, íntimanente adherido a la misma dignidad nacional —dignidad que para el temperamento hidalgo de los españoles es de tanto o mayor valor que la misma vida—, y España forma un cuerpo único, de vigorosa unanimidad. El signo debajo del que se ha operado la creación de esta nueva España es el lema o tesis de la unidad espiritual. Por mucho que vacilen en sus juicios los que no comprenden esto, o quieran buscarle erradas interpretaciones, la verdad es que nada hay de menos banderizo que la España actual. Todo lo que, al parecer de quienes no han tomado la exacta temperatura de estos tiempos y en este país, podía ser fisura, rotura, llamamiento a la escisión, es, por el contrario, poderoso agente aglutinante de espiritual unificación.

Conviene anotar el hecho y rodearlo, aunque con pocas palabras, del más ancho comentario afirmativo que pudiera salir de nuestra pluma. Es uno de esos acaecimientos silenciosos, que, para los muy cortos de vista o muy lentos de oídos, parecen significar poca cosa. Es, empero, una magna declaración de unanimidad nacional. El pueblo español es uno, por más que desconozcan este hecho nuevo los que hicieron granjería de sus divisiones. En esta unidad —unanimidad— hay una fuente de fuerza. Fuerza más poderosa porque está cimentada en postulados de razón.

(«A B C», 8-VIII-1945.)

ANOCHE FUE PUBLICADO SIMULTANEAMENTE EN LONDRES, WASHINGTON, MOSCU Y BERLIN EL COMUNICADO FINAL DE LA ENTREVISTA DE "LOS TRES GRANDES" CELEBRADA EN POTSDAM

"Destrucción completa y definitiva del Estado Mayor y del potencial bélico alemanes. Los aliados no tienen intención alguna de destruir o esclavizar al pueblo de Alemania. Libertad de expresión, prensa y religión, sujeta a la seguridad militar. Se formará un Consejo de ministros de Asuntos Exteriores, integrado por los de Inglaterra, Rusia, China, Francia y Estados Unidos, con sede permanente en Londres.

(«ABC», 3-VIII-1945)

NOTA DEL GOBIERNO SOBRE LA DECLARACION DE POTSDAM

Ante la insólita alusión a España que se contiene en el comunicado de la conferencia de los tres en Potsdam, el Estado Español, rechaza por arbitrarios e injustos aquellos conceptos que le afectan y los considera consecuencia del falso clima creado por las campañas calumniosas de los rojos expatriados y sus afines en el extranjero.

España, siguiendo la norma que se trazara de discreción y buena voluntad ante los errores extraños que directamente no le afectasen, no quiso exteriorizar sus reservas frente a los acuerdos de la Conferencia de San Francisco, tomados en ausencia de la casi totalidad de los países europeos, pero al ser hoy, tan ininstamente aludida, se ve obligada a declarar, que ni mendiga puesto en las conferencias internacionales, ni aceptaría el que no estuviese en relación con su historia, su población y sus servicios a la paz y a la cultura.

Razones semejantes le hicieron abandonar un día, bajo el régimen monárquico, la vieja Sociedad de las Naciones.

España, una vez más, proclama su espíritu pacífico, su buena voluntad hacia todos los pueblos y confía en que, serenadas las pasiones que la guerra y la propaganda exacerbaron, se revisarán los excesos de esta hora, y desde dentro o desde fuera, seguirá colaborando a la obra de la paz, para lo cual constituye destacada ejecutoria el haber permanecido neutral, libre e independiente en las dos guerras más grandes y terribles que ha registrado la historia.

(Nota oficial aparecida el 5-VIII-1945.)

PASTORAL DEL PRELADO DE ORENSE

Califica de odiosa la parcialidad de Potsdam

(Agencia «Cifra» 20-IX-1945.)

esto mismo dirán a Vd.

si emplea esta nueva y sorprendente receta de belleza

Todas las jóvenes han anhelado oír la armonía de estas palabras murmuradas en voz baja: «Yo te adoro» —Esto usted lo podrá— pronto. Usted podrá realzar rápidamente sus encantos, llegar a ser cien veces más seductora —realmente de un atractivo irresistible— simplemente porque se ha encontrado una nueva receta de belleza sorprendente. Gracias a ella, la piel más áspera y ordinaria se vuelve lisa, aterciopelada y suave al tacto. Una tez rugosa y ajada, llena de imperfecciones se cambiará en un cutis fresco y de un maravilloso encanto en pocos días. Leed este consejo de un especialista: «La Crema de Leche fresca y predigerida y el aceite puro de oliva poseen una acción extraordinaria para embellecer la epidermis. Las dos substancias, mezcladas con otros ingredientes tónicos, astringentes y nutritivos, forman la base de la Crema Tokalón, alimento de la piel (blanca, sin grasa). En tres días la crema Tokalón sin grasa embellecerá vuestra piel de tal manera, que a vosotras mismas os parecerá increíble». Garantizamos formalmente un resultado satisfactorio con el uso de la Crema Tokalón, sin grasa, o se devuelve íntegro el importe del coste.

Los Productos Tokalón están fabricados en España.

INTERESANTISIMAS DECLARACIONES DEL MINÍSTRO DE ASUNTOS EXTERIORES

EL GOBIERNO ESPAÑOL NO TIENE NADA CONTRA LA NACION RUSA, PERO NO PUEDE ADMITIR LA IMPORTACION DE LAS DOCTRINAS COMUNISTAS

"Nuestro sistema político—añade—desembocará un día, como acaba de prevenirlo el Jefe del Estado, en la Monarquía tradicional." La conducta auténticamente neutral de España durante la guerra creó al Gobierno algunas crisis en sus relaciones con Alemania, "crisis que acaso valga la pena de referir algún día, porque no son conocidas del mundo". La cuestión de Tánger. La transformación social de nuestra Patria.

LA HOSTILIDAD A ESPAÑA DE CIERTOS SECTORES DE OPINION EXTRANJEROS

San Sebastián 22, 6 tarde. El ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Martín Artajo, en una entrevista concedida a los directores de las Agencias Efe, D. Pedro Gómez Aparicio, y Logos, D. Manuel Vigil, ha hecho las siguientes manifestaciones acerca de la política exterior de España en relación con el presente momento internacional:

—¿A qué atribuye, señor ministro las dificultades exteriores que ha encontrado a su llegada al ministerio?

—No puede sorprender que a España y a su Gobierno les sean hostiles algunos sectores de opinión de ciertos países extranjeros, dada la actividad internacional extraordinaria que desarrolla el comunismo ateo y su enemiga fundamental contra nuestra Patria, así como las campañas de difamación que desde hace seis años llevan a cabo tenazmente los exilados rojos.

Ahora bien, no debe tomarse nunca por actitud oficial de ningún país lo que no es sino postura parcial y acaso pasajera de algún grupo o de un cierto sector de opinión.

—¿Tiene V. E. algo que añadir a la nota del Gobierno sobre la declaración de Postdam?

—El propósito de que España no sea admitida en la futura Sociedad de las Naciones Unidas, caso de que llegara a solicitarlo, se basa en un supuesto inexacto. Según la propia declaración, esa exclusión se haría fundamentándose en que el régimen español fue establecido con ayuda de las potencias agresoras y ha mantenido con ellas afinidades ideológicas y concomitancias políticas reprobables; ahora bien, esta afirmación no

El partido laborista triunfa en las elecciones

La oposición obtiene en las urnas la mayoría absoluta de 401 puestos frente a 203 del gobierno

El triunfo nos permitirá llevar a la práctica la política socialista, dice Attlée

(Agencia «Efe», 26-VII-1945).

resiste un examen sereno. El Movimiento de liberación del año 1936 fue un auténtico levantamiento nacional, cuya justificación moral e histórica se encuentra, aun para los españoles más jurídicos, como yo me precio de serlo, en el hecho de que durante los seis años anteriores, las fuerzas vivas del país, y singularmente la derecha española, habían tratado de conjurar la guerra civil, intentando defenderse contra la revolución por los medios puramente legales, por más que la legalidad de aquel entonces fuera muchas veces injusta y arbitraria. Sólo cuando la revolución comunista, después del estallido de 1934, estaba de nuevo en la calle y el principio de autoridad se encontraba por los suelos, sólo entonces, repito, el Ejército secundado por la mayor y más sana parte del pueblo, se alzó contra la tiranía de una multitud desenfrenada, y, luego de una lucha heroica, logró restablecer el orden e instaurar un estado de derecho.

LAS CRISIS CON ALEMANIA, «QUE ACASO VALGAN LA PENA REFERIR ALGUN DIA»

En las filas del Ejército Nacional por otra parte, no figuraron voluntarios extranjeros hasta varios meses después del Alzamiento, y sólo cuando ya hacía muchas semanas que, en las filas rojas, las llamadas «brigadas internacionales» constituían, puede decirse, el nervio de su Ejército. Un dato que el mundo ignora es que las brigadas de tanques que los nacionales poseyeron durante la contienda estaban constituidas, en su casi totalidad, por los carros rusos cogidos en las operaciones militares a las brigadas rojas, que eran las más importantes proveedoras de armamento del Ejército Nacional.

Prueba en fin, de carácter auténticamente nacional y soberano del Movimiento, es el hecho de que, a la terminación de nuestra guerra, el Gobierno de Franco fue reconocido por todos los Gobiernos, salvo los de Rusia y Méjico.

—¿Y por lo que se refiere a las supuestas intromisiones del Eje en la política española?

—Igualmente inexacta es la afirmación de que haya habido intromisiones extranjeras en el régimen de Gobierno español, ni en la guerra, ni durante los años que siguieron a ella. Precisamente la característica de nacional con que se definía la España de Franco la hacía más celosa de su independencia; por ello no hubo ningún género de concesiones no ya de orden político, pero ni siquiera comercial ni económico, a las naciones del Eje.

(Pasa a la pág. siguiente)

(Anuncios aparecidos en «Haz», Revista del SEU, número 21).

(Viene de la pág. anterior)

Esta conducta, del todo independiente, creó al Gobierno español algunas crisis en sus relaciones con Alemania, crisis que acaso valga la pena referir algún día, porque no son conocidas del mundo.

LA SUPUESTA AFINIDAD IDEOLOGICA DEL MOVIMIENTO CON LOS REGIMENES TOTALITARIOS

En cuanto a la supuesta afinidad ideológica del Movimiento español con los regímenes totalitarios, todo aquel que conozca nuestra idiosincrasia nacional habrá de comprender que dicha afinidad no era siquiera posible. El Movimiento, a fuer de nacional, tenía que empezar por proclamar los derechos fundamentales de la persona humana, que hoy explícitamente ha reconocido en el Fuero de los Españoles, y había de mostrarse tan celoso de las libertades legítimas como los propios españoles lo son. Y si usó enérgicamente de la autoridad, lo hizo en defensa de estos derechos naturales de la persona, que habían sido vejados y atropellados inicuamente por la tiranía revolucionaria.

Siendo estos los hechos, no es extraño que en la nota del Gobierno sobre la declaración de Potsdam se rechacen los conceptos que afectan a España, puesto que se hallan fundados, como digo, sobre un supuesto inexacto, cuya gratuita aceptación se explica por la gigantesca labor de tergiversación realizada por los españoles expatriados que han logrado inducir a error a innumerables gentes de buena fe.

—¿Qué impresión produjo a V. E. la campaña sobre ruptura de relaciones que se ha iniciado en algún país suramericano?

—El conato a que ustedes se refieren, como no podía ser de otro modo, ha fracasado, y es de creer que, por lo tanto, no tenga repercusión ninguna. En cuanto a la tentativa misma, constituye un hecho que, aunque doloroso, por lo que tiene de ingrata correspondencia a la noble y generosa actitud que nuestra Patria ha manifestado siempre a los países hispanoamericanos, cualquiera que haya sido el régimen interior y la forma de su Gobierno, no tiene otro alcance que el de una manifestación pasajera del desbordamiento extremista que caracteriza la primera etapa de estas dos guerras, y que, sin duda, se verá calmado cuando los espíritus se serenen y alcancen una visión justa y equitativa de los asuntos de nuestra Patria.

SOLIDISIMA SITUACION INTERIOR. TANGER

—El Gobierno, seguro de su razón y plenamente consciente de su solidísima situación interior, está firmemente resuelto a que nada desde fuera pueda ponerla en peligro con lo cual, además de prestar un gran servicio a los intereses españoles y al futuro de nuestra Patria, sirve también a la convivencia de la comunidad internacional y especialmente de la pequeñas naciones, resistiendo el precedente funesto que supondría el que la marcha interior de un estado y su libertad de gobernantes en la forma que estime por conveniente puedan verse intervenidos por opiniones extrañas; y precisamente en un tiempo en que la Carta del Atlántico, los acuerdos de San Francisco y la propia Declaración de Potsdam proclaman, una y otra vez, el derecho de las naciones a que ninguna otra potencia se ingiera en sus asuntos privativos.

ZONAS DE OCUPACION

Queda delimitado el reparto de Alemania entre las fuerzas rusas, inglesas y americanas

(Agencia «Efe», 16-VIII-1945

—¿Es cierto que el Gobierno español ha entregado una nota de queja al embajador inglés y al delegado del Gobierno francés acerca del asunto de Tánger?

—Puesto que la «radio» inglesa ha dado la noticia, aún antes que el Gobierno español tuviera contestación a su nota, no debo negar que el hecho sea cierto y que en la nota se hagan las reservas del caso acerca de lo que haya podido convenirse a espaldas de nuestra Patria en las conversaciones preliminares que se han celebrado y se celebran en París sobre los asuntos de Tánger.

pues está claro que nada se podrá concertar que sea verdaderamente definitivo y válido, sin contar con España, que es la primera potencia interesada en la suerte de una ciudad que está enclavada en la zona de su Protectorado, y cuya población europea en su inmensa mayoría es española.

Tampoco es indiscreto decir que en la propia nota se expresa el disgusto con que ha sabido España haber sido invitada a participar en tales negociaciones una potencia europea que por su posición extremadamente oriental, no puede tener en la plaza tangerina otro móvil que no sea el interés estratégico que ofrece tal lugar para su proselitismo.

España y su Gobierno no tienen nada contra la nación rusa, por cuyo pueblo sienten viva simpatía, como tampoco tienen nada que decir del propio régimen soviético en cuanto forma de gobierno interior de aquel Estado. Lo que el Gobierno español no puede admitir es la importación de las doctrinas comunistas en España y mucho menos la penetración de sus actividades y propagandas.

—¿Con qué ánimo ha recibido V. E. la noticia de la rendición del Japón?

—La rendición del Japón, que pone fin a la guerra es la noticia más grata que han podido recibir todos los espíritus amantes de la paz. Por eso, creyendo interpretar el sentir de todos los españoles, el Gobierno dispuso que ondeara la bandera nacional, en señal de júbilo, en todos los edificios públicos, tan pronto como la paz fue conocida.

Una neutralidad, sostenida no sin dificultades y con esfuerzo, durante dos guerras, unida a una tradicion doctrinal y a la vez positiva, de amor a la paz, confieren a nuestra Patria títulos más que sobrados para figurar entre las naciones que reconstruyan, con espíritu de justicia y de fraternidad, la futura comunidad internacional, y es de esperar que esos títulos refrendados por una conducta irreprochable, nos alcancen, en un futuro próximo, un lugar destacado en esa universal convivencia.

EL REGIMEN ESTABLECIDO EL 18 DE JULIO DE 1936 NO CONSTITUYE UN SISTEMA CERRADO

—Una última pregunta. ¿Cómo cree V. E. que habrá que encajar el régimen español en la nueva contextura de Europa en relación con los discursos de estos días en la Cámara de los Comunes?

—El régimen establecido en España el 18 de Julio de 1936 no constituye un sistema cerrado, rígido e inflexible, sino que, por el contrario, sobre la trama de unos principios fundamentales, que no pueden ser otros que los del derecho público cristiano,

(Pasa a la página siguiente)

(Viene de la pág. anterior)

nuestra constitución política es abierta, flexible y evolutiva.

Depurado de día en día de formas y accidentes puramente pasajeros y transitorios, nuestro sistema político irá mostrando cada vez más su esencia tradicional y autóctona. Ahora bien; estos valores esenciales de nuestra vida pública no son sino la sabia conjugación entre los conceptos de libertad y autoridad, que hace posible, a la vez, el respeto a los derechos fundamentales de la persona y el mantenimiento inflexible de los fueros del Poder público, cuya armonía constituye hoy la base de los principales sistemas políticos del mundo, y singularmente de los pueblos anglosajones, con los cuales, por lo tanto, acabará por coordinarse el sistema de Gobierno de nuestra Patria, el cual camina hacia nuevas formas de representación popular y libertad política.

En todo caso ya se comprende que es absolutamente necesario que España pueda llevar a cabo su evolución política al ritmo y por los pasos que nuestra peculiar idiosincrasia impone. Al proceder así, por otra parte, nos inspiramos en la sabia conducta política de esos pueblos anglosajones, que han acertado siempre a hacer las necesarias evoluciones sin precipitación ni atropellamiento.

LA TRANSFORMACION SOCIAL: MONARQUIA

En punto a la transformación social, nosotros estamos dispuestos a llevar tan lejos como el que más las reformas sociales que demandan los tiempos, según lo prueba nuestra legislación de trabajo y de seguros sociales, tan avanzada como la primera. La inquietud social de nuestras juventudes no encontrará otro límite que el que imponga la conservación de un orden económico en cuanto supuesto necesario para el incremento de la riqueza nacional, y en tal sentido, y dado que el laborismo en sí no presupone una filosofía materialista y, sin duda por ello, no ha merecido, que se sepa, ningún género de repulsa por parte de la conciencia católica, nadie se extrañará de que se puedan mirar desde España con benevolencia y aun con simpatía sus anhelos de justicia social con los cuales, en buena parte, pudieran coincidir los nuestros.

Por este camino, como acaba de prevenirlo el propio Jefe del Estado en su discurso del 17 de julio último, nuestro sistema político desembocará un día en la Monarquía tradicional, con la que la política española alcanzará su estabilidad definitiva». ■ **CIFRA.**

(«ABC», 23-VIII-1945).

PETAIN, CONDENADO A MUERTE

"Por inteligencia con el enemigo"

El mariscal no dió muestras de la menor emoción al conocer la sentencia

Identificación de España con el júbilo universal

(Agencia «Efe», 15-VIII-1945).

Pétain, indultado

De Gaulle le conmuta la pena de muerte por la de reclusión perpetua

(Agencia «Efe», 17-VIII-1945).

Sobre las recientes declaraciones del ministro de Exterior

El señor Martín Artajo es lo que se llama un «ministro completo» del Gobierno de Franco, con quien está íntimamente identificado. Como Franco es, ante todo, católico y, por tanto, patriota cien por cien, estimando, y así es la verdad, que Patria y Religión forman un todo indisoluble. Como Franco, es sincero y, por tanto, tenaz en los puntos fundamentales.

La diferenciación la encontramos en que Franco, como Jefe del Estado, debe soslayar ciertos aspectos con sus naturales apreciaciones; al paso que el ministro puede producirse con mayor desahogo, por no ser tan absoluta su responsabilidad; si bien con su fino sentido diplomático y su habitual cortesía sabe envolver en un hábil fraseo las más recias verdades.

En resumen: Franco y Martín Artajo se completan, hasta el punto de que podemos abrigar la seguridad de que el primero aprueba complacido cuanto ha dicho y supuesto su leal colaborador en el gobierno de la Nación.

Uno y otro no tienen nada contra Rusia, ni siquiera contra el régimen soviético como forma de gobierno interior de aquel Estado. Lo que el

Gobierno español no puede admitir es la importación de las doctrinas comunistas en España, y mucho menos la penetración de sus actividades y propaganda.

El Gobierno, plenamente convencido de la solidísima situación interior de España, está firmemente resuelto —ha dicho el ministro— a que nada desde fuera pueda ponerla en peligro.

Una neutralidad sostenida con esfuerzo durante dos guerras, y una tradición doctrinal y a la vez positiva de amor a la paz, confieren a nuestra Patria títulos más que sobrados para figurar entre las naciones que reconstruyen, con espíritu de justicia y de fraternidad, la futura comunidad internacional.

Esto aparte, el régimen establecido en España el 18 de julio de 1936 no constituye un sistema cerrado, rígido e inflexible, sino que, por el contrario, sobre la trama de unos principios fundamentales, que no pueden ser otros que los del derecho público cristiano, la Constitución política española es abierta, flexible y evolutiva.

Es de esperar, pues, que los referidos títulos, refrendados por una conducta irreprochable, nos alcancen en un futuro próximo un lugar destacado en la universal convivencia.

Al vuelo hemos glosado los puntos de vista esenciales del digno ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, pero ello es suficiente para que, de momento, se comprenda lo demás de sus importantes manifestaciones, transmitidas por las agencias Efe y Logos.

Partiendo de esta base podrá leerse con mayor provecho todo el contenido de las ideas sustentadas por el ilustre expositor, que ha traducido fielmente los sentimientos de la Nación, vinculados en la gloriosa personalidad de su Jefe indiscutible.

(«Diario de Barcelona», 24-VIII-1945).

NADA MAS QUE LA PAZ

Queremos la paz. Y porque la queremos, los españoles repudiamos a quienes nos ofrecen de nuevo la guerra civil.

Queremos la paz. Y porque la queremos, los españoles no exigimos más que respeto para escoger los medios y el régimen de nuestro propio gobierno.

Queremos la paz. Y porque la queremos, los españoles sabemos mejor que nadie lo que hemos de hacer para lograr la plenitud de ejercicio de la libertad y la mayoría de edad política, tras la ineludible etapa de cicatrización que una guerra civil precisa.

En el interior y en el exterior, nosotros queremos la paz. Y es tan fuerte esta voluntad española, tan magníficamente interpretada y dirigida por Franco, que ningún acoso, ninguna coacción, han podido romperla en circunstancias que cualquier otro poder hubiera claudicado.

Esto está muy claro para todo el mundo. Lo que quizá no esté aún suficientemente comprendido por ciertos órganos de opinión pública en el extranjero es que nosotros no pedimos ovaciones, ni tampoco su vistobueno partidista o apasionado para nuestro régimen interior. Sabemos que es difícil comprender siempre la política interna de un país ajeno y no nos extrañan los juicios inexactos en este terreno. Sabemos bien los vientos que por el mundo corren y lo que en función de los intereses supremos y básicos de España a nuestra Patria conviene. Ya antes de que en esta postguerra hubiera elecciones o manifestaciones públicas de la voluntad popular por el extranjero, Franco había anunciado en sus discursos que el mundo tendía a la izquierda, por-

(Pasa a la pág. siguiente)

DOS ATRACADORES MUERTOS AL HACER FRENTE A LA FUERZA PUBLICA

VIGO, 15. — De Porriño comunican que varios industriales de Vigo que se dirigían a Puenteáreas para efectuar transacciones en el mercado de aquella villa, fueron asaltados por un grupo de maleantes que hicieron detener la camioneta en que aquellos viajaban y se dieron a la fuga después de apoderarse de treinta mil pesetas. Las fuerzas de la Guardia Civil iniciaron inmediatamente las oportunas pesquisas y localizaron muy pronto a los atracadores. Estos, en su huida, hirieron de un disparo al guarda forestal de la zona quinta, José Tomé Viladoa, Alcanzados por la fuerza pública, los malhechores opusieron resistencia y resultaron muertos dos de ellos en el tiroteo entablado. Los muertos fueron identificados como maleantes peligrosos culpables de diversos atracos y crímenes.—Cifra.

(Agencia «Cifra», 15-VIII-1945).

Atracadores muertos por la Guardia Civil

Se hicieron fuertes en una fábrica de harinas

(Agencia «Cifra», 1-VIII-1945).

CINCO BANDOLEROS MUERTOS EN MALAGA POR LA GUARDIA CIVIL

(Agencia «Cifra», 7-VIII-1945).

(Viene de la pág. anterior)

que el problema medular de esta época era el social, al cual se dedica actualmente en España especial atención. Estamos al compás de la Historia, no hemos perdido el ritmo, lo que les confunde a muchos críticos aún es la falta de unidad y armonía que reina en su propia charanga. ¿Quién ha dicho en España que seamos más demócratas que nadie? Tampoco lo pretendemos. ¿Lo es Rusia? Nuestra política no sucede tras un «telón de acero», como se ha reconocido está ocurriendo en el Este de Europa. Aquí están los corresponsales extranjeros, que pueden informar libremente sin censura del Estado, de cuanto acaece. Por el mundo circulan las declaraciones del periodista norteamericano Leight White, sobre la libertad de Prensa y la perfecta información que los españoles gozamos, comparándola con la intolerancia soviética. Y el presidente Truman ha hecho saber que preocupó considerablemente a la Delegación norteamericana en Potsdam la imposibilidad en que se encontraban los representantes de la Prensa libre para obtener informaciones de las naciones ocupadas por Rusia.

Insistimos en que no solicitamos de nadie el título de «régimen ejemplar», para el que rige a España, porque si para ellos no es simpático, en cambio, para nosotros, es bueno. Que a nuestros representantes no les vitoreen como a futbolistas o campeones de boxeo, o como a líderes internacionales, es lógico. Pero lo que no es ni lógico ni siquiera humano es que se aplauda y secunde a los que provocaron la matanza de un millón de españoles, los que asesinaron desde el Gobierno a Calvo Sotelo, primero, y luego, a José Antonio, como no lo olvida Indalecio Prieto.

Los hombres que han hecho la guerra saben por propia experiencia y por próxima certeza, que los que vencen siempre tienen razón. No es un azar la victoria. Es una consecuencia que no ha sido bastante meditada, al parecer, por todos los políticos a quienes incumbe en estos momentos la responsabilidad de la dirección de los pueblos.

(«ABC», 19-VIII-1945).

CAPTURA DE BANDOLEROS en la provincia de Barcelona

El vecindario colaboró con los guardias

(Agencia «Cifra», 20-IX-1945).

CAPTURA DE BANDOLEROS EN LA PROVINCIA DE MALAGA

La Guardia Civil presta importantes servicios

(Agencia «Cifra», 22-IX-1945).

El Cortijo
HOY, VIERNES NOCHE
CENA FIESTA DE MODA
presentación en España del notable cantor internacional
FERNANDO CURADO RIBEIRO
reputado por la Prensa como el "Bing Crosby portugués"
Programa de atracciones y el Gran CUADRO ANDALUZ
SABADO y DOMINGO, inauguración de la
SEMANA GRANDE de EL CORTIJO
con una fiesta andaluza de gran estilo bajo el motivo artístico de
NOCHE DE FERIA EN SEVILLA

LLEGA A ESPAÑA ORTEGA Y GASSET

Procedente de Portugal, ha llegado a España esta mañana don José Ortega y Gasset en automóvil, conducido por el hijo del gran pensador español. Se trasladó a una finca de Valladolid para descansar, desde la cual partirá en breve hacia Zumaya, donde piensa residir durante la temporada de verano.

(«Pueblo», 8-VIII-1945).

SEGOVIA.—En la capilla del palacio episcopal se ha celebrado la boda del ministro de Trabajo, D. José Antonio Girón de Velasco, con la señorita María Josefa Larrucea y Samaniego. Bendijo la unión el prelado de la diócesis, doctor Llorente Federico, y fueron padrinos la madre de la novia, doña María Samaniego y el padre del novio, don Justo Girón Gutiérrez. (Foto V. Muro.)

(«Arriba España», 26-VIII-1945).

RAFAEL GARCIA SERRANO

que ya tiene un nombre logrado en las Letras españolas, ha publicado un nuevo libro titulado «Los toros de Iberia»

(«ABC», 2-VIII-1945).

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

DON PEDRO
(llamado El Cruel)
OTRA FRUSTRACION HISTORICA

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

FUE un paso adelante frustrado en la evolución histórica de España, decía el Dr. Gonzalo Moya refiriéndose a Don Pedro el Cruel, durante la presentación de su libro sobre el monarca. (La presentación la hizo Camilo José Cela en presencia de D. Ramón Carande, que asistía por vez primera a un acto público en un centro ligado a la Universidad de Madrid —el Colegio Mayor Pío XII—, después de que por trámites administrativos, se dijo, no le hicieran «doctor honoris causa» de la misma) (1).

Moya ha realizado un largo estudio sobre D. Pedro bajo diversos puntos de vista y ha dedicado a este trabajo varios años. Desde tres campos diferentes acomete la investigación. Uno el médico - biológico. Otro, el histórico, y un tercero, literario. Resumiremos muy brevemente los aspectos primero y tercero para pasar a ocuparnos más extensamente del segundo.

Moya establece un diagnóstico retrospectivo del hombre que fue Pedro I de Castilla. Su conducta y su psicología la va estructurando a partir de la conocida historia del rey, del análisis de sus actos, de las opiniones de sus contemporáneos... Y contempla el estudio psicológico con el detallado análisis de sus restos, exhumados para este fin en la Capilla Real de la Catedral hispalense, donde el rey está enterrado.

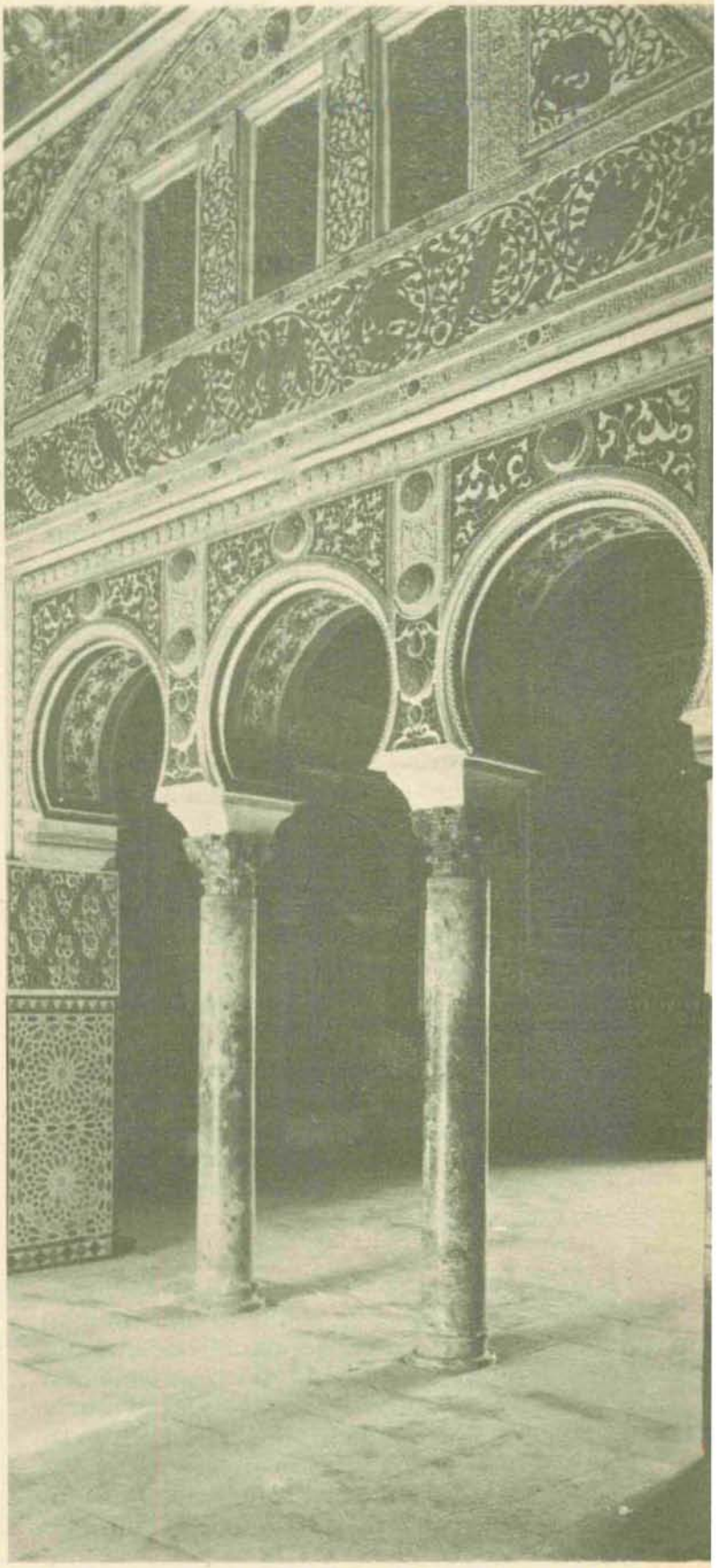
(1) Gonzalo Moya: «Don Pedro el Cruel». Ediciones Júcar. 360 páginas.

ESTATUA ORANTE DE PEDRO I DE CASTILLA, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL DE MADRID. EL DOCTOR MOYA HA ESTABLECIDO UN DIAGNOSTICO RETROSPECTIVO DEL CONTROVERTIDO MONARCA Y CONCLUYE QUE FUE UN PARALITICO CEREBRAL INFANTIL. DE AHI LE VINO SU CARACTER Y POR AHI PUEDEN EXPLICARSE LAS ACCIONES QUE LE VALIERON EL SOBRENOMBRE DE EL CRUEL O JUSTICIERO.

¿CÓMO era Don Pedro desde el punto de vista médico? Fue, asegura Moya, un paralítico cerebral infantil. Y fue también más un loco que otra cosa. De esa locura le vino la indudable crueldad, que su biógrafo no niega nunca a pesar de la simpatía que siente por el personaje. Crueldad, señala, que era moneda de cambio usual en aquellos tiempos y a la que no fueron ajenos monarcas tenidos por humanísimos y bondadosos (tal era el caso de su contemporáneo Pedro IV el Ceremonioso)... Entre los rasgos más distintivos de su carácter tenemos: inestabilidad emocional, impulsividad, violencia, indiferencia, abulia... «Esta mezcla inextrincable no es propia de un individuo normal», dice nuestro doctor de su lejano paciente.

Si la imagen histórica del rey ha sido mala, la literaria no lo ha sido tanto. Y es algo lógico. Su figura fue dibujada por cronistas regios... del rey que sucedió a D. Pedro: su hermano y matador Enrique. Es, pues, una imagen histórica de la historia de los vencedores. En cambio su imagen literaria era de origen popular y por eso en no pocos romances encarna las aspiraciones de un pueblo no demasiado satisfecho con su desgraciado destino. Incluso en romances fabricados para Enrique, el autor conseguía meter a veces de manera más o menos velada alguna estrofa elogiosa para el rey muerto. Los romances judeo - cristianos son en el fondo favorables al rey llamado Cruel. Tratan de exculpar sus crímenes o ensalzan su recuerdo. No olvidemos que D. Pedro protegió a la naciente burguesía castellana y que tuvo muchos judíos a su servicio. Por el contrario, Enrique y sus partidarios eran claramente antisemitas. «Con esta dinastía (los Trastámara) el foso entre judíos y cristianos que había llegado a ser mínimo va a ensancharse rápidamente. Los judíos van a no ser considerados, a partir de entonces, como miembros de la sociedad castellana; pronto se los mirará con desconfianza y se mirará con desconfianza a los conversos»... Moya estima que con D. Pedro los judíos españoles estuvieron cerca de la solución sartriana, tomada de Marx, para la cuestión judía; cerca de su integración. Con su hermanastro se prepara el camino para la expulsión, solución violenta de un aparente problema.

El tiempo histórico de D. Pedro es el de la Guerra de los Cien Años y es un tiempo en que nuestro país no se halla ajeno a lo que sucede en Europa. Por eso la guerra también llega aquí. D. Pedro toma el partido inglés. D. Enrique, el francés. Al final, será un francés, Du-



SALON DE EMBAJADORES DEL ALCAZAR SEVILLANO. PEDRO I, REY ENAMORADO DE SEVILLA COMO SU ANTECESOR ALFONSO X, CONVIRTIO EL EDIFICIO ALMOHADE EN PALACIO CRISTIANO. UN ROMANCE RELATA COMO ALLI ATRAJO EL REY A SU HERMANO D. FADRIQUE, GRAN MAESTRE DE LA ORDEN DE SANTIAGO, ASESINANDOLE A INSTIGACION DE MARIA DE PADILLA.

guesclin, quien de manera decisiva haga bascular a Enrique sobre su hermano y al trono sobre Enrique.

Pedro basa su encuadramiento en las filas inglesas en la misma economía del reino. Castilla es un estado lanero. Entre finales del siglo XIII y principios del siglo XIV se introduce en Andalucía el carnero merino africano y su cruce con las ovejas indígenas dará un producto de gran calidad, provocando a juicio de algún autor una verdadera «revolución lanera». Castilla es la primera potencia exportadora de lana y las exportaciones se hacen por mar, sobre todo a Flandes. Sin una marina de guerra importante los barcos que llevan el vellocino (que para Castilla era tan de oro como para los argonautas míticos) estaban a merced de los navíos ingleses que dominaban el mar. El sentido de la alianza estaba claro. Como lo estuvo asimismo el de la alianza con Génova, potencia rival de Aragón en el Mediterráneo, y que pasó así a ser protectora de los intereses castellanos.

Pedro se apoya en la ganadería en la lucha contra su hermanastro. De la ganadería obtiene buena parte de los ingresos precisos para sostener la guerra. Es una etapa de crisis económica y de inflación, aunque la ganadería escape a la crisis, curiosamente porque la Gran Peste que a mediados del siglo XIV diezma el país favorece la extensión de los pastizales al morir muchos agricultores y quedar las tierras sin cultivo.

Este relativo despoblamiento que ocasiona la peste negra fue, a juicio del historiador Julio Valdeón, la coronación de un proceso ayudado por otros factores como las dificultades climáticas y los arrasamientos producidos por las frecuentes guerras.

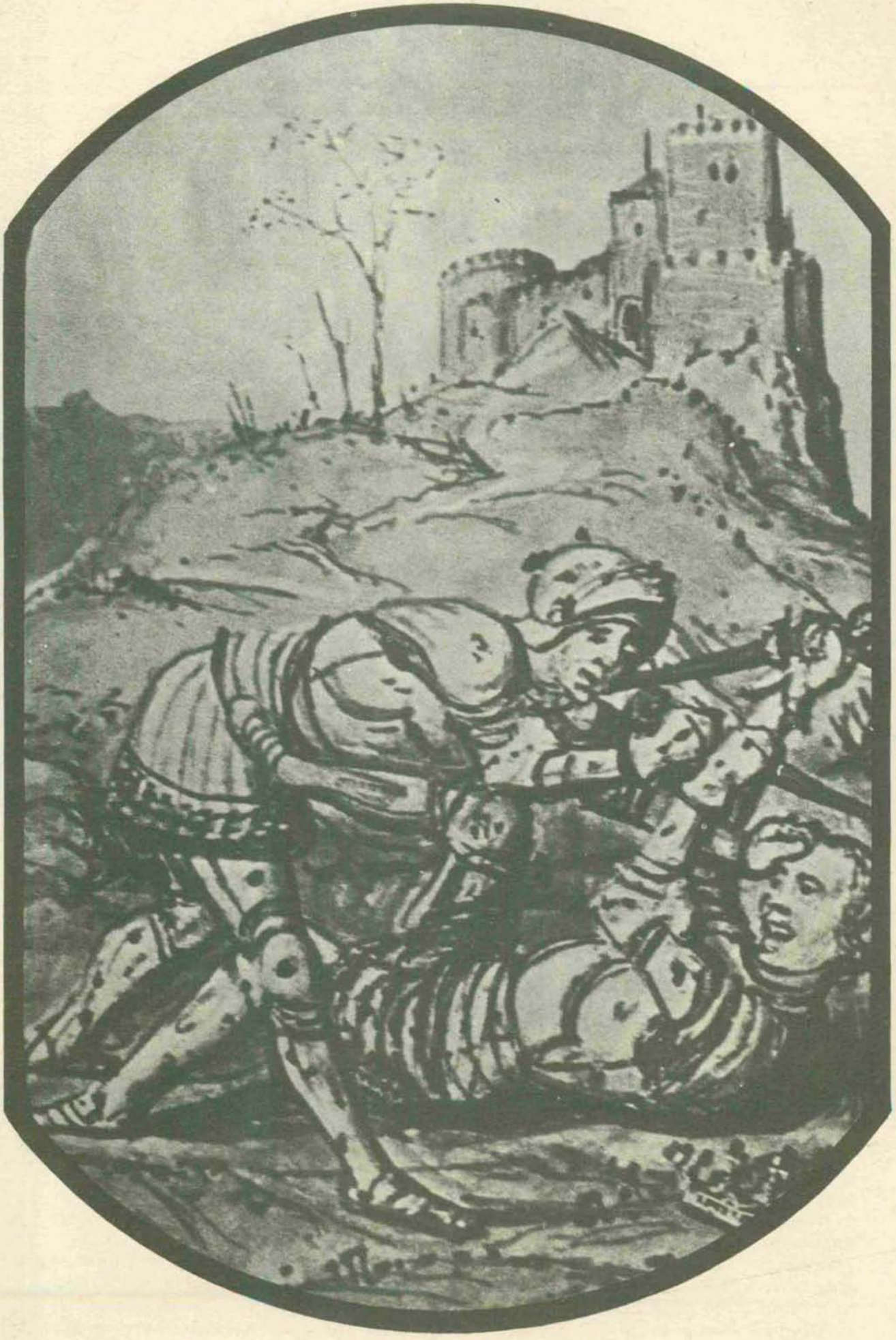
La muerte de Pedro frustró la alianza con Inglaterra y frustró, según Moya, algo mucho más importante: la consolidación de una posible clase media, barrida del protagonismo político por la nobleza que apoyó a Enrique y ante la que éste quedó hipotecado. Porque D. Pedro será a su manera un precursor de las monarquías absolutas, no sólo por intentar el reforzamiento del poder de la corona, sino también porque esto trata de hacerlo —frente a la nobleza— apoyándose en la burguesía. Y cómo este proceso se corta con la victoria enriqueña lo ilustra Moya con Aljubarrota. «La mejor prueba de que la colaboración de la monarquía castellana con la burguesía del reino era puramente formal y de que el sistema político implantado por Enrique II no era del agrado de los burgueses nos viene dado por la negativa de Portugal —en donde la burguesía se había hecho muy poderosa— de unirse con Castilla, apoyando los portugueses el candidato de este grupo social, el Maestre de Avis». Aljubarrota sería así «una aplastante derrota —en lo político y hasta en las técnicas militares— de la nobleza feudal castellana por la burguesía portuguesa».

Hay otra prueba romancística. Diego Catalán ha estudiado un desaparecido romance llamado de los «jaboneros». Los «jaboneros» eran, por extensión, los sevillanos porque en las cercanías de la ciudad se encontraban fábricas de jabón. En el romance se contaba la batalla de las milicias populares sevillanas con las fuerzas nobiliarias de D. Juan de la Cerda, sublevado contra D. Pedro. Vencieron los sevillanos junto a la ribera de Candón, situado en lo que hoy es provincia de Huelva.

A ellos, compadre, a ellos
que ellos jaboneros son,
que nunca vi jaboneros
vender tan bien su jabón.

Este vender bien el jabón era, a lo que parece, la brillante victoria sobre los sublevados. Diego Catalán estima que el romance «es tan verídico o más que las historias». Y desde luego más que las del inteligente y tallerainesco canciller López de Ayala, aquél que se mudó de bando cuando vio que «los fechos de D. Pedro no iban de buena guisa»... El romance muestra otra cosa: el amor de D. Pedro por la ciudad de Sevilla, en lo que seguía a Alfonso el Sabio. Este amor lo señalarían siglos más tarde autores que se ocuparon del rey, como Lope de Vega o Vélez de Guevara. La ciudad de Sevilla, importante ya en la época musulmana, lo sería aún más con D. Pedro «quien le dio importancia económica y política»... A Sevilla atrajo D. Pedro a su hermanastro D. Fadrique, Maestre de Santiago, para matarlo. Allí llegaría engañado y en el Alcázar moriría a instigación, dice un romance de D.ª María de Padilla, primero amante y luego esposa del rey.

MINIATURA QUE REPRESENTA LA LUCHA FRATRICIDA ENTRE PEDRO Y ENRIQUE, FRENTE AL CASTILLO DE MONTIEL (PERTENECE A «GENEALOGIA DE LOS REYES DE ESPAÑA» DE ALONSO DE CARTAGENA, BIBLIOTECA NACIONAL). LA LUCHA ENTRE LOS HERMANOS REPRESENTABA LOS DOS BANDOS DE LA GUERRA EUROPEA DE LOS CIEN AÑOS: INGLESES Y FRANCESES...



GRAN DOBLA DE ORO CON LA EFIGIE DE PEDRO I (MUSEO ARQUEOLOGICO, MADRID). PEDRO I COMBATIO LA GRAN INFLACION GENERADA POR LA CATASTROFE DE LA PESTE NEGRA DE 1348 CON FUERTES MEDIDAS ECONOMICAS, ENTRE ELLAS LA CREACION DEL REAL DE PLATA, MONEDA QUE HA SIDO LA DE MAYOR DURACION DE LA HISTORIA ECONOMICA ESPAÑOLA, HASTA NUESTRO TIEMPO.

«¿Por qué es aquesto, buen Rey?
Nunca os hice desaguisado
ni os dejé yo en la lid
ni con moros peleando».
«¡Venid acá mis porteros
Hágase lo que he mandado!»
Aún no lo hubo bien dicho
la cabeza le han cortado.
A doña María de Padilla
en un plato la ha enviado.

Enrique, hermano de D. Fadrique, sería quien poco más tarde acabaría con D. Pedro, que al final terminaría enterrado en su Sevilla, muy cerca de aquel Alcázar moruno. ■ **V. M. R.**

Libros

UN COMPENDIO DEL SOCIALISMO

La lectura del libro de George Lichtheim, **Breve historia del socialismo** (Alianza Editorial), no es fácil. Es uno de estos libros que para entenderlos bien se necesita conocer previamente el tema de que trata. No creo que un lector que desconozca la historia del socialismo pueda leer con provecho este libro. Desde luego, semejante condición nace, tanto del deseo de compendiar como de cierta concepción acerca de lo que debe ser el método histórico.

En cuanto a la primera característica responde a una dificultad casi imposible de superar inherente a todo compendio, que ha hecho que esta clase de exposición histórica se haya ido desechando. Si compendiar significa elegir lo principal, el compendio es prácticamente una serie de ensayos o una antología de temas. Si compendio equivale a reducir la historia en cantidad y cualidad de modo que conozcamos lo que debemos conocer, pero reduciendo sus dimensiones y posibilidades a una extensión mínima arbitraria definida, estamos empleando una argucia que destruye el método histórico: admitimos que la extensión es un criterio que regula las exigencias de la crítica, exposición y comprensión históricas. Cuando alguien haga, sin compendiar, la historia del concepto de compendio se verá claro que durante la Ilustración, es decir, cuando predominaba —hablando en términos generales— el concepto de extensión, los compendios tenían acogida, con el correlato de no despertar lo que después se ha llamado conciencia histórica. Quien la tuvo se escapó de la determinante extensión, como en el caso de Montesquieu, cuya **Grandeza y Decadencia del Imperio Romano,** no admite en ningún caso el nombre de compendio. Por lo que se me alcanza, la palabra subsistió durante bastante tiempo refiriéndola a las ciencias naturales, más sumisas al imperio de la extensión. La verdad es que ningún historiador acepta desde hace tiempo, cuando contempla la historia desde categorías históricas, el compendio como método. Entre otras razones, porque subsume inevitablemente la calidad y la cantidad históricas en cantidad extrahistórica. En cierto modo el compendio murió con Hegel al imponer por mucho tiempo en la apreciación de la historia la lógica de la cualidad.

Me temo que **A short history,** sea el modo anglosajón de intentar superar y mantener sin destruirla la idea y la práctica del compendio. Y aquí radica la verdadera dificultad; que libros como el de George Lichtheim son esfuerzos para que subsista el compendio por el método de incluir en él sin alterarlo sustancialmente,

juicios cualitativos que de verdad corresponden a una concepción propiamente histórica de la historia.

Esta es la razón de la perplejidad del lector que se encuentra ante descripciones reducidas que exigen conocimientos previos, en cuanto van acompañados de juicios cualitativos de valor general.

Este ha sido, me parece, el método de Lichtheim. Ha pretendido compendiar todas las perspectivas históricas posibles intentando salir del compendio. Es una nueva dificultad que añadir para la clara comprensión de lo que el autor dice. El criterio económico, el social, el culturalista y el político se yuxtaponen sin diferenciación suficiente a la vez que se dan por sobreentendidas muchas cosas que el lector por lo común no conoce. La conclusión es que el libro resulta insatisfactorio como exposición global e insuficiente como información parcial.

Si en cuanto he dicho, el libro de Lichtheim merece las críticas que nacen de sus características no superadas de compendio, sin embargo, los juicios de valor suelen ser correctos y estimulantes desde la perspectiva socialista, aunque no es, desde luego, un libro construido de acuerdo con el método del materialismo histórico. Es muy difícil, y apenas si hay aciertos en este campo, hacer la historia del socialismo desde las categorías del socialismo científico, pero Lichtheim valora con acierto posiciones socialistas hoy muy firmes que en la práctica o en la teoría tienden a ser adulteradas. Por ejemplo, la diferencia entre proletariado y pueblo cuando de pueblo se da una versión populista, y la diferencia entre socialismo en cuanto tal y socialismo nacionalista, posición esta última que en muchos casos embosca el intento de interpretar al socialismo al margen de sus fundamentos democráticos.

Quizás haya que reprochar al autor de esta breve historia, de 435 páginas de texto, el olvido de las condiciones objetivas de cada comunidad concreta, especialmente las condiciones que se refieren a la estructura económica. Desde luego ha tenido en cuenta el supuesto general y son especialmente valiosas las páginas que dedica al final, a las relaciones entre socialismo y desarrollo. Pero no se trata de esto, sino del caso concreto de cada comunidad diferenciada según un Estado o al menos de sectores políticos económicos de características definidas. La pregunta que el autor se hace hacia las últimas páginas del libro (372) «El primer interrogante de nuestra época es saber si democracia y socialismo pueden coexistir en la práctica», sólo puede resolverse, a mi juicio, desde la cuestión previa de si es posible que las libertades democráticas sirvan para combatir las estructuras económicas que las han producido.

No quiero dejarme en el tintero un mérito indiscutible del libro. Me refiero a la honestidad con que expo-

ne, a veces a tono de denuncia, las falsas y torçidas interpretaciones del socialismo que no pasan de ser alianzas encubiertas con los intereses de la burguesía o extremismos que comienzan y acaban destruyendo sin proponer nada que substituya a lo que destruyen. Las teorías de Marx desarrolladas a través de las condiciones objetivas de cada comunidad y momento se exponen como la base incuestionable de cualquier socialismo fecundo.

Me parece que el libro de Lichtheim es útil casi exclusivamente para seminarios universitarios, como punto de partida para discutir sobre temas y movimientos sociales con una previa incitación crítica y localización histórica. ■ **E. TIERNO.**

LA CONSTRUCCION DE LA RUSIA SOVIETICA

Dentro de la monumental obra que E. H. Carr ha realizado sobre la **Historia de la Rusia Soviética** y que puntualmente viene publicando Alianza Editorial, la segunda parte está dedicada al período comprendido entre 1924 y 1926. De esta difícil etapa han aparecido hasta el momento los dos primeros tomos de los cuatro que componen el total [1].

En el primero de ellos, tras efectuar una presentación del escenario en que se están desarrollando los acontecimientos y hacer las connotaciones necesarias para no perder en ningún momento el sentido de totalidad de la Historia, Carr se dedica a hacer un profundo análisis de la coyuntura económica.

El problema fundamental con que se encontraron los constructores de «El socialismo en un solo país» fue, como es lógico imaginar, la cuestión campesina. En 1926, de 82.700.000 habitantes censados, 71.700.000 son campesinos y sólo 2.800.000 obreros industriales; sin embargo, la composición del Partido es muy diferente. Los campesinos únicamente representan al 28,8 por 100 de sus militantes, mientras que los obreros llegan al 56,8 por 100. La falta de un proletariado numeroso y potente haría que el «Partido» tuviera que tomar sobre sí la «dictadura» para preparar el terreno hasta que el proletariado se desarrollase.

Las distintas opciones que se propusieron eran, no podía ser de otra forma, reflejos de las alternativas con que las diversas corrientes dentro del núcleo dirigente intentaban solucionar el conflicto.

Mientras existió Lenin, los problemas se redujeron al mínimo, debido a su indiscutible autoridad, tanto dentro como fuera de los cuadros del Partido. Así, con la implantación de la N. E. P. (Nueva Política Económica) impulsada por él, el auténtico beneficiado fue el campesinado, pero Carr se esfuerza en mostrar cómo los beneficios no llegaron a toda la masa campesina, sino que fundamentalmente los auténticos receptores fueron los «kulaks».

Sin embargo, tras la muerte de Lenin, la N. E. P. es puesta en entredicho por aquellos que pretenden llegar a la meta por el camino más corto y quieren instalar ya una agricultura colectiva a gran escala, es decir, una agricultura socialista. Carr señala, sin embargo, cómo al menos hasta 1926 las cosas no se volvieron realmente contra el «kulak».

Carr estudia a su vez la política industrial que, dada la desproporción señalada anteriormente, es todavía subsidiaria de la agricultura y ve cómo la N. E. P. tiende a favorecer el desarrollo de la industria ligera, postura que sólo variará cuando, tras la celebración de la XIII Conferencia del Partido (enero de 1924), se vio la necesidad de impulsar la industria pesada y fundamentalmente la metalúrgica, lo que empieza a constatarse en la realidad a partir de finales de 1925.

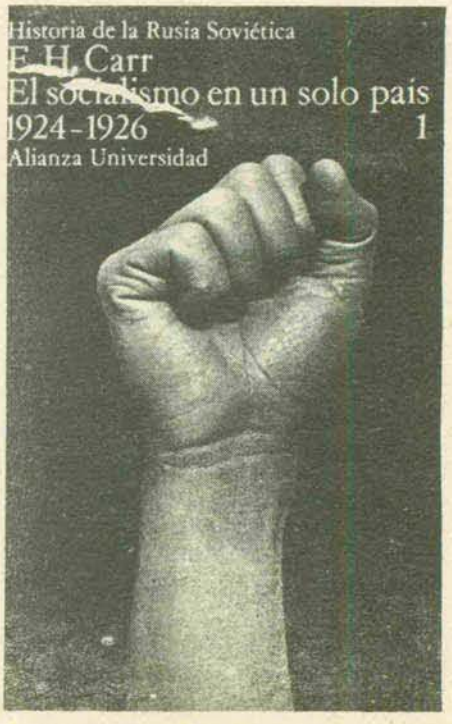
En el segundo tomo, último de los publicados hasta el momento, Carr divide su trabajo entre dos grandes temas. En el primero de estos apartados, analiza las divisiones que se producen dentro del Partido entre dos corrientes opuestas por imponer la línea que cada una de ellas considera más adecuada para alcanzar nuevos objetivos, en definitiva, comunes para ambas; es decir, la lucha se va a centrar en cómo construir el socialismo. Las dos grandes figuras de estas corrientes serán Trotski y Stalin.

Para Trotski no es posible construir el socialismo en un solo país, y menos aún en un país industrialmente tan atrasado como la Rusia Soviética, a la vez que estima muy peligrosa la amenaza del mundo capitalista, si no se potencia la ola de explosiones revolucionarias esperada desde 1917.

Sin embargo, Stalin sí considera posible avanzar hacia el socialismo aisladamente y está dispuesto a implantar esta vía sin el Oeste e incluso contra el Oeste.

Carr nos muestra cómo el triunfo de Stalin no se debió tanto a que defendiera la línea correcta como a que supo aprovechar en su favor las enormes mutaciones que se habían efectuado en la composición del Partido y, sobre todo, del «nuevo» papel que el Partido desarrollaba como constructor del orden soviético.

Sobre estos temas acaban de aparecer dos obras fundamentales y que creo son de lectura imprescindible para una mejor comprensión: nos estamos refiriendo a una recopilación de artículos de Bujarin, referentes al período de la N. E. P. (textos



[1] E. H. Carr: **El socialismo en un solo país.** Alianza Universidad, núms. 85 y 120. Madrid.

hasta ahora inéditos en castellano) [2], y los escritos de Stalin agrupados bajo el título «Fundamentos del leninismo» [3].

Sobre todo en el terreno ideológico, «El socialismo en un solo país» presenta varias interrogantes que creemos convendría se hubieran matizado más, como, por ejemplo, el papel desarrollado por Bujarin o la pretendida inconstancia de Trotski para defender su propias tesis o para defender a sus seguidores, aunque quizá dichas interrogantes vengan explicadas en los tomos que faltan por publicar y que aún no hemos podido estudiar. ■ **VALENTIN MEDEL ORTEGA.**

---

[2] Nikolai Bujarin: **Problemas de la edificación socialista.** Avance. Colección Textos de Apoyo, núm. 4. Madrid, 186 pp.

[3] José Stalin: **Fundamentos del leninismo.** Akal. Madrid, 146 pp.

J. J. LINZ, ENTRE LA ERUDICION Y LA POLITICA

No necesita amplia presentación Juan J. Linz (Bonn, 1926), colaborador de Arboleya, profesor de las Universidades de Columbia, Standford, Berkeley y, actualmente, de Sociología y Ciencia Política en la de Yale, asesor del Departamento de Estado —todo ello, es obvio, allá por la metrópoli del Imperio—, «padre espiritual» de un nutrido grupo de sociólogos españoles: González Anleo, López Pina, Marsal, Amando de Miguel, Toharia, entre otros, y autor de diversos trabajos, dos de los cuales, los últimos publicados en España, motivan este comentario.

El primero, **«Cinco siglos de historia española: cuantificación y comparación»,** correctamente traducido por José de Celis Bores, forma parte (págs. 165-273) del volumen titulado **«Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa»** (Madrid, Alianza Editorial, 1975). Según advierte el autor, el trabajo fue preparado principalmente en bibliotecas de los Estados Unidos en 1967-68 y posteriormente revisado para «Las dimensiones del pasado», publicado en su versión original en 1972, por lo cual sólo recoge bibliografía hasta la fecha indicada.

Enfrentado al concepto de cuantificación que «no está correlacionada —ni positiva ni negativamente— con la calidad» (pág. 166), Linz adopta un criterio ecléctico, incluyendo en su trabajo títulos que, sin que se puedan encuadrar plenamente en el ámbito cuantitativo, recogen datos, aunque sea de forma incidental y sin elaborar.

Estamos ante una bibliografía comentada dividida en tres partes. En la primera se dedica especial atención a la obra de Carande, Hamilton, los Chaunu, Salomon, Gentil da Silva, Bennassar, Lapeyre, etc. En la segunda, entre otros muchos, se ocupa ampliamente de los trabajos de Pierre Vilar y Gonzalo Anes. La tercera, mucho más amplia que las anteriores, destaca entre los temas básicos de la historia española del período que esperan un tratamiento cuantitativo: 1) la explicación de la lenta y tardía industrialización de España, fenómeno «especialmente sorprendente»; 2) la comprensión de «la historia social y sus conflictos» a través del estudio de «la propiedad y el régimen de tenencia de la tierra, la productividad, la población», etc., «en algunas zonas seleccionadas», y 3) la explicación del fracaso «en crear una democracia estable». Con estas directrices, Linz hace un amplio análisis de las fuentes cuantitativas en los más diversos aspectos de la historia nacional, dedicando especial atención a los censos y estadísticas, cortes y elecciones, movimiento obrero, estructura social y economica del campo, hacienda, precios e industrialización, entre otros temas.

La mayor extensión y diversidad de los asuntos tratados en esta última parte, hace que resulte más dispersa que las anteriores. No es este el lugar adecuado para señalar las lagunas existentes en el trabajo de Linz, pues nos llevaría a unas notas de carácter erudito que desbordarían con mucho los límites de un breve comentario. En todo caso el estudio resulta de gran utilidad, no sólo para la historia cuantitativa, sino para la de España en general y es de lamentar que su autor no haya continuado su trabajo hasta fecha más reciente, en la que los estudios de los que se ocupa han experimentado un notable incremento en cantidad y calidad.

La segunda es una obra ya clásica de Linz: **«El sistema de partidos en España»** (Madrid, Narcea, 1974. A pesar de esa fecha, el libro se ha puesto a la venta muy recientemente). La edición original es de 1967 y en la contraportada de la edición española puede leerse: «El lector deberá tener presentes las subsiguientes publicaciones del autor sobre la estructura de la sociedad española.» Antes de seguir hay que consignar que, tanto la traducción como la edición, dejan bastante que desear. Hay párrafos sin sentido, abundan las erratas tanto en el texto como en los cuadros, faltan líneas, de 25 cuadros se citan las fuentes sobre las que han sido elaborados, en 8 de ellos solamente, etc. Por ello no es extraño que el propio Linz calificase esta edición de cuasi pirata, «porque ha sido editada sin las necesarias notas y sin mi supervisión» (V. «Cambio 16», núm. 181, pág. 37).

Tras analizar el sistema de partidos de la Restauración, su descomposición, la trayectoria de socialistas, republicanos y regionalistas durante dicho período, Linz estudia las elecciones municipales, el sistema de partidos de la República, y dedica uno de los capítulos más extensos del libro a la ley electoral (8-5-1931) republicana, aunque no cita para nada su reforma de 1933 que elevó de un 20 a un 40 por 100 el mínimo de votos necesarios por distrito para lograr la proclamación de candidatos a diputados (V., p. ej., SEVILLA ANDRES, Diego: **«Constituciones y otras Leyes y proyectos políticos de España».** Madrid, Editora Nacional, 1968. T. II, págs. 315-316).

Trata después de los partidos derechistas, fascistas y del Partido Comunista, así como de los partidos regionalistas durante la República, para cerrar el libro con un capítulo titulado «El futuro», que merece especial atención. En este capítulo, Linz se plantea la posible continuidad de los partidos existentes en la República, concluyendo que «en muchos aspectos casi todos los partidos de la República están muertos» (pág. 178). Descartado el movimiento anarcosindicalista —«los

anarcosindicalistas no han tenido apoyo ni de Moscú ni del Occidente» (pág. 179)—, asegurada la supervivencia de los partidos monárquicos, considera el autor que «si va a haber política multipartidista en España, lo será entre socialistas y democracia cristiana, con un fuerte partido comunista restando voto a los socialistas» (pág. 183). El problema para Linz parece radicar en limitar el fortalecimiento del Partido Comunista e impedir la aparición de partidos regionalistas. Para lo primero, sugiere reiteradamente la marginación legal, inicial cuando menos, del Partido Comunista (págs. 181, 184, 197, 199, 200). Respecto a la posible resurrección de los partidos regionalistas considera que las regiones con sentimientos de autonomía (según Linz, Cataluña y el País Vasco, salvo Navarra; Galicia y Valencia en el futuro), «no constituyen una gran proporción de la población total» (pág. 191), afirmación matizable, cuando menos, en términos estadísticos. Si sumamos la población calculada para 1967 —año de publicación del libro— de las provincias en cuestión, nos encontramos (s. e. u. o.) con 6.354.151 habitantes sobre un total nacional calculado de 32.290.559 (ver **«Anuario Estadístico de España».** Madrid, Presidencia del Gobierno, 1970, pág. 438); es decir, más de un 19,67 por 100 de la población total. Si a ello añadiéramos la población de las provincias con sentimientos de autonomía en el futuro (las citadas más Valencia y las provincias gallegas), nos encontraríamos con 10.584.189 habitantes calculados sobre la misma población total calculada; más del 32,78 por 100 de la población nacional. Claro que esto son estadísticas; los emigrantes —maquetos o «altres catalanes»— hacen cambiar un tanto el panorama. Para Linz, San Sebastián será en el futuro uno de los centros del P. N. V. y «las tendencias demográficas actúan en contra del nacionalismo catalán» (pág. 194) por la «tasa mucho más baja de nacimientos de la menos religiosa Cataluña» (pág. 193). En cualquier caso, recomienda la representación proporcional, pues «estimularía la fraccionalización (sic) del sistema de partidos (...), pero (...) las regiones de sentimientos regionalistas no estarían en ningún caso representadas por un bloque homogéneo de diputados (...), con lo que en ningún caso podrían hablar 'en nombre de la región entera'» (pág. 198). En fin, «otra utópica posibilidad (...) sería declarar inconstitucionales a los partidos explícitamente defensores de la secesión del Estado español...» (pág. 200).

Tampoco descarta Linz «el desarrollo de un sistema como el francés, con la presencia de un amplio partido democrático no cristiano, como la U. D. R. en el centro derecha» (pág. 184), considerando que «si Franco decidiera, cosa improbable, pero, dada su flexibilidad política no imposible, permitir la competencia de otros partidos, dirigiendo él mismo uno de este tipo (una carrera por la presidencia al estilo de la V República, por ejemplo), tal sistema no debería ser excluido» (pág. 185). Las palabras de Linz parecen resonar, en alguna medida, en unas muy recientes de Luis Apostua: «Al hablar de esta U. P. E., los comentaristas señalan que es un proyecto similar a la U. D. R. francesa, que fue el partido agrupado en torno a De Gaulle y que pretende ser su continuador una vez desaparecido el general» («Ya», 15-6-1975, pág. 12). ¿Leerá la llamada «clase política» al profesor de Yale? En cualquier caso, y esto es lo malo de leer consideraciones sobre el futuro (de 1967) con tanto retraso (en 1975), conviene recordar la trayectoria de la U. D. R. tras la muerte de De Gaulle y Pompidou. Y algunas otras cosas de las que han pasado en el país —en 1969, 1970 y 1973, por ejemplo— o de las que pueden pasar en cualquier momento. ■ **FERNANDO REIGOSA.**

COPERNICO Y EL HELIO-CENTRISMO

Mostrar evidencias, contrariamente a lo que cabría imaginar, nunca ha sido fácil. Realidad nada consoladora, pero evidencia, al fin y al cabo, cuya aceptación se impone como necesaria, aunque sólo sea por la fuerza con que la historia se empeña en apagar cualquier optimismo en sentido contrario.

Pese a todo, a veces ocurre que, tras los infortunios de sucesivos infiernos y purgatorios, se alcanzan los cielos. Cielos que, por otra parte, pocas veces llegan a disfrutar los verdaderos protagonistas de la aventura, sino que son gozados por otras generaciones, las cuales, por si tanta dicha no fuera buena, padecen sus propios infiernos.

No hay ciencia aséptica, por más que haya quien se empeñe en creerlo o, aún peor, en hacerlo creer. ¿Ni las más abstractas? Quizá las que menos.

El profesor Juan Vernet, catedrático de la Universidad de Barcelona, reúne en un libro reciente [1] el resultado de las últimas investigaciones —tanto de otros autores como de las suyas propias— que con motivo del V centenario del nacimiento de **Copérnico** (1473), uno de los padres de la moderna astronomía, han arrojado nueva luz sobre aspectos puramente biográficos del canónigo de Frombork que permanecían oscuros o desconocidos y sobre aquellos otros que tratan acerca de la génesis y desarrollo de su pensamiento científico. Como el profesor Vernet advierte en la introducción, estos hallazgos plantean, a su vez, nuevos problemas, cuya solución sólo cabe esperar del futuro.

Para introducirnos en los purgatorios

[1] Juan Vernet, **«Astrología y astronomía en el Renacimiento. La revolución copernicana».** Ed. Ariel. Barcelona, 1974.

copernicanos, el libro parte de un análisis de la astrología —la hija rica de la astronomía, según Kepler— como ciencia o como aspecto de la astronomía muy apreciada en la antigüedad y en el Medioevo que, como exigencia social en sus vertientes genetliaca, de elección y mundial en sus dos variedades: natural y física, sirvió indirectamente de impulso para el avance notable de la trigonometría y de la astronomía. Legado que recibe el Renacimiento y que hace que Tycho Brahe, Kepler y el mismo Copérnico, aunque de modo menos explícito que los anteriores, puedan ser adscritos dentro de las corrientes magicistas de la ciencia.

Continúa con la exposición de los aspectos biográficos del propio Copérnico: su formación helenística, propia de todo hombre del Renacimiento, abierta, al mismo tiempo, a las influencias del pensamiento crítico del cordobés Averroes. Sus estancias sucesivas en Italia, donde se inicia en conocimientos tan dispares para nuestros días como son los de matemáticas, astronomía, medicina, griego y derecho canónico. Más tarde, su vuelta a Polonia para tomar posesión de su canonjía, país que ya no abandonará, donde ejerció la medicina, redactando, en cumplimiento de sus funciones administrativas, una memoria «De monetae cudendae ratio» en la que expone, treinta años antes, las leyes económicas de Gresham. También en Frombork, Copérnico, mediante la observación de los fenómenos celestes y apoyado en sus conocimientos matemáticos, procederá a dar soporte científico a las proposiciones de Aristarco en defensa de un sistema heliocéntrico.

Llegados a este punto, Vernet pasa a tratar la parte puramente científica de la astronomía precopernicana, analizando las teorías del movimiento de la tierra según la tradición clásica e islámica y el legado matemático astronómico de la antigüedad y el Medioevo, para entroncarlo con la aventura científica de Copérnico como observador y matemático. De un modo sistemático comenta los capítulos más importantes de las obras copernicanas: el «Commentariolus» y «De revolutionibus». Hay que señalar que, para la comprensión de este análisis, es necesario el conocimiento de unas bases mínimas matemáticas, desconocidas, en muchos casos, por el lector que proviene de lo que se ha dado en llamar el campo de las letras.

A pesar de la oposición que, desde el primer momento, manifestó la Iglesia reformada —Lutero y Melanchton— hacia el pensamiento heliocéntrico, la Iglesia católica lo aceptó y en España el claustro de la Universidad de Salamanca introdujo la enseñanza de las teorías copernicanas entre las materias que se impartían en la época. Con la condena explícita de Galileo, un siglo más tarde, la Iglesia católica se unió a la postura iniciada por el protestantismo.

Sin embargo, y gracias, en parte, a la ingenuidad de aquellos que, habiendo condenado el heliocentrismo copernicano, permitieron la utilización de las formulaciones matemáticas y del aparato teórico que las sustentaba —ya que para los astrónomos ofrecían una mayor precisión en el cálculo de las efemérides y de los fenómenos celestes, que las hasta entonces utilizadas Tablas alfonsinas, basadas en las teorías geocéntricas de Hiparco y Tolomeo—, la transmisión del pensamiento copernicano se efectuó sin mayores dificultades, pues en la parte matemática de sus tratados iba implícita la demostración de su tesis. De este modo, el heliocentrismo fue aceptado parcialmente en el siglo XVII y recibió su consagración total en el XVIII.

A lo largo de este paseo ligeramente dantesco a través de la aventura copernicana en el que la palabra «tesis» debía ser sustituida por la palabra «hipótesis», para no herir susceptibilidades, es elogiable el acierto del profesor Vernet al sintetizar en una obra breve, pues se trata de un libro de bolsillo, un amplísimo caudal de conocimientos, sin caer en la tentación, por otra parte fácil, de la divulgación trivializada y sin sacrificar, dada la brevedad del texto, ni la exposición puramente científica, ni la necesaria información histórico - sociológica que ayuda a situar y comprender la calidad del talante científico de Copérnico y la trascendencia revolucionaria que, como aportación a la ciencia, ha supuesto y supone la teoría heliocéntrica del canónigo de Frombork. ■ **J. PASCUAL.**

EL METODO ICONOLOGICO DE PANOFSKY

Tras la publicación en 1972 de los «Estudios sobre iconología» —obra fundamental de Panofsky—, Alianza Editorial vuelve a realizar con esta traducción [1] otro aporte destacado en el campo historiográfico de lengua castellana y, por ende, a nuestra altura artística. Aunque sea obvio decirlo, las obras de referencia no sólo son indispensables como estudios históricos, sino que deben ser conocidas y estudiadas en cuantos ejemplos básicos de una de las metodologías esenciales hoy vigentes. De ahí que la lectura de **«Renacimiento y renacimientos en el arte occidental»** requiera una doble óptica: la de los estudios en sí mismos y la de las posibilidades y exigencias del método iconológico.

«Renacimiento y renacimientos» comienza planteando el problema de la «periodización», es decir, de las parcelas que diferencian las distintas épocas en las que —de modo más o menos convencional— se divide la historia. Pero tales períodos han de

[1] Erwin Panofsky, «Renacimiento y renacimientos en el arte occidental». Alianza Universidad. Madrid, 1975, 338 págs., 157 reproducciones.